

FLAVIO JOSEFO

AUTOBIOGRAFÍA
•
CONTRA APIÓN

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

AUTOBIOGRAFÍA · CONTRA APIÓN

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 189

FLAVIO JOSEFO

AUTOBIOGRAFÍA
•
CONTRA APIÓN

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
LUIS GARCÍA IGLESIAS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARGARITA RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por PALOMA ORTIZ.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A. U., 2008**

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.

www.rbalibros.com

Depósito legal: M.-26.800-2008

ISBN 978-84-249-1636-0.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. VIDA DE JOSEFO

1. *Contexto histórico*

Desde el 31 a. C., o quizá más particularmente desde el 27, Roma y sus dominios estaban gobernados por un príncipe. Fue Octavio Augusto el artífice de la transición del régimen republicano al monárquico y en él se inicia la dinastía Julio-Claudia que pervivirá hasta la muerte de Nerón, ya en plena guerra judaica. Unos cien años por junto son los que suman los reinados de los emperadores julio-claudios. El segundo de ellos, tras Augusto, fue Tiberio, bajo cuyo reinado tuvieron lugar los más trascendentales proceso y ejecución de la historia, precisamente en Palestina: los de Jesús de Nazaret. Los judíos le tuvieron por blasfemo, los romanos por agitador social. Josefo, nuestro autor, no fue contemporáneo de Jesús por pocos años, pues nació al inicio del reinado del príncipe siguiente, Calígula. La vida de nuestro personaje coincidió con los mandatos de este emperador, de Claudio, de Nerón, de Vespasiano¹, de Tito, de Domiciano y... no sabemos más. Las dinastías Julio-Claudia y Flavia, por lo tanto. El gobierno directo de Roma en Palestina, salvo el régimen especial de algunos territorios, lo atendían prefectos o procuradores desde el año 6 d. C. El más famoso de todos ellos, Poncio Pilato,

había sido removido en el año 36, muy poco antes de que Josefo viniera al mundo².

Los avatares de la política de Tiberio y Calígula, a veces muy antijudía, así como los excesos de Pilato en su decenio de gobierno debieron de ser bien conocidos por el Josefo niño en memoria familiar, aunque no fuera en principio el entorno de nuestro autor demasiado proclive, bien al contrario, a una enemiga activa contra los dominadores romanos. Lo que personalmente pudo conocer un Josefo en uso de razón fue el período plácido de Claudio y luego el ya un poco más problemático de Nerón. En tiempos de este emperador estalló la guerra judaica, y por finta del destino fueron los dos generales —padre e hijo, Vespasiano y Tito— que dirigieron las operaciones del ejército romano en Palestina quienes sucesivamente ocuparían el trono del Imperio³. Josefo, como veremos, fue primero enemigo de Roma y luego su aliado; y la guerra acabó en derrota judía: destruido el Templo; el Sanedrín y los sacerdocios, carentes de autoridad y de sentido; Palestina bajo dominación de guerra; no pocas de sus gentes, prisioneras, desterradas o muertas; fiscalidad especial pesando sobre los judíos por el hecho de serlo... Esto y lo anterior es lo que Josefo conoce y vive; y el desastre es una de las cosas sobre las que nuestro autor escribe, intentando justificar siempre su extraño itinerario personal. Porque el dirigente judío de Jerusalén acabó sus días plácidamente protegido por los domeñadores y esclavizadores de su pueblo. Algunos particulares aparecerán con cierto pormenor en las páginas que siguen.

2. Familia y formación

Nació Josefo en el primer año del reinado de Gayo César⁴, es decir, Calígula, por lo tanto en 37 ó 38 d. C. No nos consta

dónde, aunque es posible que ocurriera en Jerusalén. Su padre era Matías, de casta sacerdotal, lo que hace muy probable la residencia familiar en la ciudad del Templo. Por otra parte, nos dice el propio autor que tras sus andanzas adolescentes en búsqueda de su identidad religiosa volvió «a la ciudad»⁵, lo que no se puede interpretar como no sea en referencia a Jerusalén. Si en la capital de Judea tuvo su lugar de residencia como niño y joven y en ella es lo más probable que ejerciera funciones su padre, probablemente ese fue el lugar de su nacimiento. Josefo se refiere con orgullo a sus raíces familiares por padre y madre. La familia paterna era presumiblemente saducea y pretendía gloriosos entronques primordiales; la materna estaba de cerca vinculada con la casa de los Asmoneos, que había dado sumos sacerdotes y monarcas al pueblo de Israel en época relativamente reciente⁶. Hace Josefo breve reconstrucción genealógica de la rama paterna, basándose, según nos dice, en los registros públicos para salir al paso de versiones calumniosas que rebajaban su linaje⁷. Y, aunque una de las notas características del quehacer de nuestro autor es la vanidad que destilan sus escritos y avisados especialistas han podido señalar posibles debilidades en el montaje genealógico⁸, podemos aceptar como hecho cierto la nobleza hierocrática de sus dos costados familiares, por cuanto que no hay ninguna razón que nos lleve a la afirmación de lo contrario.

Recibió nuestro personaje educación en consonancia con su condición de vástago de familia sacerdotal⁹. Él mismo nos dice al respecto que hizo el correspondiente aprendizaje junto con su hermano Matías y que destacó por sus generosas dotes intelectuales¹⁰. Sin duda no estaba ausente de esta educación el aprendizaje de la lengua griega¹¹. A poco de salido de la infancia, por los catorce años según él mismo concreta, recién

superada la edad de su Bat Mitzvá¹², destacaba ya Josefo entre los doctores por sus notables conocimientos sobre la Ley y las cosas de Israel. Pero, tal vez contra lo que se podía esperar y violentando los deseos de su familia, inició, muy joven todavía, a los quince o dieciséis años, una andadura de búsqueda religiosa que le llevó fuera de casa e incluso de la ciudad. Quiso conocer las tres sectas judías y tuvo experiencia de las tres. Dado que su familia era presumiblemente saducea, supongo que buscó círculos fariseos y esenios lejos de Jerusalén. Ninguna de las tres sectas satisfizo al despierto e inquieto jovenzuelo, que acabó por seguir a un santón del desierto —al estilo de lo que había sido el Bautista evangélico—, que se llamaba Bano. Con él estuvo tres años, pero le dejó, cuando frisaba ya los diecinueve años, por tanto entre 56 y 57, para volver a Jerusalén decantado ya hacia el grupo de los fariseos. Si anduvo fuera desde más o menos los dieciséis a los diecinueve años y fue discípulo de Bano durante un trienio, su previo ensayo de las sectas, aunque penoso, debió de ser muy rápido. Compara Josefo a los fariseos con los estoicos del mundo griego¹³, lo que me impulsa a suponer que la opción final del personaje, al margen de las razones intelectuales que le movieran hacia el rabinismo, pudo basarse en el aprecio del rigor moderado que era propio del fariseísmo. No es posible descartar, de todos modos, que la elección la efectuara nuestro hombre más que por convencimiento, por puro cálculo¹⁴. Si, como es probable, la familia de Josefo era saducea, la elección última del joven vástago sacerdotal debió de ser duro trago para los suyos, en una época en la que todavía el saduceísmo era celoso de su ser y su papel y no había iniciado el declive y desdibujo que poco después le llevaría al descrédito y la desaparición.

3. Dirigente en Jerusalén

Si por la opción antedicha tuvo problemas en su círculo familiar y demás entorno, Josefo no lo dice, desde luego lo superó pronto, porque a no muchos años de su regreso a Jerusalén y su paso al fariseísmo le vemos representando papeles religioso-políticos de relevancia. El primer matrimonio, ocasión para institucionalizar sus aires de independencia, hubo de facilitar las cosas dentro de la familia; la capacidad de acomodación contribuiría a evitar roces con las altas esferas saduceas. Podemos deducir que Josefo contrajo nupcias a poco de la vuelta a Jerusalén del hecho de la temprana asunción de estado por los judíos de la época, puesto que eran normales en el varón las bodas a partir de dieciocho años, según indicios rabínicos expresos, y de un detalle que muy perspicazmente destaca la especialista francesa Hadas-Lebel: en un concreto paso de la *Guerra* leemos que la esposa y la familia del autor estaban prisioneras en la Jerusalén asediada¹⁵. Como no puede tratarse todavía de la mujer que le entregó Vespasiano, debemos concluir que hubo un enlace matrimonial anterior, en principio sin hijos¹⁶, situable en la edad aproximada en que normalmente se casaban los jóvenes judíos situados.

Ignoramos cuáles fueron los menesteres desempeñados por Josefo en sus años de juventud adulta, aunque sin duda se trató de altas funciones relacionadas con el servicio del Templo, cual correspondía a su casta sacerdotal. De Josefo echan mano las autoridades judías para una misión en Roma, cuando los problemas del prefecto Félix con algunos importantes sacerdotes. Ese viaje, cuya finalidad era sacar de prisión a los detenidos por el gobernador y luego enviados a la capital del Imperio, tuvo lugar en tiempos de Nerón, quizá en el año 63 ó en el 64, a los veintiséis de edad del futuro escritor¹⁷. Josefo presenta como propia y personal la iniciativa de tal viaje, pero

encaja en el talante del personaje la magnificación de sí mismo y parece poco probable que la gestión particular de un muy joven sacerdote judío de la perdida Palestina tuviera la virtud de abrir las puertas de la corte imperial y lograr la liberación de los presos, aunque fuera por la intermediación de algunos afortunados lazos de amistad cuyo estrechamiento le deparó el viaje¹⁸. Aunque Josefo lo cele, tal vez llevara misión oficial del Sanedrín jerosolimitano. Conocemos algún que otro caso de este tipo de embajadas, cual es el caso de la que el mismo Josefo narra en el último libro de *Antigüedades*¹⁹ y otras a que se hace referencia en el relato de la guerra judaica. La aludida de *Antigüedades*, embajada institucional sin duda, tuvo lugar en una circunstancia remotamente similar producida por una dura arremetida del gobernador Festo, y aunque por lo general los autores tienden a negarlo o lo ponen en duda²⁰, ha tentado a veces la consideración de que Josefo se refiere en la *Autobiografía* al mismo acontecimiento de *Antigüedades*, confundiendo a los sucesivos gobernadores Félix y Festo²¹. Si esta identificación estuviera en lo cierto, habría una razón de más para afirmar que el memorialista ha convertido en personal lo que fuera misión oficial judía.

Si el Sanedrín encomendó a Josefo la responsabilidad de abogar en Roma por los sacerdotes, fuera solo o acompañado, en este último caso fuera o no la cabeza de la embajada, es porque se le consideraba con la suficiente habilidad y el requerido bagaje instrumental como para que la misión tuviera unos mínimos de posible eficacia. Debía de ser brillante, negociador y capaz de hacerse entender. Incluso cabría decir que tal vez tuviera el joven sacerdote fariseo una cierta popularidad a distancia entre los judíos de la comunidad romana. Es claro que éstos, peregrinos a Jerusalén con frecuencia, tenían conocimiento bastante sobre lo que ocurría

en los alrededores del Templo y sobre las personalidades de la hierocracia de la ciudad davídica. No en latín, lo más seguro, pero es innegable que Josefo se manejaba en griego. Aunque no lo diga en sus anotaciones autobiográficas, debió de comenzar su aprendizaje todavía niño, como ha quedado señalado páginas atrás. La lengua helénica era la generalmente utilizada en la parte oriental del Imperio Romano. Todas las personas de cierta cultura con pretensiones de modernidad y las llamadas a una vida de relaciones adquirirían en Oriente, cuando no era su lengua materna, el conocimiento siquiera instrumental del griego. En griego funcionaban los dominadores romanos en las regiones mediterráneo-orientales y asiáticas. Para un israelita, además, la helénica era la lengua primera de muchos judíos de la dispersión, lo que la hacía más importante aún que para cualquier otro asiático semítico-hablante²². Josefo, pues, hablaba griego ya en la época, lo que no desmiente el que años después necesitara ayuda para redactar en aceptable griego la versión helénica de su *Guerra*. Todos sabemos que no es la misma posesión de una lengua la requerida para hacerse entender bien y para escribir correctamente.

Sus recursos aparte, trabajaron a favor de Josefo como embajador de Jerusalén en Roma circunstancias favorables cuales la vitalidad del núcleo judío de Roma, algún encuentro afortunado durante el camino, que le facilitó el acceso extraoficial, el difuso ambiente judiófilo que se respiraba en la Urbe, las altas relaciones de los sucesivos Herodes Agripa y las veleidades y exotismos de la emperatriz Popea. La misión logró lo fundamental de sus objetivos. Fuera o no el presidente de la embajada, Josefo debió de regresar a Jerusalén con su prestigio recredido, aunque unas circunstancias políticas cada vez más preocupantes, que abocarían a la rebelión y

crudelísima guerra, no permitieron a nuestro hombre sacar de su éxito el partido esperable, de haber sido más normal la situación de Palestina. Ignoramos cuánto pudo dilatarse la estancia de Josefo en Roma y cuándo exactamente volvió a Jerusalén. Pudo ser en el 64 ó 65, a la vuelta de la esquina del estallido bélico en cualquier caso. El enrarecimiento de las relaciones entre Roma y los judíos palestinos no era lo que más podía ilusionar a quien venía deslumbrado de la capital del Imperio, de la Corte y de sus fáciles andanzas por los salones palaciegos. No era el estado de ánimo del joven embajador exitoso el más propio para desear la ruptura de hostilidades con los dominadores. Y, sin embargo, tuvo que afrontar la irreversible situación y amoldarse a ella.

4. *Contra Roma*

Aunque, cual ha quedado dicho, Josefo era personalmente contrario a cualquier clase de ruptura de hostilidades entre los judíos y los romanos, el imparable estallido revolucionario²³ le puso necesariamente en la alternativa de tomar partido, y lo hizo por los suyos. Josefo era dirigente de judíos y, en guerra los judíos, nuestro hombre asumió sus correspondientes responsabilidades. Ello no quiere decir que no intentara todo, aunque inútilmente, desde la plataforma de su popularidad, para aquietar a sus paisanos y evitar lo que podía acabar en desastre, que no en balde Roma era la invencible gran potencia del mundo conocido. El autor nos habla en la *Autobiografía* de sus esfuerzos y de sus razones, así como del escaso éxito de sus iniciativas ante los partidarios de la revuelta²⁴, y una y otra vez va a llamar bandidos a los más decididos revolucionarios²⁵. No hay razones para pensar que tengamos en esto una más de las autojustificaciones de Josefo. Es verdad que, entregado a Roma cuando escribe, pudo tener necesidad de compensar, pretextando resistencias iniciales, el haber sido

dirigente militar destacado al frente de los judíos sublevados; y cabe que las razones que dice haber esgrimido entonces puedan responder a un análisis posterior, a hechos pasados. Quizás haya algo de esto, pero tal cosa no quita que fuera cierta la inicial actitud contraria del personaje a la aventura de provocar una guerra que no podía dejar de ser trágica. Téngase en cuenta que acababa de pasearse con éxito por las salas romanas en las que se cocía el poder y que volvía más deslumbrado y halagado que molesto y resentido. El fracaso a la hora de convencer a los suyos, sazonado con una cierta dosis de miedo a que le tuvieran por connivente con el dominador²⁶, le hizo plegarse y asumir lo que viniera. La cara siniestra del Imperio, el gobernador Floro, pudo facilitar la resignación de Josefo ante una guerra que no quería y temía, y su traición a los influyentes amigos que dejara en Roma, al rey Agripa II, que movió tropas contra los insurrectos, y al sumo sacerdote Ananías, asesinado por los radicales alzados.

Lo que vino y asumió nuestro personaje fue el gobierno y el mando militar supremo de Galilea, en los que no le escasearon las dificultades. La guerra había comenzado mal, por un conato de enfrentamiento civil entre los insurrectos. Un zelota, de bien conocidas raíces revolucionarias, de nombre Menahem, había dado con los suyos un eficaz golpe de mano en la fortaleza de Masada, arrebatándosela a la guarnición romana, y había hecho acto de presencia en Jerusalén sin disimular sus pretensiones reales. El dirigente sublevado de la ciudad santa, Eleazar, se deshizo del atrevido y ambicioso personaje²⁷. Estos gérmenes de desunión y la euforia enloquecida de los éxitos iniciales acabarían marcando el sino de la guerra²⁸. Josefo advirtió sin duda la falta de sentido de la realidad que derrochaban sus paisanos. El poder supremo que ejercía sobre la administración independiente y las tropas de

Galilea le tenía atrapado. Enemigo declarado, ahora, de Roma, con difícil marcha atrás, distaba mucho de ver horizonte claro y de estar convencido de su propia causa.

Josefo hizo lo que pudo: unificar, organizar, administrar, subvenir y aprestarse a la defensa, porque un levantamiento independentista contra Roma debía abocar necesariamente a una guerra defensiva. Sus esfuerzos, de todos modos, no le liberaron de la sospecha de los más radicales, sin duda porque nuestro personaje no había conseguido hacer olvidar las reticencias de antes y ocultar las dudas del momento. Además tuvo gestos concretos que podían presentarle como claudicante y traidor a la causa. De hecho, queda muy pronto abierto un abismo de incomprensión entre el gobernador y el líder radical zelota Juan de Giscala, lo que comporta nuevas fisuras en el bando de los insurrectos²⁹. El de Giscala y Josefo quedan pendientes en sus querellas de la actitud que asuman las autoridades de Jerusalén. Envían éstas, con misión de investigar, a un fariseo llamado Jonatán, a quien Josefo, que no carecía de partidarios, recibe con desplantes. Parapetado en la fortaleza de Jotapata, nuestro personaje aparenta estar decidido a seguir su propia guerra al margen de zancadillas provenientes de su mismo bando, no sin dejar de anotarse significados éxitos y sensibles fracasos en una circunstancia particular cada vez más ambigua, que al final no se sabe si combate contra Roma, a favor o en contra de Agripa, o a sus propios compañeros de sublevación. Quizás está luchando sólo por la paz interior, ante la incomprensión de quienes le tienen por blando e irresoluto³⁰. Cuando Roma pone al correoso general Vespasiano al frente de las operaciones y éste hace acto de presencia con sus tropas en la Palestina del norte, Josefo se encuentra metido entre dos guerras: la intestina, complicada, y la que lleva contra Roma, ahora convertida en

auténticas palabras mayores³¹. Y, tras la resolución del asedio de Jotapata por los romanos, acabado en derrota para Josefo, nuestro personaje encuentra la para él más beneficiosa salida: pasarse descaradamente al enemigo.

No era éste, el de pasarse a Roma, designio preconcebido de Josefo, quien, una vez abiertas las hostilidades, pese a sus reticencias iniciales, seguramente pensó siempre llegar hasta el final, incluso cuando comenzó a tener problemas con facciones de los suyos, como se desprende de la enconada y ocurrente defensa que hizo de Jotapata contra los sitiadores romanos y de su intento, poco gallardo, de esconderse en una cisterna cuando las cosas estaban perdidas³². Fue una vez descubierto, cuando se las arregló para hacerse perdonar y sentar las bases de una amistad con el vencedor que sería de por vida. Quien tiene la intención de echarse en manos del enemigo no lo exaspera como hizo Josefo con los romanos en la defensa de Jotapata. Pese a las dificultades múltiples, entre las que la falta de agua no era la menor, Josefo, con denuedo e inteligencia, hizo lo posible por poner difíciles las cosas a los romanos. Los defensores se emplearon a fondo y los atacantes hubieron de hacer lo mismo. Josefo nos habla de la dureza de un asedio del que ahora comenzamos a tener apoyatura arqueológica significativa³³. Sólo muy al final pretendió el personaje romper el cerco so pretexto de conseguir ayuda exterior, lo que a la postre no le permitieron hacer las circunstancias. Buscaba sin duda su propia seguridad, pero no entre los romanos, como lo prueba el hecho de que pretendiera zafarse de ellos, inútilmente, procurándose un escondite. Su cambio de bando fue una finta *in extremis* tan oportuna como habilidosa, de efectos duraderos ulteriores como es bien sabido³⁴. Labor por la que no estuvo Josefo fue la del suicidio, solución por la que optaron tantos de los suyos.

5. *A favor de Roma*

No pocos soldados de Roma habrían degollado con gusto a aquel cabecilla rebelde, tan buscado, que tras denodada y sangrienta resistencia al asedio había querido escapar metiéndose en la cisterna. No faltaron de hecho quienes intentaron sofocarle con fuego en su escondite, aunque Vespasiano no lo permitió³⁵. Se estableció entonces una curiosa negociación entre los vencedores de arriba y el escondido de abajo, los primeros deseosos de obtener la rendición y entrega del rebelde y el segundo procurando salir del trance con las mejores expectativas posibles, aunque el panorama no se le presentaba en absoluto halagüeño. Los dos primeros intermediarios fracasaron. Sólo cuando Vespasiano llevó las conversaciones a través del tribuno Nicanor, un conocido y amigo de Josefo³⁶, éste se dejó convencer. Quienes con él estaban, sin embargo, no le permitieron que se entregara. Y éste es el momento de un episodio que no se sabría decir si es histórico o ficción del propio personaje: la rueda de suicidios. La cuarentena de judíos copados junto con Josefo se dispusieron a morir por la espada de un compañero por riguroso turno hasta que no quedara más que uno, quien se daría muerte a sí mismo. Josefo se las arregló para ocupar el puesto que le permitiera llegar al final de la ronda y, contra lo previsto por todos salvo él, mantenerse vivo³⁷. Sea o no cierta la argucia inteligente del futuro historiador, Josefo no se suicidó sino que acabó cautivo de los romanos. O no le pareció incompatible salvar el honor y a un tiempo la vida o prefirió la vida al honor. Cuando tantos de sus subordinados se daban muerte, Josefo hizo cuanto pudo por vivir.

En aquellas poco favorables circunstancias surgieron las bases para una amistad, que sería larga, entre Vespasiano y su hijo Tito y el prisionero judío. Éste era joven, ilustrado y

menos bárbaro de lo que los romanos pudieron suponer; no en balde había sido embajador de su pueblo en la propia Roma. Su conversación debía de ser agradable y excepcionalmente inteligente. Su juego mental y su simpatía, entre la adulación y el ocultismo profético, le facilitaron las cosas ante el general vencedor. Llegó Josefo a anunciar a Vespasiano y a Tito que ocuparían el solio imperial, lo que muy poco después sería rigurosamente cierto³⁸. El cautivo, aun sin dejar de serlo, pasó insensiblemente a protegido. En Cesarea, la capital romana de Palestina elegida como cuartel general por Vespasiano, estuvo Josefo durante meses, entre la enemiga romana y las deferencias del general. Vespasiano llegó incluso a proporcionarle una cautiva por esposa; probablemente sea éste el segundo matrimonio del personaje, que luego contraería tres más. Aunque la mujer era a no dudarlo judía, las circunstancias hacían de estas bodas, si algún carácter oficial tuvieron, algo bastante en pugna con las tradiciones religiosas de Israel³⁹; pero Josefo no estaba entonces para frenarse ante minucias. Su cautiverio, en fin, fue llevadero y en él iría poniendo los cimientos para el inicial relato, en arameo, sobre la guerra de su pueblo contra Roma. Seguramente le llegaba suficiente información de la marcha de los acontecimientos: los triunfos romanos, las escisiones civiles entre los judíos, el próximo e inevitable fin del propio conflicto.

Dos acontecimientos supusieron cambio de suerte para el prisionero —ya iba para dos años— de Cesarea: la reducción de la guerra a Jerusalén y a algunos bastiones del sur y, tras la muerte de Nerón y la consiguiente breve guerra civil entre pretendientes, la accesión de Vespasiano al principado del Imperio. Se cumplía la predicción de Josefo, quizá más por influencia de la predicción que por capacidad de prognosis de nuestro personaje. Vespasiano fue, como otros proclamados de

la guerra civil, elegido y apoyado por sus propias tropas. Las palabras de Josefo pudieron haber sido el determinante. Su protector era, en cualquier caso, dueño del Imperio, y su amigo Tito, príncipe heredero y general en jefe responsable de los asuntos de Palestina. Lo menos que podía venirle de ello a Josefo era la libertad. Josefo viajó con el nuevo emperador hasta Alejandría y en el camino le dejó —o murió— la mujer de Cesarea que recibiera de su protector. En la gran ciudad egipcia contrajo el futuro escritor nuevas nupcias⁴⁰. La campaña contra Jerusalén y los demás bastiones de la resistencia, Masada es el más significativo, supuso la inminencia del final de una larga guerra de cuatro años y para Josefo la ocasión de volver a su ciudad, aunque en compañía de los enemigos y trabajando en favor de ellos; como negociador para conseguir la rendición judía, su lema es que Dios está ahora del lado romano⁴¹. Le tocó incluso en suerte resultar herido por un proyectil lanzado desde la muralla por los defensores, para regocijo y alegría de los que le consideraban traidor⁴². Dentro de las defensas, tal vez sin que los detalles llegaran hasta el exterior, una creciente división interna⁴³ ponía a los familiares de Josefo en la más extrema dificultad. Cada vez más decidido prorromano, aunque en el ejército de Tito había muchos que desconfiaban del obsequioso judío, entró en Jerusalén como vencedor sobre su propio pueblo y no tuvo más remedio que, acabada la campaña, marchar a Roma en compañía del príncipe triunfador. Lo que los horrores de la guerra y los excesos romanos habían hecho e hicieron padecer a los judíos fue asumido por Josefo entre la indiferencia y alguna que otra lágrima. Se conforma con salvar la vida y lograr la libertad de algunos judíos, entre ellos su propio hermano, y con el obsequio por Tito de algunos libros sagrados salvados de la destrucción⁴⁴. Ni siquiera la destrucción del Templo fue razón

suficiente para que nuestro personaje se desviara de su amigo romano. Más le afectaron los holocaustos voluntarios, al estilo de Sagunto o de Numancia. Ni héroes ni desesperados sin salida; para Josefo eran criminales, sólo porque no habían hecho lo que él.

El viaje a Roma se hizo por el Sinaí en dirección a Alejandría, para embarcar desde allí hacia las costas itálicas. En la gran ciudad grecoegipcia reencontró, tras el final de la guerra, a la que desde poco antes era su nueva mujer, conforme más arriba se dijo. El salto a Italia lo hicieron los casados en el séquito de Tito. En Roma les esperaba la celebración del triunfo del Imperio sobre Israel, sus pretensiones políticas y sus tradiciones religiosas, y la concesión a nuestro personaje de la ciudadanía romana⁴⁵, lo que comportó para él en adelante el gentilicio de *Flavius*, el *nomen* del Emperador, su protector. Josefo llevaba la carga de sus azares y sus remordimientos, de las incomprensiones y de sus nostalgias; y la esperanza de una nueva, plácida y prometedora vida a la sombra del Emperador y de su hijo, heredero a su vez del Imperio.

6. *Últimos años*

Los años postreros, oscuros, de la vida de Josefo no son los de su proecta y ya decrepita ancianidad. En principio podemos decir que Josefo tocó la vejez, pero no la vivió. En rigor, los últimos años de nuestro autor son los de su madurez. Inicia su retiro en Roma, dejando atrás definitivamente la Palestina de su juventud y de sus azares, a los treinta y tres años de edad, que no es precisamente el momento de retiro de un anciano. Bajo la cobertura, amistad y mecenazgo de Vespasiano y su casa⁴⁶, dedicó los decenios que le quedaban de vida a narrar los hechos de que había sido testigo y a

divulgar y ensalzar las tradiciones de Israel. Es ahora cuando escribe sus obras, probablemente en este orden: la *Guerra de los judíos*, las *Antigüedades judaicas*, la *Autobiografía* y el *Contra Apión*. Vive tranquilo, beneficiado sin duda del régimen económico reservado por los emperadores flavios a los intelectuales merecedores de subvención pública. El conflicto lo tiene en su casa y en su corazón. Sabemos que los problemas domésticos le llevan al divorcio de su mujer, que no es la primera, la joven judía de que se separara con tristeza cuando el estallido de la revuelta, sino la que ha tomado en Alejandría. Y el problema interno es el que desgarró al dislocado: depende de Roma y tuvo un decidido pasado antirromano; combatió con la revolución y abandonó a sus correligionarios; es judío y está entre paganos; fue vencido y está con el vencedor, de espaldas a los suyos; añora su tierra y su tradición, pero está en el exilio, aunque dorado exilio, olvidado y despreciado de los suyos. Es un patriota judío bajo patronazgo romano, la gran paradoja⁴⁷. Todo Josefo se explica por dos necesidades internamente sentidas: la de autojustificarse siempre y por todo y la de seguir apegado, con más fuerza si cabe, a las tradiciones de Israel.

La esposa alejandrina, de la que se divorcia, le deja un hijo, Hircano, nacido el año cuarto del reinado de Vespasiano⁴⁸, es decir, en el año 73 ó 74; otros dos niños no lograron sobrevivir. Ignoramos cuáles pudieron ser las causas profundas de la ruptura. Su mujer era, desde luego, también judía, y de esta condición compartida, pero tal vez entendida diversamente, pudieron venir las dificultades. Cuanto se ha dicho de que sería pagana y disenterían en lo tocante a la educación del único vástago es pura lucubración sin fundamento. Josefo se limita a manifestar inconformidad con su conducta⁴⁹. Prueba nuestro hombre nueva aventura

matrimonial, ahora con una cretense, de la que dice que estaba dotada de envidiables prendas y pertenecía a familia de abolengo⁵⁰. Esta unión le dio dos hijos más, Justo y Simónides Agripa, más jóvenes respectivamente que el hermano mayor en tres y cinco años.

Las contradicciones del desplazado no generaron problemas capaces de provocar cambio en el trato con la casa imperial. Josefo siguió fiel a la amistad y benevolencia de Vespasiano y nada varió cuando accedió al trono Tito, el príncipe amigo, y más tarde Domiciano. Los emperadores Flavios mantuvieron al sacerdote escritor judío y hasta le desembarazaron de enemigos correligionarios. Domiciano en concreto le hizo honor de concesiones fiscales muy generosas. Mientras tanto iba nuestro autor redactando y publicando sus obras. Tras la salida de *Antigüedades* y luego de *Contra Apión*, tiempos ya de Domiciano, perdemos del todo la pista a nuestro personaje y los proyectos literarios que por entonces anuncia⁵¹ no se convirtieron en realidad o, si alguno lo hizo, se perdió sin dejar rastro. Es muy probable que sobreviviera al segundo de los hijos de Vespasiano y que conociera por tanto el efímero y benéfico reinado de Nerva, que supone un cambio de Roma al respecto de los judíos domeñados; ni siquiera se puede descartar que su muerte tuviera lugar en los primeros años del imperio de Trajano frizando la sesentena. En rigor habría que asumir el laconismo de Hadas-Lebel: «Après 95, sa trace se perd»⁵². El final de Josefo se produjo oculto en una nube de la historia.

II. OBRA DE JOSEFO

1. «*Guerra de los judíos*»

Es ésta la primera obra escrita por Josefo, si no tenemos por independiente de la redacción griega conservada la versión original aramea publicada con anterioridad. El mismo autor, al comienzo de la *Guerra* escrita en griego, nos informa de la existencia del previo texto arameo y de las ayudas que precisó para una aceptable traslación a la lengua helénica. Dirigidas a diferentes tipos de lectores, una y otra de las versiones hubieron de tener matices distintos, aunque el grueso de la información recogida y su presentación fuera coincidente. Es el texto griego el conservado y de él dependen las versiones antiguas testimoniadas. La *Guerra* está compuesta en siete libros de desigual extensión, que los editores articulan en capítulos y párrafos asimismo desiguales numéricamente hablando. El libro I, el más largo, consta de treinta y tres capítulos y seiscientos setenta y tres párrafos; el de menor longitud es el penúltimo, el libro VI, de cuatrocientos dos párrafos en diez capítulos. El título con que el propio autor se refiere a esta obra en otros escritos, es el de *Perì tou Ioudaikoû polémou*⁵³, a saber, *Acerca de la guerra judaica*, aunque la tradición indirecta le atribuya denominaciones distintas⁵⁴, los editores desde Niese hayan preferido titular *Historia de la guerra judaica contra los romanos*, siguiendo a un solo manuscrito, el *Parisinus gr. 1425 (P)*, normalmente se la conozca simplemente como la *Guerra de los judíos*.

Esta obra de Josefo narra la historia de los judíos de Palestina desde Antíoco IV Epífanos, rey helenístico de Siria,

y las guerras de los Macabeos, hasta la guerra en que sucumbieron los últimos focos de resistencia contra Roma, la fortaleza de Masada el más importante, una vez producidas la caída y destrucción de Jerusalén ante el asedio de Tito; es decir, entre aproximadamente 170 a. C. y 73 d. C. No es preciso decir que la mayor parte del relato, cinco de los siete libros, se ocupa de la primera guerra judaica desde que estalla en tiempos de Nerón hasta su definitiva resolución. En sus párrafos introductorios ensaya el autor un esquema bastante prolijo de su obra para orientación del lector que, si se va a ver, refleja sólo muy parcialmente lo que es el contenido real de cada libro y de sus partes⁵⁵. O el cálamo le llevó a veces luego por otros caminos, o adelanta un sumario seleccionado, siendo esto último lo más probable.

Podemos resumir el contenido de este escrito josefeo de la siguiente manera: el libro I se abre con las advertencias introductorias de rigor, objeto e intención y el antedicho sumario, y repasa los acontecimientos palestinos desde el atentado de Antíoco IV sobre Jerusalén y el Templo hasta la muerte de Herodes el Grande, pasando por las guerras macabeas y la sucesión tempestuosa de la serie de monarcas asmoneos. Se detiene, pues, por el año 4 a. C. El libro II parte del advenimiento de Arquelao y toca el cambio fundamental que en el gobierno y administración de Palestina se produce a la caída de éste en el año 6 d. C., las relaciones de Roma con los tetrarcas y la actuación de los prefectos romanos hasta los tiempos de Nerón, señalando la inquietud judía y las concreciones liberacionistas de los grupos más extremados, los zelotas, desde Judas el Galileo hasta Juan de Giscala, contemporáneo riguroso y enemigo político del autor. Una vez resumida la historia inmediatamente precedente y presentadas las causas remotas y próximas del conflicto, viene el corto

libro III a presentar el estallido propiamente hablando de la guerra: Vespasiano al frente de las tropas de Roma, Josefo con la responsabilidad de Galilea, el asedio de Jotapata y la entrega de Josefo al vencedor y el anuncio al general de su accesión futura al trono imperial, así como la paulatina pérdida de la mayor parte de Galilea. El libro IV arranca de la caída total de esta región septentrional palestinese y se interrumpe en el momento en que Tito avanza hacia Jerusalén; a lo largo de los capítulos van apareciendo las actuaciones desesperadas de los zelotas y su caudillo Juan de Giscala, con la consiguiente división dentro del bando judío, y se hace referencia a la muerte de Nerón, la breve guerra civil romana y la proclamación de Vespasiano como emperador. En el libro V tenemos la primera parte de la guerra de Jerusalén; en él quedan descritos la ciudad, la situación política, militar y social de los sitiados, muy delicada, y el ejército romano sitiador, así como las medidas adoptadas, las primeras escaramuzas y el papel que correspondió desempeñar al propio Josefo. El desarrollo definitivo de la defensa y del asedio, hasta la toma de Jerusalén por los romanos, es el contenido del libro VI; pasan por sus capítulos las dificultades de los sitiados, el asalto a las murallas y la entrada de Tito en Jerusalén, cerrándose, a modo de apéndice, con una breve relación sobre las veces y circunstancias en que Jerusalén fue capturada a lo largo de la historia. El libro último, el VII, redondea el relato de la caída de Jerusalén mediante la descripción de las circunstancias que inmediatamente la siguen, especialmente la destrucción de la Ciudad Santa y del Templo, y del tratamiento dispensado a los vencidos, y continúa presentando las operaciones del ejército imperial contra los últimos bastiones de resistencia, en especial Masada, a cuya heroica defensa y drástica resolución final dedica pluralidad de párrafos⁵⁶, no sin referencias a algunos

sobresaltos en comunidades judías norteafricanas. Un breve epílogo al final de este libro VII viene a ser el cierre conclusivo de toda la obra, en el que hace protesta de puntualidad y verdad y se somete al juicio de los lectores.

La *Guerra* es formalmente un clásico relato de historia, más en particular el de un conflicto, atenido sin duda conscientemente al estilo marcado por los autores antiguos, especialmente por Tucídides y por Polibio. El gran historiador ateniense del siglo V a. C. le proporcionaba un cumplido modelo por dos básicas razones: por su indiscutible saber hacer y por narrar una guerra no sólo contemporánea sino incluso vivida en parte activamente por el propio autor desde unas responsabilidades militares de gran relieve. Polibio, historiador corintio del siglo II a. C., podía ofrecer a Josefo una imagen como de espejo, porque también él había luchado contra los romanos, había pasado a la Urbe una vez vencido su pueblo y había establecido lazos de amistad con los más conspicuos de los vencedores. Josefo, sin embargo, no puede sustraerse de sus propios fantasmas. Polibio no pretendió ser el compositor de un relato de guerra, notable diferencia. De Tucídides, el profundo y casi imparcial gran historiador ático de la guerra del Peloponeso, nuestro escritor judío queda, desde luego, a considerable distancia. Tres son, en resumidas cuentas, los objetivos de Josefo, los tres imperiosos: primero, agradar a sus protectores; segundo, contribuir a evitar algún otro levantamiento de compatriotas de la diáspora, y tercero, desde luego no el menor de sus afanes, ensalzarse y autojustificarse. Esta obra fue un acto de servicio de Josefo a sus protectores, pero no desdeñó su autor la ocasión del mayor beneficio personal posible.

No se puede establecer con seguridad la fecha de composición y publicación de la *Guerra de los judíos*. Es

probable que Josefo echara las bases a su relato en la cautividad de Cesarea y se convierte ya en cosa segura que tomaba notas en el campamento romano ante Jerusalén⁵⁷ y que, nada más llegado a Roma, comenzó a escribir de modo sistemático para justificar el mecenazgo que disfrutaba del Emperador. Como más arriba se dijo, comenzó por redactar en arameo. No sabemos cuándo pudo salir al público esta versión original; a no dudarlo, unos cuantos años antes que la griega. Para verter a la lengua helénica, tuvo Josefo dificultades y necesitó ayuda de colaboradores varios; pero el borrador en griego, sobre el que trabajarían sus ayudantes, tuvo que componerlo él, cosa que le llevaría bastante tiempo. Tanto se demoró la salida definitiva de la *Guerra*, que en el momento de su aparición ya circulaba algún que otro relato del enconado conflicto, muy poco del gusto de nuestro autor⁵⁸. Parece que la publicación del texto griego se produjo al final ya del imperio de Vespasiano⁵⁹, entre 75 y 79 d. C. Fecha *post quam* es la de 75, pues en este año se produjo la erección del *Templum Pacis*, que aparece mencionada ya en el texto de Josefo⁶⁰. Fecha *ante quam*, la de la muerte del primer emperador Flavio, pues es seguro que Vespasiano conoció el texto⁶¹. A lo más, cabría decir que Vespasiano pudo tener copia con anterioridad a la publicación propiamente hablando; ésta, en cualquier caso, hubo de tener lugar antes de 81, año de la muerte prematura de Tito.

2. «*Antigüedades de los judíos*»

Es éste el más voluminoso de los escritos de Josefo. Estamos ante un extenso tratado en veinte volúmenes sobre la historia del pueblo de Israel desde los orígenes hasta empalmar con la parte inicial de la *Guerra*. Precisamente lo que hace aquí Josefo es tratar aquello que, por excesivamente remontado en el tiempo, le parecía fuera de lugar incluir como

pórtico de su anterior obra⁶²: la vieja historia de los judíos, su origen como nación y sus avatares de siglos. La intención es clara: evidenciar la gran antigüedad de los israelitas, que es tanto así como demostrar su excelencia y nobleza. El título original es *Ioudaikè archailogía*, en traducción latina *Antiquitates iudaicae*, de donde deriva la manera usual por que se le conoce entre nosotros. Preciso es entender «arqueología» en el sentido primigenio del término: relato de la historia más remota⁶³. Así se aplica en referencia a los capítulos primeros de Tucídides y en el título del trabajo histórico de Dionisio de Halicarnaso: *Romaikè archaiología*. En este caso la designación ordinaria de la obra de Josefo responde a la pensada por el propio autor.

Los veinte libros de este largo escrito son de extensión diferente, aunque dentro de un cierto equilibrio general. Los editores organizan cada uno de ellos en un número variable de capítulos y párrafos, que oscilan respectivamente entre los ocho y los veintidós y entre los doscientos sesenta y ocho y los cuatrocientos noventa y uno. El libro I se abre con un prólogo en el que el autor explica sus propósitos y sus razones, así como la básica dependencia bíblica de sus páginas, y entra en materia tocando las raíces de Israel —y de la humanidad toda— desde la creación hasta la muerte de Isaac. Completa el libro II la historia, ya iniciada, de los patriarcas, arrancando con la historia de Jacob y de sus hijos y llegando hasta la huida de Egipto y el paso del Mar Rojo. El libro III está dedicado al vagabundeo de Israel por el Sinaí, conducido por Moisés, hasta la llegada a las puertas de la tierra prometida. En el libro IV, que narra los primeros conatos de conquista en tierras aledañas, se cierra la historia de Moisés hasta su muerte. La conquista propiamente dicha es el contenido del libro V, dedicado a la historia de Josué y de los primeros jueces. El VI

cierra el relato de la judicatura y le hace seguir el de la historia del primero de los monarcas, Saúl. La historia del rey David llena por completo el libro VII, mientras que el VIII se refiere a los hechos de Salomón y a la primera parte de las monarquías independientes de Israel y Judá, hasta la destrucción de Samaría por los asirios. El libro X sigue con el repaso de las presiones orientales en Palestina, ahora sobre el reino de Judá, e incluye la conquista de Jerusalén por los neobabilonios de Nabucodonosor y la cautividad en Babilonia. El período persa, hasta Alejandro Magno, es el objeto del libro XI, y en el XII se trata la historia helenística de Israel hasta las guerras macabeas. El libro XIII arranca después de la muerte de Judas Macabeo y acoge todo el período de la dinastía Asmonea hasta la muerte de Alejandro Janeo y sus inmediatas consecuencias. Continúa en el XIV la historia de los Asmoneos hasta las discordias romanas de la guerra civil, de las que sacará partido Herodes el Grande. Los libros XV, XVI y XVII completan la historia de Herodes hasta su muerte y sucesión por Arquelao. Arranca el XVIII refiriéndose a los gérmenes de los nuevos movimientos nacionalistas encabezados por Judas el Galileo y narra los acontecimientos de Judea, ya convertida en provincia romana, hasta el intento de profanar el Templo por parte de Gayo Calígula. El libro XIX completa la historia de la Palestina romana de tiempos de Calígula y continúa con el período de Claudio hasta la muerte de Agripa I, y el último, el XX, resume el período que va desde el gobierno de Agripa II y del prefecto Fado hasta las puertas de la primera guerra judaica contra los dominadores romanos.

Se trata de una magna obra que sintetiza toda la historia bíblica más los dos siglos previos a los momentos en que vivió Josefo. Bastante más de la mitad del escrito es una paráfrasis

de los textos bíblicos, aunque altamente interpretativa, de tal manera que nuestro autor merece sin duda que se le tenga por exegeta de la Escritura⁶⁴. Los últimos libros aportan un caudal de información inapreciable. Lo que pretende Josefo, que no escribe para sus correligionarios sino para los gentiles —como ocurre con la versión griega de la *Guerra*—, es presentar a quienes no la conocen la historia de Israel, la antigüedad y la importancia del pueblo judío, así como la excelencia de su religiosidad y el aprecio por los romanos, salvo excepciones, de su secular tradición. *Antigüedades* es a un tiempo una historia y una apología⁶⁵. El judío afincado en Roma y protegido de romanos expresa en esta voluminosa obra cuáles son sus raíces y cómo éstas, del todo nobles, no son discordes con la sociedad del Imperio, sino que, bien al contrario, constituyen una indudable aportación de grandeza religiosa y humana. Incorpora nuestro autor una gran riqueza de *haggadot* o tradiciones judías entremezcladas con la síntesis histórica, que no en balde está escribiendo en momentos de auge de la compilación y reflexión rabínicas, en las que eran maestros los fariseos, y que fariseo de formación y ejercicio había sido él mismo en su juventud y primera madurez. Ello hace que esta obra exceda con mucho en interés de lo que pudo ser el originario designio de Josefo; pudo escribir para gentiles, pero resultó un caudal inagotable para los judíos. Indudablemente la composición histórica de los períodos helenístico y romano y el material interpretativo y tradicional aprovechado, sin olvidar las fuentes que utiliza y nosotros conocemos tan sólo a través⁶⁶, hacen de *Antigüedades* una fuente fundamental para la historia del judaísmo.

Componer *Antigüedades* debió de suponerle a Josefo un trabajo de bastantes años; un esfuerzo en solitario de manejo del material y luego una labor de equipo para conseguir un

griego escrito de suficiente calidad. Los especialistas creen cosa segura que también tuvo ayudas aquí, del mismo corte de las confesadas para la *Guerra*. No faltan quienes, apreciando detalles y rastreando reminiscencias, pretenden identificar a algunos de los ayudantes de Josefo en la redacción última de *Antigüedades*, y así hablan convencionalmente del secretario tucidideo o del secretario sofocleo⁶⁷. La fecha de terminación de tan magno escrito de Josefo aparece expresamente en las líneas que le sirven de cierre. Dice el autor que coronó su obra cuando alcanzaba la edad de cincuenta y seis años y corría el año décimo tercero del reinado de Domiciano. Estas dos referencias cronológicas nos llevan hasta 94 d. C. Se introduce aquí, sin embargo, una cuestión que puede alterar todo lo referente a datación de la obra de Josefo excepto la *Guerra*: la de si hubo una o dos ediciones de *Antigüedades* y la conexas y consecuente de la fecha de publicación de los escritos menores, especialmente de la *Autobiografía*. Sin adelantar lo que se dirá en los apartados inmediatos, diremos aquí que una obra ya clásica de Laqueur, hace bastantes decenios⁶⁸, pretendió ver dos conclusiones de *Antigüedades*⁶⁹, una que sería la del año expresamente señalado, el 94, y otra que correspondería a la reedición de momentos posteriores. No pocos autores han seguido esta hipótesis, que ni está suficientemente fundamentada ni deja de tener alguna que otra dificultad. Quienes piensan que hubo una segunda salida de *Antigüedades* la sitúan en el salto de siglos, pasado el año 100⁷⁰; quizá sea más prudente quedarse con la letra de nuestro autor y desechar la idea de las dos ediciones⁷¹.

3. «Autobiografía»

Como ha señalado ajustadamente Momigliano, no ha legado la Antigüedad significativo caudal del género autobiográfico⁷². A lo más, algunos discursos autodefensivos

con referencias vitales propias, y reflexiones e introspecciones que de alguna suerte son desvelamientos del sí, como podrían ser los *Pensamientos* de Marco Aurelio y las *Confesiones* de San Agustín; o, sería posible añadir, algún relato de acontecimientos concretos vividos por el autor, pero narrados con aparente distanciamiento, como los de Julio César. La presentación del propio itinerario vital, completa, minuciosa y en primera persona, no es cosa que se dé. La *Autobiografía* de Josefo es, pues, un *hápax* literario en el mundo grecorromano. La importancia de esta excepción es grande, porque la personalidad de Josefo y su itinerario vital son fascinantes, y porque nuestro autor pertenece y se refiere a unos acontecimientos y a un mundo tan atractivo como complejo. A esto se añade, ya en otro plano, la gran significación psicológica del género, que nos va presentando fenómenos siempre ilustrativos cuales la reinterpretación de la propia niñez, la autopresentación como figura singular⁷³ y el desvelamiento muchas veces inconsciente de la propia verdad interior; filtros e iluminación a un tiempo de la realidad personal y de contexto que es la referencia fundamental del autobiógrafo. Estamos pues, por varias razones, ante un opúsculo de subido interés.

Los editores presentan la *Autobiografía*, título que obviamente no se remonta al autor, como un solo libro organizado en setenta y seis capítulos y cuatrocientos treinta párrafos. A lo largo de su texto va haciendo Josefo memoria selectiva y desigual de los avatares de su vida, arrancando de su nacimiento y su entronque familiar y acabando con la sucesión de Tito por su hermano Domiciano y los favores que la nueva pareja le dispensaron, al surco de lo que habían hecho los anteriores mandatarios de la dinastía Flavia. Es curioso que el autor antiguo cuya vida nos es mejor conocida, gracias a

este texto, sea al mismo tiempo uno de los más enigmáticos en lo referente a sus últimos años, precisamente los no incluidos en el relato. La *Autobiografía* es, pues, fuente fundamental para el hombre Josefo, y dado que el hombre desempeñó destacado papel en su momento, también para la circunstancia histórica. Esta importancia que destaco no está reñida con la debilidad indiscutible de muchos pasajes del escrito. Por una parte, son claras las divergencias y aun contradicciones entre esta y otras obras del autor, en especial la *Guerra*; de otro lado, los tics egolátricos y patológicamente autojustificatorios tan patentes en este texto obligan ya, sin más, a desconfiar de ciertos extremos de lo que se afirma y apurar la crítica posible, aunque sólo sea por el próximo riesgo de hipérbole y de manipulación interesada. Josefo escribe presionado por su discutida conducta y, más particularmente, polemizando con un implacable contradictor que le ha salido, Justo de Tiberíade⁷⁴, autor de un relato de la guerra judaica que produjo a nuestro autor profunda indignación, no sólo por la presentación general de los hechos, sino también por alusiones concretas a su persona que le dejaban malparado. Quizá porque no lo pudo evitar, Josefo se rebajó a polemizar con Justo en unas páginas que, como bien dice Hadas-Lebel, no se puede decir que le favorecieran y favorezcan⁷⁵; lo que no contradice el interés que encierran para nosotros, léidas con la crítica que requieren. Es el calor de la polémica y la debilidad de algunas piezas del universo político de Josefo lo que explica los aducidos contrastes entre lo que en *Autobiografía* afirma y lo escrito anteriormente en la *Guerra*.

No es fácil fijar el momento exacto en que Josefo compuso su *Autobiografía*, aunque es indiscutible que el escrito pertenece a los últimos decenios de la vida de su autor, es decir, a la etapa de residencia en Roma. La última referencia

datable es la antedicha de la subida de Domiciano al trono del Imperio, que ocurrió en el año 81 d. C. Lo más probable es que la publicación del texto sea posterior a esa fecha, bien porque la redacción también lo sea, o porque, iniciada antes, pudiera quedar coronada después de ella. Es cierto, de todos modos, que la composición de este relato autobiográfico es posterior a la de la *Guerra*, texto éste que, cual ha quedado ya dicho, es el primero de los de Josefo, y no menos cierto es que circuló o desde el principio o desde muy pronto como apéndice de las *Antigüedades*; y, dado que el texto de *Antigüedades* ha hecho pensar a muchos, como vimos en el anterior apartado, que presenta dos conclusiones⁷⁶, correspondientes a dos redacciones distintas, no es arriesgado afirmar, bien al contrario, que, si la teoría de la doble redacción responde a los hechos, la *Autobiografía* quedó añadida a la segunda de las ediciones de la obra larga, pues líneas antes de la segunda conclusión anticipa el autor que va a proceder a decir algo sobre su linaje y sobre los hechos de su vida⁷⁷.

Los dos pretendidos cierres de *Antigüedades* enmarcan la presentación y explicación de la *Autobiografía* que se edita aneja, y el segundo lleva referencia cronológica muy precisa: el presente del Josefo que escribe está en el año decimotercero del reinado de Domiciano y en el cincuenta y seis de su propia edad. Estas dos concreciones temporales apuntan a 94 d. C. Suponiendo que el cierre segundo sea el más reciente, ¿es esa de 94 la fecha *ante quam*, o la *post quam*? Porque podría ser que de hecho no se esté anunciando el comienzo de su redacción, sino que la *Autobiografía* está terminada y se edita en añadido. Si la verdad corresponde a la segunda posibilidad y el relato de la vida de Josefo está ya cerrado en el 94, ignoramos si fue escrito poco o mucho antes. Recuértese que

la última alusión temporal interna es el advenimiento de Domiciano en el 81. Pero ¿la segunda conclusión es la que se escribió después o la de la edición original? La verdad es que, si atribuimos cronología inversa a las dos conclusiones, la dificultad nos queda un tanto atenuada. Normalmente veremos en los autores que *Autobiografía* es posterior a 94 y que se editó tras el salto de siglos, porque Agripa II murió en el 100 y en uno de los pasajes se le da ya por desaparecido⁷⁸. Eso comportaría que la conclusión fechada en 94 no es la segunda sino la primera y original, cosa posible, ciertamente, pero que no llega a verse demasiado clara. Además, se ha señalado la discutibilidad de la fecha del 100 para la muerte de Agripa, que no tiene apoyos anteriores al siglo IX⁷⁹. Por el otro extremo, propuso hace decenios Laqueur que este texto debía de ser el más antiguo de los escritos por Josefo, anterior a la *Guerra* y, por lo tanto, no del tiempo de la segunda publicación de *Antigüedades*, y que se trataría originalmente del informe redactado por Josefo para justificarse ante el Sanedrín⁸⁰, pero esta temprana fecha propuesta y ese carácter prácticamente oficial del documento que se sugiere para la *Autobiografía* —y que exigiría redacción original en arameo y, por tanto, índole lingüística muy diferente a la de *Antigüedades*— no han recibido la común aceptación de los críticos, aunque no le ha faltado algún que otro seguidor. Así, Cohen, uno de los más recientes, ha propuesto que Josefo redactó muy pronto un borrador (él no habla de documento oficial, como Laqueur), que luego utilizó en la *Guerra* y más de cerca en la posterior *Autobiografía*⁸¹. Pero no es bueno asirse a arriesgadas o extravagantes hipótesis como solución de un problema que se resiste a dejar de serlo. Tal vez lo mejor, por más simple, sea aceptar el punto de vista de Rajak: la *Autobiografía* se publicó en el 94 d. C. como añadido a la única edición de las *Antigüedades*⁸². Sólo aceptando las dos

ediciones de *Antigüedades* y la fecha tras el año 100 de nuestro escrito, ambas cosas muy dudosas, se puede decir que *Autobiografía* es la última obra terminada de Josefo, como hace Hadas-Lebel en principio equivocadamente⁸³. Tal circunstancia parece corresponder al tratado *Contra Apión*, del que se ocupa el apartado siguiente.

4. «*Contra Apión*»

Si *hápax* es el género literario de la *Autobiografía* de Josefo, no menos ejemplo único es el opúsculo llamado *Contra Apión*, pues no existe, perdido el texto de la de Filón de Alejandría, ningún otro modelo de apología projudía. En cambio, sí tenemos algunos precedentes del género en la tradición griega, aunque sea a través de manifestaciones distintas de la polémica, como la oratoria o la diatriba⁸⁴. Estamos ante un escrito en dos libros, que los editores organizan respectivamente en treinta y cinco capítulos y trescientos veinte párrafos, y en cuarenta y un capítulos y doscientos noventa y seis párrafos. El título de uso, *Contra Apión*, es convencional y desde luego no se remonta ni mucho menos al autor⁸⁵. Apión es el nombre del personaje con el que Josefo polemiza. Las referencias indirectas⁸⁶ nos llevan a suponer un título que más o menos sería *Acerca de la antigüedad de los judíos*. En los párrafos introductorios relaciona Josefo su *Contra Apión* con *Antigüedades judías*⁸⁷; porque uno y otro pretenden demostrar la antigüedad de las raíces históricas de Israel y porque, más precisamente, el escrito que ahora comentamos es una respuesta a las reacciones adversas que *Antigüedades* suscitara. Dice Josefo que su obra anterior probó suficientemente cuánto se remontan en el tiempo los orígenes de su pueblo y cómo no pocos lectores dieron escaso crédito a sus razones basándose en que los autores griegos no se hacen eco de tal pretendida

antigüedad. Se ve forzado, pues, a escribir de nuevo y refutar las sinrazones de sus contradictores.

El punto de partida de Josefo es diametralmente contrario a la opinión de aquellos contra quienes polemiza. Si criticaron la presentación de hechos de *Antigüedades* porque los griegos no conocieron a los judíos, evidencia de que eran anteriores, nuestro autor dirá que es el pueblo helénico el más reciente y que los escritos griegos documentan lo bastante de los judíos como para que sea posible afirmar su origen remoto y la falsedad de las ideas de sus lectores adversarios. Pero hay otra cosa, relacionada con lo que precede, que para Josefo es muy importante: los judíos no constituyen una amalgama de gente baja, marginal y advenediza, sino que presentan timbres de nobleza en dilatada historia. Al defender la antigüedad, está defendiendo Josefo la nobleza de su pueblo. Dedicar el libro primero a insistir sobre la posterioridad helénica y la prioridad judía. La historiografía griega queda presentada como tardía y deficiente⁸⁸, mientras que se alude a la atávica redacción de registros y crónicas, cuidados y fidedignos, en los ambientes sacerdotales de Israel⁸⁹. Podrán no hablar los autores griegos de los judíos, lo que no es del todo exacto, como apunta Josefo, pero ello será más por desconocimiento que por precedencia⁹⁰, y nos recuerda cómo los viejos pueblos orientales sí han dejado en sus escritos memoria de Israel y de su vieja raigambre⁹¹. Todo lo más, los judíos han sido víctimas de la malquerencia envidiosa o despreciativa de algunos, especialmente de los egipcios.

En el libro segundo abre ya Josefo polémica directa contra el gramático Apión, su principal oponente, precisamente un egipcio. En casi la mitad exacta del libro, hasta el párrafo 144, no hace nuestro autor sino refutar los errores y especies malevolentes al respecto del pueblo de Israel que propaga el

alejandrino. Es evidente que Apión es su principal referencia polémica —de ahí el falso título que luego se haría popular—, pero no su adversario activo. Apión no es un contemporáneo estricto, el más conspicuo de quienes hayan podido manifestarse expresamente contra la tesis de *Antigüedades*, sino que se trata de un autor del pasado, aunque sea de un pasado relativamente reciente. No hay que pensar, pues, que Josefo escribe contra Apión porque éste hubiera publicado un texto contrario a las *Antigüedades*, entre otras cosas porque apenas habría habido tiempo, como se desprende de la cronología relativa de las dos obras josefeas, cuestión a que llegaremos en seguida. Apión, en todo caso, es la autoridad principal de los discrepantes, y es tan rigurosa y sistemática la polémica de Josefo con él, que no han faltado quienes hayan creído posible recomponer en sumario bastante explícito lo que fue el panfleto antijudío del alejandrino⁹², del que también tenemos, por cierto, tradición indirecta fuera de Josefo⁹³.

La otra mitad de este segundo libro se desentiende ya del tono polémico y pasa a ser una minuciosa y pausada exposición de lo que es el judaísmo: su idea excelsa de Dios⁹⁴, sus leyes⁹⁵, su articulación política, sus instituciones y sus costumbres, sin dejar de insistir en la dimensión religiosa de toda la vida israelita, de modo que de Dios —y su ley— vendrán castigos a los transgresores y de Dios se espera cumplida compensación para los fieles observantes⁹⁶. Y, desde luego, si de algo hace gala el israelita es de respeto a la tradición⁹⁷ y de fidelidad a los preceptos⁹⁸, muy humanos por lo demás⁹⁹, de su tradición religiosa. No deja Josefo de descender a la comparación directa del universo religioso de Israel con el del paganismo grecorromano, politeísmo inmoral y ridículo a toda vista censurable. Frente a una religiosidad, la pagana, que no resiste el más suave análisis de un hombre

exigente y sabio y que, por consecuencia de su misma debilidad, no ha sido capaz de humanizar al hombre griego¹⁰⁰, el judaísmo ha logrado la captación auténtica de la naturaleza de Dios, goza de unas leyes indiscutiblemente superiores y ha demostrado estar en condiciones de expandir sus ideas y suscitar seguidores.

El *Contra Apión* toma como referencia para el contraste el ambiente cultural griego, tanto griego antiguo como griego helenístico. Roma, salvo en la medida en que sea deudora del legado helénico, no es para Josefo el blanco para la controversia. Lo que aquí encontramos es un testimonio personal y apasionado de lo que es el judaísmo para un israelita del momento y cómo lo ve, más precisamente, un creyente ilustrado; pero siempre con el contraste de la radical debilidad del helenismo. Es como si en Roma se estuviera ventilando la pugna entre dos tradiciones, la helénica y la oriental —su más depurada representación, Israel—, y Josefo pusiera toda la carne en el asador en respaldo de la segunda. De hecho, el mundo romano se encontraba en lento proceso de orientalización y el antijudaísmo radicaba por entonces en los ambientes ciudadanos griegos. La tarea que se da Josefo, amigo de los romanos y afincado en la propia Roma, es dar a conocer la excelencia de la religiosidad y del humanismo judaicos y mostrar su superioridad sobre lo que Grecia legó a través de su dilatada, aunque reciente, y sobrepreciada tradición literaria. Hasta Homero queda rebajado en tiempo y autoridad por Josefo, quien en esto abre camino y suministra razones a un sector humanista minificador de los grandes poemas épicos primitivos de Grecia¹⁰¹. Egipto no es más que una cantera de apoyaturas, que Josefo naturalmente explota, gracias a sus anales antiguos, y el lugar en que, al presente y al próximo pasado, más claramente se manifiesta la inferioridad

helénica y la malquerencia antijudaica. El enemigo, evidentemente, es Grecia.

Uno de los aspectos que más interesante hace el *Contra Apión* para nosotros es su gran caudal de citas de autores antiguos, acotaciones literales, resúmenes o meras alusiones. Se trata, pues, de un regalo para lo que conocemos como tradición indirecta. Unas veces se trata de autores y obras conocidos, otras de autores u obras para nosotros perdidos. En algunas ocasiones se nos dan las referencias con toda precisión, en otras de forma inconcreta e incluso anónima. Y, en diferente pero no menos importante dimensión, a veces nuestro autor es respetuoso con aquellos a quienes menciona y utiliza, a veces los manipula y traiciona. Una primera pregunta que procede formularse es la de si Josefo tuvo contacto directo con todos los escritos a que se refiere o si, con mucha o alguna frecuencia, cita de segunda mano, a través de otros autores o de antologías circulantes. Desde luego, llama la atención la enorme representación de autores anteriores que tenemos en este escrito. Hay un pasaje en concreto que ha hecho pensar a algunos que Josefo utiliza un florilegio de citas textuales de muchos autores referidas precisamente a la cuestión de la antigüedad judía: aquel en el que dice que el siguiente autor que hay en el «texto» es Beroso¹⁰². ¿Huella de esa supuesta antología? ¿Tan sólo una inoportuna glosa? No es fácil saberlo, y los autores modernos han tomado partido por una y otra de ambas posibilidades¹⁰³. Estén o no en lo cierto quienes prefieren pensar que Josefo ha utilizado recopilaciones, es innegable la importancia de las citas de escritos que sólo conocemos por estos testimonios indirectos, como tampoco podemos negarle a nuestro personaje que hubiera sido lector directo de numerosas obras antiguas y, por descontado, de los escritos antijudíos que le eran cercanos en el tiempo.

La fecha de composición del *Contra Apión* es bastante fácil de establecer. Por una parte, sabemos de su posterioridad con respecto a *Antigüedades*, dado que el propio autor así lo manifiesta al decir que escribe para salir al paso de las reticencias suscitadas entre los lectores de dicha obra, y la cronología de ese otro escrito de Josefo es prácticamente segura: 94 d. C. De otro lado, tanto el primero como el subsiguiente de los textos de Josefo sobre la antigüedad de su pueblo están dedicados a Epafrodito, un liberto imperial que fuera secretario de Nerón y que, caído en desgracia, sería ejecutado por Domiciano en el año 96. El *Contra Apión* tiene, por tanto, el 94 como fecha *post quam* y el 96 como momento *ante quod*. El tracto temporal para la redacción y publicación de este escrito es en consecuencia bastante corto, más todavía si ubicamos la muerte de Epafrodito no en el 96 sino en el 95, como hace Troiani¹⁰⁴. Esos dos aproximados años parecen suficientes para pulsar las críticas del ambiente a la primera obra y para redactar holgadamente la segunda, siendo así que ésta no es en exceso larga y que muchos de sus elementos se encuentran ya en *Antigüedades*. Lo que parece difícil es que fuera tiempo bastante para que Josefo se las hubiera visto con críticas escritas y publicadas.

5. Ideología

Cual se puede desprender de lo anteriormente visto, tres son los compromisos sobre los que descansa la obra de Josefo y que la hacen comprensible: sin que el orden signifique gran cosa, el primero con sus protectores romanos, el segundo con las tradiciones judías y el tercero consigo mismo. Los tres se imbrican en un curioso equilibrio general, que sin embargo se distorsiona si atendemos en particular a cada una de las obras. Así en la *Guerra* pesa más el compromiso con Roma, en *Antigüedades* y *Contra Apión* el que tiene con el alma israelita

y en la *Autobiografía* se impone el que le empuja a la defensa de su persona y de su actuación. Pero este sobresalir de cada aspecto no comporta la desaparición en cada escrito de los otros dos. En la historia y religiosidad del pueblo judío encuentra Josefo sus raíces; en su entrega a Roma, la solución de su vida, y en sí mismo, el problema con el que este hombre, entre vanidoso y acomplejado, está condenado a vivir. Todo esto explica que los escritos de Josefo sean una glorificación de Israel, una justificación del Imperio y una autoexaltación personal. Sus contrarios son, y es obvio, los sustentadores de la tradición helénica despreciativa del pueblo judío, los enemigos de Roma y quienes personalmente le tachaban de sospechoso y de traidor. En Roma se le enfrentan quienes no simpatizaban con Israel; dentro de su pueblo Josefo no puede entenderse con los independentistas radicales.

Al margen de esto, que es el entramado ideológico básico de nuestro autor, debemos considerar la forma que Josefo tiene de aproximarse tanto a la esencia de Israel cuanto a la realidad del mundo y de los hombres. Quedó ya dicho que su opción última, allá por la primera juventud, fue la del fariseísmo. Pues bien, no dejó de ser nunca un fariseo. Y no sólo porque en sus escritos hace exégesis rabínica a un tiempo que historia o polémica, sino porque evidencia fidelidad a las líneas maestras de la filosofía y la teología fariseas. La secta elegida por Josefo, sin duda la más respetable y respetada de las cuatro grandes del judaísmo del momento, se caracteriza por un régimen de vida sobrio y gratificante, un cuidado especial en el estudio de la Ley y una sabia conjunción de dos principios aparentemente contradictorios: la libertad humana y la providencia de Dios¹⁰⁵. Josefo confiesa que una de las cosas que le atrajeron del fariseísmo fue su sensato y exigente tenor vital, un tanto próximo a lo que era el estoicismo de los

griegos. Sin duda a lo largo de su vida laboriosa fue consecuente con esta opción. Por otro lado, toda la historiografía de Josefo refleja ese reconocimiento de que la sucesión de acontecimientos tiene por determinante la necesaria conjunción de la voluntad de los hombres y los designios actuantes de Dios. Por esto último se separa Josefo de los historiadores clásicos que le sirven de modelo.

Lo que en la obra josefea hay de particular es esa idea de que la voluntad divina planea sobre la historia¹⁰⁶ y, sin anular el libre albedrío de los hombres, la condiciona y la dirige. Nuestro autor es un decidido providencialista. No es que los hombres y las causalidades inmanentes sean juguete de un ciego azar o de un capricho demoníaco, sino que una inteligencia y una bondad transcendentales va contribuyendo a marcar las pautas del devenir histórico. Eso le lleva a conjuntar en su relato una doble dimensión etiológica: la causalidad en el plano humano y la causalidad en el plano transcendente¹⁰⁷. Josefo tiene claro que la historia de Israel es resultado en gran medida del seguimiento que Dios hace de su pueblo, unas veces propiciando el castigo, las más de ellas concediéndole respiros de liberación. Y si, en plenas dificultades de la guerra, él resuelve pasarse a los romanos, es —nos lo refleja insistentemente— porque cree firmemente que Dios ha decidido favorecer al gran Imperio dominador. El Dios providente de Josefo no es ni reservado ni traicionero; bien al contrario, nunca deja de comunicar mediante signos las alternativas siempre fundadas de su voluntad¹⁰⁸. En esto es nuestro personaje un hijo del Libro, pero claramente en versión farisea.

La gran lección que Josefo extrae y comunica es la grandeza de Dios como modelo, el mejor, para el hombre. En el fondo, Josefo es un moralista; y habría ejercido de tal de

manera más expresa, si hubiera podido escribir alguna de las obras que tenía en proyecto. El resultado de su quehacer como historiador es lo más lejano de la imparcialidad, porque el providencialismo tal cual lo asume el escritor judío es un sólido cimiento para convertir la estructura mental básica sobre la que se apoya en voluntad divina y, por lo tanto, en incontrovertible certeza. Así, Josefo es a la postre puro dogmatismo, que impregna cuanto escribe, y su pretextado servicio a la verdad histórica, que le lleva al convencimiento de que es imposible hacerlo mejor¹⁰⁹, acaba en imparcialidad imposible¹¹⁰. Su principal y más admirado modelo, Tucídides, queda absolutamente traicionado.

6. *Método histórico*

Para los contenidos que le interesan, en gran parte muy lejanos de lo que es la tradición helénica, sin perjuicio del providencialismo de raigambre judaica que informa su modo de interpretar la concatenación de los hechos, Josefo emplea una expresión formal típicamente griega, al menos para los dos relatos grandes, los históricos, ya que *Autobiografía* y *Contra Apión* son en ellos mismos escritos carentes de estrictos paralelos en la tradición clásica precedente. Nuestro autor se atiene al modelo historiográfico griego y utiliza un griego de *koiné* muy respetuoso con sus antecedentes áticos. Posiblemente gracias a la ayuda de sus colaboradores de redacción y estilo, la lengua que Josefo maneja es lo bastante rica y ajustada, ornada incluso de reminiscencias y expresiones hechas o sentenciosas, como para que sea legítimo hablar de suficiente calidad formal. No es Josefo de los que se conforman con comunicar lo que se quiere sin preocupación por la forma de hacerlo; como en algún lugar manifiesta, en referencia a la recomposición de acontecimientos remotos y nebulosos, tanto importa acertar con un estilo que haga

agradable la narración como atenerse a la verdad de los hechos¹¹¹. Es el afán por que el estilo resulte cuidado y hasta elegante, en la medida de lo posible, lo que llevó a Josefo a utilizar ayudas, pese a que su conocimiento de la lengua helénica hubo de alcanzar cotas de suficiencia y a que sus lecturas llegaron a ser muy vastas¹¹².

Aunque algunos adornos de su prosa pueden deberse al saber hacer de sus ayudantes de estilo, no sería justo privar a Josefo de cualquier mérito formal. Aunque uno de ellos, por ejemplo el auxiliar convencionalmente llamado «tucidideo», pueda haber introducido detalles del gran historiador ateniense, es indudable que el propio Josefo conocía lo bastante a Tucídides como para tenerle por modelo. De él es deudor, como otros muchos historiadores helenísticos y romanos, en su afán de concatenar los acontecimientos y fenómenos mediante una compleja explicitación etiológica, así como en el juego de las piezas oratorias intercaladas. Como en Tucídides, los discursos de Josefo son construcciones literarias en las que el historiador construye retórica y dramáticamente una escena, en la que, partiendo de una verosímil proximidad a lo que un personaje concreto pudiera manifestar en una circunstancia determinada, el propio autor expresa sus puntos de vista o lo que le interesa poner en esa boca ajena. Al surco de este modelo, los discursos que salpican los relatos de Josefo son más del autor que de aquellos a quienes quedan atribuidos. La proximidad formal de Josefo a Tucídides es incontrovertible, aunque algunos detalles apuntan ya en nuestro autor más bien hacia historiadores posteriores como Polibio y Dionisio de Halicarnaso. Habría que establecer, de todos modos, una diferenciación entre la *Guerra* y las *Antigüedades*. La primera es la historia de un conflicto directamente conocido y vivido por el autor, como ocurriera

con Tucídides y la guerra del Peloponeso; la segunda es una gigante modalidad de la «Arqueología» tucididea. El gran historiador ateniense da la medida de sí mismo sobre todo en lo que escribe con conocimiento directo; Josefo se acerca más al extraordinario modelo de aquél en su escrito basado en información menos mediatizada. Hasta los discursos suenan con calidad diferente en una y otra de las citadas obras del escritor judío; mejor contruidos y encajados los de la *Guerra* que los de las *Antigüedades*.

En lo que a vías de información se refiere, las obras de Josefo admiten simple clasificación a pares. La *Guerra* y la *Autobiografía* dependen más del conocimiento directo, y *Antigüedades* y *Contra Apión* son sobre todo deudoras de escritos anteriores. Resulta curioso, sin embargo, encontrarse con notables divergencias no entre textos derivados de información indirecta o entre éstos y otros basados en testimonio directo, sino en pasajes de las dos obras fundamentadas en autopsia del autor. Entre *Guerra* y *Autobiografía* hay claras incoincidencias, que a veces van no poco más allá del detalle, en particulares referentes a lo directamente vivido por el personaje. Ello puede indicar, y habrá de las tres cosas, deterioro de la memoria, reconstrucción de los recuerdos o variación interesada. Preciso es tener en cuenta, de todos modos, que para narrar una historia rigurosamente contemporánea e incluso de la que se ha sido protagonista, se necesita con frecuencia de información ajena, que llena vacíos o ayuda a mejorar apreciaciones. Para los acontecimientos de la Palestina en guerra, Josefo dispuso de escritos precedentes y hasta quizá de documentación más o menos oficial. En consecuencia, incluso para la recomposición de lo más inmediatamente vivido hubo de proceder nuestro historiador a un manejo de fuentes.

Las páginas de Flavio Josefo reflejan una heurística muy ambiciosa, sobre todo *Antigüedades* y *Contra Apión*. Es tanto el material ajeno citado que se hace difícil admitir que haya podido utilizarlo sin una cierta proporción de ayuda; y no me estoy refiriendo a secretarios, sino a instrumentos que le aportaran ya algo de elaboración: estudios anteriores o, más especialmente, antologías en mayor o menor medida monográficas. Para cuanto tiene que ver con la antigüedad judía el empleo de estos materiales selectos y organizados parece cosa segura, como también lo es que los autores fenicios que Josefo menciona los conoce a través de Polihistor. En nada se opone esto a la rica erudición del rabino historiador, que es indiscutible; Josefo leyó mucho, supo mucho y redactó desde un caudal ingente de lecturas, desde las más lejanas a su espíritu hasta las de un autor tan próximo a él en tantos sentidos como Filón de Alejandría¹¹³. La obra de Josefo es una mina de tradición indirecta, lo mismo de autores explícitamente citados, de quienes a veces se nos dan interesantísimas citas —es el caso, por ejemplo, de Manetón¹¹⁴—, que de los muy utilizados, pero sin citarlos, como ocurre con Nicolás de Damasco, fuente principal para los libros de *Antigüedades*, del XIV al XVII, que tratan sobre Herodes y Arquelao¹¹⁵. No es preciso decir que fueron los libros bíblicos, sobre todo los del canon judío, los que proporcionan más inagotable fuente de información a Josefo; conocía la Ley muy bien, como buen fariseo, y de ella arranca para la redacción de gran parte de sus páginas. En los bastantes libros de *Antigüedades* dedicados al pasado remoto de Israel, digamos que hasta el XIII, lo que tenemos es básicamente un seguimiento flexible de la documentación bíblica. Josefo cita y aprovecha, extracta y amplía, parafrasea y selecciona, respeta y corrige, altera e interpreta¹¹⁶. Hace crítica bíblica, en la medida en que cabe, aunque lo cierto es

que la crítica más libre la reserva nuestro historiador para la literatura ordinaria, digamos helénica en sentido amplio, y sobre todo para la que es enemistosa con el pueblo judío o la recentísima que a él le deja en lo personal escasamente airoso. En algunos casos ni siquiera critica, sino que desautoriza sin contemplaciones o se emplea a voluntad e interés en el juego de la polémica. El prólogo a la *Guerra* es muy riguroso con los predecesores, a quienes reprocha su desconocimiento y su parcialidad¹¹⁷; en *Antigüedades* acusa a los autores de dejarse llevar por varios intereses, pero no por el amor a la verdad¹¹⁸, y en *Contra Apión* minusvalora, generalizando, la tradición histórica griega¹¹⁹. Atribuye, en cambio, valor probatorio a determinado tipo de autoridades y a la documentación oficial romana¹²⁰, como la que jalona el libro XIV de *Antigüedades*.

Para valorar sus fuentes y proceder a una crítica histórica que le permita aproximarse a esa verdad que es su meta, acude Josefo a un vario puñado de criterios, unos más explícitos que otros. Prefiere la autopsia a la dependencia; atribuye más autoridad a quien escribe de acontecimientos contemporáneos que al que ensaya reconstrucciones históricas de pueblos y tiempos remotos; sospecha de quienes rezuman fobias; juzga los escritos por el valor de la antropología que los impregna; aprecia la coherencia y desecha cuanto da pruebas de contradicción o anacronismo; antepone el documento a la opinión y entiende que la verdad religiosa apuntala mejor que el error una determinada presentación de hechos; acepta como salida válida la composición de testimonios o síntesis de distintos, y por último, de una serie de mecanismos críticos susceptible todavía de alargarse más, confiere un gran peso a lo que la teoría moderna de la historia denomina atestación múltiple.

7. El «Testimonio Flaviano»

Preciso es decir algo, aunque sea brevemente, sobre una cuestión que ha hecho correr mucha tinta durante siglos y sigue siendo todavía una de las piedras de toque de la crítica aplicada a los textos que nos han llegado a nombre de Josefo. Me refiero al problema que constituye el tradicionalmente denominado *Testimonium Flavianum*. Josefo nació muy pocos años después —tal vez siete, quizá sólo cuatro— del proceso y muerte de Jesús, que tuvieron lugar en su misma ciudad, Jerusalén. Creció, pues, y se inició en el judaísmo activo cuando la memoria del rabí de Nazaret, su predicación y los acontecimientos que tuvieron que ver con su final, estaba todavía intacta y sin duda era objeto de conversación y de juicio. Fue riguroso contemporáneo del nacimiento del cristianismo y en concreto de la comunidad primitiva de Jerusalén. Conoció sin duda a los discípulos del ejecutado, proclamado por muchos como mesías resucitado. Es indudable que Josefo estaba muy interesado por las sectas judías de su tiempo —él mismo habla de búsqueda personal entre ellas—, y no menos cierto es que el cristianismo es en origen un movimiento surgido en el propio judaísmo. Dado que nuestro autor escribe sobre la historia del judaísmo de su tiempo, incluidas las sectas, podemos preguntarnos si de su cálamo salió algo referente al cristianismo embrionario, sus personalidades y los hechos relacionados. El texto transmitido de las obras de Josefo ahí está, pero sabido es que puede haber mucha distancia entre lo escrito por un autor y lo que al final nos lega la tradición manuscrita. Interesa saber lo que hubo en los originales josefeos que tenga que ver con el cristianismo, si es que hubo algo. En caso afirmativo, importaría saber qué exactamente. Si nada escribió al respecto, se impone la pregunta de por qué guardó silencio.

En el libro XVIII de *Antigüedades*, precisamente el mismo en que dedica largo pasaje a las sectas judías y recoge algunos hechos de Poncio Pilato, tenemos una referencia a Jesús: el *Testimonium Flavianum* en sentido estricto; un pasaje ensalzatorio del nazareno¹²¹. En el XX está el episodio de Santiago, el tempranamente ejecutado primer responsable de la iglesia de Jerusalén, en el que hay mención marginal de Cristo¹²². Pero esto que encontramos en los códices, ¿se debe al propio Josefo o es interpolación posterior de un piadoso copista cristiano¹²³? El problema se complica, cierto que no en exceso, con la pluralidad de alusiones al cristianismo que nos ofrecen las diferentes versiones de la *Hálosis*, como es el caso de la veterorrusa. Este material fuerza a un juego crítico prolijo, aunque lo tardío de los testimonios y la ausencia de paralelos en el texto griego suponen motivos muy fuertes para decantarse hacia la no autenticidad¹²⁴. La cuestión fundamental gira sobre las antedichas referencias transmitidas en el Josefo griego. ¿Son genuinas de nuestro autor —las dos, una sola— o no? La polémica al respecto estalló cuando los críticos del siglo XVI comenzaron a manifestar dudas sobre la autenticidad de los pasajes cristianos de Josefo, creció en el XVII¹²⁵ y ha seguido hasta nuestros días. Han sido muchos los autores que han defendido que estamos ante una *pia fraus*, un piadoso fraude de los cristianos. Los más hipercríticos dudan sobre la autenticidad de ambos pasajes; por lo general se descargan más dudas sobre el pasaje de Jesús que sobre el de Santiago.

Salta a la vista el contraste que existe entre uno y otro texto. En el relativo a Santiago se nos dice que «el hermano de Jesús, llamado el Cristo» recibió la muerte junto con otros compañeros. Teóricamente eso puede haber salido de la pluma de un judío. En el otro pasaje leemos que «Jesús fue un

hombre sabio, si es que es posible llamarle hombre, porque realizó obras extraordinarias y fue maestro de quienes acogen la verdad con alegría»; sigue el texto en cuestión afirmando que Jesús era el Cristo y aludiendo a su muerte y a que «apareció resucitado, como lo anunciaran los divinos profetas». Esto es ya más fuerte para aceptarlo como original de Josefo. De ser original de nuestro autor judío, tendríamos aquí un verdadero *Testimonium Flavianum*, es decir, Flavio Josefo nos habría dejado testimonio explícito de su convencimiento acerca del mesianismo de Jesús. Ni que decir tiene que es altamente improbable que nuestro hombre estuviera en condiciones de emitir tal testimonio¹²⁶. Por eso los autores tienden más a dar por original el pasaje de Santiago, aunque secluyan el inciso «llamado el Cristo», que a admitir el de Jesús, y a lo sumo aceptan de éste la posibilidad de un núcleo original generosamente glosado luego por algún autor o copista cristiano. Hay críticos que van todavía más lejos, por ejemplo quienes rechazan de manera radical por íntegramente espurios los dos textos y quienes ponen en duda también algún otro, cual el pasaje, también de *Antigüedades*, sobre Juan el Bautista¹²⁷. Si al menos en el pasaje de Jesús estamos ante una interpolación, ésta debe de ser antigua, porque la conoció ya Eusebio, que la menciona y recoge¹²⁸, y tal vez posterior a Orígenes, crítico de Josefo por no haber reconocido en Jesús al Mesías¹²⁹, lo que parece excluir el *Testimonium Flavianum*.

Mas, si reducimos a nada el «testimonio flaviano», ¿no habrá que explicar el silencio de Josefo¹³⁰? Porque desde luego es muy extraño que un contemporáneo del cristianismo naciente del judaísmo, interesado como sabemos que estaba en las sectas y en los acontecimientos ocurridos en su propia tierra, no diga nada —ni para criticarlo, quien tanto se permite

criticar— de ese movimiento que tantas fricciones había provocado y seguía provocando cuando la redacción de *Antigüedades*. Suponer conspiración de silencio o designio personal de callar, ante el delicado problema que está generando la Iglesia naciente en y frente al judaísmo, se antojará a algunos explicación satisfactoria, pero no faltarán quienes entiendan que no parece haber para ello motivación suficiente.

III. FORTUNA DE JOSEFO

1. *Estimación*

Pocos de los autores antiguos grecorromanos, que no sean los clásicos privilegiados del verso o de la prosa, han tenido tan extraordinaria suerte como Flavio Josefo. Josefo es, entre los secundarios, uno de los primeros en aprecio y utilización, por no decir que el primero absoluto. Si no hubiera sido por algún período de sospecha en el ámbito católico de la Contrarreforma, que hubo de provocar la pérdida de muchos códices, su tradición manuscrita nos habría legado muchos más ejemplares de sus escritos de los que tenemos. Josefo fue muy leído casi desde el principio entre los paganos y especialmente entre los cristianos; sólo sus correligionarios del israelitismo le ignoraron o despreciaron, sin duda por razones de carácter político y por vehemente sospecha de traición a la causa del pueblo judío. Las tradiciones magisteriales rabínicas que abocaron a la colección talmúdica no tuvieron en Josefo una de sus referencias, y no es, por tanto, a los judíos antiguos a los que debe agradecer nuestro autor judeorromano lo principal de su fortuna. Josefo fue ignorado por su pueblo y canonizado por los cristianos, ha venido a decir un autor moderno¹³¹ con toda razón. El autor de las *Antigüedades de los judíos* y del *Contra Apión*, tratado sobre las remontadas en el tiempo raíces de Israel, escritos que son exponentes del pensamiento tradicional judío, aunque bajo forma grecorromana¹³², no ha merecido de los suyos ni la más parcial indulgencia por una de las dos caras de la *Guerra* y sobre todo por el itinerario vital del personaje. Sí se puede decir que han sido los círculos ilustrados del cristianismo los

que han hecho posible la integración de Josefo en la cultura occidental durante siglos, con insignificantes soluciones de continuidad. Y no sólo ha influido nuestro autor en los círculos literarios, sino también en los artísticos, porque es evidente que los escritos de Josefo han inspirado no pocos particulares de la plástica cristiana durante siglos¹³³.

Esa canonización, o cristianización, de Josefo es frecuentemente atribuida a Eusebio de Cesarea. Y es verdad que, con sus numerosas citas y la utilización que de ellas hace el historiador eclesiástico de época constantiniana, Josefo adquiere el título de autoridad indiscutible para cuanto tiene que ver con la historia de la salvación cual la asume la Iglesia primitiva. Sin embargo, escritores cristianos anteriores habían acudido con frecuencia y con reconocimiento de autoridad a las obras de Josefo, por lo que de Eusebio cabe decir que sigue y potencia una tradición que le precede desde bastantes decenios antes, incluso desde el propio siglo I, últimos años, si es que aceptamos una cierta influencia de Josefo, por algunos sugerida, sobre el autor del *Evangelio* de Lucas y de los *Hechos de los Apóstoles*¹³⁴. Schreckenberg, el estudioso que más atención ha prestado al uso de Josefo por los autores cristianos primitivos¹³⁵, deja bien claro, partiendo de alusiones y reminiscencias, que nuestro autor fue muy leído por los tratadistas cristianos anteriores al siglo IV, como lo seguiría siendo en dicha centuria y las siguientes. No a todos interesa lo mismo, cual no sería difícil explicar, y así, por ejemplo, Teófilo de Antioquía menciona repetidas veces el *Contra Apión*, e Hipólito de Roma se limita exclusivamente a la *Guerra*, mientras que Orígenes, gran lector de Josefo¹³⁶, a lo que más frecuentemente se refiere es a las *Antigüedades*. En los autores de los siglos IV y V ocurre lo mismo. Porfirio cita normalmente la *Guerra*, y San Juan Crisóstomo reparte sus

referencias entre *Guerra y Antigüedades*, pero lo más frecuente —Eustacio, San Basilio, San Jerónimo, San Agustín y Teodoreto de Ciro— es encontrarse con la utilización del segundo de ambos escritos. Ni que decir tiene que Eusebio de Cesarea constituye caso especial por la magnitud de la presencia josefea en sus escritos, especialmente en *Historia Eclesiástica*, en *Crónica* y en *Preparación evangélica*¹³⁷. Es curioso que Eusebio, que se refiere a *Guerra y Antigüedades* con gran frecuencia y en niveles numéricos muy parejos, tenga el *Contra Apión*, una de las obras breves de Josefo, como el escrito más citado; sus referencias son casi tan numerosas como las de las otras dos obras sumadas. Aunque no fue el primero en utilizarlo como fuente, cual ya se dijo, Eusebio convirtió a Josefo en autoridad y fundamento para la identidad histórica cristiana¹³⁸. Hubo pasajes de Josefo que quedarían con el tiempo incorporados a la colección bíblica, cual es el caso de la versión eslava y ocurre también con la tradición siríaca.

Los autores bizantinos siguieron esta misma pauta; entre ellos los de Flavio Josefo fueron escritos respetados y de uso. No sólo aportaba elementos numerosos y válidos sobre el judaísmo y sobre la emblemática caída de Jerusalén, el fin en signo visible de la antigua Ley, sino que representaba además un modo de hacer historia formalmente atendido a la tradición griega, pero también referido a los acontecimientos sagrados del tiempo bíblico y sazonado de la conveniente dosis de providencialismo¹³⁹. Con menos fuerza que en Oriente influyó Josefo en los círculos culturales cristianos del alto medievo occidental, pero es evidente que también en esta otra parte se le aprecia y, aunque sea por traducción latina o indirectamente a través de las citas de Eusebio, se le utiliza. Más adelante mencionaremos las iniciativas traductoras de Rufino y de

Casiodoro; ahora podemos aludir, junto con el mismo Casiodoro, a San Isidoro de Sevilla y, más todavía, a San Beda el Venerable, deudor muchas veces de las *Antigüedades*.

No hubo cambios notables al respecto de lo que decimos en la Edad Media avanzada, salvo uno, que supone real y destacable novedad: los judíos comienzan a interesarse por su antiguo correligionario. Por lo demás, Josefo siguió gozando en todas partes de bastante popularidad. Proliferaban los manuscritos en Oriente y Occidente. La época de las Cruzadas, de miras puestas en Tierra Santa, tiene a Josefo, y es fácil comprenderlo, como breviario y guía, pues no en balde aportaba información nutrida sobre Palestina¹⁴⁰. Y la importancia de nuestro autor como informador y modelo para la historiografía medieval es incontestable¹⁴¹. En concreto, la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio hace gran empleo de Josefo¹⁴². Álvaro de Córdoba conocía y manejaba las versiones latina y hebrea, a saber, el Pseudo-Hegesipo y el *Josippon*, de que se hablará en el siguiente apartado. Cuando más adelante estalla el espíritu humanístico del Renacimiento, Josefo es uno de los autores privilegiados. No sólo se le sigue copiando, pues existen manuscritos de sus obras fechados en el siglo XV, en el XVI y aún más tarde, sino que se le edita, se le lee, se le estudia y se le aprovecha en función de los intereses del momento. Es un autor clásico, es un autor asumido por la tradición cristiana, hace historia providencialista, aporta datos numerosos sobre el viejo Israel y trae, aunque se trate de interpolaciones y glosas, testimonios de interés sobre los orígenes de la Iglesia. Se le valora, en consecuencia. Josefo se encuentra, y no puede extrañar, entre los autores estimados por Chaucer¹⁴³, entre los conocidos por Ciriaco Anconitano¹⁴⁴, entre los que han aportado elementos a Dante¹⁴⁵.

Con la escisión que provoca la Reforma, nuestro autor pasa a ser muy pronto y provisionalmente víctima. Martín Lutero conocía muy bien los escritos de Josefo y son no pocas las referencias a ellos que tenemos en los textos del reformador¹⁴⁶. Esta y similares circunstancias, la vuelta a la vieja costumbre de incluir a Josefo en la Biblia y las sospechas consecuentes a los criptojudaismos, reales o fantasmas, de algunos países puede explicar que el autor judeorromano pasara a engrosar, todo él o al menos parte, el número de los prohibidos. Desde luego, la *Ratio Studiorum* de los jesuitas, en sus diversos estadios de composición, y los documentos relacionados prescindieron de indicar el estudio del Josefo griego o latino, con lo que ello tiene de significativo. Y más evidencia aporta la expresa prohibición de las traducciones de *Antigüedades* en índices flamencos y españoles del siglo XVI¹⁴⁷. Tal vez esta actitud de reserva contrarreformista hiciera algo de mella en la transmisión, la edición y la utilización de Josefo en el ámbito católico, pero no pudo con él; sus escritos siguieron circulando, aunque es verdad que con menos dificultades en los países que habían roto con Roma y en los que no tenían problemas de judaísmo clandestino. De todos modos, no llegó a ser autor del todo maldito. El helenista del s. XVI Pedro Simón Abril no olvida a Josefo en la relación de historiadores antiguos que se podían manejar en la enseñanza del griego¹⁴⁸, y lo mismo ocurrirá con el dieciochesco Casimiro Flórez Canseco¹⁴⁹. El hecho es que la popularidad de Josefo se mantuvo relativamente intacta¹⁵⁰. Así, por traer algunos ejemplos, influyó en los escritores españoles clásicos, siguiendo larga tradición desde la literatura bajomedieval¹⁵¹; la producción de nuestro autor continuó interesando, a la altura de la de los grandes historiadores griegos paganos¹⁵²; el humanista lovaniense Petrus Philicinus se inspiró en Josefo tanto como en el relato bíblico para su *Dialogus de Isaaci*

*inmolatione*¹⁵³ y lo mismo podemos decir, para algo después, del *Die sieben Brüder* de Andreas Gryphius¹⁵⁴. Posteriormente, mucho más cerca ya de nosotros, los pioneros de la exploración palestinese y de la arqueología bíblica contaron con Josefo como una de sus más preciadas fuentes de información¹⁵⁵. Los manuscritos del siglo XVI y posteriores — que se siguieron haciendo, ya en papel—, las ediciones, las traducciones y las referencias de los estudiosos aportan las más claras evidencias de que Josefo no acabó desapercibido, sino que continuó siendo uno de los autores que suscitaban interés. Algo de ello reaparecerá en apartados posteriores de estas mismas páginas introductorias.

2. Versiones

Sin duda como consecuencia de su popularidad, así como por las dificultades de acceso que muchos tenían al texto griego, los escritos de Josefo conocieron versiones antiguas o medievales a distintas lenguas. Obviamente, estas viejas versiones cuentan con su propio itinerario de transmisión. Así pues, la difusión de los escritos de Josefo tiene lugar básicamente mediante el texto griego y a través luego de cierto número de versiones parciales a otras lenguas. Hubo, sin embargo, al menos para la *Guerra de los judíos*, una versión aramaica original de la que no ha quedado más rastro que la noticia que el propio autor nos proporciona¹⁵⁶, diciendo que la destinó a consumo de los «bárbaros del interior». Quería referirse, sin duda, a los judíos —y a lo mejor también no judíos— de la parte oriental asiática del Imperio romano. La versión al griego, que no era a lo que parece literal, sino adecuada a un diferente tipo de público, tenía por destinatarios a los eventuales lectores helenófonos y a los círculos cultos, conocedores del griego, del área latina del Imperio. Josefo manejaba, con ciertas limitaciones, el griego y, aunque con

ayuda hizo traducción de sus escritos al griego de *Koiné* para darles la difusión conveniente, no pudo sino partir de una originaria redacción en arameo, su lengua materna y de uso. El texto griego acabó siendo el, digamos, oficial y de él se harían las posteriores versiones, antiguas o medievales, a otras lenguas, indoeuropeas o semíticas. Esto, que es seguro para la *Guerra*, puede aplicarse también a la otra gran obra, las *Antigüedades*, escrito a cuyo respecto es más indiscutible que utilizó ayudas para redactar en griego que el hecho de que hubiera primitiva redacción, o incluso primitivo borrador, en arameo.

Importante papel representó la versión latina, libérrima y desde luego cristianizadora del original, realizada en el siglo IV por un autor que se decía ser Hegesipo¹⁵⁷. Esta traslación de Josefo al latín, en cinco libros, es tan escasamente fiel al original, que más bien resulta una redacción nueva con Josefo como fuente¹⁵⁸. Al menos contribuyó al conocimiento y la aproximación a nuestro autor en el Occidente tardorromano. Se ha señalado una relativa diversidad de interés entre lo que escribió Josefo y lo que tradujo, un tanto a su aire, el pretendido Hegesipo; incoincidencia de motivos que explica las infidelidades de la versión: mientras que la intención de Josefo es básicamente política, la de Hegesipo es religiosa¹⁵⁹. Si Eusebio de Cesarea ha cristianizado a Josefo, al citarlo, para los lectores de la *pars* oriental, Hegesipo lo ha hecho al traducirlo para los de Occidente. Entre fines del siglo IV y comienzos del V se hizo la traducción al latín de la *Guerra* atribuida a Rufino de Aquilea. El traslado no es siempre fiel ni el original griego utilizado bueno, pero al menos el latín de su autor es de calidad suficiente. Otra versión latina de Josefo, complementaria de la anterior, es la del círculo de Casiodoro, ministro de Teodorico, realizada en la primera mitad del siglo

VI en la Italia ostrogoda¹⁶⁰. Comprende las *Antigüedades*, con el apéndice de la *Autobiografía*, y el *Contra Apión*, pero no la *Guerra*. Estos textos latinos complementarios fueron los que tan populares se hicieron en la Edad Media de la Europa latina, conforme quedó ya sugerido en el apartado anterior. Son varios los manuscritos del Josefo latino¹⁶¹ y contamos con ediciones desde 1470. Existe otra versión latina de los escritos de nuestro autor, pero es un tanto atípica, en cuanto que reciente y cultista: me refiero a la que realizara el dieciochesco inglés J. Hudson¹⁶². Algunos autores han propuesto y ensayado la utilización de las viejas versiones latinas como apoyos para el establecimiento del texto griego, lo que en principio es teóricamente aceptable y en la práctica de difícil aplicación y magros resultados. La versión del siglo VI es de escasa calidad y literalidad notable; lo primero es de lamentar, lo segundo le confiere un cierto carácter de testigo para el texto helénico. Se puede echar mano, por ello, del texto latino casiodoriano, y de hecho así lo hacen los editores para elegir entre variantes, hacer alguna que otra enmienda y, sobre todo, para rellenar laguna de la tradición griega donde la hay, cual es el caso de *Contra Apión* II 52-113. El valor del texto latino casiodoriano del *Contra Apión* queda realzado por la circunstancia de que para este escrito no tenemos sino prácticamente un único testigo griego, como se verá en el apartado siguiente.

Otra versión destacable es la medieval a una modalidad de eslavo que podríamos denominar ruso antiguo. Es de difícil datación, por lo que algunos autores la sitúan en los siglos X-XI y otros prefieren retrasarla hasta los siglos XII-XIII. Habría sido de más interés del que tiene, si hubiera cabido al traductor la fortuna de contar con un texto helénico de calidad, que no fue el caso. Un aspecto que preocupa a los investigadores es si los

pasajes de la versión eslava que no aparecen ni en los códices griegos ni en los latinos son antiguos o interpolaciones absolutamente ajenas a los originales y a los primeros siglos de su tradición. Desde luego es rechazable la idea de que en la versión veterorrusa tenemos la huella del perdido texto arameo original. Las divergencias más sobresalientes con respecto a la tradición griega no lo prueban, sino que nos llevan a la delicada cuestión de las manipulaciones a que estuvo expuesto el Josefo original; por el contrario, no pocos detalles apuntan a un manuscrito griego como base. Es fundamental la aportación que de este texto hizo Istrin hace una sesentena de años¹⁶³. Contamos con una edición válida de esta curiosa versión¹⁶⁴ y, lo que en principio podría resultar más útil al no versado, con traducción ajustada y asequible¹⁶⁵.

No faltaron las versiones semíticas, al margen de la aramaica original a que nos hemos ya referido. Conservamos trazas de dos: una siríaca y otra árabe. Aunque pudo haber traducción completa de la *Guerra* al siríaco, conservamos sólo el libro VI de este escrito¹⁶⁶, que quedó incorporado como Libro V de los *Macabeos* en la Biblia vulgata siríaca. Algunos han pensado, como lo hizo su citado editor, que esta versión siríaca pudo derivar de la primitiva redacción aramea, pero hoy los especialistas no lo creen probable, pues todo apunta a que parte, como la generalidad de las otras versiones, de un manuscrito griego, aunque recoja significativos elementos ausentes en la tradición helénica conservada. En versión árabe tenemos el llamado *Testimonium Flavianum*¹⁶⁷, con lo que ello tiene de interés por el problema y la polémica que rodea a este controvertido pasaje, si bien es de lamentar la cortedad del Josefo arábigo llegado a nosotros.

Ha tenido también nuestro autor su versión al hebreo medieval, concretamente de la *Guerra*; el escrito titulado

*Josippon*¹⁶⁸. Es ello exponente del interés de los judíos medievales por su antiguo correligionario, tan en contraste con el silencio del israelitismo al respecto de quien no podía ser tenido sino como traidor. Esta versión hebrea no es tanto una traducción cuanto un seguimiento, entre la síntesis y la paráfrasis, del relato de Josefo. Se debe a un autor judío del sur de Italia y del siglo x. El escrito es concretamente del año 953. El *Josippon* ha tenido su propia tradición y fortuna¹⁶⁹. Tuvo temprana traducción al árabe y ha sido vertido también al latín, al ladino, al jidisch, al alemán, al inglés y a algunas lenguas eslavas. No poco de su popularidad, notable en época humanística, radica en que se pensaba que respondía la redacción a la letra del propio Josefo, siendo así que nuestro autor no es sino inspirador y fuente.

3. Transmisión

Dada la popularidad de Josefo entre los autores cristianos primitivos, de la que tan numerosas pruebas tenemos en riquísima tradición indirecta, estamos en condiciones de afirmar que circularon numerosísimas copias de sus obras a lo largo y ancho del Imperio romano, sobre todo de Oriente. No han sido, sin embargo, muy afortunados los escritos de nuestro autor en lo que se refiere a documentación papirológica. El único papiro significativo de Josefo es el *Vindobonense* 29810, de finales del siglo III d. C., que contiene fragmentos de *Guerra* II 576-579 y 582-584¹⁷⁰. La tradición directa de Josefo es medieval. Conservamos cerca de un centenar y cuarto de manuscritos, ninguno de ellos con los escritos completos, lo que indica una indiscutible tendencia, ya desde antiguo, a la circulación independiente de cada obra. Es más, los libros I-X de *Antigüedades* tuvieron vida propia en la transmisión, de modo que existen numerosos manuscritos integrados por sólo esa parte, al tiempo que el resto de la obra desde el libro XI,

más la *Autobiografía*, aparece independientemente en pluralidad de códices. Verdad es que no faltan los manuscritos que tienen las *Antigüedades* completas y aun los que además suman a esta obra el texto de la *Guerra*, pero podemos de todos modos afirmar, cual ya estableciera hace veinte años Schrekenberg, la transmisión independiente de la *Guerra*, las dos partes de las *Antigüedades* y el *Contra Apión*, mientras que la *Autobiografía* ha tenido tradición conjunta con el segundo segmento de *Antigüedades*.

La transmisión del Josefo griego, pues, se ha efectuado en cuatro bloques, aunque luego algunos manuscritos hayan hecho adición de dos o incluso tres de los bloques; nunca de los cuatro. Esos cuatro bloques básicos nos permiten distinguir sendos grupos de códices puros, más los correspondientes mixtos. Los grupos son: 1. Los manuscritos que contienen la *Guerra de los judíos*; 2. Los manuscritos en los que sólo está la primera parte de *Antigüedades*, a saber, los libros I-X; 3. Los códices que traen la segunda parte de *Antigüedades*, libros XI-XX, y la *Autobiografía*; y 4. La tradición manuscrita de *Contra Apión*. Como se comprende fácilmente, la tradición epitomística, en principio menos interesante para nosotros, es independiente. La suma de bloques en manuscritos únicos está testimoniada en ejemplares de antigüedad diversa: así, tenemos códices de la modalidad 1+2 desde el siglo XIII; del tipo 2+3 desde el siglo XIII-XIV; de la modalidad 1+3 desde el siglo XI-XII; y de la modalidad 1+2+3 desde el siglo XIV. Las composiciones de bloques en códices unitarios resultan, pues, ser intentos en principio anteriores a la filología renacentista.

Los manuscritos griegos de Josefo más importantes, bien sea por su antigüedad, bien sea por su calidad, bien sea por lo que contienen o por contar con colaciones completas utilizadas

en las ediciones críticas que existen, son los siguientes¹⁷¹: el *Lipsiensis* gr. 16 [361], de los siglos IX-X, de la modalidad 2; el *Vaticanus* gr. 148 (V y B), de los siglos X-XI, con los bloques 1 y 3; el *Vaticanus* gr. 147 (V)¹⁷², de los siglos XIII-XIV, tipo 2+3; el *Lipsiensis* gr. 37 [783], de los siglos X-XI y del tipo 4; el *Palatinus* gr. 284 (R), del siglo XI y del tipo 1; el *Oxoniensis Novi Collegii* 44 (NC), del siglo XI, de la modalidad 3; el *Urbinas* gr. 84 (C), del siglo XI, tipo 1; el *Parisinus* gr. 1429, del siglo XI y del tipo 1; el *Parisinus* gr. 1425 (P), de los siglos X-XI y de la modalidad 1; el *Parisinus* gr. 1419 (P), del siglo XI, tipo 2; el *Parisinus* gr. 1421 (R), del siglo XIV y del tipo 3; el *Chentalhamensis* 6459 (T), de los siglos XI-XII y del tipo 1+3; el *Vindobonensis hist.* gr. 20 (S), del siglo XI, de la modalidad 2; el *Ambrosianus* 234 (A), del siglo XI y del tipo 1+2; el *Ambrosianus* 370 (A), del siglo XI y del tipo 3; el *Laurentianus* 69, 22 (L), siglo XI y modalidad 4, del que deriva el resto de la tradición manuscrita del *Contra Apión*, por lo tanto, testigo único; el *Laurentianus* 69, 19 (L)¹⁷³, del siglo XII y de la modalidad 1; el *Marcianus* 383 (M y B), siglo XII y modalidad 1+3, y *Bodleianus* 186 (O), del siglo XV y del tipo 2+3. Los manuscritos de la modalidad 1, aquellos que recogen el texto de la *Guerra*, admiten asignación a dos grupos, a saber, uno, el mejor, formado por A, P, L y M, y otro al que pertenecen R, V y C, aunque M, L y C evidencian conatos de contaminación. Para *Antigüedades*, la mejor tradición es la representada por R y O. Sin embargo, para la *Autobiografía* que sigue de apéndice Niese prefirió seguir la pauta de P, que es el manuscrito más antiguo. Sobre todos estos códigos citados, salvo aquellos que no llevan su correspondiente sigla, han establecido principalmente los editores los textos críticos desde Niese, de forma más o menos ecléctica.

En España tenemos tres manuscritos de Josefo, dos en El Escorial, descritos por G. de Andrés en su catálogo, y uno en la biblioteca del Pilar de Zaragoza. Se trata del *Escorialensis* gr. 307, muy tardío (siglo XVI), del *Escorialensis* gr. 462, del siglo XII, y del *Caesaraugustanus*¹⁷⁴ 253; el primero y el tercero pertenecientes al grupo mixto 2+3, y el segundo que conserva parte correspondiente al bloque 2. El *Escorialensis* gr. 307 contiene las *Antigüedades* completas más la *Autobiografía*, mientras que en el *Escorialensis* gr. 462 sólo tenemos I 237-241 de *Antigüedades*. El *Caesaraugustanus* 253 incluye los veinte libros de *Antigüedades*. Ninguno de los tres aporta cosa significativa a los escritos de Josefo en lo que se refiere al establecimiento del texto.

4. Ediciones

El texto de Flavio Josefo, que ha sido muy publicado durante siglos¹⁷⁵, conoció la imprenta desde prácticamente su invención por Guttenberg, como consecuencia natural de la gran popularidad que el autor judío tuvo siempre, sin que fuera excepción el período del primer humanismo. Si el impresor magunciano murió en 1468, existen ediciones de Josefo, al principio el latino, desde 1470. Significación especial tienen la de A. Arlenius y S. Gelenius editada por el impresor Jerónimo Frobenius en Basilea, en 1544, por ser la primera del texto griego¹⁷⁶, y la de la *Guerra* con comentarios del Rabbí Aben Esra, aparecida en Basilea, en 1559. Inglaterra daría mucho después la edición de Oxford, con anotaciones y nueva traducción latina de J. Hudson, publicada en 1720; Holanda la de S. Haverkamp también con el texto latino de Hudson, Amsterdam, 1726, y Alemania la de Fr. Oberthür, salida en Leipzig, entre 1782 y 1785.

Interesa ahora sobre todo a esta Introducción, cual es fácilmente comprensible, dar breve noticia de las más importantes ediciones del texto griego que responden a las exigencias de la moderna crítica textual y que por tanto vienen a ser mejor o peor logrados instrumentos de solvencia para el trabajo del estudioso filólogo o historiador. Un verdadero hito no superado todavía lo constituye la gran edición de B. Niese, que abarca todas las obras de Josefo en siete volúmenes y que se publicó en Berlín entre 1885 y 1895. Se abre el trabajo de Niese con ajustada, e importante para la época, introducción estrictamente filológica. El texto tira a conservador y el aparato crítico es de gran riqueza. Lo único que cabría lamentar de la edición de Niese es su escasa disposición a un eclecticismo que pudiera aglutinar, en beneficio de una más adecuada reconstrucción crítica del arquetipo, las *variae lectiones* sugerentes que aportan las diferentes familias de códices; en ello era el filólogo alemán deudor al modo de hacer establecimiento de texto imperante en la época: seguir básicamente un manuscrito habido por mejor, o una familia de manuscritos con exclusión de las variantes de las otras. No fue ésta la única edición de las obras de Josefo que nos dejó Niese. Frente a la anterior, conocida como *maior*, dejó una *editio minor* de casi simultánea preparación y publicación, ya que salió de imprenta, también en Berlín, entre 1888 y 1895. Distribuye las obras del historiador judío en seis volúmenes, y su texto es algo menos conservador que el de la gran edición anterior.

Otras ediciones completas, una alemana y otra inglesa, son las de S. A. Naber y H. St. J. Thackeray y continuadores, esta segunda integrada en la Loeb Classical Library. El Josefo completo de Naber, seis volúmenes, fue saliendo en Leipzig entre 1888 y 1896. La composición es, por lo tanto, a un

tiempo simultánea y ligeramente posterior a la *maior* de Niese. Su contraste con ella es, sin embargo, grande; el texto es indudablemente peor, en exceso conjetural, y el aparato crítico, no dispuesto a pie de página como es usual, sino al comienzo de cada tomo, es escasamente de fiar. La edición inglesa de la Loeb, dependiente de la colación y del texto de Niese, aunque en ocasiones ensaya el eclecticismo mediante la opción de otras variantes, consta de diecinueve volúmenes que han ido apareciendo en Londres y Cambridge (Massachusetts) entre 1926 y 1965. La apoyatura crítica es muy somera y lleva traducción y notas, como es norma de la colección en que se insiere. Thackeray preparó el *Contra Apión*, la *Autobiografía*, la *Guerra de los judíos* y los ocho primeros libros de las *Antigüedades*. Continuó la tarea R. Marcus, responsable de *Antigüedades* IX a XVII aunque los libros XV, XVI y XVII requirieron complementación y edición de A. Wikgren debido a que Marcus no los dejó terminados. Ha completado la obra, que se cierra con ricos índices finales que abarcan a todo Josefo, L. H. Feldman, editor, traductor y anotador del final de *Antigüedades*, a saber, libros XVIII a XX.

No faltan las ediciones parciales de Josefo. No ha tenido nuestro autor particular fortuna en la Colección de las Universidades de Francia. Lo que de él se ha publicado en la serie de la Fundación Budé es bastante menos de la mitad, tal vez ni siquiera una tercera parte. La primera entrega fue el *Contra Apión*, editado y anotado por Th. Reinach en 1930, y no hubo nueva aportación hasta 1959, año en que el jesuita A. Pelletier publicó el volumen correspondiente a la *Autobiografía*. El mismo autor ha acometido la edición de la *Guerra*, de la que contamos en la fecha con tres volúmenes, el primero publicado en 1975, por descontado en París, correspondiente al libro I, el segundo, aparecido en 1980 e

integrado por los libros II y III, y el tercero, de 1984, con los libros IV y V. El método de esta edición es el ecléctico en lo que respecta a establecimiento del texto, aunque es clara la dependencia de la colación de Niese. Otras ediciones parciales dignas de que se las tenga en cuenta son las de la *Guerra* preparadas por O. Michel y O. Bauernfeind, Munich, 1959-1969, y por G. Vitucci, Vicenza, 1974.

5. *Traducciones*

Uno de los apartados anteriores recoge breve referencia a las antiguas versiones de los escritos de Josefo, es decir, a las traducciones que se hicieron a otras lenguas en la Antigüedad o en el Medievo. Aquí nos vamos a referir a las versiones a lenguas modernas, por lo tanto a las realizadas desde el Renacimiento hasta nuestros días. No ha tenido en esto nuestro historiador, y es comprensible, la suerte de los grandes clásicos, vertidos una y otra vez sobre todo en tiempos más cercanos a nosotros, pero tampoco cabe en el apartado de los autores escasamente traducidos. Tantas son las viejas traducciones de nuestro autor y a tantas lenguas, que no puedo sino sólo hacer referencia a las más importantes. Ha sido mejor, sin embargo, su fortuna en centurias pasadas que en la presente. Preciso es tener en cuenta el gran aprecio que la Europa culta del humanismo y del neoclasicismo tuvo de Josefo y el sólo regular atractivo formal, literario, de su obra, tan distante de lo que a los filólogos traductores proporciona hoy gratificación y supone irresistible reto.

Francia, que tiene traducciones de Josefo desde la parisina de autor discutido de 1492 y la anónima de 1516, cuenta con una antigua y clásica versión completa, dada a stampa en París por A. d'Andilly en 1667, muy reeditada y que sigue todavía al alcance en las librerías de los países francófonos en

la adaptación al francés moderno que de ella hiciera J. A. C. Buchon. Esta actualización del texto de D'Andilly apareció en París, 1968, con un ajustado prefacio de V. Nikiprowetzky¹⁷⁷. Existe otra versión casi completa¹⁷⁸ de Josefo en lengua francesa, la de Th. Reinach y colaboradores publicada en París, entre 1900 y 1932, en siete volúmenes. No se trata sólo de una traducción, de autores solventes por lo demás, sino de un trabajo filológico de altura, bien manifestado por el interés y riqueza de los paralelos talmúdicos que se aducen. No se utilizó, sin embargo, este esfuerzo coordinado por Reinach para la Colección de las Universidades de Francia, si prescindimos de que la edición de Josefo comienza con texto del *Contra Apión* establecido por dicho autor y que le acompaña la traducción de L. Blum correspondiente a la magna obra auspiciada por la Société des Études Juives. No siguió la Colección Budé el camino emprendido, pues se desentendió inmediatamente de la empresa de Reinach, quizás como consecuencia del fallecimiento de éste cuando el primero de los volúmenes estaba en fase de corrección de pruebas. La continuación de Josefo en esta serie Budé, *Autobiografía* primero, lo publicado de la *Guerra* después, se debe a A. Pelletier, el mismo filólogo responsable del establecimiento del texto. De la *Guerra* existe nueva traducción directa al francés debida a P. Savinel y publicada en París en 1977.

La versión más antigua de Josefo al inglés es la de T. Lodge, publicada en Londres, en 1602, pero la clásica por antonomasia a la lengua inglesa es la de W. Whiston, aparecida en Londres en 1737, muy reimpressa desde entonces hasta nuestros días. Su interés radica en haber sido durante mucho tiempo la única traducción existente a la lengua de Shakespeare y en la fluidez y ajuste de su estilo, aunque

adolesce luego de inconvenientes derivados de la insuficiencia del texto original manejado¹⁷⁹ y de las frecuentes libertades que se fue permitiendo el traductor. Desde 1889-1890 se reimprime con la revisión de R. A. Shilleto. De la *Guerra de los Judíos* existen una traducción decimonónica, notable, debida a R. Traill¹⁸⁰; una versión de nuestros días, realizada por G. A. Williamson y publicada en Baltimore, en 1959, más recientemente reeditada en 1981, con introducción, anotaciones y apéndices de M. E. Smallwood, y otra más reciente de G. Cornfeld, que salió en Grand Rapids, 1982, con apoyaturas histórico-arqueológicas de buenos especialistas judíos. Especial atención merece, obviamente, la traducción completa que acompaña la edición de la Loeb Classical Library, de la que son responsables Thackeray, Marcus, Wikgren y Feldman, filólogos mencionados ya en el anterior apartado. Ha constituido esta versión la más importante referencia al texto de Josefo durante este siglo, por su solvencia y su accesibilidad, hasta el punto de que incluso algún que otro traductor parcial denota en su trabajo haberla seguido tal vez demasiado de cerca.

La lengua alemana, en la que hay versiones de Josefo desde 1531, tiene su traducción clásica en la completa de H. Clementz, que fue apareciendo entre 1899 y 1900. Se publicó primero *Antigüedades*, en dos volúmenes impresos en Halle en el primero de los años mencionados. Al siguiente, cierre de siglo, y en la misma ciudad se editaron sendos volúmenes de la *Guerra* y de los escritos menores. Esta versión ha sido posteriormente reimpresa¹⁸¹. Nueva traducción germana de la *Guerra*, muy reimpresa, es la de H. Endrös, que salió en Munich en 1965-1966. En italiano, lengua que inició la traslación de Josefo con la de Venecia de 1532, tenemos dos traducciones de la *Guerra*, la que sacó G. Ricciotti con

comentario y en cuatro volúmenes, impresos en Turín entre 1937 y 1963, y la de G. Vitucci publicada en Vicenza, en 1974, y más recientemente reimpresa¹⁸², así como una del *Contra Apión*, de L. Troiani, publicada en Pisa, en 1977, cerrando el estudio y comentario realizado por el autor. La lengua portuguesa tiene traducciones antiguas, cual la de Jozé Roberto Monteiro de *Antigüedades*, Lisboa, 1783, y otras recientemente publicadas, como las de R. dos Santos para la *Autobiografía* y el *Contra Apión*, impresas con comentario y anotaciones en Belo Horizonte, en 1981 y 1982, respectivamente.

Merecen siquiera sea brevísima referencia otras tres traducciones a lenguas modernas un tanto atípicas: el griego tardobizantino, el japonés y el hebreo. La traducción al griego vulgar del siglo XVI la hizo el eclesiástico cretense M. Chartophylax y se nos ha transmitido no impresa sino manuscrita¹⁸³. Son los traductores a la lengua nipona actual H. Shinmi y G. Hata, el segundo de ellos reputado josefólogo; la versión se publicó, hace poco más de una década, en el salto de los setenta a los ochenta. Espléndida es, cual se me informa, la traducción al hebreo de A. Schalit de los diez primeros libros de *Antigüedades*¹⁸⁴, aparecida en tres volúmenes en Jerusalén, entre 1944 y 1963.

España ha sido una adelantada en la versión de Josefo a modalidades romances; primero fue la traslación de la *Guerra* al antiguo catalán, publicada por el impresor Nicholas Spindeler en Barcelona, en 1482, y luego la traducción al castellano de Alonso de Palencia, que vertió, sólo diez años después, el *Contra Apión* y la *Guerra* y los editó en Sevilla en 1492. Existen al español del siglo XVI dos traducciones verdaderamente clásicas de la *Guerra de los judíos*, ambas recientemente reimpresas. La primera de ellas se publicó en

Sevilla, en fecha tan remota como 1532. Es esta la que con prólogo de S. Marichalar ha publicado en 1982 la mejicana Editorial Porrúa¹⁸⁵. Debemos la segunda, salida en Madrid en 1549, a nuestro humanista Juan Martín Cordero, y ha sido versión de gran fortuna, pues ha contado con bastantes republicaciones, como las de 1657 y 1791, la de la Editorial Albatros de Buenos Aires en 1944, la reciente de la Editorial Clie¹⁸⁶, y las de la Editorial Iberia hasta la nueva edición de 1972, posteriormente también reimpressa¹⁸⁷. El resto de Josefo, *Antigüedades*¹⁸⁸ y *Autobiografía*, tuvo su primitiva traducción a nuestra lengua en Amberes, año 1554¹⁸⁹; viene a ser, pues, esta traducción complemento tanto de la sevillana de la *Guerra* cuanto de la de Martín Cordero. Estas dos mismas obras y *Contra Apión* conocieron posterior versión castellana realizada por José Semah Arias y dada a stampa en Amsterdam en 1887¹⁹⁰. Se ha hecho, ya en nuestros días, nueva traducción completa de Josefo: la de L. Farré publicada en 1961 en Buenos Aires. Cerramos esta nota mencionando varias traducciones parciales recientes: la de la *Guerra* de J. A. Larraya, impreso en Barcelona en 1952; la de E. C. S. J., también de la *Guerra*, traducción nueva directa encargada por Ediciones Elder para acompañar la versión española de la introducción y el comentario de Ricciotti¹⁹¹; la de F. de Paula Samaranch del *Contra Apión*, que sacara hace años, en 1966, la Editorial Aguilar, versión muy dependiente de la de Blum, y el del mismo opúsculo y de la *Autobiografía* efectuadas para Alianza Editorial, publicación conjunta de 1987, respectivamente por el jesuita J. R. Busto Saiz, buen conocedor del mundo judeohelenístico, y M. Victoria Spottorno Díaz-Caro.

¹ A Palestina no llegaron efectos de los efímeros reinados de Galba, Otón y Vitelio, los perdedores de la breve guerra civil de la que Vespasiano saldría vencedor.

² Obra básica al respecto es la de J.-P. LÉMONON, *Pilate et le gouvernement de la Judée. Textes et monuments*, París, 1981. En general, sobre el gobierno romano de Judea, véase M. STERN, «The Province of Judaea», en S. SAFRAI, M. STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, I, págs. 308-376; E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976, págs. 156 ss. y 256 ss., y M. SARTRE, *L'Orient romain. Provinces et sociétés provinciales en Méditerranée orientale d'Auguste aux Sévères (31 avant J.-C.-235 après J.-C.)*, París, 1991, páginas 361 ss.

³ Buena síntesis la de SMALLWOOD, *op. cit.*, págs. 293-330.

⁴ Autobiografía 5.

⁵ *Ibid.*, 12.

⁶ Fue ésta de la familia de Josefo la única rama Asmonea que mantuvo importancia tras la caída de Arquelao en el año 6 d. C; cf. M. GOODMAN, *The ruling Class of Judaea. The origins of the Jewish Revolt against Rome A. D. 66-70*, Cambridge, 1987, pág. 38.

⁷ Autobiografía 6.

⁸ Por ejemplo, T. RAJAK, *Josephus. The Historian and his Society*, páginas 15 ss.

⁹ Sobre la educación, las escuelas y su organización y los métodos de enseñanza, S. SAFRAI, «Education and the Study of the Torah», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century* II, págs. 945 y ss. La verdad es que no sabemos muy al detalle cuál era la educación específica de los niños del grupo saduceo (pág. 946).

¹⁰ Autobiografía 8.

¹¹ M. HENGEL, *Judentum und Hellenismus = Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the early Hellenistic Period*, I, Londres-Filadelfia, 1974, págs. 70 ss.

¹² Lo decimos con un poco de anacronismo, porque esta institución de paso, que marca el salto del creyente judío de la niñez a la mayoría de edad, es de fecha posterior a Josefo; cf. S. SAFRAI, «Home and family», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, II, págs. 771-773.

¹³ Autobiografía 12.

¹⁴ L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited: the man, his writings and his significance», en W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, Berlín, 1984, pág. 782.

¹⁵ Guerra V 419. Cf. M. HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, págs. 57-58.

¹⁶ Josefo (*Autobiografía* 5) da el tiempo de nacimiento de sus tres hijos, todos ellos habidos durante el reinado, ya avanzado, de Vespasiano; son, por tanto, posteriores a la guerra judaica. Es simple lucubración de HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 58, la sugerencia de que nuestro personaje pudo tener hijos que no resistieron el asedio y sobre los que el atribulado padre echó piadosa capa de silencio.

¹⁷ *Autobiografía* 13.

¹⁸ *Ibid.*, 13-16.

¹⁹ *Antigüedades* XX 189-196.

²⁰ Ver RAJAK, *Josephus*, págs. 39-40, y HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, págs. 50-60.

²¹ Ver al respecto, por ejemplo, las observaciones de M. STERN, «Chronology», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish...*, I, págs. 74-76.

²² Para el uso de la lengua griega en Palestina, véase HENGEL, *Judaism and Hellenism*, I, págs. 65 ss.; A. Díez Macho, *La lengua hablada por Jesucristo*, Madrid, 1976; G. MUSSIES, «Greek in Palestine and the Diaspora», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish...*, II, págs. 1040 ss., y HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, págs. 60 ss.

²³ Es indudable que había problemas sociales y económicos muy profundos que avivaban la ideología nacionalista. Sobre la subyacencia social de la revuelta judía, M. STERN, «Aspects of Jewish society: the priesthood and other classes», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish...*, II, págs. 577-580. Complementétese con las páginas de S. APPLEBAUM, «Josephus and the economic causes of the Jewish war», en L. H. FELDMAN, G. HATA (eds.), *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.

²⁴ *Autobiografía* 17-18.

²⁵ RAJAK, *Josephus*, págs. 84-85.

²⁶ *Autobiografía* 19.

²⁷ Los acontecimientos en Guerra II 433 ss.

²⁸ GOODMAN, *The ruling Class of Judaea*, pág. 152 ss.

²⁹ La narración de las desavenencias de Josefo con Juan ocupa gran parte de su *Autobiografía*, desde el capítulo XIII en adelante.

³⁰ HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 105.

³¹ A partir de ahora nuestra fuente principal es *Guerra* III 115 ss.

³² *Guerra* III 341.

³³ Contamos tan sólo todavía con notas de prensa. Como la de *ABC*, 14-8-1992, despacho de prensa de Jerusalén: «Excavaciones en Yodfat resucitan una batalla que contó Flavio Josefo. Un grupo de arqueólogos israelíes ha anunciado el hallazgo de los primeros vestigios de la batalla librada entre romanos y judíos en el siglo I (año 67), en Yodfat, la Galilea israelí. Una rampa construida por las legiones romanas, piedras utilizadas como proyectiles y numerosas puntas de flecha, son algunos de los vestigios encontrados [...]. Los restos encontrados coinciden casi totalmente con la descripción que hizo de esa batalla el historiador Flavio Josefo [...]. Se trata de la única batalla de los judíos contra la conquista romana (*sic*) en la que participó Flavio Josefo, y en ella murieron 40.000 judíos, 1.200 fueron hechos prisioneros y varios cientos se suicidaron. En la batalla, que duró 47 días, lucharon 60.000 soldados romanos, mandados por el que poco después se convertiría en el emperador Vespasiano [...]».

³⁴ «L'art de survivre», titula muy significativamente HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 107, el correspondiente capítulo. Véase el interesante ensayo, muy antropológico, de P. VIDAL-NAQUET, «Flavius Josèphe ou le bon usage de la trahison», en P. SAVINEL (ed.), *Flavius Josèphe. La Guerre des Juifs*, Paris, 1977, págs. 7-115.

³⁵ *Guerra* III 350.

³⁶ *Ibid.*, III 346.

³⁷ *Ibid.*, III 387-391.

³⁸ *Guerra* III 399 ss. La tradición judía atribuye un episodio similar al rabí Johanan ben Zakkai; para las cuatro versiones y bibliografía, cf. RAJAK, *Josephus*, págs. 188-189. Sin duda se trata de una adaptación rabínica tardía de la historia de Josefo. SUETONIO, *Vespasiano* 5, hace suya la versión josefea.

³⁹ Los problemas legales, resumidos por HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 142.

⁴⁰ *Autobiografía* 415.

⁴¹ *Guerra* V 367-368.

⁴² *Guerra* V 541.

[43](#) Lucha entre facciones estudiada por GOODMAN, *The ruling Class of Judaea*, pág. 198.

[44](#) *Autobiografía* 418-419.

[45](#) *Autobiografía* 423.

[46](#) Sobre el patronazgo de los Flavios sobre las letras, véase el clásico H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, París, 1968 (= 1940), págs. 289 ss.

[47](#) Más o menos así titula RAJAK, *Josephus*, pág. 185, uno de sus capítulos.

[48](#) *Autobiografía* 5.

[49](#) *Ibid.*, 426.

[50](#) *Ibid.*, 427.

[51](#) *Antigüedades* XX 267-268. Pretendía escribir un tratado sobre Dios y las Leyes en cuatro libros y continuar la historia del pueblo judío desde la toma de Jerusalén, es decir, partiendo de la *Guerra* y de un breve ensayo nuevo sobre las causas del conflicto.

[52](#) HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 237.

[53](#) Así en *Antigüedades* XX 258, y en *Autobiografía* 412.

[54](#) Muy frecuentemente empleando el término *hálosis*, «captura», en obvia referencia a la toma de Jerusalén.

[55](#) *Guerra* I 19-29.

[56](#) D. J. LADOUCEUR, «Josephus and Massada», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 95 ss.

[57](#) *Contra Apión* I 49.

[58](#) *Guerra* I 1-2, y *Antigüedades* I 4.

[59](#) Ver RAJAK, *Josephus*, pág. 195.

[60](#) *Guerra* VII 158.

[61](#) En *Autobiografía* 361, dice Josefo que entregó su texto a los emperadores; se refiere a Vespasiano y a su hijo Tito, asociado al trono desde 71.

[62](#) *Guerra* I 17.

[63](#) Sobre los valores del término y sus concreciones helenísticas, A. MOMIGLIANO, «Ancient history and the antiquarian», *Studies in Historiography*, Londres, 1967, págs. 3-4.

⁶⁴ Ver G. VERMES, «Bible and Midrash: early Old Testament», en P. R. ACKROYD, C. F. EVANS (eds.), *The Cambridge History of the Bible, I: From the Beginnings to Jerome*, Cambridge, 1970, págs. 204-220, *passim*.

⁶⁵ HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 251.

⁶⁶ Un caso sobresaliente es el de los *Anales de Tiro*, crónica que Josefo conoció en la traducción griega de Menandro de Éfeso. Sólo conocemos este importantísimo documento a través de nuestro autor (*Antigüedades* VIII 144-146 y 324, y IX 283-287) y de la utilización que de él hace. Cf. JVAN SETERS, *In Search of History. Historiography in the ancient World and the Origins of biblical History*, New Haven-Londres, 1983, págs. 195 199.

⁶⁷ Algunas referencias de TACKERAY, padre de la teoría, en la introducción a *Antigüedades* de su edición de Josefo, vol. IV, págs. xiv-xvii. Ver sobre todo su *Josephus. The Man and the Historian*, Nueva York, 1967 (= 1929), cap. 5. Disintiendo parcialmente del anterior, FELDMAN, «Flavius Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21, 2, pág. 860, cree que los influjos sofocleo y tucidideo no se limitan en Josefo a las *Antigüedades*, sino que resultan evidentes en todas las obras de nuestro autor.

⁶⁸ R. LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage*, Giessen, 1920, páginas 3-5.

⁶⁹ XX 259 y 267.

⁷⁰ El motivo, la muerte de Agripa II como fecha *post quam*, lo tocaremos en el apartado que sigue.

⁷¹ En esto me inclino por RAJAK, *Josephus*, pág. 238.

⁷² A. MOMIGLIANO, «Il posto della storiografia antica nella storiografia moderna», *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, pág. 54.

⁷³ Sobre el particular, en concreta relación con *Autobiografía* 7-9, ver C. PELLING, «Childhood and personality in biography», en C. PELLING (ed.), *Characterization and Individuality in Greek Literature*, Oxford, 1990, págs. 222-224.

⁷⁴ A él se dirige, airado, en *Autobiografía* 336 ss. Sobre este oponente de Josefo, T. RAJAK, «Justus of Tiberias», *Classical Quarterly* 23 (1973), 358-363.

⁷⁵ HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 256.

⁷⁶ *Antigüedades* XX 259 y 267. La observación es originariamente de LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus*, págs. 3-5, como más arriba se dijo.

- [77](#) *Antigüedades* XX 267.
- [78](#) *Autobiografía* LXV 359.
- [79](#) T. RAJAK, *Josephus*, págs. 237-238.
- [80](#) LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus*, caps. 3 y 4.
- [81](#) S. J. D. COHEN, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden, 1979, págs. 80-83.
- [82](#) T. RAJAK, *Josephus*, pág. 238.
- [83](#) HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 235.
- [84](#) Sobre esta última modalidad literaria, St. K. STOWERS, «The diatribe», en D. E. AUNE (ed.), *Greco-roman Literature and the New Testament*, Atlanta, 1988, págs. 71 ss.
- [85](#) Deriva de San Jerónimo, *De viris illustribus* 13. Cf. L. TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione» di Giuseppe*, Pisa, 1977, págs. 25 26.
- [86](#) ORÍGENES, *Contra Celso* I 16, y IV 11, y EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica* III 9, 4.
- [87](#) *Contra Apión* I 1-3.
- [88](#) *Contra Apión* I 7 ss.
- [89](#) *Ibid.*, I 29 ss.
- [90](#) *Ibid.*, I 58 ss.
- [91](#) *Ibid.*, I 69 ss.
- [92](#) Así B. MOTZO, «Il *katà Ioudaion* di Apione», *Atti della R. Accademia delle Scienze di Torino* 48 (1912-1913), págs. 459 ss.
- [93](#) Por ejemplo, en CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromateis* I 101, 3; EUSEBIO, *Historia Eclesiástica* III 9, 4, y SAN JERÓNIMO, *De viris illustribus* 13 y *Epístolas* 70, 3.
- [94](#) *Contra Apión* II 190-192.
- [95](#) Presentadas por Josefo como las más antiguas del mundo; *Contra Apión* II 154 ss.
- [96](#) *Contra Apión* II 215-219.
- [97](#) *Ibid.*, II 182-183.
- [98](#) *Ibid.*, II 220 ss.
- [99](#) *Ibid.*, II 211 ss.

[100](#) *Ibid.*, II 236-254.

[101](#) A. GRAFTON, «Renaissance readers of Homer's ancient readers», en R. LAMBERTON, J. J. KEANEY (eds.), *Homer's ancient Readers*, Princeton, 1992, pág. 162.

[102](#) *Contra Apión* I 134.

[103](#) Ver TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione»*, págs. 39-41. El autor italiano, contra lo que hacen otros, no excluye el elemento dudoso en su traducción (1. c, pág. 232).

[104](#) *Ibid.*, pág. 27.

[105](#) HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 37.

[106](#) F. TRISOGLIO, «L'intervento divino nelle vicende umane dalla storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio de Cesarea», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, en particular sobre Josefo, págs. 978-993.

[107](#) Ha estudiado este aspecto, muy pormenorizadamente sobre la terminología, P. VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus*, Leiden, 1986, págs. 5 ss.

[108](#) *Guerra* VI 310. Sobre los signos en Josefo, P. FORNARO, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980, págs. 25 ss., y O. BETZ, «Miracles in the writings of Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 212-235.

[109](#) Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 262.

[110](#) Quizá la distinción entre verdad histórica y objetividad a cuenta de Josefo constituya un exceso de sutileza en HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 247. Me da la impresión de que Josefo no sólo reclama la primera sino que, de haber podido, habría reclamado la segunda. Lo que sí es cierto es que nuestro autor pretexto atenerse a la verdad histórica y ante el crítico moderno se presenta como lo contrario del historiador objetivo.

[111](#) *Antigüedades* XIV 2-3.

[112](#) Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 263.

[113](#) Filón trató sobre Calígula y su política antijudía años antes que Josefo, concretamente en sus *In Flaccum* y *Legatio ad Gaium*, y coincide con nuestro autor en que era providencialista y escribía también para que los gentiles conocieran y respetaran a los judíos; cf. M. STERN, «The Greek and Latin literary Sources», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, I, págs. 18-19, y E. M. SMALLWOOD, «Philo and Josephus as historians of same events», en

FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 114 ss. A pesar de lo que les acerca, las discrepancias entre Filón y Josefo son tales, que no podemos estar siempre ciertos de si se refieren a lo mismo o a cosas distintas. Así ocurre, por ejemplo, con algunos episodios del gobierno de Pilato.

[114](#) Piénsese en la larga cita de *Contra Apión* I 75-82, que constituye el fr. 42 de los *Aegyptiaca* de MANETÓN. Cf. B. D. REDFORD, *Egypt, Canaan and Israel in ancient Times*, Princeton, 1992, págs. 98 ss.

[115](#) STERN, «The Greek and Latin literary Sources», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, I, págs. 21-24.

[116](#) Ver FELDMAN, «Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, págs. 788 ss., y VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus*, págs. 268 ss.

[117](#) *Guerra* I 1-2.

[118](#) *Antigüedades* I 2-4.

[119](#) *Contra Apión* I 6.

[120](#) Véase, por ejemplo, lo que dice en *Antigüedades* XIV 188.

[121](#) *Antigüedades* XVIII 63-64.

[122](#) *Ibid.*, XX 200.

[123](#) El estado de la cuestión en Z. BARAS, «*Testimonium Flavianum*: the state of recent scholarships en M. AVI-YONAH, Z. BARAS (eds.), *World History of the Jewish People*, VIII: *Society and Religion in the Second Temple Period*, Jerusalén, 1977, págs. 303 ss. y 378 ss., y del mismo, «The *Testimonium Flavianum* and the martyrdom of James», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 338-348. Ver también FELDMAN, «Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, págs. 821-838.

[124](#) Véase L. HERRMANN, *Chrestos. Témoignages païens et juifs sur le christianisme du premier siècle*, Bruselas, 1970, págs. 104 ss.

[125](#) Recientemente hemos visto exhumado un interesante documento al respecto: la carta de un prestigioso judío que, a mediados del siglo XVII, tercia en la polémica a favor de que *Antigüedades* XVIII 63-64, es un pasaje apócrifo. Cf. HADAS-LEBEL, «Une lettre en français de Menasseh Ben Israel. À propos du *Testimonium Flavianum*», *Revue des Études Juives* 149 (1990), 125-128.

[126](#) Aunque un investigador judío de hoy pueda pensar que al menos expresiones como «hombre sabio» o «hechos maravillosos» son originales e incluso de falsificación improbable: G. VERMES, *Jesus the Jew=Jesús el Judío* [trad. J. M. ÁLVAREZ FLÓREZ, A. PÉREZ], Barcelona, 1977, pág. 85.

[127](#) *Antigüedades XVIII* 116-119. Es el caso de HERRMANN, *Chrestos*, págs. 99-100.

[128](#) *Historia Eclesiástica I* 11, 7-8.

[129](#) *Contra Celso I* 47, y *Sobre Mateo X* 17.

[130](#) «¿Por qué calla Flavio Josefo?», es uno de los epígrafes del precioso ensayo de W. TRILLING, *Fragen zur Geschichtlichkeit Jesu=Jesús y los problemas de su historicidad* [trad. C. RUIZ GARRIDO], Barcelona, 1968, págs. 62 ss.

[131](#) H. R. MOEHRING, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», en W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, pág. 865.

[132](#) Sobre Josefo como combinación de la tradición israelita y del realismo tucidideo, aunque en referencia primordial a la *Guerra*, M. STERN, «Josephus and the Roman Empire in *The Jewish War*», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, pág. 78. Ver también G. A. PRESS, *The Development of the Idea of History in Antiquity*, Kingston-Montreal, 1982, pág. 52, sobre la influencia formal de Tucídides y Polibio en los autores judeohelenísticos, entre ellos el Josefo de la *Guerra*.

[133](#) G. N. DEUTSCH, «The illustration of Josephus' manuscripts», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, pág. 398.

[134](#) Desde M. KRENKEL, *Josephus und Lukas*, Leipzig, 1894.

[135](#) H. SCHRECKENBERG, «Josephus und die christliche Wirkungsgeschichte seines *Bellum Iudaicum*», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, págs. 1106-1217; «The Works of Josephus and the early Christian Church», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 315-324, y *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 68 ss.

[136](#) W. MIZUGARI, «Origen and Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 315-324.

[137](#) Las innúmeras citas, en SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*.... págs. 79-88.

[138](#) S. BOWMAN, «Josephus in Byzantium», en FELDMAN, HATA (eds.) *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 363-364.

[139](#) S. BOWMAN, «Josephus in Byzantium», pág. 377 y, en general, 362-385. Véanse algunas concreciones en A. MOMIGLIANO, «Pagan and christian historiography in the Fourth Century A. D.», *Essays in ancient and Modern Historiography*. Middletown, 1977, pág. 116.

[140](#) L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings, and his Significance» en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, pág. 771.

[141](#) B. SMALLEY, «Sallust in the Middle Ages», en R. R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences on European Culture, A. D. 500-1500*, Cambridge, 1971, págs. 165 y 170.

[142](#) Al respecto, L. GIL, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981, pág. 188.

[143](#) E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina*, I, Méjico, reimpr. 1981, pág. 370.

[144](#) J. COLIN, *Cyriaque d'Ancône, le voyageur, le marchand, l'humaniste*, París, 1981, pág. 462.

[145](#) CURTIUS, *Literatura europea...*, II, pág. 522.

[146](#) Ver B. HALPERN-AMARU, «Martin Luther and Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 411-426.

[147](#) GIL, *Panorama social del humanismo español...*, págs. 508 y 533.

[148](#) J. LÓPEZ RUEDA, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973, pág. 247.

[149](#) C. HERNANDO, *Helenismo e Ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975, pág. 108.

[150](#) Sobre el aprecio de Josefo, dentro del concierto de la antigua historiografía griega y latina, en esta época, véase P. BURKE, «A survey of the popularity of ancient historians (1450-1700)», *History and Theory* 5 (1966), 135-152.

[151](#) Y. MALKIEL. dio a conocer el estudio póstumo e inacabado de la gran hispanista M.^a Rosa Lida, «El libro infinito de M. R. L.[ida] de M[alkiel]: Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* 13 (1968-1969), 205-226.

[152](#) A. MOMIGLIANO, «The place of ancient historiography in modern historiography», *Les études classiques aux XIXe. et XXe. siècles: leur place dans l'histoire des idées*, Vandoeuvres-Ginebra, 1980, pág. 128.

[153](#) J. A. PARENTE, *Religious Drama and the Humanist Tradition. Christian Theater in Germany and the Netherlands, 1500-1680*, Leiden Nueva York-Copenhague-Colonia, 1987, pág. 68.

[154](#) PARENTE, *Religious Drama...*, págs. 170-171.

[155](#) J. BEN-ARIEH, *The Rediscovery of the Holy Land in the Nineteenth Century*, 2. ed., Jerusalén, 1983, pág.12.

¹⁵⁶ Guerra I 1, 3 Véase RAJAK, *Josephus*, cap. VII, titulado «Josephus as an Aramaic Writer».

¹⁵⁷ Podría ser que el nombre de Hegesipo para este adaptador del siglo IV avanzado —por lo demás, el de Hegesipo es nombre conocido de un historiador cristiano del siglo II— haya salido de una interpretación falsa del título del propio texto latino: *E Josippi historia*. Cf. SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, pág. 58.

¹⁵⁸ A. A. BELL, «Josephus and Pseudo-Hegesippus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 349 ss.

¹⁵⁹ Ver FELDMAN, «Flavius Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, pág. 770.

¹⁶⁰ Editada por C. BOYSEN en el *Corpus Vindobonense*, 37, Viena, 1898.

¹⁶¹ Véase SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 59-61 y 15 ss.

¹⁶² Oxford, 1720, y Amsterdam, 1726.

¹⁶³ V. ISTRIN, *La prise de Jerusalem de Josèphe le Juif. Texte vieuxrusse*, I-II, París, 1934-1938.

¹⁶⁴ De N. A. MESCERSKIJ, San Petersburgo, 1958.

¹⁶⁵ La de N. RADOVICH, «Il testo russo antico della *Guerra Giudaica*», apéndice de la ed. de G. VITUCCI, Vicenza, 1974, II, págs. 619-676.

¹⁶⁶ Edición de H. KOTTEK, Berlín, 1886.

¹⁶⁷ S. PINES, *An Arabic Version of the «Testimonium Flavianum» and its Implications*, Jerusalén, 1971.

¹⁶⁸ D. FLUSSER, «*Josippon*, a medieval Hebrew version of Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 386 ss.

¹⁶⁹ Ver D. FLUSSER, *The Josippon (Josephus Gorionides)*, ed. comentada, I-II, Jerusalén, 1978-1980. La obra de Flusser utiliza el hebreo.

¹⁷⁰ Véase SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, páginas 54-55.

¹⁷¹ Véanse datos más completos en SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 10-51.

¹⁷² De los dos *Vaticani*, el primero lleva sigla V para *Guerra* y el segundo la misma sigla para *Antigüedades*. Para la parte de este último escrito del *Vaticanus gr.* 148 se utiliza la sigla B.

[173](#) Ambos *Ambrosiani* y los dos *Laurentiani* llevan la misma sigla, respectivamente A y L, porque se utilizan para ediciones distintas; unos para la *Guerra*, otros para ambas partes de *Antigüedades* y otro para el *Contra Apión*. Aplíquese similar razón al hecho de que dos *Parisini* lleven sigla P y otro *Parisinus* comparta sigla R con un *Palatinus*.

[174](#) Podemos denominarlo así, entiendo, aunque SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 41-42, lo registra como «*Saragossa Nr. 253*».

[175](#) Seleccione en este apartado sólo las ediciones que me parecen más importantes.

[176](#) Reeditada en Francfort, 1617.

[177](#) Asequible hoy la impresión de Éditions Lidis, París, 1973.

[178](#) Falta en ella la *Autobiografía*.

[179](#) La edición de S. HAVERCAMP, de 1726.

[180](#) No la conozco publicada, pero la maneja y cita H. St. J. TACKERAY en su edición.

[181](#) En Colonia: 1959, para las *Antigüedades* y la *Guerra*; 1960, para la *Autobiografía* y *Contra Apión*. Este último volumen se cierra con *Ueber die Makkabäer*.

[182](#) La tercera edición es de 1983.

[183](#) SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, pág. 64.

[184](#) Quedó incompleta por fallecimiento del autor, también reputado especialista.

[185](#) Reimpresa en 1988.

[186](#) En dos volúmenes, Tarrasa, 1988.

[187](#) La última reimpresión es de 1987.

[188](#) El *Contra Apión* como anejo.

[189](#) Reedición reciente en tres volúmenes por Editorial Clie, Tarrasa, 1988.

[190](#) Existiendo la anterior versión de Palencia, no se puede decir, como hace el prologuista portugués y teólogo Isaac Abuab Da Fonseca, que había traducciones del *Contra Apión* en muchas lenguas, «economy na Espanhola».

[191](#) J. RICCIOTTI, *La Guerra Judaica*, Barcelona, 1960.

BIBLIOGRAFÍA

Sigue una relación bibliográfica referente a Josefo o de interés para su obra no más que selectiva. Ni se limita a lo citado en la introducción, ni recoge todos los trabajos que en ella aparecen. Sin obviar la subjetividad que es inevitable en estos casos, he pretendido aportar un limitado instrumento de valor general.

*Ediciones*¹⁹²

B. NIESE, *Flavii Josephi opera*, I-VII, Berlín, 1885-1895.
Editio maior.

—, *Flavii Josephi opera*, I-VI, Berlín, 1888-1895. *Editio minor*.

S. A. NABER, *Flavii Josephi opera omnia*, I-VI, Leipzig, 1888-1896.

H. St. J. THACKERAY, M. MARCUS, A. WIKGREN, L. H. FELDMAN, *Josephus*, I-IX, Londres-Cambridge (Mass.), 1926-1965.

Léxicos

G. BOETTGER, *Topographisch-historisches Lexicon zu den Schriften des Flavius Josephus*, Amsterdam, 1966 (± 1879).

K. H. RENGSTORF (ed.), *A complete Concordance to Flavius Josephus*, I-IV, Leiden, 1973-1983.

A. SCHALIT, *Namenwörterbuch zu Flavius Josephus*, Leiden, 1968.

Estudios

- L. ARMSTRONG, «A Renaissance Flavius Josephus», *Yale University Library Gazette* 58 (1984), 122-139.
- H. W. ATTRIDGE, *The Interpretation of Biblical History in the Antiquitates Judaicae of Flavius Josephus*, Moussola, 1976.
- J. R. BARTLETT, *Jews in the Hellenistic World. Josephus, Aristeeas, The Sibylline Oracles, Eupolemus*, Cambridge, 1985.
- T. S. BEALL, *Josephus' Description of the Essenes illustrated by the Dead Sea Scrolls*, Cambridge, 1988.
- O. BETZ, K. HAACKER, M. HENGEL (eds.), *Josephus-Studien. Untersuchungen zu Josephus, dem antiken Judentum und dem Neuen Testament, Otto Michel zum 70. Geburtstag gewidmet*, Gotinga, 1974.
- P. BILDE, *Flavius Josephus between Jerusalem and Rome. His Life, Works and their Importance*, Sheffield, 1988.
- M. BOHRMANN, *Flavius Josèphe, les Zélots et Yahvé: pour une relecture de la «Guerre des Juifs»*, Berna, 1989.
- S. J. D. COHEN, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden, 1979.
- D. DAUBE, *Typologie im Werk des Flavius Josephus*, Munich, 1977.
- R. EGGER, *Josephus Flavius und die Samaritaner. Eine terminologische Untersuchung zur Identitätsklärung der Samaritaner*, Gotinga, 1986.
- L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings and his Significance», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-862.

- L. H. FELDMAN, G. HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, Detroit, 1987.
- , *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.
- F. J. FOAKES JACKSON, *Josephus and the Jews. The Religion and History of Jews as explained by Flavius Josephus*, Gran Rapids, 1981 (=1977).
- P. FORNARO, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980.
- T. W. FRANXMAN, *Genesis and the «Jewish Antiquities» of Flavius Josephus*, Roma, 1979.
- H. GUTTMAN, *Die Darstellung der jüdischen Religion bei Flavius Josephus*, Breslau, 1928.
- M. HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe. Le Juif de Rome*, París, 1989.
- F. J. F. JACKSON, *Josephus and the Jews. The Religion and History of the Jews as explained by Flavius Josephus*, Nueva York, 1930.
- D. J. LADOUCEUR, *Studies in the Language and Historiography of Flavius Josephus*, Ann Arbor, 1979.
- R. LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage*, Giessen, 1920.
- J.-P. LÉMONON (ed.), *Flavius Josèphe. Un témoin juif de la Palestine au temps des apôtres*, París, 1988.
- H. LINDNER, *Die Geschichtsauffassung des Flavius Josephus im «Bellum Judaicum»*, Leiden, 1972.
- O. MICHEL, «Die Rettung Israel und die Rolle Roms nach den Reden im *Bellum Judaicum*. Analysen und Perspektiven»,

- W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1988, págs. 945-976.
- Y. MALKIEL, «El libro infinito de M. R. L[ida] de M[alkiel]: Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* 13 (1968-1969), 205-226.
- H. R. MOEHRING, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 864-944.
- R. NEWELL, «The suicide accounts in Josephus: a form critical study», *Society of Biblical Literature. Seminar Papers*, 1982, págs. 351-369.
- A. PELLETIER, *Flavius Josèphe, adaptateur de la Lettre d'Aristée. Une reaction atticisante contre la koiné*, París, 1962.
- S. PINES, *An Arabic Version of the Testimonium Flavianum and its Implications*, Jerusalén, 1971.
- T. RAJAK, *Josephus. The Historian and his Society*, Londres, 1984.
- U. RAPPAPORT (ed.), *Josephus Flavius, Historian of Eretz-Israel in the Hellenistic-Roman Period. Collected Papers*, Jerusalén, 1982.
- E. SANFORD, «Propaganda and censorship in the transmission of Josephus», *Transactions of the American Philological Association* 66 (1935), 127-145.
- C. SAULNIER, «Flavius Josèphe et la propagande flavienne», *Revue Biblique* 96 (1989), 545-562.
- A. SCHALIT (ed.), *Zur Josephus-Forschung*, Darmstadt, 1973.

- A. SCHLATTER, *Die Theologie des Judentums nach dem Bericht des Josephus*, Gütersloch, 1932.
- H. SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter*, Leiden, 1972.
- , «Josephus und die christliche Wirkungsgeschichte seines *Bellum Judaicum*», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 1106-1217.
- , *Rezeptionsgeschichtliche und textkritische Untersuchungen zu Flavius Josephus*, Leiden, 1977.
- S. SCHWARTZ, *Josephus and Judaeen Politics*, Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1990.
- R. J. H. SHUTT, *Studies in Josephus*, Londres, 1961.
- H. S. THACKERAY, *Josephus. The Man and the Historian*, Nueva York, 1967 (=1929).
- F. TRISOGLIO, «L'intervento divino nelle vicende umane dalla storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio de Cesarea», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 977-1104.
- L. TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione» di Giuseppe*, Pisa, 1977.
- W. VAN UNNIK, *Flavius Josephus als historischer Schriftsteller*, Heidelberg, 1978.
- , «Flavius Josephus and the Mysteries», M. VERMASEREN (ed.), *Studies in Hellenistic Religions*, Leiden, 1979, págs. 244-279.
- P. VIDAL-NAQUET, «Flavius Josèphe ou le bon usage de la trahison», P. SAVINEL (ed.), *Flavius Josèphe. «La Guerre des*

Juifs», París, 1977, págs. 7-115.

P. VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus*, Leiden, 1986.

W. WEBER, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem «jüdischen Krieg» des Flavius Josephus*, Hildesheim-Nueva York, 1973 (= 1921).

G. A. WILLIAMSON, *The World of Josephus*, Londres, 1964.

Bibliografías^{[193](#)}

L. H. FELDMAN, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980)*, Berlín-Nueva York, 1984.

—, *Josephus. A supplementary Bibliography*, Nueva York, 1986.

H. SCHRECKENBERG, *Bibliographie zu Flavius Josephus*, Leiden, 1968.

—, *Bibliographie zu Flavius Josephus. Supplementum*, Leiden, 1979.

Obras complementarias

P. R. ACKROYD, C. F. EVANS (eds.), *The Cambridge History of the Bible, I: From the Beginnings to Jerome*, Cambridge, 1970.

M. AVI-YONAH, M. STERN (eds.), *Encyclopedia of archaeological Excavations in the Holly Land*, I-IV, Oxford-Londres-Jerusalén, 1975-1978.

E. J. BICKERMAN, *The Jews in the Greek Age*, Cambridge (Mass.)-Londres, 1988.

W. R. FARMER, *Maccabees, Zealots and Josephus: an Inquiry into Jewish Nationalism in the Greco-Roman Period*, Nueva York, 1963 (=1956).

- S. FREYNE, *Galilee from Alexander the Great to Hadrian, 323 B. C. E. to 135 C. E.*, Notre Dame, 1980.
- R. FURNEAUX, *The Roman Siege of Jerusalem*, Londres, 1973.
- M. GOODMAN, *The ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome A. D. 66-70*, Cambridge, 1987.
- M. GRANT, *The Jews in the Roman World*, Londres, 1973.
- H. GUEVARA, *Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid, 1985.
- M. HENGEL, *Die Zeloten = The Zealots. Investigations into the Jewish Freedom Movement in the Period from Herod I until A. D. 70*, Edimburgo, 1989.
- , *Judentum und Hellenismus = Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the early Hellenistic Period* [trad. J. Bowden], I-II, Londres-Filadelfia, 1974.
- L. HERRMANN, *Chrestos. Témoignages païens et juifs sur le christianisme du premier siècle*, Bruselas, 1970.
- A. KASHER, *Jews and Hellenistic Cities in Eretz-Israel. Relations of the Jews in Eretz-Israel with the Hellenistic Cities during the Second Temple Period (322 BCE-70 CE)*, Tubinga, 1990.
- J. P. LÉMONON, *Pilate et le gouvernement de la Judée. Textes et monuments*, París, 1981.
- A. PAUL, *Le monde des Juifs à l'heure de Jésus. Histoire politique = El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política*, Madrid, 1982.
- D. M. RHOADS, *Israel in Revolution, 6-74 c.e. Political History based on the Writings of Josephus*, Filadelfia, 1976.

- S. SAFRAI, M. STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century. Historical Geography, political History, social, cultural and religious Life and Institutions*, I-II, Assen-Amsterdam, 1974-1976.
- M. SARTRE, *L'Orient Romain. Provinces et sociétés provinciales en Méditerranée orientale d'Auguste aux Sévères (31 avant J.-C.-235 après J.-C.)*, Paris, 1991.
- E. SCHÜRER, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi = Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, I-II, Madrid, 1985.
- E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976.
- M. STERN, *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism*, I-III, Jerusalén, 1974-1984.
- M. E. STONE, *Scriptures, Sects and Visions: a Profile of Judaism from Ezra to the Jewish Revolt*, Oxford, 1982.
- V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilisation and the Jews*, Filadelfia, 1961.
- G. VERMES, *Scripture and Tradition in Judaism*, Leiden, 1983.

LUIS GARCÍA IGLESIAS

Septiembre de 1992

[192](#) Damos sólo aquí las más importantes de las críticas completas. Más pormenor en el apartado correspondiente de páginas anteriores.

[193](#) Téngase en cuenta también las ciento veinte páginas de bibliografía comentada por el propio L. H. FELDMAN en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En nuestra traducción de la *Autobiografía* hemos seguido el texto establecido por A. Pelletier en su edición de «Les Belles Lettres» (París, 1983). En los escasos pasajes en que diferimos del texto citado lo hacemos constar en notas a pie de página.

La *Autobiografía* relata el período de la vida de Josefo en que ejerció las funciones de general gobernador de Galilea, sin llegar a dar cuenta del episodio conocido por la *Guerra de los Judíos*: el sitio de Jotapata, al final del cual Josefo se entrega al general romano Vespasiano. La *Autobiografía* y la *Guerra de los judíos* son dos relatos paralelos escritos con veinte años de distancia, el uno en primera persona y el otro en tercera. Por ello, en numerosas notas hemos indicado las similitudes o discrepancias entre estas obras.

Con el fin de facilitar al lector la localización y consulta de nombres propios hemos confeccionado un índice de los mismos con las correspondencias oportunas, siendo objeto de comentario a pie de página los nombres más relevantes. En un mapa hemos reflejado la mayoría de los topónimos mencionados por Josefo en la *Autobiografía*.

Para la traducción del *Contra Apión* hemos seguido el texto establecido por Th. Reinach («Les Belles Lettres», París, 1921). Esta obra es una apología del judaísmo donde el autor acumula testimonios en favor de la antigüedad de su pueblo para refutar a los escritos antisemitas, concluyendo con una defensa de su legislador y de su ley. Es una obra de gran interés por el número de citas de autores antiguos, cuyas obras

se han perdido en gran parte. En cuanto a las fuentes bíblicas, Josefo nos las presenta como escritos oficiales cuya redacción habría sido confiada a los profetas y después a los sumos sacerdotes.

En ambas traducciones hemos procurado guardar la máxima fidelidad al texto original aunque no siempre ha sido fácil si queríamos prestar cierta fluidez a la prosa castellana.

Por último, queremos testimoniar nuestro agradecimiento a Luis Macía, cuyas oportunas y atinadas observaciones han contribuido a mejorar la versión castellana.

MARGARITA RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA

AUTOBIOGRAFÍA

AUTOBIOGRAFÍA

Genealogía

No es la mía una familia carente de distinción, [1] sino que desciende de los sacerdotes. Cada pueblo tiene un signo de nobleza, y así, entre nosotros, la participación en el sacerdocio es prueba de un linaje ilustre. Y mi familia no sólo proviene de sacerdotes sino también de [2] la primera de las veinticuatro clases (y en esto la diferencia es grande) y de la más noble de sus tribus¹. Soy, además, de estirpe real por mi madre, pues los descendientes de Asmoneo², sus antepasados, fueron sumos sacerdotes y reyes de nuestro pueblo durante muchísimo tiempo. Relataré la sucesión: [3] fue nuestro tatarabuelo Simón, apodado el Tartamudo, que vivió en la época en que era sumo sacerdote el hijo de Simón, el primero de los sumos sacerdotes que ostentó el nombre de Hircano. Simón el Tartamudo tuvo nueve hijos, [4] entre ellos Matías, llamado hijo de Efeo. Éste se casó con una hija del sumo sacerdote Jonatán, el primer hijo de Asmoneo que alcanzó el sumo sacerdocio³, hermano del también sumo sacerdote Simón. Tuvo un hijo, Matías, apodado el Jorobado, cuando Hircano cumplía el primer año [5] de su reinado⁴. Matías a su vez tuvo un hijo, Josefo, en el noveno año del reinado de Alejandría⁵, de Josefo nació Matías, en el décimo año del reinado de Arquelao⁶, y de Matías nací yo, en el primer año del principado de Gayo César⁷. Tengo tres hijos: Hircano, el mayor, nació en el cuarto año del principado de Vespasiano César⁸; Justo, en [6] el séptimo y Agripa, en el noveno⁹. Cito la sucesión cronológica de nuestra familia tal como la he

encontrado registrada en los archivos públicos, sin preocuparme de los que intentan calumniarnos.

Educación

[2 7] Matías, mi padre, era insigne por su noble linaje, aunque era más reconocido por su rectitud, gozando de gran prestigio en Jerusalén, nuestra ciudad más importante. [8] Yo fui educado con un hermano de nombre Matías (mi hermano de padre y madre) y hacía grandes progresos en mi educación, teniendo fama de una memoria [9] y una inteligencia excepcionales¹⁰. Apenas salido de la niñez, sobre los catorce años, todos elogiaban mi dedicación al estudio, y sacerdotes y hombres notables de la ciudad me frecuentaban para recibir de mí alguna aclaración sobre las leyes. Cuando tenía unos dieciséis años, decidí obtener experiencia [10] de las sectas que existen entre nosotros. Son tres: la primera, la de los fariseos, la segunda, la de los saduceos, y la tercera, la de los esenios, como he repetido en tantas ocasiones¹¹. Creía que, si las conocía bien todas, podría elegir la mejor. Con una dura disciplina y mucho esfuerzo [11] pasé por las tres; pero después de comprobar que la experiencia obtenida en ellas era insuficiente para mí, oí hablar de un tal Banus, que vivía en el desierto usando como vestido lo que le proporcionaban los árboles¹² y como alimento lo que producía la tierra espontáneamente, que se bañaba varias veces, de día y de noche, en agua fría para purificarse, y me convertí en su discípulo. Viví con él tres [12] años¹³ y, una vez cumplido mi propósito, regresé a la ciudad. A los diecinueve años empecé a participar en la vida pública siguiendo los principios de la secta de los fariseos, que presenta semejanzas con la que entre los griegos se denomina estoica.

Viaje a Roma

Después de haber cumplido los veintiséis [13 3] años, acaeció que fui a Roma por la razón que voy a referir: en la época en que Félix era procurador de Judea¹⁴, por un motivo nimio y fortuito, encarceló a unos sacerdotes amigos míos, hombres honorables, y los envió a Roma [14] para que dieran explicaciones al César¹⁵. Yo deseaba encontrar el modo de salvarlos, sobre todo sabiendo que, ni siquiera en la desgracia, en ningún momento habían olvidado su piedad hacia Dios y se alimentaban de higos y nueces¹⁶, y llegué a Roma después de una travesía plagada de peligros. [15] Resulta que nuestra nave naufragó en medio del Adriático¹⁷; éramos unos seiscientos y nadamos toda la noche. Al amanecer, gracias a la providencia divina, apareció ante nosotros una nave de Cirene. A mí y a algunos más, en total unos ochenta, que nos adelantamos al resto, nos subieron a bordo. [16] Ya a salvo en Dicearquía, a la que los italos llaman Puteoli¹⁸, entablé amistad con Alítiro, un actor de familia judía muy estimado por Nerón. Por medio de él fui presentado a Popea¹⁹, la mujer del César, y sin demora me ocupé de solicitarle la liberación de los sacerdotes. Cuando hube obtenido de Popea, además de ese favor, considerables obsequios, regresé a mi patria.

Intentos de rebelión

[4 17] Allí me encontré ya las primeras revueltas y a muchos que estaban exaltados con la idea de rebelarse contra Roma. Entonces intenté calmar a los agitadores y convencerlos de que cambiaran de actitud, haciéndoles ver contra quiénes se iban a enfrentar: ellos no sólo eran inferiores a los romanos en experiencia bélica, sino también en buena fortuna; les aconsejaba que no expusieran [18] precipitadamente y con absoluta irreflexión a su patria, a su familia y a sí mismos a los peores peligros. Les hablaba así [19] e insistía abiertamente para disuadirlos, pues preveía que el desenlace de la guerra

sería desastroso para nosotros; pero no logré convencerlos: fue mucho más fuerte la locura de los insensatos.

Pero temiendo que, si insistía en estos razonamientos, [20 5] acabaría por despertar en ellos el odio y la sospecha de estar de parte del enemigo, y para no arriesgarme a que me apresaran y me mataran, como la fortaleza Antonia estaba ya ocupada²⁰, me retiré al atrio interior del Templo. Cuando [21] Menahén y los jefes de la partida de bandidos fueron ejecutados²¹, salí del templo y me reuní con los sumos sacerdotes y los principales de los fariseos. Estábamos muy alarmados [22] viendo al pueblo en armas, y, por lo demás, nosotros no sabíamos qué hacer y éramos incapaces de controlar a los rebeldes. Ante un peligro tan evidente, les decíamos que estábamos de acuerdo con sus planes, pero les aconsejábamos que mantuvieran la calma y dejaran que fuera el enemigo quien atacara, a fin de que se nos pudiera reconocer que tomábamos las armas en legítima defensa. Actuábamos de [23] esta manera esperando que Cestio²² llegara pronto con un gran ejército y pusiera fin a la insurrección.

Derrota de Cestio. Matanza de judíos en Siria

[6 24] Cestio, efectivamente, entró en combate en cuanto llegó, pero fue vencido y cayeron muchos de los suyos. Su derrota fue una desgracia para todo nuestro pueblo, pues con ella los partidarios de la guerra se sintieron más seguros; habiendo vencido a los romanos una vez, concibieron la esperanza de continuar así hasta el final. [25] A esto se añadía otro motivo: los habitantes de las ciudades próximas a Siria habían apresado a los judíos que residían entre ellos y los habían matado, incluidos mujeres y niños, sin que tuvieran ningún cargo contra ellos, pues ni habían hecho intento alguno de rebelarse contra los romanos ni [26] nada hostil o insidioso

contra los sirios. Fueron los de Escitópolis²³ los autores de las acciones más abominables y criminales: al ser atacados por enemigos judíos de otros lugares, obligaron a los judíos que vivían con ellos a tomar las armas contra sus compatriotas — lo que nos está prohibido— y con su ayuda vencieron a los invasores. Pero después de la victoria se olvidaron del compromiso con sus conciudadanos y aliados y los mataron a todos, que contaban [27] muchos miles. Otro tanto les ocurrió a los judíos residentes en Damasco. Pero de todo esto ya he hablado con toda precisión en mi obra sobre la *Guerra de los judíos*²⁴. Si lo he recordado ahora, ha sido para demostrar a los lectores que la guerra contra los romanos se debió más a la fatalidad que a la iniciativa de los judíos.

Misión de Josefo en Galilea

Al ser derrotado Cestio, como acabo de [28 7] referir, las autoridades de Jerusalén, viendo que los bandidos y los sediciosos estaban bien provistos de armas y temiendo que, al estar ellos desarmados, pudieran caer en manos de los enemigos —lo que ocurrió más tarde— y como, además, se enteraron de que Galilea no se había sublevado contra los romanos en su totalidad, sino que una parte se mantenía aún tranquila, me enviaron a mí y a otros [29] dos sacerdotes distinguidos, Joazar y Judas, para convencer a esos malvados de que depusieran las armas y hacerles comprender que lo mejor era confiárselas a los notables del pueblo. Se acordó que ellos mantendrían las armas listas para cualquier eventualidad y esperarían a conocer las intenciones de los romanos.

Situación de Galilea: Séforis

Con esas instrucciones llegué a Galilea. [30 8] Encontré a los seforitas muy preocupados por la suerte de su ciudad, ya que los galileos habían decidido saquearla debido a su amistad

con los romanos y porque habían ofrecido apoyo y fidelidad a Cestio Galo, prefecto de Siria. Pero yo los libré de todo temor, poniendo al pueblo a [31] su favor, y les permití relacionarse con la frecuencia que quisieran con sus conciudadanos retenidos como rehenes por Cestio en Dora²⁵, una ciudad de Fenicia. Por otro lado, a los habitantes de Tiberíade los encontré ya en armas por el motivo siguiente:

Tiberíade

[9 32] En esta ciudad había tres facciones: la primera, la de los ciudadanos distinguidos, [33] estaba dirigida por Julio Capelo. Él y los suyos, Herodes, hijo de Miaro, Herodes, hijo de Gamalo, y Compso, hijo de Compso (pues su hermano Crispo, prefecto en otro tiempo del gran Rey²⁶, se encontraba en sus propiedades, al otro lado [34] del Jordán), todos ellos aconsejaban en aquel momento mantenerse fieles a los romanos y al Rey²⁷. Pero esa opinión no era compartida por Pisto, quien, además de estar influido [35] por su hijo Justo, era por naturaleza algo desequilibrado. La segunda facción, formada por gentes poco significativas, se [36] mostraba a favor de la guerra. Justo, el hijo de Pisto, que era el jefe de la tercera facción, aparentaba estar indeciso, pero deseaba ardientemente la revolución, porque pensaba que un cambio de gobierno le daría ocasión de obtener el [37] poder. Así pues, se presentó en público e intentó hacer creer al pueblo que su ciudad había sido siempre la capital de Galilea, al menos en la época de su fundador Herodes el Tetrarca, quien quería que la ciudad de Séforis dependiera de la de Tiberíade; ni siquiera en tiempos del rey Agripa, el padre, habían perdido la primacía, sino que la conservaron [38] hasta que Félix fue nombrado procurador de Judea. Sin embargo ahora, les decía, tenían la desgracia de haber sido entregados como regalo por Nerón a Agripa el joven. Séforis, por su sumisión a los romanos, se

había convertido inmediatamente en la capital de Galilea y se habían instalado en ella [39] la banca real y los archivos. Decía éstas y otras muchas cosas contra el rey Agripa con el fin de incitar al pueblo a la sedición y añadía que había llegado el momento de empuñar las armas y aliarse con los galileos, quienes se dejarían llevar de buen grado por el odio que sentían hacia los seforitas, los cuales todavía guardaban fidelidad a los romanos; era el momento de llevar a cabo la venganza con un gran ejército. [40] Con esta arenga se ganó a la muchedumbre, pues era un hábil demagogo que, con el encanto y la perfidia de sus palabras, triunfaba sobre sus oponentes aunque propusieran mejores planes; y no era desconocedor de la cultura griega, lo que le dio ánimos para escribir la historia de estos sucesos con el propósito de confundir la verdad con su fácil discurso. [41] Pero en el curso del relato iré demostrando la vida indigna que llevó este hombre y cómo, junto con su hermano, fue prácticamente el responsable de nuestra ruina²⁸. En esa [42] ocasión, Justo, después de convencer a sus conciudadanos de que tomaran las armas, forzando incluso a muchos que no querían, salió con todos ellos y quemó las aldeas de Gadara e Hipo que se encuentran en los límites de Tiberíade y del territorio de Escitópolis.

Giscala

Así estaban las cosas en Tiberíade. La [43 **10**] situación de Giscala era la siguiente: Juan, hijo de Leví, al ver que algunas gentes estaban muy ufanas con la rebelión contra los romanos, intentaba contenerlos y les pedía que se mantuvieran leales. Pero a pesar de sus esfuerzos [44] no lo consiguió, pues los pueblos vecinos, gadarenos, gabarenos, soganeos y tirios, reunieron un gran ejército y cayeron sobre Giscala tomándola por la fuerza. Después de haberla incendiado y asolado,

regresaron a sus casas. Entonces Juan, [45] irritado por ello, armó a todos sus partidarios y, enfrentándose a los pueblos mencionados, los venció. A Giscala la reconstruyó fortificándola y dotándola de murallas para su seguridad futura.

Gamala. Matanza de los judíos babilonios

[11 46] Gamala, en cambio, se mantenía fiel a los romanos por el siguiente motivo: Filipo, hijo de Jácimo, lugarteniente del rey Agripa, que había escapado milagrosamente con vida del asedio del palacio real de Jerusalén, vino a caer en otro peligro, el de morir a [47] manos de Menahén y sus bandidos²⁹; pero unos babilonios parientes suyos, que se encontraban en Jerusalén, impidieron que los bandidos cometieran el crimen. Filipo esperó allí cuatro días y, al quinto, con una peluca postiza para no ser reconocido, escapó. Al llegar a una de las aldeas de su jurisdicción, situada en los límites de la fortaleza de Gamala, mandó llamar a algunos de sus hombres para que se reunieran [48] con él. Pero afortunadamente la providencia obstaculizó su plan, ya que, de no haber sido así, él, sin duda alguna, hubiera perecido. Aquejado de un repentino acceso de fiebre, escribió una carta a los jóvenes Agripa y Berenice³⁰ y por [49] medio de uno de sus libertos se la envió a Varo³¹. Éste era, en aquella época, administrador del reino; había sido nombrado por los reyes, que se habían marchado a Beritos³² so [50] para encontrarse con Cestio. Varo, al recibir la carta y enterarse de que Filipo había escapado con vida, lo llevó muy a mal, pensando que los reyes prescindirían de sus servicios cuando Filipo regresara. Entonces hizo comparecer ante el pueblo al portador de la carta y le acusó de haberla falsificado; dijo que mentía al afirmar que Filipo estaba en Jerusalén luchando al lado de los judíos contra los romanos y lo hizo matar. Como el liberto no

regresaba, Filippo, que [51] no alcanzaba a comprender el motivo, envió a un segundo mensajero con otra carta y para que le informara de lo que había sucedido con el primero, ya que tardaba tanto. Pero [52] también a este liberto, en cuanto llegó, Varo le acusó falsamente y lo mandó asimismo matar. A Varo le hacían concebir ilusiones los sirios de Cesarea, quienes le aseguraban que Agripa moriría a manos de los romanos por las acusaciones de los judíos y que él, por ser descendiente de reyes, ocuparía el trono. La estirpe real de Varo era, efectivamente, reconocida por todos, como descendiente de Soemo, tetrarca del Líbano. Envanecido con estas pretensiones, Varo guardó las [53] cartas, procurando que el Rey no llegara a conocerlas, y puso vigilantes en todas las salidas de la ciudad para que nadie pudiera escapar e informar al Rey; además, para agradar a los sirios de Cesarea, mandó matar a muchos judíos.

Con la ayuda de los habitantes de Traconítide de Batanea [54] decidió también alzarse en armas contra los judíos babilonios —así los llaman— de Ecbatana³³. Convocó a los doce judíos [55] más reputados de Cesarea y les ordenó que fueran a Ecbatana y dijeran a sus compatriotas de allí: «Varo ha oído que tenéis intención de levantaros contra el Rey; aunque él no lo cree, nos ha enviado para convenceros de que depongáis las armas; esto sería para él la prueba de que tiene razón, al no creer lo [56] que dicen de vosotros». Les ordenaba también que enviaran a setenta personas importantes para que respondieran de la acusación que se les imputaba. Los doce, al llegar a Ecbatana y ver que sus compatriotas no planeaban ninguna insurrección, los persuadieron para que enviaran a [57] los setenta hombres. Ellos, sin la menor sospecha de lo que iba a ocurrir, los enviaron; éstos llegaron a Cesarea con los doce delegados. Varo les salió al encuentro con el ejército real,

los mató a todos, incluidos los delegados, y se dirigió [58] contra los judíos de Ecbatana. Pero uno de los setenta, que había logrado escapar con vida, se adelantó a comunicárselo a los de Ecbatana, los cuales, cogiendo las armas, se retiraron a la fortaleza de Gamala con sus mujeres e hijos, abandonando sus aldeas llenas de provisiones y de muchos miles de [59] cabezas de ganado. Cuando Filipo lo supo, se dirigió también a la fortaleza de Gamala. A su llegada, la multitud le gritaba pidiéndole que tomara el mando y declarara la guerra a Varo y a los sirios de Cesarea, pues se había difundido el [60] rumor de que éstos habían matado al Rey. Filipo trató de contener sus ímpetus recordándoles detalladamente el beneficio que el Rey les había dispensado y el enorme poder de los romanos y diciéndoles que no era conveniente provocar [61] una guerra contra ellos; al final, logró convencerlos. El Rey a su vez, al enterarse de que Varo se disponía a acabar en un solo día con los judíos de Cesarea —muchos miles, incluidos mujeres y niños—, le mandó llamar y envió a Ecuo Modio para que le sustituyera, como he referido en otro lugar³⁴. Filipo conservó la fortaleza de Gamala y mantuvo el territorio circundante fiel a los romanos.

Demolición del templo de Herodes el Tetrarca

Cuando llegué a Galilea y me enteré de [62 12] estos acontecimientos por medio de mensajeros, escribí al Sanedrín de Jerusalén pidiendo instrucciones sobre lo que debía hacer. Me aconsejaron que me quedara allí y me ocupara de Galilea, junto con mis compañeros de embajada si querían. Éstos, que disponían de mucho dinero [63] procedente de los diezmos que recibían por su condición de sacerdotes, consideraron preferible regresar a casa. Sin embargo, cuando les pedí que esperasen hasta poner en orden las cosas, accedieron. Así pues, salí con ellos de la ciudad de [64] Séforis y vine a parar a

una aldea llamada Betmaus, que dista de Tiberíade cuatro estadios. Desde allí envié un mensaje al Consejo de Jerusalén y a los notables de la ciudad pidiendo que se reunieran conmigo. Cuando se presentaron —Justo [65] había venido con ellos— les expliqué que mis colegas y yo habíamos sido comisionados por la comunidad de Jerusalén para convencerles de la necesidad de demoler el palacio, construido por Herodes el Tetrarca, donde había representaciones de seres vivos, pues nuestras leyes prohíben este tipo de decoración³⁵, y les pedí que nos permitieran poner manos a la obra lo antes posible. Durante mucho tiempo, [66] Capela³⁶ y los jefes del grupo no parecían dispuestos a dar su consentimiento, pero, presionados por nosotros, acabaron por ceder. Jesús, hijo de Safias³⁷, quien, como dije al principio, dirigía el partido de los marineros y de las gentes más pobres, se nos adelantó con un grupo de galileos y prendió fuego al palacio, esperando sacar de allí grandes riquezas, pues había visto que algunos techos estaban revestidos de [67] oro. Contra nuestra voluntad, hicieron un considerable saqueo. Después de nuestra entrevista con Capela y las autoridades de Tiberíade, salimos de Betmaus con dirección a la Alta Galilea. Jesús y los suyos mataron a todos los residentes griegos que antes de la guerra habían sido sus enemigos.

[13 68] Al tener noticia de ello, me indigné mucho y, bajando hasta Tiberíade, me esforzé en rescatar de manos de los asaltantes cuanto pude del mobiliario del palacio, a saber: candelabros corintios, mesas reales y una cantidad considerable de plata sin acuñar. Decidí guardar para el Rey todo [69] lo recuperado. Mandé llamar a los diez principales del Consejo y a Capela, hijo de Antilo, y les confié los objetos recuperados con la advertencia de no entregarlos a nadie excepto a mí.

Las trapacerías de Juan de Giscala

[70] Desde allí, me dirigí con mis compañeros a Giscala para encontrarme con Juan, pues quería averiguar cuál era su postura; enseguida descubrí sus ansias revolucionarias [71] y sus ambiciones de poder. Me pidió autorización para llevarse el trigo del César, que estaba depositado en las aldeas de la Alta Galilea; decía que quería emplear el producto de su venta para reconstruir los muros de su [72] ciudad natal. Pero yo, al darme cuenta de su maniobra y de lo que intentaba hacer, le dije que no era posible; y puesto que la comunidad de Jerusalén me había confiado la responsabilidad de los asuntos de aquel lugar, tenía intención de [73] guardar el trigo para los romanos o para mí mismo. Como no pudo convencerme a mí, se dirigió a los otros embajadores; éstos, que no tenían ninguna sospecha de lo que podía ocurrir y estaban harto dispuestos a recibir dinero, se dejaron sobornar por Juan y votaron que le fuera entregado todo el trigo almacenado en su región; entonces yo, al quedarme en minoría frente a dos votos, no hice nada. Todavía añadió Juan [74] otra trapacería más: dijo que los judíos asentados en Cesarea de Filipo³⁸, cuando fueron hechos prisioneros por su lugarteniente Modio, obedeciendo órdenes del Rey, al no disponer del aceite puro que usaban, le habían enviado a él un mensaje pidiéndole que se ocupara de suministrarles una partida, para no verse obligados a usar el aceite griego y transgredir así las leyes³⁹. Juan no decía esto por religiosidad, sino por [75] una evidente codicia: sabía que allí, en Cesarea, los dos sextarios⁴⁰ se vendían por una dracma mientras que en Giscala, los ochenta sextarios, por cuatro; envió pues a Cesarea toda la provisión de aceite, dando a entender que lo hacía con mi autorización. Yo le había dado permiso, [76] no por mi gusto, sino por miedo a que me lapidase el pueblo si lo impedía. El caso es que yo

consentí y gracias a ese engaño, Juan consiguió una suma considerable de dinero.

Medidas de Josefo para apaciguar Galilea

Dejé que mis compañeros regresaran de [77 14] Giscala a Jerusalén y yo me ocupé de las armas, los suministros y las fortificaciones de las ciudades. Hice venir a los bandidos más arrojados y, como vi que no había modo de quitarles las armas, convencí al pueblo de que les pagara un sueldo como mercenarios, con el argumento de que era mejor darles voluntariamente un poco de dinero que ver las posesiones sometidas al pillaje sin poder remediarlo. [78] Hice jurar a los bandidos que no entrarían en nuestro territorio salvo que fueran llamados o no recibiesen su paga y los despedí ordenándoles que no atacaran ni a los romanos ni a sus vecinos. Me preocupaba ante todo mantener la paz [79] en Galilea. A los magistrados de Galilea, setenta en total, quise mantenerlos, bajo pretexto de amistad, como garantía de fidelidad y los convertí en mis camaradas y compañeros de viaje. Contaba con ellos en los juicios y pronunciaba las sentencias con su aprobación, procurando no violar las leyes con decisiones precipitadas y manteniéndome alejado de cualquier corrupción en esos asuntos.

Declaración de integridad

[15 80] Aproximadamente a los treinta años, una edad en la que, aunque uno se mantenga alejado de las malas pasiones, es difícil sustraerse a las calumnias de la envidia, sobre todo cuando se ocupa un puesto que confiere gran autoridad, yo había respetado siempre a las mujeres y había rechazado toda clase de regalos porque me parecían superfluos; es más, ni siquiera aceptaba de quienes me los traían los diezmos que se me debían como [81] sacerdote. Sin embargo, cuando vencí a

los sirios que habitaban las ciudades circundantes, tomé parte del botín, que [82] admito haber enviado a mis parientes de Jerusalén. Pero cuando conquisté dos veces Séforis, cuatro veces Tiberíade y una Garaba, y aunque tuve a mi merced a Juan, que había conspirado tanto contra mí, no me vengué de él ni de ninguno de los pueblos que he citado, como se demostrará [83] en el curso del relato. Por eso, creo yo que Dios, para el que no pasan inadvertidos quienes obran bien, me libró de las manos de mis enemigos y me preservó de numerosos peligros, como referiré más tarde.

Envidia de Juan por la popularidad de Josefo

El afecto y la fidelidad que el pueblo de [84 16] Galilea me profesaba eran tales que, cuando sus ciudades fueron tomadas por la fuerza y sus mujeres e hijos esclavizados, no eran tantas las lamentaciones por su propio infortunio como su preocupación por mi seguridad. Esto provocó la envidia de Juan. Me escribió pidiéndome [85] autorización para hacer una cura de salud en los baños termales de Tiberíade⁴¹, y yo, sin sospechar ninguna mala [86] intención por su parte, no me opuse, sino que, es más, escribí personalmente una carta a mis delegados en la administración de Tiberíade para que dispusieran alojamiento para Juan y sus acompañantes y le procuraran generosamente todo lo necesario. En aquel momento yo me encontraba en una aldea de Galilea llamada Caná.

Motín de Tiberíade

Cuando Juan llegó a Tiberíade intentó [87 17] persuadir a la población de que se apartara de mí y se pusiera de su parte. Muchos aceptaron gustosamente su invitación: gentes siempre deseosas de revoluciones, inclinadas por su naturaleza a los cambios y que disfrutaban con las disensiones. Sobre todo Justo

y su padre Pisto estaban [88] deseando abandonarme y ponerse del lado de Juan; pero con mi rápida actuación desbaraté sus planes. Llegó a mí, [89] enviado por Silas, a quien, como ya he dicho⁴², había yo nombrado gobernador de Tiberíade. un mensajero que me puso al corriente de las intenciones de los tiberienses, aconsejándome que me diera prisa, pues si tardaba, la ciudad podía caer en otras manos. En cuanto leí la carta de Silas, [90] tomé doscientos hombres y viajé durante toda la noche, tras haber despachado un correo para advertir a los tiberienses [91] de mi llegada. Al alba, cerca ya de la ciudad, el pueblo me salió al encuentro y Juan iba con ellos. Me saludó muy confundido y temiendo que peligrara su vida si se desvelaba [92] su proceder, se retiró rápidamente a su alojamiento⁴³. Al llegar al estadio, despedí a mis guardias personales, excepto a uno, y retuve a diez soldados. Luego, subido en un elevado montón de tierra⁴⁴, me dirigí al pueblo de Tiberíade; les [93] aconsejé que no se sublevaran tan precipitadamente, pues eso podría acarrearles algún perjuicio, porque el nuevo gobernador podría sospechar, con razón, que tampoco a él le iban a guardar fidelidad.

Huida de Josefo a Tariquea

[18 94] No había aún terminado de hablar, cuando oí a uno de mis hombres gritar que bajara, pues no era el momento de ocuparme en ganar la amistad de las gentes de Tiberíade, sino de salvar mi vida e intentar escapar [95] de mis enemigos: Juan había escogido entre sus mil soldados a los más fieles y les había ordenado matarme, pues se había [96] enterado de que yo me encontraba solo con mis familiares. Llegaron, pues, las gentes enviadas por Juan y hubieran cumplido su objetivo si yo no hubiese saltado rápidamente del montículo con Jacob, mi guardia personal, y no hubiera recibido la ayuda de un tal Herodes de Tiberíade que me condujo hasta el lago, donde

encontré una barca; subí a ella y en contra de lo previsible, escapé de mis enemigos y llegué a Tariquea⁴⁵.

Adhesión de los galileos a Josefo

Los habitantes de esta ciudad, al conocer [97 **19**] la perfidia de los tiberienses, se indignaron muchísimo y, tomando las armas, me rogaban que les condujera contra ellos, manifestando su deseo de vengar a su general. Divulgaron lo sucedido por toda Galilea haciendo todo lo [98] posible para excitar a estas gentes contra los tiberienses, y los exhortaban a unirse a ellos en masa para llevar a cabo su propósito con la aprobación de su general. En efecto, llegaron [99] muchos galileos de todas partes con sus armas y me pedían que atacase Tiberíade, la tomase por la fuerza, la arrasara hasta los cimientos y redujera a la esclavitud a sus habitantes, incluidos mujeres y niños. Eso mismo me aconsejaban algunos amigos míos que habían escapado de Tiberíade. Pero yo no [100] podía dar mi aprobación, pues me parecía espantoso iniciar una guerra fratricida; pensaba que la disputa no debía ir más allá de las palabras. Por otra parte, les decía, actuar así tampoco les convenía a ellos, ya que los romanos estaban esperando sus disensiones internas para destruirlos. Con estos argumentos logré calmar la indignación de los galileos.

Juan, al ver fracasado su golpe, temió por su vida y salió [101 **20**] de Tiberíade con sus soldados en dirección a Giscala y me escribió sobre lo sucedido justificándose: según él, todo había sucedido contra su voluntad, y me rogaba que no abrigara ninguna sospecha contra él; añadía juramentos y algunas terribles imprecaciones, en la idea de que así yo daría crédito a su carta.

[**21** 102] Los galileos (pues otra vez se había levantado en armas un gran número de ellos en todo el país), sabiendo cuán

malvado y perjuro era aquel hombre, me pedían que los condujera contra él, y me prometían acabar con él y con [103] Giscala al mismo tiempo. Les expresé mi gratitud por sus buenas intenciones prometiéndoles que pagaría con creces su favorable disposición, pero al mismo tiempo les exhortaba a que se dominaran y me perdonaran si prefería calmar los desórdenes sin derramamiento de sangre. Una vez que hube convencido al pueblo de Galilea, me dirigí a Séforis.

Conspiración frustrada en Séforis

[22 104] Los habitantes de esta ciudad habían-decidió mantenerse fieles a los romanos⁴⁶, pero, alarmados por mi llegada, trataron de conservar su seguridad desviando mi [105] atención hacia otra parte. Así pues, enviaron un mensaje a Jesús, el jefe de los bandidos de la frontera de Ptolemaida⁴⁷, ofreciéndole una gran suma de dinero si aceptaba luchar contra nosotros con toda su tropa, ochocientos [106] hombres en total. Cediendo a sus promesas, Jesús quiso cogernos desprevenidos antes de que sospechásemos nada. Envío un mensajero pidiéndome autorización para venir a saludarme; una vez concedida —pues yo ignoraba la conspiración— tomó a su cuadrilla de bandidos y se apresuró a [107] atacarme. Pero no pudo llevar a término su perversa acción, pues cuando estaban ya cerca, uno de sus hombres desertó y vino a prevenirme de su propósito. Así advertido, me dirigí a la plaza fingiendo ignorar el complot, pero llevé conmigo a muchos soldados galileos y algunos tiberienses. [108] Después, ordené vigilar cuidadosamente todos los caminos y advertí a los centinelas de las puertas que, en cuanto llegase Jesús, le dejasen entrar sólo a él y a los jefes, e impidiesen el paso a los demás, y si intentaban entrar por la fuerza, los golpeasen. Se cumplieron mis órdenes y sólo entró [109] Jesús con unos pocos más. Le pedí que arrojara las armas inmediatamente

bajo pena de muerte y él, atemorizado al verse rodeado por mis soldados, obedeció. Los miembros de su escolta que habían sido retenidos fuera de la ciudad huyeron al enterarse de la detención de su jefe. Entonces llamé [110] aparte a Jesús y le dije que no ignoraba la conspiración urdida contra mí ni quiénes la habían organizado, pero que le perdonaría lo que había hecho si se arrepentía y estaba dispuesto a serme fiel en adelante. Así lo prometió y le dejé [111] marchar, autorizándole a reunirse de nuevo con sus hombres. A los seforitas los amenacé con castigarlos si no abandonaban su conducta insensata.

*Josefo impide la circuncisión obligatoria de los
refugiados*

Por ese mismo tiempo llegaron ante mí, [112 **23**] procedentes de la región de Traconítide dos magnates, súbditos del rey⁴⁸, trayendo caballos, armas y dinero que habían sacado clandestinamente de su país. Como los [113] judíos les obligaban a circuncidarse si querían vivir entre ellos, traté de impedirlo, manifestando que cada hombre debe honrar a Dios según su propia creencia y no por la fuerza y que estos hombres no debían arrepentirse de haber acudido a nosotros buscando la seguridad. Cuando el pueblo quedó convencido, facilité a los huéspedes con liberalidad todo lo necesario para su habitual forma de vida.

Primer encuentro con las tropas romanas

[**24** 114] El rey Agripa envió un ejército al mando de Ecuo Modio para destruir la fortaleza de Gamala. Pero como el destacamento no era suficiente para rodear la fortaleza, pusieron sitio a Gamala, apostándose a [115] campo abierto. El decurión Ebucio, encargado de la defensa de la Gran Llanura⁴⁹, al oír que yo me encontraba en Simoniade⁵⁰, aldea

situada en la frontera de Galilea, a sesenta estadios de donde él estaba, tomó a los cien jinetes que tenía con él y a unos doscientos infantes aproximadamente, y, además, como tropa auxiliar a los habitantes de la ciudad de Gaba⁵¹; y, haciendo el trayecto de [116] noche, llegó a la aldea en que yo me encontraba. Me enfrenté a él con un ejército numeroso. Ebucio intentaba atraernos hacia la llanura porque confiaba mucho en su caballería, pero no caímos en la trampa, pues yo me daba cuenta de que la caballería estaría en ventaja si bajábamos a la llanura, dado que nosotros éramos todos de infantería, así que decidí [117] presentar combate allí mismo. Durante un tiempo, Ebucio y los suyos nos hicieron frente valerosamente, pero al ver que en aquel lugar la caballería no servía de nada, fracasado, se retiró a la ciudad de Gaba, después de haber perdido tres [118] hombres en la lucha. Le seguí los pasos con dos mil soldados, y cerca de la ciudad de Besara, en la frontera de Ptolemaida, a veinte estadios de Gaba, donde residía Ebucio, situé a los soldados fuera de la ciudad, con la orden de vigilar estrechamente los caminos para que los enemigos no nos perturbaran mientras transportábamos el trigo. Era una cantidad grande, [119] propiedad de la reina Berenice, que, procedente de las aldeas circundantes, había sido almacenada en Besara. Cuando hube cargado los numerosos camellos y asnos que había llevado, envié el trigo a Galilea. Hecho esto, desafié a Ebucio [120] a combate, y como rehusara, pues estaba asombrado de nuestra rapidez de acción y de nuestro valor, me dirigí contra Neapolitano que, según había sabido, acababa de saquear la región de Tiberíade. Neapolitano era comandante [121] de un escuadrón de caballería y estaba encargado de la defensa de Escitópolis. Después de impedir que siguiera causando daños en el territorio de Tiberíade, dediqué mi atención a Galilea.

Juan intenta apartar Galilea de Josefo

Juan, hijo de Leví, que, como ya he dicho, [122 **25**] residía en Giscala, al saber que todo se desarrollaba conforme a mis deseos y que yo contaba con el favor de mis súbditos y el temor de mis enemigos, no se sintió muy satisfecho; y pensando que mi éxito acarrearía su ruina, sintió una envidia desmedida. Con la esperanza de que, si [123] suscitaba el odio entre mis súbditos, cesaría mi buena suerte, intentó convencer a los habitantes de Tiberíade, Séforis y Garaba —las ciudades más importantes de Galilea— de que me abandonasen y se pusieran a su lado, asegurándoles que él los gobernaría mejor que yo. Los seforitas, como habían [124] optado por el sometimiento a los romanos, no se inclinaban de un lado ni de otro y rechazaron la propuesta; los tiberienses se negaron a abandonarme pero prometieron a Juan su amistad; los habitantes de Garaba, en cambio, se pasaron al partido de éste, animados por Simón, personaje importante en la ciudad y amigo y partidario de Juan. Sin embargo, éstos [125] no confesaban abiertamente su defección por miedo a los galileos, cuya devoción hacia mí habían podido comprobar en repetidas ocasiones, aunque esperaban en secreto el momento oportuno para tenderme una trampa. En efecto, corrí un gran peligro por lo siguiente:

Los rufianes de Dabarita

[**26** 126] Unos audaces jóvenes de Dabarita⁵² estaban al acecho de la mujer de Ptolomeo, el intendente del Rey, la cual, con gran aparato y protegida por una escolta de caballería, atravesaba la Gran Llanura, desde territorio sometido al Rey⁵³ hacia la región dominada por [127] los romanos. Los jóvenes se lanzaron de repente sobre la comitiva, obligaron a la mujer a huir y le robaron cuanto llevaba; luego vinieron a verme a Tariquea, con cuatro mulos cargados de vestidos y enseres y,

además, una cantidad importante [128] de plata, más quinientas piezas de oro. Mi propósito era guardarlo todo para Ptolomeo, pues era de nuestra misma raza y nuestras leyes nos prohíben robar⁵⁴, incluso al enemigo; pero dije a los que habían traído el botín que convenía guardar lo que se obtuviese de su venta para [129] reconstruir los muros de Jerusalén. Los jóvenes, decepcionados por no recibir una parte del botín como esperaban, recorrieron las aldeas cercanas a Tiberíade propalando que yo me disponía a entregar su territorio a los romanos y que [130] les había engañado al decirles que guardaba el producto del robo para la reconstrucción de los muros de Jerusalén, cuando en realidad había decidido devolver lo robado a su [131] dueño. En esto al menos no se equivocaban, pues en cuanto se marcharon, mandé llamar a dos personas notables, Dasión y Janeo, hijo de Leví, que se contaban entre los mejores amigos del Rey, y les ordené que tomaran los objetos robados y se los enviaran a éste, amenazándolos con la muerte si se lo decían a alguien más.

Complot para asesinar a Josefo en Tariquea

Se había difundido por toda Galilea el [132 27] rumor de que yo iba a entregar la región a los romanos, y la población entera, exaltada, exigía mi castigo. Los habitantes de Tariquea también creían que los jóvenes decían la verdad y convencieron a mi guardia personal y a mis soldados de que me abandonasen mientras dormía y se presentaran inmediatamente en el hipódromo para discutir allí con todos la suerte de su general. Se dejaron convencer [133] y acudieron al lugar, donde ya se había congregado una gran multitud; todos, unánimemente, gritaban que se castigase a quien tan vilmente les había traicionado. El que más les [134] incitaba era Jesús, hijo de Safias, entonces arconte de Tiberíade, un

hombre perverso y capaz de provocar graves desórdenes, agitador y revolucionario sin igual⁵⁵. Pues bien, con las Leyes de Moisés en sus manos, avanzó entonces hacia el centro y dijo: «Ciudadanos, si no sois capaces de odiar [135] a Josefo por vuestro propio interés, mirad las leyes ancestrales que vuestro general estaba dispuesto a traicionar, y por respeto a ellas, manifestad vuestra aversión al crimen y castigad al autor de semejante audacia».

[28 136] Después de pronunciar estas palabras, aplaudidas por la multitud, Jesús, con algunos soldados, corrió hacia la casa donde me alojaba con intención de matarme. Yo, ajeno a todo, me había quedado dormido antes del tumulto a causa [137] de la fatiga. Simón, el encargado de mi seguridad personal y el único que se había quedado conmigo, al ver cómo venía la gente hacia nosotros, me despertó y me advirtió del inminente peligro; me pedía que muriera a sus manos, honrosamente, como corresponde a un general, antes de que llegasen los enemigos y me obligasen a suicidarme o me [138] mataran ellos mismos. Eso decía él, pero yo, encomendándome a Dios, me dispuse a comparecer ante el pueblo. Cambié mi vestido por uno negro y, con la espada colgada al cuello, me dirigí al hipódromo por un camino por donde pensaba que no tropezaría con ningún enemigo. Aparecí de repente, me postré en tierra y, humedeciéndola con mis [139] lágrimas, conseguí suscitar la compasión de todos. Al darme cuenta del cambio producido en la gente, traté de dividir sus opiniones antes de que los soldados regresaran de mi casa. Reconocía que, desde su punto de vista, yo era culpable, pero les pedía que primero me permitieran explicar con qué fin había guardado el dinero obtenido de la venta de lo robado, y me dejaría matar después, si así lo ordenaban. [140] Mientras la multitud me pedía que hablara, llegaron los

soldados, quienes, al verme, corrieron para matarme; el pueblo les ordenó que se detuvieran y ellos obedecieron con la esperanza de que, en cuanto reconociese que había guardado el dinero para el Rey, me matarían como confeso de traición.

[29 141] Se hizo un silencio total, y entonces les hablé así: «Compatriotas, estoy dispuesto a morir, si la justicia lo exige, pero antes de mi muerte, quiero deciros la verdad. Conociendo la [142] hospitalidad de esta ciudad que va incrementando su población con el número de personas que, dejando su patria, viene a compartir nuestra suerte, quise reconstruir las murallas con ese dinero que, a pesar de estar destinado a este fin, os ha provocado tanta ira contra mí». Tras estas palabras se [143] levantó un rumor entre los tariqueos y los extranjeros que me expresaban su gratitud y me daban ánimos; en cambio los galileos y los tiberienses mantenían su resentimiento. Hubo discusión entre ellos: unos me amenazaban con castigos, y otros < me animaban > a que no hiciera caso < de los primeros >⁵⁶. Después de haberles prometido que construiría [144] murallas en Tiberíade y en las demás ciudades que las necesitaran, se retiraron confiados a sus casas. Contra toda previsión, pude escapar del peligro que acabo de referir y con mis amigos y veinte soldados regresé a mi casa.

Complot para quemar la casa de Josefo

De nuevo, los bandidos y los promotores [145 30] de la revuelta, temiendo que yo les hiciese pagar por sus actos, se dirigieron con seiscientos soldados a la casa donde residía para incendiarla. A pesar de haber sido [146] advertido de que se acercaban, consideré poco digno escapar y decidí arriesgarme con un golpe de audacia: ordené cerrar las puertas de la casa y luego subí al piso superior y les invité a que enviaran algunos hombres por el dinero⁵⁷; así se aplacaría su cólera, les decía yo. Enviaron al más valiente de [147] sus hombres; yo le hice

azotar, ordené cortarle una mano y colgársela al cuello y lo devolví así a los que lo habían [148] enviado. El espanto y un gran terror se apoderaron de ellos, por miedo a correr la misma suerte si permanecían allí, pues se figuraban que yo tenía en el interior más hombres que ellos. Huyeron rápidamente. Gracias a esta estratagema pude escapar de este nuevo complot.

Nueva persecución a los refugiados

[31 149] Pero, otra vez, excitaban algunas personas a la multitud contra mí, diciendo que los magnates de la corte que habían venido a mí⁵⁸ no debían seguir con vida, ya que se negaban a adoptar las costumbres de sus huéspedes; los acusaban también de hechiceros y de ser un obstáculo para poder liberarse de los romanos. El pueblo se dejó convencer enseguida, engañado por las palabras destinadas [150] a ganar su confianza. Al enterarme, insistí una vez más ante el pueblo en que no había que perseguir a los refugiados⁵⁹ y ridiculizaba lo absurdo de la acusación de brujería, señalando que si los romanos pudiesen vencer a sus enemigos mediante hechiceros, no mantendrían tantos miles de soldados. [151] Durante algún tiempo, hicieron caso de mis palabras, pero inducidos por los malos consejeros, volvieron a encolerizarse contra los magnates; incluso en una ocasión, entraron armados en su casa de Tariquea con ánimo de matarlos. [152] Cuando lo supe tuve miedo, porque si se hubiera llegado a cometer el crimen, la ciudad se haría imposible para quienes [153] quisiesen refugiarse en ella. Así pues, me presenté en casa de los magnates con algunas personas más y, después de cerrar las puertas, construí una galería que llevase hasta el lago, mandé luego traer una nave y, embarcando con ellos, los pasé hasta la frontera de Hipo⁶⁰; les pagué el precio de sus caballos ya que no había podido embarcarlos al tener que huir en tales circunstancias, y los despedí rogándoles encarecidamente que

soportaran con valor su infortunio. Me afligía [154] mucho verme obligado a dejar de nuevo abandonados a los refugiados en territorio enemigo, aunque pensaba que, si tenía que suceder, era preferible que murieran entre los romanos que en mi territorio. Sin embargo se salvaron, pues el rey Agripa les perdonó, y así terminó su aventura.

Tiberíade a favor de Herodes

Los habitantes de Tiberíade escribieron [155 **32**] al Rey⁶¹ pidiéndole que enviara tropas para proteger su territorio porque querían aliarse con él. Eso fue lo que escribieron al Rey. Pero en cuanto llegué, me pidieron [156] que construyese los muros que les había prometido⁶², pues habían oído que Tariquea ya estaba fortificada. Accedí a ello, y después de hacer todos los preparativos para la construcción, ordené a los arquitectos que la llevaran a cabo. Tres días después de mi partida hacia Tariquea, que [157] dista de Tiberíade treinta estadios, fueron vistos casualmente unos jinetes romanos que pasaban cerca de la ciudad, lo que les hizo creer que se acercaba el ejército del Rey. Se [158] pusieron inmediatamente a lanzar gritos de alabanza al Rey y maldiciones contra mí. Alguien vino corriendo a informarme de sus planes: habían decidido abandonarme. La noticia [159] me alarmó enormemente, pues había dado permiso a mis soldados de Tariquea para marchar a sus casas, ya que el día siguiente era sábado y no quería que los judíos de [160] Tariquea se vieran perturbados por la presencia de la tropa. En realidad, siempre que me alojaba allí, prescindía incluso de mi guardia personal, por haber recibido repetidas pruebas [161] de la lealtad de sus habitantes. Pero esta vez, encontrándome con sólo siete de mis soldados además de mis amigos, no sabía qué hacer; mandar llamar a mis tropas no me parecía oportuno, dado que el día estaba tocando a su fin y, aunque acudieran, tampoco podrían

tomar las armas al día siguiente porque lo prohibían nuestras leyes⁶³, por urgente que pareciese [162] la necesidad. Por otro lado, aunque permitiera a los tariqueos y a los residentes extranjeros saquear Tiberíade, veía que no eran suficientes para ello y que además eso retrasaría mi partida, ya que —pensaba yo— llegarían antes [163] las tropas del Rey y me expulsarían de la ciudad. Entonces decidí emplear una estratagema contra aquéllos. Al instante, puse a mis amigos más fieles a las puertas de Tariquea con la misión de controlar estrictamente a quien intentase salir; mandé llamar a los jefes de las familias y les ordené que cada uno botara un barco con su piloto y me siguiera hasta [164] Tiberíade. Yo mismo, con mis amigos y los soldados que, como he dicho, eran siete, embarqué con rumbo a Tiberíade.

Estratagema de Josefo contra Tiberíade

[33 165] Cuando los tiberienses comprobaron que el ejército del Rey no llegaba y vieron todo el lago lleno de naves, temieron por su ciudad y, espantados ante la idea de que los barcos llevasen un gran número de [166] soldados, cambiaron sus planes. Arrojaron las armas y, con mujeres y niños, salieron a mi encuentro aclamándose con grandes alabanzas (no imaginaban que yo estuviera enterado de sus intenciones). Me rogaban que tuviera compasión de su ciudad. Cuando estuve cerca, ordené a los pilotos [167] echar las anclas lejos aún de la orilla para evitar que los tiberienses pudiesen comprobar que en los barcos no iban soldados; entonces, acercándome en una de las naves, les reproché su insensatez y la facilidad con que, sin ninguna razón justa, habían sido desleales conmigo. No obstante me [168] mostré decidido a garantizarles el perdón si me enviaban a diez notables del pueblo. Obedecieron inmediatamente y enviaron a

los hombres que acabo de decir. Los embarqué hacia Tariquea para que fueran encarcelados.

Castigo del agitador Clito

Gracias a esta estratagema conseguí [169 34] apoderarme, poco a poco, de todo el Consejo, y trasladé a los consejeros a la ciudad antes mencionada, junto con la mayoría de los ciudadanos importantes, que eran casi otros tantos. Cuando el pueblo vio la desdichada situación [170] a que habían llegado, me pidió que castigara al responsable de la sedición. Se trataba de un joven audaz e impetuoso llamado Clito. Yo consideraba un crimen dar muerte a un [171] compatriota, pero, obligado a castigarle, encargué a Leví, miembro de mi guardia personal, que le cortara una mano. El hombre que había recibido la orden tuvo miedo de enfrentarse [172] él solo a la multitud, y para que los tiberienses no vieran la cobardía de este soldado, llamé a Clito y le dije: «Puesto que mereces perder las dos manos por haber sido tan ingrato conmigo, sé tu propio verdugo; si no obedeces, sufrirás un castigo mayor». Como me suplicara insistentemente [173] que le dejara al menos una mano, accedí haciéndome de rogar. Entonces, contento de no perder las dos manos, cogió una espada y se cortó la izquierda⁶⁴. Eso puso fin a la sedición.

Liberación de los prisioneros de Tiberiade

[35 174] A mi llegada a Tariquea, los tiberienses conocieron la estratagema que había empleado contra ellos y se sorprendieron de que hubiera reprimido su insolencia sin [175] derramamiento de sangre. Hice traer a mi presencia a los prisioneros del pueblo de Tiberiade, entre ellos Justo y su padre Pisto, y los invité a mi mesa. Durante la comida les decía que yo tampoco ignoraba que la potencia militar de los romanos era superior a cualquier otra, pero [176] que no

hablaba de ello a causa de los bandidos. Les aconsejé que hicieran lo mismo, a la espera del momento propicio, y sin rebelarse contra mí, su general, pues difícilmente podrían [177] encontrar otro mejor. A Justo le recordé también que antes de mi venida desde Jerusalén, los galileos habían cortado las manos a su hermano, antes de la guerra, ya que le culpaban de falsificar cartas, y que, después de la retirada de Filipo, los gamalitas, sublevados contra los babilonios, habían matado [178] a Cares, pariente de Filipo, y habían torturado salvajemente a su hermano Jesús, el marido de la hermana de Justo. Hablé de todo esto con Justo y sus amigos en el transcurso de la cena, y al romper el día, ordené que fueran puestos en libertad todos los prisioneros.

Encuentro de Filipo con Agripa

Poco antes de estos sucesos, Filipo, hijo [179 36] de Jácimo, había salido de la fortaleza de Gamala por la siguiente razón⁶⁵: Al enterarse [180] de que Varo había sido depuesto por el rey Agripa y que había ido a sustituirle Ecuo Modio, un viejo amigo y allegado suyo, Filipo escribió a éste una carta contándole sus propias experiencias y rogándole que hiciera llegar a los reyes la carta que le había enviado⁶⁶. Modio, al recibir las cartas y enterarse por ellas [181] de que Filipo se encontraba a salvo, se alegró mucho, y envió la carta a los reyes, que estaban en Beritos⁶⁷. Cuando [182] el rey Agripa supo que los rumores que circulaban sobre Filipo eran falsos (se decía que había tomado el mando de los judíos para declarar la guerra a los romanos), envió una escolta de jinetes a buscarlo. A su llegada, le dispensó una [183] calurosa acogida y lo presentó a los oficiales romanos como el mismo Filipo de quien se rumoreaba que se había levantado contra Roma. Luego le ordenó que volviera inmediatamente a la fortaleza de Gamala con algunos jinetes para sacar de allí a

todos sus amigos, y restablecer a los babilonios en Batanea. Le encargó también que tomara las medidas necesarias [184] para prevenir cualquier revuelta entre sus subordinados. Filipo se apresuró a cumplir las órdenes del Rey.

Gamala se rebela contra el Rey

Josefo, el hijo de la comadrona, animaba [185 **37**] a muchos jóvenes audaces a unirse a él y, enfrentándose a los magistrados de Gamala, trataba de persuadirlos a que se apartaran del Rey y tomaran las armas para recuperar su independencia. Obligaron a algunos y mataron [186] a los que no estaban de acuerdo. Mataron a Cares y con él a Jesús, uno de sus parientes, y a un hermano de Justo de Tiberíade, como ya hemos dicho antes⁶⁸. A mí me escribieron pidiéndome que les enviase un destacamento de soldados y obreros para levantar los muros de su ciudad. No les negué [187] ninguna de sus dos peticiones. También se levantó contra el Rey la región de Gaulanítide, hasta la aldea de Solime.

Fortificación de algunas ciudades

Amurallé las aldeas de Seleucia y Sogane, dotadas de fuertes defensas naturales, e igualmente otras aldeas, también muy rocosas, de la Alta Galilea, las llamadas [188] Jamnia, Amerot⁶⁹ y Acarabe. Construí también fortificaciones en la Baja Galilea, en las ciudades de Tariquea, Tiberíade, Séforis y las aldeas de la Cueva de Arbel, Bersubé, Selame, Jotapata⁷⁰, Cafarat, Como, Sogane, Pafa y el monte Tabor. A estas poblaciones les suministré también trigo en abundancia y armas para su seguridad futura.

Juan de Giscala intenta suplantar a Josefo

[**38** 189] El odio de Juan, hijo de Leví, contra mí era cada vez más intenso, pues no soportaba mi éxito. Dispuesto a librarse de mí a toda costa, reconstruyó la muralla de Giscala,

[190] su ciudad natal, y envió a Jerusalén a su hermano Simón y a Jonatán, hijo de Sisena, con un centenar de soldados para pedir a Simón, hijo de Gamaliel, que convenciese a la comunidad de Jerusalén de que me destituyeran del gobierno de Galilea y le otorgaran por [191] votación el puesto a él. Este Simón era natural de Jerusalén, de familia muy ilustre y perteneciente a la secta de los fariseos, que tiene fama de distinguirse de las demás en la exacta interpretación de las leyes patrias⁷¹. Era un hombre [192] de gran inteligencia y buen juicio, capaz de solucionar con su sabiduría cualquier situación comprometida; además era amigo íntimo de Juan desde hacía tiempo, y en cambio estaba por entonces enemistado conmigo. Así pues, atendiendo [193] a su petición, persuadió a los sumos sacerdotes Anás y Jesús, hijo de Gamalas, y a otros más de su grupo, a que cortaran en flor mi carrera sin permitirme alcanzar la cima de la gloria; les decía que saldrían ganando si me retiraban el mando de Galilea. Pedía también a Anás y a los suyos que no se demorasen, no fuera que, prevenido yo, me presentara en la ciudad con un ejército numeroso. Esas eran las sugerencias [194] de Simón; pero el sumo sacerdote Anás opinaba que el asunto no era tan fácil, pues muchos de los sumos sacerdotes y de los notables del pueblo podían atestiguar que yo desempeñaba bien mis funciones de gobernador militar y acusar a un hombre a quien, en justicia, no podían imputar nada sería una iniquidad.

Cuando Simón escuchó las objeciones de Anás, pidió a [195 39] todos que guardaran silencio y no divulgaran la conversación; pues él se ocuparía personalmente de que yo fuese relevado de Galilea lo más pronto posible. Mandó llamar al hermano de Juan y le pidió que enviara regalos a los simpatizantes de Anás, pues era el medio, decía, de hacerles cambiar rápidamente de opinión. Finalmente Simón consiguió

su propósito; [196] Anás y los suyos, corrompidos por el dinero, acordaron expulsarme de Galilea⁷², sin que ninguna otra persona de la ciudad⁷³ lo supiese. Decidieron enviar una delegación formada por personas de distinta condición social, pero con el [197] mismo nivel cultural. Dos de ellos, Jonatán y Ananías, eran plebeyos y de la secta de los fariseos; el tercero, Joazar, de familia de sacerdotes, también fariseo, y Simón, el más [198] joven, era descendiente de sumos sacerdotes. Les ordenaron que, en cuanto entrasen en contacto con los galileos, tratasen de averiguar la razón por la que me eran adictos. Si decían que por ser de Jerusalén, les dirían que los cuatro eran de allí; si era por mi experiencia en las leyes, que tampoco ellos ignoraban las tradiciones patrias, y si su afecto hacia mí se debía a mi condición sacerdotal, les respondieran que dos de ellos también eran sacerdotes.

[40 199] Siguiendo estas instrucciones, dieron a Jonatán y a sus compañeros cuarenta mil piezas de plata⁷⁴ del tesoro público. [200] Al tener noticia de que un galileo llamado Jesús se encontraba entonces en Jerusalén con una compañía de seiscientos soldados, le mandaron llamar. Le entregaron la soldada de tres meses, con orden de seguir a Jonatán y a sus hombres como subordinado suyo; reclutaron también a trescientos ciudadanos para que acompañaran a los delegados entregándoles [201] dinero para su manutención. Los reclutados se mostraron de acuerdo y se prepararon para el viaje; Jonatán y los suyos se pusieron en camino con ellos, haciéndose acompañar también [202] del hermano de Juan y cien soldados. Les habían encargado que si yo deponía voluntariamente las armas, me enviaran sano y salvo a Jerusalén, pero si oponía resistencia, me mataran sin el menor temor, puesto que ellos eran quienes [203] habían dado las órdenes. Además, habían enviado una carta a Juan para que

preparara la guerra contra mí, y a los habitantes de Séforis, de Garaba y de Tiberíade les ordenaron enviar refuerzos a Juan.

Josefo decide abandonar Galilea

Tuve noticias de todo eso por una carta [204 41] de mi padre; a él se lo había contado en detalle Jesús, hijo de Gamalas, un íntimo amigo mío, que había asistido a aquella reunión. Sentí un gran dolor ante la ingratitud de mis conciudadanos, comprendiendo que habían ordenado mi muerte por envidia; además, mi padre insistía en su carta en que fuese a su lado, pues decía que anhelaba ver a su hijo antes de morir. Todo esto se lo comuniqué a mis [205] amigos, y también que tenía intención de dejar la región al cabo de tres días y regresar a mi ciudad natal. La tristeza invadió a todos los que me escucharon; me suplicaban llorando que no los abandonase, pues privarles de mi mando suponía su perdición. Como yo no cedía a sus ruegos porque [206] estaba preocupado por mi propia seguridad, los galileos, temiendo que, a mi partida, pudieran convertirse en presa fácil para los bandidos, enviaron mensajeros por toda Galilea para hacer saber mi resolución de partir. Al enterarse de ello, [207] acudieron muchos y de todas partes con mujeres y niños; hacían esto no tanto por amor hacia mí, creo yo, como por el miedo que sentían por ellos mismos, pues suponían que, si me quedaba, nada malo les sucedería. Se reunieron, pues, en masa, en la gran llanura llamada Asoquis⁷⁵, donde yo me encontraba.

Sueño de Josefo

[42 208] Aquella noche tuve un sueño maravilloso. Cuando me acosté, disgustado e inquieto por la carta que había recibido, me pareció [209] que alguien a mi lado me decía: «Deja de atormentar tu espíritu y aleja todo temor, pues estos

sufrimientos te engrandecerán y serás muy afortunado en todo. Tendrás éxito no sólo en esta empresa, sino en otras muchas. No desfallezcas; recuerda que tendrás que [210] luchar incluso contra los romanos». Después de esa visión me levanté, impaciente por bajar a la llanura. Al verme, todo el pueblo de Galilea —incluso mujeres y niños— se postraron con el rostro por tierra y me suplicaron llorando que no los dejase a merced de los enemigos y que no me marchase, exponiendo el país a los ultrajes de sus adversarios. [211] Como yo no cedía a sus ruegos, intentaron obligarme con juramentos a quedarme con ellos y lanzaban múltiples injurias contra el pueblo de Jerusalén, por no permitir que su tierra viviese en paz.

Josefo acepta quedarse en Galilea

[43 212] Cuando escuché sus palabras y vi el desaliento de la multitud, cedí a la piedad, pensando que valía la pena incluso correr peligros seguros por un pueblo tan numeroso. [213] Consentí finalmente en quedarme y ordené que se presentaran cinco mil soldados provistos de víveres, y a los demás los envié a sus casas. Cuando llegaron los cinco mil, con ellos y con tres mil soldados de mi ejército y ochenta jinetes me puse en camino hacia Cabul⁷⁶, una aldea situada en la frontera de Ptolemaida. Mantuve reunidas allí a todas mis fuerzas, fingiendo prepararme para la guerra [214] contra Plácido. Éste, enviado por Cestio Galo, había llegado con dos cohortes de infantería y un escuadrón de caballería para incendiar las aldeas de Galilea, vecinas de Ptolemaida. Como él levantara una empalizada delante de Ptolemaida, yo instalé el campamento a una distancia de sesenta estadios aproximadamente de la aldea de Cabul. Muchas veces hicimos [215] avanzar nuestras tropas para entablar batalla, pero sólo llegamos a algunas escaramuzas, pues Plácido, en cuanto se

daba cuenta de que yo estaba resuelto al combate, retrocedía espantado. Sin embargo no se alejaba de Ptolemaida.

Llegada a Galilea de la delegación de Jerusalén

Por ese mismo tiempo, llegó Jonatán con [216 44] los compañeros de embajada que, como dije, habían sido enviados desde Jerusalén por el partido de Simón y del sumo sacerdote Anás, con la malvada intención de prenderme con engaños, ya que no se atrevían a intentarlo abiertamente. Me envió una carta en los siguientes términos: [217] «Jonatán y los que con él han sido enviados por la comunidad de Jerusalén saludan a Josefo. Las autoridades de Jerusalén han sabido que Juan de Giscala ha conspirado contra ti en numerosas ocasiones y nos han enviado para reprenderle y advertirle que, en lo sucesivo, debe obedecerte. Como queremos [218] contrastar opiniones contigo sobre planes en común, te invitamos a reunirte con nosotros lo antes posible, pero sin una gran escolta, pues esta aldea no podría albergar a muchos soldados».

Me escribían eso considerando dos posibilidades: o que [219] llegase sin armas, y entonces me tendrían a su merced, o que me presentase con muchos hombres y así podrían considerarme un enemigo. La carta me la trajo un jinete, un joven [220] valiente que en otro tiempo había servido en el ejército del Rey. Era ya la segunda hora de la noche y estaba cenando con mis amigos y con las autoridades de Galilea. Mi criado [221] me anunció la llegada de un jinete judío; le dije que le hiciera entrar. Entonces él, sin saludarme, me tendió la carta diciendo: «Los que han llegado de Jerusalén te envían esta carta. Escribe inmediatamente la respuesta porque tengo [222] que regresar enseguida». Mis huéspedes se quedaron atónitos ante el atrevimiento del soldado. Le invité a sentarse y a cenar con nosotros, pero él rehusó. Yo mantenía la carta en la mano tal como la había recibido y continuaba hablando [223]

con mis amigos de otros asuntos. Poco después me levanté y, permitiendo que los demás se fueran a descansar, pedí tan sólo a cuatro amigos íntimos que se quedaran conmigo y mandé a un criado que preparara vino. Luego, sin que nadie me viera, abrí la carta. De un vistazo comprendí las intenciones [224] de los que la habían escrito y la volví a sellar. Con ella en la mano, como si no la hubiera leído todavía, ordené que dieran al soldado veinte dracmas para los gastos del viaje: él tomó el dinero y me dio las gracias. Me di cuenta de su codicia y de que por ahí se le podía coger fácilmente; entonces le dije: «Si quisieras beber con nosotros, recibirías una dracma [225] por cada copa». Aceptó encantado, y para conseguir más dinero, bebió mucho vino. Cuando estuvo ebrio, ya no pudo guardar sus secretos, y sin que nadie le preguntara, contó el complot que habían preparado y cómo me habían sentenciado a muerte. Después de oírlo, escribí la siguiente respuesta:

[226] «Josefo saluda a Jonatán y a sus compañeros. Me alegra saber que habéis llegado bien a Galilea, sobre todo porque podré dejar en vuestras manos el cuidado de los asuntos de la región y regresar a mi ciudad natal, lo que deseaba hacer [227] desde hace tiempo. Sin duda debería ir a vuestro encuentro, no a Jalot⁷⁷, sino más lejos incluso, sin que me lo pidierais; os ruego que me perdonéis que no pueda hacerlo, pero debo permanecer en Cabul vigilando a Plácido que ha proyectado llegar hasta Galilea. Venid, pues, vosotros a verme en cuanto leáis esta carta. Deseo que sigáis bien».

Después de escribir la carta, se la entregué al soldado para [228 45] que la llevase; envié con él a treinta galileos de los más respetables, con el encargo de transmitir mis saludos a aquellos hombres, sin decirles nada más. Puse también junto a cada uno de ellos un soldado de confianza para que le vigilase y para evitar así cualquier conversación entre mis enviados y

los amigos de Jonatán. Y se pusieron en camino. Jonatán y [229] sus compañeros, al fracasar su primer intento, me enviaron otra carta que decía así:

«Jonatán y sus compañeros saludan a Josefo. Te exhortamos a reunirte con nosotros, sin escolta, dentro de tres días, en la aldea de Garabot⁷⁸, para que podamos oír las acusaciones que has formulado contra Juan».

Manifestaciones populares en favor de Josefo

Cuando hubieron redactado la carta y [230] saludado a los galileos que yo había enviado, se retiraron a Jafa⁷⁹, la aldea más importante de Galilea, que está sólidamente fortificada y muy poblada. Todo el pueblo, con mujeres y niños, salió a su encuentro gritando que se marcharan y que no les quitaran, por envidia, a su magnífico general. Jonatán y los suyos se enfurecieron con los gritos, [231] pero no se atrevieron a manifestar su cólera y, sin dignarse responder, se dirigieron a otras aldeas; pero en todas partes eran recibidos por la multitud con las mismas voces; les gritaban que nadie les haría renunciar a tener a Josefo como [232] general. Jonatán y sus compañeros abandonaron estos lugares sin haber conseguido nada y se dirigieron a Séforis, la ciudad más importante de Galilea. Las gentes de allí, que veían con admiración a los romanos, les salieron a recibir, [233] pero de mí no hablaban ni bien ni mal. Desde Séforis bajaron hasta Asoquis y en este lugar, lo mismo que en Jafa, los recibieron también con gritos. Entonces ellos, no pudiendo reprimir ya su cólera, ordenaron a los soldados que les acompañaban que apalearan a los vociferantes. Al llegar a [234] Garaba, los recibió Juan con tres mil soldados. Por mi parte, como me había dado cuenta por su carta de que estaban decididos a atacarme, salí de Cabul con tres mil soldados, dejando en el campamento al más fiel de mis amigos, y con el propósito de estar cerca de ellos,

llegué hasta Jotapata, a cuarenta estadios aproximadamente, y les escribí lo siguiente:

[235] «Si de todas maneras queréis que vaya a reunirme con vosotros, de las doscientas cuatro ciudades y aldeas que hay en Galilea, iré a la que queráis, excepto a Garaba y a Giscala, pues ésta es la ciudad natal de Juan, y la otra su aliada y amiga».

*Medidas de Josefo contra los delegados de
Jerusalén*

[46 236] Cuando Jonatán y sus compañeros recibieron esta carta, ya no volvieron a escribirme; convocaron un conciliábulo de amigos, al que invitaron a Juan, y deliberaron [237] sobre la forma de atacarme. Juan opinaba que debían mandar mensajes a todas las ciudades y aldeas de Galilea, pues en cada una había por lo menos una o dos personas en desacuerdo conmigo, y convocarlos como para ir contra un enemigo; pedía también que esta resolución fuera enviada a Jerusalén para que cuando se supiera allí que los galileos me habían declarado enemigo, votaran ellos lo mismo, y si así ocurría, decía, incluso los galileos que estuvieran a mi favor me abandonarían por miedo. Las propuestas [238] de Juan fueron totalmente del agrado de los restantes miembros de la reunión. Tuve conocimiento de esto hacia la [239] tercera hora de la noche, por Saqueo, uno de los suyos que se pasó a mi bando y me informó de lo que tramaban. Ya no había un instante que perder. Escogí a Jacob⁸⁰, uno de mis [240] fieles soldados, y le ordené que, con doscientos soldados, vigilase los caminos que van desde Garaba a Galilea⁸¹, y que detuviese a todos los que pasaran y me los enviara, sobre todo a los que llevaran cartas. A Jeremías⁸², otro de mis [241] amigos, le envié con seiscientos soldados a la frontera de Galilea para vigilar los caminos que conducen a Jerusalén; también a él le

ordené detener a los caminantes que llevasen cartas y que apresara allí mismo a los hombres y me transmitiera las cartas.

Encuentro de Josefo con la delegación de Jerusalén

Después de dar estas instrucciones a los [242 47] emisarios, envié un mensaje a los galileos ordenándoles que, al día siguiente, cogieran las armas y víveres para tres días y se reunieran conmigo en la aldea de Garabot. Dividí mis tropas en cuatro compañías, organicé mi guardia personal con los soldados más fieles, puse oficiales al frente de ellos y les aconsejé que vigilasen para que ningún soldado desconocido se introdujera en sus filas. Al día siguiente llegué [243] a Garabot hacia la hora quinta y encontré toda la llanura que está delante de la aldea llena de soldados que habían venido de Galilea para ayudarme, como yo les había pedido. Había acudido también muchísima gente de distintas aldeas. [244] Cuando, puesto en pie, empecé a hablarles, todos me aclamaron llamándome benefactor y salvador de su provincia. Les expresé mi agradecimiento y les aconsejé que no atacaran a nadie ni se ensuciaran las manos con el pillaje, sino que acamparan en la llanura y se contentaran con sus propias provisiones, pues, les decía, mi deseo era reprimir las revueltas sin derramamiento de sangre.

[245] Ocurrió que, ese mismo día, los hombres enviados por Jonatán con sus cartas cayeron en manos de los guardias que yo había puesto para vigilar los caminos. Los hombres fueron apresados en el mismo lugar, según mis instrucciones, y me encontré con unas cartas llenas de calumnias y mentiras y, sin decir nada a nadie, pensaba en la forma de atacarlos.

[48 246] Cuando se enteraron de mi llegada, Jonatán y sus amigos, incluido Juan, se retiraron a la casa de Jesús, una gran fortaleza en nada inferior a una acrópolis. Ocultaron allí una

compañía de soldados, cerraron todas las puertas excepto una que quedó abierta y esperaban que yo, después del viaje, [247] me acercara a saludarles. Dieron órdenes a los soldados de que, cuando llegase, me dejaran entrar a mí solo y se lo impidiesen a los demás; creían que así me tendrían más fácilmente en sus manos. Pero sus esperanzas quedaron [248] frustradas, pues yo, enterado previamente de la trampa, al llegar del viaje, acampé enfrente de ellos y simulé que me [249] retiraba a dormir. Los hombres de Jonatán, creyendo que yo reposaba y que estaba realmente dormido, se apresuraron a bajar a la llanura para tratar de convencer a la gente de que [250] yo era un mal general. Pero resultó lo contrario: en cuanto aparecieron se produjo un griterío por parte de los galileos como muestra de su fervor hacia mí, su general, mientras que a Jonatán y sus hombres les reprochaban que se hubieran presentado allí, sin la menor provocación, a alterar el orden de su provincia. Les pedían que se marchasen, manifestando su resolución de no aceptar otro general que no fuera yo. Cuando me informaron de todo esto, ya no dudé en presentarme [251] en público. Bajé inmediatamente hacia ellos para escuchar lo que decían las gentes de Jonatán. En cuanto aparecí, el pueblo entero se puso a aplaudir y con expresiones de agradecimiento y aclamaciones reconocían mi generalato.

Discurso de Josefo ante los delegados de Jerusalén

Jonatán y sus compañeros, al oír eso, [252 **49**] temían que su vida peligrase si los galileos, por afecto hacia mí, se lanzaban contra ellos. Pensaron escapar, pero no pudieron, porque yo les pedí que esperasen, y asistieron cabizbajos a mi discurso. Después de ordenar a la [253] multitud que interrumpiera las aclamaciones, puse a los soldados más fieles en los caminos para asegurarnos de que Juan no nos atacara por sorpresa, y aconsejé a los galileos que tomasen las armas

para evitar el desorden si se producía algún ataque imprevisto de los enemigos. Entonces comencé [254] por recordar a Jonatán y a los suyos la carta en la que decían que habían sido enviados por la Comunidad de Jerusalén⁸³ para resolver mis diferencias con Juan, y en la que me pedían que me reuniera con ellos. Mientras relataba [255] detalladamente esto, extendí la carta delante de todos para que, ante la prueba del documento, no pudiesen negar nada. «Veamos pues, dije, Jonatán y vosotros, sus compañeros de [256] embajada: si estuviera inculcado por un delito contra Juan que comprometiera mi propia vida y pudiese presentar dos o tres hombres honrados que diesen testimonio de mi proceder, es evidente que una vez examinada su conducta moral, [257] os veríais obligados a absolverme de las acusaciones. Pues bien, para que sepáis que mi gestión en Galilea ha sido excelente, me parecen pocos tres testigos para quien ha vivido honorablemente [258] y, por tanto, os presento a todos éstos. Preguntadles cómo he vivido y si he gobernado aquí con toda dignidad y honradez. Y a vosotros, galileos, os ruego encarecidamente que no ocultéis la verdad y que declararéis ante estas personas, igual que ante los jueces, si no he actuado con rectitud».

[50 259] Todavía estaba hablando, cuando se elevaron unánimemente sus voces proclamándome bienhechor y salvador; daban así testimonio de mi conducta pasada y me exhortaban a continuar en el futuro. Todos juraban que sus mujeres nunca habían sido ultrajadas, y que jamás habían recibido el [260] menor daño de mí. A continuación, di lectura ante los galileos a dos de las cartas enviadas por los hombres de Jonatán que habían sido interceptadas y enviadas a mí por los guardias que había puesto en los caminos; estaban llenas de calumnias, y en ellas me acusaban falsamente de actuar más

como [261] tirano que como general. Contenían otras muchas cosas que no eran sino calumnias vergonzosas. Expliqué al pueblo que tenía en mi poder las cartas porque sus portadores me las habían entregado voluntariamente, pues no quería que mis adversarios conocieran la existencia de los puestos de vigilancia y dejaran de escribir.

*El pueblo se enfurece contra los delegados de
Jerusalén*

[51 262] Cuando los galileos escucharon esto, muy excitados, se dispusieron a lanzarse contra Jonatán y sus compañeros para matarlos. Y lo habrían hecho si yo no hubiese calmado su cólera. A Jonatán y los suyos prometí perdonarles lo sucedido a condición de que cambiaran su actitud y, de regreso a su patria, dijeran a los que los habían enviado la verdad sobre mi conducta en los asuntos de gobierno. Luego les dejé partir, aunque sabía que no [263] cumplirían ninguna de sus promesas. El pueblo ardía de rabia contra ellos y me pedía que les permitiese castigar a quienes se habían atrevido a semejantes cosas. Intenté por [264] todos los medios convencerlos de que perdonaran a esos hombres, sabiendo que toda sedición es funesta para el bien común; pero el pueblo mantenía invariable su furia y se lanzó en masa hacia la casa donde se alojaban Jonatán y sus compañeros. Cuando comprendí que no podía controlar su [265] cólera, salté al caballo y ordené a la multitud que me siguiera a la aldea de Sogane, que dista de Garaba veinte estadios. Con esta estratagema conseguí que no pareciera que yo iniciaba una guerra civil.

Josefo envía una delegación a Jerusalén

Cerca ya de Sogane, hice que la multitud [266 52] se detuviera y les exhorté a que no se dejasen llevar

impetuosamente por su cólera, cuando las consecuencias podían ser fatales⁸⁴; luego, ordené que cien hombres de edad avanzada y, además, notables, se prepararan para viajar a Jerusalén a presentar ante el pueblo las quejas contra los que sembraban la división en el país. «Si se dejan [267] ablandar por vuestras palabras, les dije, pedid a la Comunidad que dé por escrito la orden de que yo permanezca en Galilea, y que Jonatán y los suyos se vayan de aquí». Cuando les [268] hube dado esas instrucciones, hicieron inmediatamente los preparativos y, tres días después de la asamblea, les hice emprender la marcha con una escolta de quinientos soldados. También escribí a mis amigos de Samaria para que cuidasen [269] de su seguridad durante el trayecto a través de su territorio, pues Samaria estaba ya bajo dominación romana y era necesario pasar por allí si se quería ir deprisa; de esta manera, [270] desde Galilea se puede llegar a Jerusalén en tres días. Yo mismo acompañé a los delegados hasta las fronteras de Galilea, después de poner vigilantes en los caminos para que nadie pudiera enterarse fácilmente de su partida. Una vez hecho esto, establecí mi residencia en Jafa⁸⁵.

Intento de insurrección en Tiberíade

[53 271] Los hombres de Jonatán, al fracasar su acción contra mí, dejaron que Juan regresara a Giscala y ellos se dirigieron a Tiberíade esperando tenerla pronto en sus manos; pues Jesús, que entonces era su arconte⁸⁶, les había escrito que estaba influyendo en el pueblo para que, cuando ellos llegaran, los acogieran y se pusieran [272] de su parte. Con esa esperanza se pusieron en camino. Silas, a quien, como he dicho, había dejado al cuidado de Tiberíade, me notificó todo esto en una carta y me pedía que acudiera rápidamente. Yo le hice caso y acudí enseguida, aunque al [273] hacerlo puse en peligro mi vida por el motivo siguiente: Las gentes de Jonatán,

que habían llegado ya a Tiberíade, habían convencido a muchos que estaban en desacuerdo conmigo de que me abandonasen; pero al enterarse de mi llegada, temiendo por sus vidas, acudieron a mí, me saludaron y me felicitaron por la forma en que había restablecido la situación en Galilea; se alegraban conmigo por el honor que se me dispensaba. [274] Decían que mi gloria era para ellos motivo de orgullo, pues habían sido mis maestros y eran mis conciudadanos. Me aseguraban que mi amistad hacia ellos era más legítima que la de Juan y que a pesar de estar deseosos de volver a su patria, esperarían hasta haber puesto a Juan en mis manos. Y como lo afirmaban con los juramentos más terribles que [275] se conocen entre nosotros, no me parecía lícito dudar de ellos. Finalmente, me pidieron que me alojara en otra parte, pues al día siguiente era sábado y no era conveniente, decían, causar molestias a la ciudad de Tiberíade.

Reunión en la sinagoga de Tiberíade

Yo me dirigí a Tariquea sin ninguna [276 **54**] sospecha, dejando, no obstante, en la ciudad algunos hombres encargados de averiguar lo que se decía de mí. Aposté otros muchos en todo el trayecto entre Tariquea y Tiberíade, para que me transmitieran las noticias que les fueran llegando de los que había dejado en la ciudad. Al día [277] siguiente hubo asamblea general en la sinagoga⁸⁷, un gran edificio capaz de albergar a una gran multitud. Entró Jonatán, pero no se atrevió a hablar claramente de rebelión; dijo solamente que la ciudad necesitaba un general más capacitado. [278] El arconte Jesús, sin embargo, dijo abiertamente y sin rodeos: «Ciudadanos, es preferible que nosotros obedezcamos a cuatro hombres y no a uno solo, tratándose además de hombres de linaje ilustre y de inteligencia poco común», y señalaba a Jonatán y a sus compañeros. Justo, adelantándose, [279] alabó la propuesta de

Jesús, y convenció a algunos hombres del pueblo. Sin embargo, la mayoría no encontraba de su agrado estos discursos e inevitablemente se hubiera producido una revuelta si no se hubiera disuelto la reunión al llegar la hora sexta, pues los sábados solemos cenar a esa hora. Así, Jonatán y los suyos, obligados a aplazar la sesión hasta el día siguiente, se retiraron sin haber conseguido nada.

Llegada inesperada de Josefo a Tiberíade

[280] Me comunicaron todo eso enseguida y decidí presentarme en la ciudad al rayar el alba. Llegué, pues, de Tariquea al día siguiente hacia la primera hora y me encontré al pueblo reunido ya en la sinagoga, [281] aunque sin saber para qué había sido convocado. Al verme aparecer de improviso, Jonatán y sus compañeros se quedaron desconcertados; luego decidieron difundir el rumor de que habían sido vistos algunos jinetes romanos en la frontera, en el lugar llamado Homonea⁸⁸, a una distancia de treinta [282] estadios de la ciudad. Cuando se extendió esa noticia inventada por ellos, Jonatán y los suyos me suplicaban que no permitiera que su país fuera saqueado por los enemigos; hablaban así porque, con el pretexto de una ayuda urgente, se proponían alejarme y hacer cambiar de opinión a la ciudad, poniéndola en contra mía.

[55 283] Aunque conocía sus intenciones, consentí en ello para que los tiberienses no pensaran que no me preocupaba de su seguridad. Así pues, me puse en camino y como no encontré [284] ningún rastro de los enemigos en el lugar indicado, regresé a marchas forzadas y me encontré con que se habían reunido la asamblea en pleno y la gente del pueblo, y que los hombres de Jonatán estaban haciendo campaña contra mí, acusándome de llevar una vida licenciosa y de no hacer nada para [285] aliviarles el peso de la guerra. Para apoyar sus

palabras, presentaban cuatro cartas que, según ellos, habían recibido de las gentes de los confines de Galilea, en las cuales solicitaban ayuda, porque en un plazo de tres días tropas romanas de infantería y de caballería iban a saquear su región; insistían en que no dejaran de lado el asunto y acudieran rápidamente. Al oír esto, los habitantes de Tiberíade, pensando que les [286] decían la verdad, empezaron a gritarme que, en vez de quedarme sentado, debía ir en ayuda de sus compatriotas. Entonces yo, que había comprendido la mala intención de [287] Jonatán y los suyos, dije que estaba dispuesto a cumplir sus deseos y les prometí marchar sin dilación al lugar del combate; no obstante, puesto que las cartas decían que los romanos habían atacado en cuatro sitios diferentes, propuse dividir el ejército en cinco partes, y poner al frente de cada una a Jonatán y a sus compañeros. Pues los hombres valientes no [288] sólo deben dar consejos sino asumir el mando ante una necesidad urgente, y yo solamente podía mandar una división. Mi proposición agradó mucho al pueblo, y aquéllos se [289] vieron obligados a ir a la guerra. Sus planes fracasaron estrepitosamente; no pudieron conseguir lo que habían planeado pues con mi estratagema había desbaratado sus proyectos.

Otra conspiración para apresar a Josefo

Uno de ellos, llamado Ananías, hombre [290 **56**] malvado y ruin, propuso a la asamblea que se fijara para el día siguiente un ayuno general en honor de Dios y pidió a todos que se presentaran desarmados en el mismo lugar y a la misma hora para manifestar ante Dios que, si no obtenían ayuda de Él, consideraban inútiles todas las armas. Hablaba de esa manera, no por religiosidad, sino para cogernos [291] a mí y a los míos desarmados. Me vi obligado a aceptar para que no pareciera que desdeñaba una sugerencia dictada por la piedad. Cuando

nos retiramos a nuestras casas, los partidarios de Jonatán escribieron a Juan pidiéndole [292] que se reuniese con ellos al alba con cuantos soldados pudiese, pues así podría apresarme fácilmente y hacer conmigo lo [293] que quisiera. Juan, en cuanto recibió la carta, se apresuró a obedecer. Por mi parte, al día siguiente, ordené a dos hombres de mi guardia personal, los que tenían fama de ser más valientes y leales, que me acompañasen llevando puñales escondidos bajo la ropa, para poder defendernos en caso de un ataque de los enemigos; yo mismo me puse una coraza, me ceñí una espada disimulándola lo mejor posible y me dirigí a la sinagoga.

[57 294] Jesús, el arconte⁸⁹, había ordenado que no dejaran entrar a todos mis hombres. Él mismo se había situado en la puerta y sólo nos permitió la entrada a mis amigos y a mí⁹⁰. [295] Estábamos ya celebrando los ritos y nos disponíamos a recitar las plegarias, cuando Jesús se puso en pie y me preguntó en casa de quién estaban depositados los objetos y los lingotes de plata sin acuñar robados en el incendio del palacio real⁹¹. Hablaba de esto para ganar tiempo hasta que [296] llegara Juan. Le respondí que estaban bajo la custodia de Capela y los diez principales de Tiberíade⁹². «Pregúntales tú mismo, le dije, no te miento». Ellos lo confirmaron; «y las veinte piezas de oro que recibiste por la venta de un lingote [297] ¿qué ha sido de ellas?», dijo. Le contesté que se las había entregado a los delegados enviados por ellos a Jerusalén para gastos de viaje. A eso, Jonatán y los suyos manifestaron que no había actuado correctamente pagando a los delegados [298] con dinero del tesoro público. Estas palabras exasperaron al pueblo que se dio cuenta de la falta de honradez de aquellos hombres; entonces yo, advirtiendo que estaba a punto de producirse un motín, para excitar aún más al pueblo contra esas gentes, dije: «Si no he actuado correctamente

pagando vuestra embajada con dinero público, calmad vuestro enojo; pagaré con mi propio dinero las veinte piezas de oro».

Ante esta contestación, Jonatán y los suyos se quedaron [299 58] callados, pero el pueblo se enfureció todavía más contra ellos, pues con su proceder, habían demostrado claramente su injustificada hostilidad hacia mí. Jesús, al ver el cambio [300] producido, pidió que se retirara el pueblo y quedara solo el Consejo, con el pretexto de que con tal alboroto era imposible examinar asuntos tan importantes. Mientras el pueblo gritaba [301] que no me dejaría solo con ellos, llegó un mensajero que comunicó discretamente a las gentes de Jesús que ya se acercaba Juan con sus soldados; entonces Jonatán y sus compañeros ya no pudieron contenerse; tal vez Dios velaba por mi seguridad, pues sin esta circunstancia, sin duda habría muerto a manos de Juan. «Ciudadanos de Tiberíade, exclamó, [302] dejad el asunto de las veinte piezas de oro, pues ésa no es la causa por la que Josefo merece la muerte, sino por haber intentado erigirse en tirano y haberse adueñado del poder engañando al pueblo de Galilea con su palabrería». Mientras hablaba, sus amigos se lanzaron inmediatamente contra mí e intentaron matarme. Cuando mis compañeros vieron lo que [303] pasaba, sacaron sus espadas⁹³ y les amenazaron con usarlas si me causaban algún daño; el pueblo, a su vez, cogió piedras para lanzárselas a Jonatán, y así me salvó de la violencia de mis enemigos.

No me había alejado mucho, cuando estuve a punto de [304 59] encontrarme con Juan que llegaba con sus tropas. Tuve miedo y cambié de dirección, huyendo por un camino estrecho que conduce al lago; subí a una barca y crucé a Tariquea, [305] escapando de este peligro de manera inesperada. Allí, convoqué inmediatamente a los notables de Galilea y les referí cómo había sido traicionado por Jonatán y sus compañeros

[306] y había estado a punto de morir a sus manos. El pueblo de Galilea se enfureció contra ellos y me instaba a que les declarara la guerra sin dudarlo, y que a ellos, los galileos, les permitiera ir contra Juan para acabar con él y, al mismo [307] tiempo, con Jonatán y sus hombres. Aunque estaban muy indignados pude contenerlos, pidiéndoles que esperaran hasta conocer el informe de la delegación que habían enviado a [308] Jerusalén, pues era necesaria su conformidad para actuar, les decía yo. De esa manera logré convencerlos. Por su parte Juan, al ver fracasada su maniobra, regresó a Giscala.

Confirmación de Josefo en su cargo

[60 309] A los pocos días, regresaron nuestros enviados y comunicaron que el pueblo estaba muy indignado contra Anás y Simón, hijo de Gamaliel, porque, sin contar con la opinión de la Comunidad, habían enviado embajadores a Galilea para tratar de conseguir mi destitución⁹⁴; [310] añadieron que el pueblo se había lanzado a sus casas para quemarlas. Traían también cartas en las que las autoridades de Jerusalén, ante la insistencia del pueblo, me confirmaban a mí en el gobierno de Galilea y ordenaban que Jonatán y sus compañeros regresaran rápidamente a sus [311] casas. Me encontré con estas cartas cuando llegué a la aldea de Arbel⁹⁵; allí convoqué a los galileos a una asamblea y pedí a los emisarios que refiriesen la cólera y el odio que había provocado la conducta de las gentes de Jonatán y cómo [312] me habían ratificado en el mando de la provincia; les pedí también que mostraran el documento que contenía la expulsión de Jonatán y los suyos. Me apresuré a hacer llegar a éstos la carta por un mensajero al que encargué que averiguase qué pensaban hacer.

Reacción de los delegados de Jerusalén

Estos hombres, profundamente alterados [313 **61**] por el contenido de la carta, mandaron llamar a Juan, a los miembros del Consejo de Tiberíade y a las autoridades de Garaba, y se reunieron para examinar lo que debían hacer. Los tiberienses opinaban que era mejor que ellos [314] siguieran en el gobierno y no abandonaran la ciudad que les habían confiado, sobre todo no estando yo dispuesto a dejarlos tranquilos, y mentían imputándome esa amenaza. Juan [315] no sólo era de su misma opinión, sino que además les aconsejaba que dos de ellos se presentasen ante el pueblo para acusarme por mi mala administración de la provincia de Galilea y añadía que podría convencerles fácilmente por su buena reputación y porque la multitud es versátil. Consideraron [316] la proposición de Juan la mejor y acordaron enviar a Jerusalén a Jonatán y a Ananías, y dejar a los otros dos en Tiberíade. Para su seguridad los acompañó una escolta de cien soldados.

Josefo intercepta a los emisarios

Los tiberienses tomaron la precaución de [317 **62**] fortificar los muros y dieron orden a los ciudadanos de tomar las armas; pidieron a Juan que enviara gran número de soldados por si tenían necesidad de refuerzos contra mí. Juan se encontraba entonces en Giscala. Jonatán [318] y los suyos, que regresaban de Tiberíade, al llegar hacia la media noche a la aldea de Dabarita, situada en los confines de Galilea, en la Gran Llanura⁹⁶, cayeron en manos de mis centinelas, que les obligaron a dejar las armas y los apresaron [319] allí mismo de acuerdo con mis instrucciones. Leví, que estaba encargado de la vigilancia, me informó de ello. Esperé dos días como si no supiera nada y luego envié un mensaje a las gentes de Tiberíade aconsejándoles que dejaran las armas y [320] permitieran a los hombres regresar a sus casas. Pero como creían que Jonatán y los suyos habrían llegado ya a Jerusalén,

me contestaron con insultos; yo, sin inmutarme, buscaba el [321] modo de engañarlos. Iniciar una guerra contra conciudadanos⁹⁷ no me parecía piadoso; quise entonces alejarlos de los tiberienses y escogí a los diez mil mejores soldados, los dividí en tres batallones y les ordené que se mantuvieran [322] emboscados en Adama⁹⁸; puse mil hombres en otra aldea igualmente montañosa, situada a cuatro estadios de Tiberíade, con orden de que bajaran en cuanto recibiesen la señal, y yo, [323] saliendo de la aldea, me situé en un lugar bien visible. Los tiberienses, al verlo, salían continuamente y me cubrían de insultos; su locura llegó a tal extremo que colocaron un magnífico lecho fúnebre, y de pie alrededor de él lloraban por mí entre bromas y risas; yo me divertía con el espectáculo de su locura.

Josefo ataca a la ciudad de Tiberíade

Con la intención de coger en una trampa [324 **63**] a Simón y con él a Joazar⁹⁹, les envié un mensaje invitándoles a ir a un lugar cercano a la ciudad bajo la protección de numerosos amigos; quería, les dije, bajar allí para pactar con ellos el reparto del gobierno de Galilea. Simón, [325] llevado por su juventud y su codicia, no dudó en acudir, pero Joazar, que sospechaba la trampa, no se movió. Llegó, pues, Simón escoltado por sus amigos y yo le salí al encuentro; le saludé amistosamente y le di las gracias por haber venido. Al poco rato, dimos un paseo como si quisiera [326] hablar a solas con él, y cuando estábamos lejos de sus amigos, cogiéndole por la cintura, lo llevé hasta la aldea y lo entregué a mis amigos; luego ordené a los soldados que bajaran y con ellos procedí al asalto de Tiberíade. Fue un 327 combate encarnizado por ambas partes y los tiberienses estuvieron a punto de alcanzar la victoria, ya que nuestros soldados habían emprendido la huida; pero yo, al darme cuenta de lo que pasaba, hice una

llamada a las tropas y con ellas perseguí a los tiberienses, que iban ganando, hasta la ciudad. Despaché otras tropas hacia el lago con orden de incendiar la primera casa que tomasen. Cuando se produjo [328] el incendio, los tiberienses, creyendo que su ciudad había sido tomada por asalto, atemorizados, arrojaron las armas y vinieron con mujeres y niños a suplicarme que me apiadase de su ciudad. Ante sus ruegos, contuve el furor de los soldados [329] y, como era ya de noche, abandoné el asedio junto con mis tropas y me dediqué a los cuidados del cuerpo. Invité a [330] cenar a Simón, le consolé por lo sucedido y le prometí que les daría lo necesario para el viaje y que les dejaría a él y a los suyos regresar a Jerusalén con toda clase de seguridades.

La comisión de Jerusalén regresa a su ciudad

[64 331] Al día siguiente me presenté en Tiberíade con diez mil soldados; hice acudir al estadio a los notables del pueblo y les pedí que me señalasen a los causantes del levantamiento. [332] Cuando lo hubieron hecho, envié a los culpables, encadenados, a la ciudad de Jotapata; luego, puse en libertad a Jonatán, a Ananías y a sus compañeros y junto con Simón y Joazar los envié a Jerusalén con quinientos [333] soldados para su protección y lo necesario para el viaje. Los tiberienses vinieron de nuevo a implorar perdón por sus actos, prometiendo reparar sus errores y guardarme lealtad en el futuro; me pedían que salvara lo que quedaba del pillaje para dárselo a los que habían perdido sus pertenencias. [334] Mandé a los que las tenían que las entregasen delante de todos, pero se mostraban remisos a obedecer; al ver a uno de mis soldados con un vestido más lujoso que lo acostumbrado, [335] le pregunté de dónde lo había sacado. Me respondió que procedía del saqueo de la ciudad; entonces le hice azotar y amenacé a todos los demás con castigos mayores si no dejaban

a la vista de todos lo que habían cogido. Se recuperaron muchas cosas y devolví a los habitantes de Tiberíade lo que cada uno reconoció como suyo.

Digresión sobre el historiador Justo de Tiberíade

[65 336] Llegados a este punto de mi relato, quiero hacer unas breves aclaraciones sobre Justo, quien también ha escrito acerca de estos mismos sucesos, y sobre los demás que, aunque aseguran que escriben historia, se preocupan poco de la verdad y por odio o parcialidad no [337] dudan en mentir. Actúan de modo parecido a los falsificadores de contratos, pero, como no temen castigos semejantes [338] a los de aquéllos, desprecian la verdad. Así Justo, al disponerse a escribir la historia de esta guerra, para aparecer como un hombre laborioso, me ha calumniado a mí y tampoco ha dicho la verdad sobre su ciudad natal. Por ello, viéndome obligado a defenderme de sus falsos testimonios, voy a decir lo que hasta ahora he callado. Y que nadie se [339] extrañe de que haya esperado tanto tiempo para hablar, pues, aunque el historiador debe decir la verdad, también tiene el derecho a no mostrarse cruel evidenciando las maldades de algunos individuos, y no por benevolencia hacia ellos, sino para mantener su propia moderación.

Pues bien, ¿cómo, Justo —si se me permite dirigirme a [340] él como si estuviera presente—, el más genial de los escritores (tú presumes de ello), cómo es que nos haces a los galileos y a mí responsables de la insurrección de tu ciudad natal contra Roma y contra el Rey? Antes de que yo fuese nombrado [341] gobernador de Galilea por la comunidad de Jerusalén, tú y todos los habitantes de Tiberíade no sólo habíais tomado las armas sino que estabais ya en guerra contra la Decápolis de Siria. En todo caso, tú incendiaste sus aldeas y tu criado cayó en aquella empresa. Y no soy el único que dice

esto, [342] está mencionado así en las *Memorias* del emperador Vespasiano¹⁰⁰ y también cómo en Ptolemaida los habitantes de la Decápolis pedían a gritos a Vespasiano que te castigara como responsable de todo. Y habrías sufrido el castigo [343] ordenado por Vespasiano si el rey Agripa, que había obtenido el poder de darte muerte, no te hubiera conmutado la sentencia por un largo período de prisión, atendiendo a los insistentes ruegos de su hermana Berenice. Después, tus [344] intervenciones en la vida pública demostraron claramente tu dudosa conducta y sobre todo tu culpabilidad en el levantamiento de tu ciudad natal contra los romanos. De ello presentaré pruebas enseguida. Quiero también dirigir unas [345] breves palabras a los demás habitantes de Tiberíade y mostrar a los futuros lectores de esta historia que no fuisteis amigos [346] ni de Roma ni del Rey. Las ciudades más importantes de Galilea son Séforis y Tiberíade, tu ciudad natal, Justo. Ahora bien, Séforis, al estar situada en el centro de Galilea y rodeada de numerosas aldeas, hubiera podido emprender fácilmente alguna acción contra los romanos si hubiera querido; sin embargo, como había optado por mantenerse fiel a sus señores, incluso a mí me cerró sus puertas y no permitió que ninguno de sus ciudadanos militara en las filas [347] de los judíos. Con el fin de mantener su seguridad también respecto a nosotros, me engañaron encargándome la fortificación de su ciudad con muros y recibieron de buen grado una guarnición de Cestio Galo, jefe de las legiones romanas de Siria. Fue un desprecio para mí, que gozaba entonces de [348] gran poder y era respetado por todos. Y cuando Jerusalén, nuestra capital, fue sitiada y nuestro templo común corría el peligro de caer en manos de los enemigos, no enviaron ayuda por miedo a parecer que tomaban las armas contra [349] los romanos. En cambio tu ciudad natal, Justo, situada junto al lago de Genesaret, a una

distancia de treinta estadios de Hipo, a sesenta de Gadara y a ciento veinte de Escitópolis¹⁰¹, ciudad bajo la jurisdicción del Rey, sin ninguna otra ciudad judía cerca, hubiera podido mantenerse fiel a Roma sin [350] dificultad, si hubiera querido; además erais una población numerosa y disponíais de armas en abundancia. Sin embargo, según dices tú, el único responsable en aquel momento era yo; y después ¿quién fue el responsable, Justo? Pues sabes bien que antes del sitio de Jerusalén fui apresado por los romanos, que Jotapata y otras muchas fortalezas fueron tomadas al asalto y que un gran número de galileos cayó en el combate. En ese momento, puesto que ya nada teníais que [351] temer de mí, deberíais haber entregado las armas y haberos presentado al Rey y a los romanos, ya que no habíais entrado en guerra con ellos por propia voluntad sino obligados. [352] Sin embargo esperasteis la llegada de Vespasiano, y cuando ya estaba cerca de los muros con todo su ejército, entonces, espantados, dejasteis las armas. Y con toda seguridad vuestra ciudad habría sido tomada por la fuerza si Vespasiano no hubiera escuchado los ruegos del Rey que pedía perdón por vuestra locura. Por tanto, no soy yo el responsable, sino vosotros que decidisteis la guerra. ¿Olvidas [353] acaso que, a pesar de haber estado tantas veces a mi merced, no os he dado muerte a ninguno, mientras que vosotros en vuestras luchas internas matasteis a ciento ochenta y cinco conciudadanos, y no por lealtad a los romanos ni al Rey, sino por vuestra propia maldad? Entonces yo me encontraba en Jotapata sitiado por los romanos. Y más aún ¿no se [354] encontraban en el sitio de Jerusalén dos mil tiberienses de los cuales unos murieron y otros fueron capturados?

Pero tú dirás que no eras enemigo de Roma, porque en aquel momento te refugiaste junto al Rey; pero afirmo que

actuaste así porque tenías miedo de mí. En tu opinión, yo soy [355] un miserable; pero el rey Agripa que te salvó la vida cuando fuiste condenado a muerte por Vespasiano y que te regaló tanto dinero ¿por qué te encarceló después dos veces y te expulsó otras tantas de tu ciudad natal, e incluso una vez te condenó a muerte, aunque luego te perdonó la vida por los insistentes ruegos de su hermana Berenice? Y cuando después [356] de todas tus malas acciones te confió el cargo de secretario y se dio cuenta de que lo desempeñabas deshonestamente, te alejó de su vista. Pero voy a dejar de dar pruebas detalladas de todo eso.

[357] Sin embargo, lo que más me asombra de tu desvergüenza es que te atrevas a decir que de todos los que han escrito sobre estos acontecimientos eres tú el que mejor los ha contado, cuando ni conoces lo que ocurrió en Galilea — pues en esa época te encontrabas en Beritos con el Rey— ni lo que tuvieron que soportar los romanos o lo que nos infligieron a nosotros en el sitio de Jotapata. Tampoco has podido averiguar el papel que yo desempeñé durante el sitio, pues todos los que hubieran podido informarte de ello murieron [358] en aquella batalla. Tal vez digas que has relatado con exactitud lo sucedido en Jerusalén. ¿Cómo es posible, si ni tomaste parte en la guerra ni has leído las *Memorias* del César¹⁰²? La mejor prueba es que en ellas está escrito lo [359] contrario. Y si te atreves a decir que tu obra es la mejor de todas, ¿por qué no la publicaste cuando aún vivían los emperadores Vespasiano y Tito que habían dirigido la guerra, y cuando todavía estaban con nosotros el rey Agripa y toda [360] su familia, personas imbuidas de cultura griega? Pues hace veinte años ya la tenías escrita y entonces hubieras podido obtener el testimonio de veracidad de los testigos oculares. En cambio te atreves a publicarlo ahora, cuando esas

personas ya no están entre nosotros y sabes que no te van a desmentir.

[361] Yo no he tenido miedo por mi obra como tú, pues entregué los libros a los propios emperadores cuando los sucesos estaban casi a la vista. Consciente de haber conservado la verdad en mi obra, no me decepcionaron los testimonios [362] que recibí sobre ella. También presenté enseguida mi *Historia* a otras muchas personas, de las que algunas habían participado en la guerra, como el rey Agripa y algunos de [363] sus allegados. Y el emperador Tito mostró tanto deseo de que el público conociera estos sucesos sólo por mis libros, que los firmó con su propia mano y ordenó su publicación. En [364] cuanto al rey Agripa, tiene escritas sesenta y dos cartas testimoniando la autenticidad de mi relato. Presento aquí dos de ellas que, si lo deseas, te permitirán hacerte una idea de la naturaleza de su contenido.

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. He [365] leído tu libro con sumo placer y me parece que has escrito con mucha más exactitud que otros que han tratado el tema. Envíame los demás volúmenes. Te deseo buena salud.»

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. En [366] tu obra se observa que no necesitas ningún tipo de aclaración para darnos a conocer la totalidad de los hechos desde sus comienzos. No obstante, cuando nos encontremos, podré informarte de muchos detalles ignorados.»

Una vez terminada mi *Historia*, Agripa, sinceramente y [367] no con ánimo de adularme (cosa impropia de él), ni tampoco por ironizar, como dirías tú¹⁰³ (pues estaba muy lejos de esas malas costumbres), seguía dando testimonio de su veracidad, como todos los lectores de mis obras de historia.

Pero cese aquí esta digresión sobre Justo que me parecía obligada.

Juan de Giscala es abandonado por sus partidarios

Después de atender los asuntos de Tiberíade¹⁰⁴, [368 66] convoqué a mis amigos a una reunión para decidir qué medidas íbamos a tomar contra Juan. La opinión unánime de los galileos era que les diera armas a todos ellos para ir contra Juan y castigarle como responsable del levantamiento. Pero yo no estaba de acuerdo con sus [369] planes, pues deseaba acabar con los disturbios sin derramamiento de sangre; por tanto les aconsejé que hicieran todo lo posible por averiguar los nombres de los partidarios de [370] Juan. Así lo hicieron, y cuando supe quiénes eran, proclamé un bando ofreciendo seguridad y ayuda a los hombres de Juan que estuviesen dispuestos a cambiar de actitud, dándoles un plazo de veinte días para reflexionar sobre sus propias conveniencias. En el caso de que no dejaran las armas, les [371] amenazaba con quemar sus casas y confiscar sus bienes. Al oír eso, los hombres se alarmaron mucho y, deponiendo las armas, abandonaron a Juan y se unieron a mí; eran cuatro [372] mil. Sólo se quedaron con Juan sus conciudadanos y algunos extranjeros de la capital de los tirios, unos mil quinientos aproximadamente. Juan, al ser vencido por mí de esta manera, se quedó en su ciudad natal lleno de miedo.

Ataque a la ciudad de Séforis

[67 373] Por ese tiempo, los seforitas, que se sentían seguros por la solidez de sus muros y porque me veían a mí ocupado en otros asuntos, se atrevieron a coger las armas¹⁰⁵. Enviaron un mensaje a Cestio Galo, gobernador de Siria, pidiéndole que viniera enseguida personalmente a hacerse cargo de la ciudad, o que enviara una [374] guarnición. Galo

prometió que iría, pero sin precisar cuándo. Al enterarme de esas negociaciones, me dirigí con mis tropas [375] contra los seforitas y tomé la ciudad al asalto. Con este pretexto, los galileos, que no querían desaprovechar la oportunidad de saciar su odio contra una ciudad a la que detestaban, se lanzaron a exterminar a la totalidad de la población, [376] incluidos los extranjeros. Irrumpieron en la ciudad y, encontrando las casas vacías, las quemaron, pues sus habitantes, llenos de miedo, se habían refugiado en la acrópolis. Lo saquearon todo sin ahorrar a sus compatriotas ninguna forma de pillaje. Este espectáculo me apenó profundamente [377] y les ordené que cesaran, recordándoles que no era piadoso proceder así contra hombres de la misma raza. Como no [378] escuchaban ni mis exhortaciones ni mis mandatos y su odio era superior a mis consejos, ordené a mis amigos más fieles que difundieran el rumor de que los romanos habían irrumpido por la otra parte de la ciudad con un gran ejército. Procedí así para que, al difundirse esta noticia, se aplacara [379] el ímpetu de los galileos y se salvara la ciudad de los seforitas. Finalmente la estratagema dio resultado. Pues al oír esta [380] noticia, temiendo por sus vidas, abandonaron el botín y huyeron, sobre todo al ver que yo, su general, hacía otro tanto, pues para dar credibilidad al rumor que circulaba, fingí encontrarme en la misma situación que ellos. Los seforitas se salvaron contra lo esperado gracias a mi astucia.

Josefo salva Tiberíade de la furia de los galileos

Tiberíade también estuvo a punto de ser [381 **68**] saqueada por los galileos. El motivo fue el siguiente: los miembros más importantes del Consejo escribieron al Rey pidiéndole que viniese a hacerse cargo de la ciudad. El Rey prometió que iría, dando la respuesta en una carta [382] que confió a uno de sus criados de raza judía llamado Crispo para que la llevase a los

tiberienses. Los galileos, al [383] reconocer al correo, lo detuvieron y lo trajeron a mi presencia; la noticia provocó la indignación general y todos recurrieron a las armas. Al día siguiente, un gran número de personas [384] procedentes de distintos lugares acudió a la ciudad de Asoquis, donde yo residía¹⁰⁶, acusando a gritos a Tiberíade de traición y de ser aliada del Rey, y pidiéndome que les permitiera bajar para destruirla por completo, pues odiaban a los tiberienses tanto como a los seforitas.

[69 385] Al oírlos, me preguntaba cómo podría librar a Tiberíade de la furia de los galileos, ya que no podía negar que los tiberienses habían escrito al Rey pidiéndole que fuera, y su [386] respuesta era la verdadera prueba de ello. Tras larga reflexión les dije: «Sé muy bien que los tiberienses han cometido una falta, y no os voy a impedir saquear su ciudad. No obstante, en asuntos tan graves es necesario actuar con juicio. Los tiberienses no han sido los únicos que han traicionado nuestra libertad; otros muchos hombres, incluso de los más considerados [387] de Galilea, también lo han hecho. Esperad, pues, hasta que yo descubra exactamente quiénes han sido los culpables y entonces tendréis a todos en vuestras manos, a [388] éstos y a cuantos podáis añadir por vuestra cuenta». Con estas palabras logré convencer al pueblo, y cuando se aplacó su cólera se dispersaron. Ordené que encarcelaran al mensajero del Rey, pero pocos días después, con el pretexto de que un asunto personal urgente me obligaba a salir del territorio del Rey¹⁰⁷, mandé llamar a Crispo y, en secreto, le ordené que emborrachara al soldado encargado de la guardia y [389] huyera junto al Rey, pues nadie le perseguiría. Éste, siguiendo mis instrucciones, logró escapar. Tiberíade, que había estado a punto de ser destruida por

segunda vez, gracias a mi habilidad y a mi preocupación por ella, se salvó de tan grave peligro.

Josefo se pone al lado del Rey Agripa

Por ese tiempo, Justo, hijo de Pisto, huyó [390 70] al lado del Rey sin que yo me enterara. Explicaré por qué lo hizo: al estallar la [391] guerra entre los judíos y los romanos, los tiberienses habían acordado someterse al Rey y no rebelarse contra los romanos¹⁰⁸. Pero Justo los animaba a coger las armas, pues deseaba una insurrección y esperaba obtener el mando de Galilea y de su ciudad natal. Pero no consiguió sus propósitos, pues los galileos, resentidos [392] por el daño que Justo les había infligido antes de la guerra¹⁰⁹, estaban enemistados con los tiberienses y no le aceptaban como general. Yo mismo, a quien la Comunidad de Jerusalén [393] había encomendado el mando de Galilea, más de una vez llegué a tal grado de indignación, que estuve a punto de matar a Justo, pues no podía soportar su falta de honestidad. Y él, temiendo que mi deseo se realizase alguna vez, envió a Crispo a entrevistarse con el Rey, pensando que junto a él viviría más seguro.

Josefo es derrotado por los seforitas

En cuanto a los seforitas que, contra lo [394 71] que se podía esperar, habían escapado del primer peligro¹¹⁰, enviaron un mensaje a Cestio Galo¹¹¹ pidiéndole que viniera rápidamente a hacerse cargo de la ciudad, o que les enviara tropas para rechazar los ataques de los enemigos. Finalmente consiguieron que Galo les enviase un numeroso ejército de infantería y de caballería que aunque llegó de noche fue muy bien acogido. Cuando las tropas romanas [395] causaron daños en la región vecina, me dirigí con mis soldados a la aldea de Garis¹¹²; allí levanté una empalizada a veinte estadios de

distancia de la ciudad de Séforis. Por la [396] noche me acerqué a la ciudad y asalté sus muros. Con la ayuda de escalas hice entrar a un gran número de mis soldados y me apoderé de la mayor parte de la ciudad. Por nuestro desconocimiento del lugar, pronto nos vimos obligados a retroceder, después de haber dado muerte a doce soldados de infantería y a algunos seforitas; nosotros sólo [397] perdimos un hombre. Luego, en un combate contra la caballería que tuvo lugar en la llanura, después de una larga y tenaz resistencia fuimos derrotados; pues mis soldados, al hacer los romanos un movimiento envolvente, emprendieron la retirada aterrados. En esa batalla perdió la vida un miembro de mi guardia personal llamado Justo, que en otro tiempo había desempeñado el mismo cargo al servicio del Rey.

[398] En aquel momento llegaron las tropas del Rey, de caballería y de infantería¹¹³, al mando de Sylas, jefe de la guardia personal. Instaló su campamento a cinco estadios de Julias¹¹⁴, y estableció puestos de guardia en los caminos, en el que conduce a Seleucia¹¹⁵ y en el que lleva a la fortaleza de Gamala¹¹⁶, con el fin de interceptar los auxilios que pudieran recibir los habitantes de Julias de los galileos.

Encuentro de Josefo con las tropas del Rey

Cuando me enteré de ello, envié dos mil [399 72] soldados al mando de Jeremías, los cuales levantaron una empalizada cerca del río Jordán, a un estadio de Julias, y sólo libraron algunas escaramuzas hasta que yo me uní a ellos con tres mil soldados más. Al día siguiente, tras [400] haber dejado en emboscada a un pelotón de soldados en un barranco cercano a la empalizada, desafié a combate a las tropas del Rey, después de advertir a mis soldados que retrocedieran hasta conseguir que los enemigos se movieran hacia adelante, como en realidad ocurrió. En efecto, Sylas, [401] creyendo que los

nuestros huían de verdad, avanzó dispuesto a perseguirlos; entonces los que estaban emboscados le alcanzaron por detrás y provocaron un gran desorden. Yo, [402] inmediatamente, dando un rápido giro, me lancé con mis tropas al encuentro del ejército del Rey y lo puse en fuga. Aquel día mi éxito hubiera sido completo si no se hubiera atravesado algún espíritu maligno: el caballo que yo montaba [403] durante el combate cayó en un lugar pantanoso y me tiró al suelo; como me había fracturado las articulaciones de la muñeca, fui llevado a una aldea llamada Cafarnaún. Cuando [404] mis hombres se enteraron, temiendo que me hubiera sucedido algo más grave, dejaron de perseguir al enemigo y volvieron a mi lado muy preocupados. Mandé llamar a los médicos y, después que me curaron, estuve todo ese día con fiebre; luego por la noche, por consejo de los médicos, fui trasladado a Tariquea.

Sylas y los suyos, al enterarse de mi accidente, cobraron [405 73] nuevos ánimos y, dándose cuenta de que la vigilancia de nuestro campamento estaba desatendida, por la noche pusieron en emboscada un escuadrón de caballería en la otra orilla del Jordán, y al llegar el día nos retaron a combate. Mis tropas respondieron y avanzaron hasta la llanura, pero [406] los jinetes salieron de la emboscada provocando el desorden y haciéndoles huir; mataron a seis de los nuestros. Pero no culminaron su victoria porque al oír que algunos soldados habían atravesado el lago desde Tariquea hasta Julias, se retiraron atemorizados.

Llegada de Vespasiano

[74 407] Al poco tiempo llegó a Tiro Vespasiano acompañado del Rey Agripa. Los tirios empezaron a maldecir al Rey, acusándole de ser enemigo suyo y de los romanos, porque —decían— Filipo¹¹⁷, el jefe de su campamento, había entregado el palacio real y las tropas [408] romanas que

estaban en Jerusalén por orden suya. Al oírlos, Vespasiano reprendió a los tirios por ofender a un hombre que además de ser Rey, era amigo de Roma, pero aconsejó al Rey que enviara a Filipo a Roma donde daría cuenta de [409] los hechos a Nerón. Filipo fue enviado, pero al encontrar a Nerón en una situación desesperada por los desórdenes que se habían producido y por la guerra civil, no pudo entrevistarse con él y regresó junto al Rey.

[410] Cuando Vespasiano se presentó en Ptolemaida, las autoridades de la Decápolis de Siria acusaban a gritos a Justo de Tiberíade por haber incendiado sus aldeas. Entonces Vespasiano lo entregó al Rey para que fuera castigado por los funcionarios reales. Pero el Rey le hizo encarcelar ocultándoselo a Vespasiano, como he referido más arriba^{[118](#)}.

[411] Los seforitas que salieron al encuentro de Vespasiano para saludarle recibieron una guarnición mandada por Plácido^{[119](#)}, y avanzando con ellos hacia el interior del país***^{[120](#)}, yo les seguía de cerca hasta la llegada de Vespasiano a Galilea. Las circunstancias de su llegada, de qué modo libró [412] conmigo su primer combate en las cercanías de la aldea de Garis^{[121](#)}, cómo me retiré desde allí a Jotapata, mi conducta durante el sitio de esta plaza, cómo fui capturado, apresado y posteriormente liberado y todo lo que aconteció en la Guerra Judía y en el sitio de Jerusalén lo he contado con exactitud en mis libros sobre la guerra de los judíos. Pero [413] considero imprescindible añadir ahora los hechos de mi vida que no están consignados en la *Guerra de los judíos*.

Datos de la vida de Josefo después de la guerra

Cuando acabó el asedio de Jotapa, caí en [414 **75**] poder de los romanos, que me tuvieron en prisión tratado con toda clase de atenciones, pues Vespasiano me demostraba su estima de

muchas maneras. Por indicación suya, me casé con una doncella de las que habían sido capturadas en Cesarea, natural del país. Pero ésta no permaneció [415] mucho tiempo conmigo, pues murió cuando, ya en libertad, me dirigía hacia Alejandría con Vespasiano. Allí me casé de nuevo. Desde allí fui enviado con Tito al sitio de [416] Jerusalén, donde mi vida estuvo en peligro en repetidas ocasiones, pues los judíos trataban de apoderarse de mí para vengarse y los romanos, por su parte, cada vez que tenían un fracaso, pensaban que se debía a una traición mía, y presentaban continuas quejas al Emperador pidiendo que me castigara por haberles traicionado también a ellos. Pero Tito [417] César, que no ignoraba los avatares de la guerra, con su silencio hacía que cesaran los ataques de sus soldados hacia mí.

Cuando la ciudad de Jerusalén había sido ya tomada por la fuerza, Tito César me ofreció repetidas veces que tomara todo lo que quisiera de las ruinas de mi patria, y repetía que [418] él daba su autorización. Pero yo, una vez perdida mi ciudad natal, no encontrando nada máspreciado que pudiera conservar para consuelo de mis desgracias, pedí a Tito la libertad de los prisioneros; también recibí de él <una colección>¹²² [419] de libros sagrados. Poco después, pedí la liberación de mi hermano y de cincuenta amigos míos, y mi petición fue atendida. Con el permiso de Tito entré en el templo donde estaban encerrados un gran número de prisioneros, mujeres y niños, y rescaté a cuantos amigos y familiares pude reconocer, alrededor de ciento noventa; los liberé sin que pagaran [420] rescate, devolviéndolos a su primitiva suerte. Cuando Tito César me envió con Cerealio y mil jinetes a una aldea llamada Técoa¹²³ para comprobar si el lugar era apropiado para construir una trinchera, de regreso vi a muchos prisioneros que habían sido crucificados, y entre

ellos reconocí a tres familiares míos; sentí un gran dolor, y acercándome a [421] Tito le hablé de ello llorando. Inmediatamente ordenó que los descolgasen y les dispensaran toda clase de cuidados. Dos murieron mientras los curaban, pero el tercero sobrevivió.

Josefo, ciudadano romano

[76 422] Después que Tito hubo reprimido los disturbios de Judea, sospechando que las tierras que yo poseía en Jerusalén no iban a serme rentables, puesto que iba a instalarse allí una guarnición romana, me concedió otro terreno en la llanura; y cuando me disponía a partir hacia Roma, me aceptó como compañero de travesía, tratándome con gran consideración. A nuestra llegada a Roma, [423] recibí toda clase de atenciones de Vespasiano. Me alojó en la casa que había sido suya antes de subir al poder, me honró con la ciudadanía romana, y me asignó una pensión; no cesó de honrarme sin que disminuyera su bondad hacia mí hasta el fin de sus días, lo cual puso en peligro mi vida por causa de la envidia. En efecto, un judío llamado Jonatán¹²⁴, que [424] había provocado una insurrección en Cirene ocasionando la muerte de dos mil personas de esa región a las que había arrastrado, fue encarcelado por el gobernador de la provincia, y cuando fue conducido ante el Emperador, le aseguró que yo le había proporcionado armas y dinero. Pero Vespasiano [425] no se dejó engañar por sus mentiras, sino que le condenó a muerte, y aquél fue ejecutado. También, en otras muchas ocasiones, gentes que envidiaban mi buena suerte inventaron acusaciones contra mí, pero escapé de ellas gracias a la divina providencia. También recibí de Vespasiano como regalo una importante propiedad en Judea.

Por ese tiempo, descontento de la conducta de mi mujer, [426] me divorcié de ella; me había dado tres hijos; dos de

ellos han muerto, y el otro, al que llamé Hircano, vive. Más tarde [427] me casé con una mujer de raza judía que había vivido en Creta; sus padres eran de linaje noble y muy conocidos en su país. Por su carácter era superior a las demás mujeres, como demostró a lo largo de su vida. Con ella tuve dos hijos, Justo, el mayor, y Simónides, el siguiente, llamado también Agripa. Ésta ha sido mi vida familiar.[428]

Mi situación con los emperadores se ha mantenido sin cambios. Así, a la muerte de Vespasiano, Tito, que le sucedió en el Imperio, me tuvo en la misma estima que su padre y en numerosas ocasiones se ha negado a creer las acusaciones de [429] que he sido objeto. El sucesor de Tito, Domiciano, aumentó todavía las consideraciones hacia mí: castigó a los judíos que me habían acusado y ordenó que fuera castigado un esclavo eunuco, el pedagogo de mi propio hijo, que también me había acusado. Me concedió la exención de impuestos por mi finca de Judea, lo cual representa una ventaja considerable para el beneficiario. Domicia, la mujer del César, [430] también fue siempre para mí una gran benefactora. Esto es lo que he hecho a lo largo de toda mi vida. Que los demás juzguen por ello mi conducta como les parezca.

A ti, Epafrodito, el más excelente de los hombres, te dedico el texto completo de mis *Antigüedades*¹²⁵, y por el momento, pongo fin en este punto a mi relato.

¹ Según el libro bíblico *I Crónicas* 24, 7, el rey David había censado y dividido en clases la tribu de Leví. Dentro de ésta, los descendientes de Aarón fueron distribuidos por sorteo en veinticuatro clases, la primera la de Jehoyarib. En *Antigüedades* VII 366, Josefo dice que en su época esta división sigue vigente, pero en *Contra Apión* II 108 habla solamente de cuatro.

² Antepasado de los Macabeos o Asmoneos que dio nombre a la dinastía que reinó en Palestina del 134 al 37 a. C.

³ 153 a. C. Cf. *I Macabeos* 10, 21.

⁴ Hacia el 135 a. C.

⁵ Hacia el 70 a. C.

⁶ Hacia el 6 a. C.

⁷ 37-38 d. C.

⁸ Hacia el 73 d. C.

⁹ Hacia el 78 d. C.

¹⁰ Se trata sin duda de una educación puramente religiosa basada en la Tora, los cinco libros del Pentateuco; la ejercitación de la memoria era muy importante para la transmisión correcta de los textos que entonces se escribían sin vocales, pues un texto puramente consonántico es susceptible de errores si las lecturas no se apoyan en una tradición oral bien establecida. Cf. *Contra Apión* II 175 y 178.

¹¹ Cf. *Guerra de los judíos* II 199; *Antigüedades* XIII 171-173; XVIII

¹² De hojas o corteza de los árboles.

¹³ Del 54 al 56 d. C.

¹⁴ Cf. *Hechos de los Apóstoles* 23-24.

¹⁵ Nerón.

¹⁶ Para evitar comer la carne sacrificada sobre los altares paganos. Cf. *I Corintios* VIII.

¹⁷ Josefo parece que intenta comparar su naufragio con el de San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 27). El viaje de San Pablo se sitúa en el año 60 ó 61, tres o cuatro años antes que el de Josefo.

¹⁸ Puerto cercano a Nápoles, donde también desembarcó San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 28, 13).

¹⁹ Simpatizante de la fe judía.

²⁰ La torre Antonia, situada en el ángulo noroeste del Templo, estaba construida sobre una roca de veintidós metros de altura y rodeada de precipicios. Era obra de Herodes el Grande que la llamó así en honor de Marco Antonio.

²¹ Menahén estaba al frente de un grupo de rebeldes que se oponían a Roma y fue ejecutado por una facción rival, encabezada por el sacerdote Eleazar. Cf. *Guerra de los judíos* II 433-448.

²² Gobernador de Siria.

²³ Bethsan del Antiguo Testamento. Hoy Beisan.

²⁴ Cf. *Guerra de los judíos* II 466 ss., 559 ss.

²⁵ Hoy Dor, a veinte kilómetros de Haifa.

²⁶ Herodes Agripa (37-44 d. C).

²⁷ Agripa II (48-100 d. C).

²⁸ Cf. 88, 279, 336-367, 390-393, 410.

²⁹ Cf. *Guerra judía* II 556 ss., 433 ss.

³⁰ Los hijos de Agripa I.

³¹ Llamado Noaro en *Guerra de los judíos* II 481 y ss.

³² La actual Beirut.

³³ Batanea, hoy Bashan, y la región oriental de Traconítide estaban expuestas a las incursiones de los árabes. Para proteger esta región que era la ruta directa de Babilonia a Jerusalén, Herodes el Grande había establecido en Batanea una colonia de judíos babilonios bajo la autoridad de Zamaris, abuelo de Filipo (cf. *Antigüedades* XVIII 23 ss.). Ecbatana es una de las fortalezas de esta región. Cf. *Guerra de los judíos* II 481 ss.

³⁴ Cf. *Guerra de los judíos* II 483, donde se menciona la destitución de Varo sin dar el nombre de su sucesor. Este relato continúa en 179 ss.

³⁵ *Éxodo* 20, 4.

³⁶ Capelo en 32.

³⁷ Este personaje no ha sido nombrado todavía. Pertenece, sin duda, a la segunda facción, formada por gentes de ínfima categoría. Cf. 35.

³⁸ La antigua Panias, cerca de las fuentes del Jordán, rebautizada Cesarea de Filipo.

³⁹ A los judíos les estaba prohibido utilizar el aceite extranjero, quizá porque podía estar contaminado por recipientes no purificados. Cf. *Antigüedades* XII 120.

⁴⁰ El sextario equivale aproximadamente a medio litro.

⁴¹ Cf. *Guerra de los judíos* II 614 ss.

⁴² No en esta obra sino en *Guerra de los judíos* II 616.

⁴³ En *Guerra de los judíos* II 614, Juan pretexto una enfermedad y en una carta pide autorización a Josefo para que le permita ir a tomar las aguas termales en Tiberíade.

⁴⁴ Según *Guerra de los judíos* II 619, se trata de un montecillo de seis codos de altura; además, fue el grito de la multitud lo que advirtió a Josefo del peligro.

⁴⁵ Ciudad de Galilea, al norte de Tiberíade. Del griego *tárichos* ‘salazón’. Sus peces salados eran célebres en el Imperio Romano. Hoy Magdala.

⁴⁶ Cf. 30.

⁴⁷ San Juan de Acre, hoy Akko.

⁴⁸ Agripa II.

⁴⁹ De Esdrelón.

⁵⁰ Semunieh, al oeste de Nazaret.

⁵¹ En la llanura de Esdrelón; fundada por Herodes el Grande, fue llamada «ciudad de los caballeros» porque los soldados de caballería licenciados por el rey se establecían allí (cf. *Guerra de los judíos* III 36; *Antigüedades* XV 293).

⁵² Hoy Deburieh, en la ladera occidental del Monte Tabor. Este episodio está relatado en *Guerra de los judíos* II 395 ss., donde el personaje es el propio Ptolomeo, no su mujer.

⁵³ El reino de Agripa comprendía la parte este y nordeste del mar de Galilea. La mujer de Ptolomeo probablemente se dirigía a Cesarea, y después de haber cruzado la región independiente de la Decápolis debía penetrar en la provincia romana antes de alcanzar la Gran Llanura de Esdrelón.

⁵⁴ Cf. *Éxodo* 23, 4.

⁵⁵ La misma frase en *Antigüedades* XVII 325.

⁵⁶ Probablemente hay una laguna en el texto, como supone Thackeray.

⁵⁷ Se trata del dinero que habían entregado a Josefo los ladrones de Dabarita.

⁵⁸ Cf. 112.

⁵⁹ Cf. 113.

⁶⁰ Ciudad griega de la Decápolis, en la frontera del territorio del rey Agripa.

[61](#) Cf. *Guerra de los judíos* II 632-34.

[62](#) Cf. 144.

[63](#) Cf. *I Macabeos* 2, 34 ss.

[64](#) Cf. *Guerra de los judíos* II 642-44, donde el relato presenta algunas diferencias.

[65](#) Esta digresión es la continuación de los sucesos relatados en 40-46.

[66](#) Cf. 48.

[67](#) Cf. 54.

[68](#) En 177 ss. sólo nombra a Cares, pariente de Filipo, y a Jesús, hermano de Cares y cuñado de Justo.

[69](#) O Meiron (cf. *Guerra de los judíos* II 573).

[70](#) Hoy Yodfat, a medio camino entre San Juan de Acre y Tiberíade.

[71](#) Los *nómima* son los preceptos tradicionales que se desarrollan en torno a la ley, *nómos*.

[72](#) El relato más breve en *Guerra de los judíos* II 627-29.

[73](#) Jerusalén.

[74](#) Tal vez denarios o piezas de plata de poco valor.

[75](#) Sachel Buttauf, entre Jotapata y Nazaret.

[76](#) A medio camino entre la llanura de Asoquis y Ptolemaida.

[77](#) Aldea situada en la llanura de Esdrelón, en la frontera meridional de Galilea; llamada también Exalot (cf. *Guerra de los Judíos* III 38).

[78](#) Aldea situada a unos diez kilómetros al nordeste del campamento de Josefo en Cabul. Llamada otras veces Garaba.

[79](#) Sin duda se trata de Jafia (Yafa), cerca de Nazaret.

[80](#) Cf. 96.

[81](#) Es decir, hacia la parte occidental de Galilea.

[82](#) Cf. 399.

[83](#) Institución más amplia que el Sanedrín, de la cual dependía la autoridad de Josefo sobre Galilea.

[84](#) Cf. 267.

[85](#) Cf. 230 y la nota.

[86](#) Niese en su edición omite *árchōn*. Pero en 294 este personaje parece actuar como arconte de la sinagoga.

[87](#) Literalmente «oratorio». Cf. *Hechos de los Apóstoles* 16, 13, y JUVENAL, *Sátiras* III 296.

[88](#) «Concordia». Probablemente Umm Junieh, aldea situada a orillas del Jordán, a unos tres kilómetros al sur de Tariquea y once de Tiberíade.

[89](#) Cf. 271.

[90](#) Cf. 293 y 303, Jesús deja entrar a los dos guardias personales de Josefo.

[91](#) Cf. 66-69.

[92](#) Cf. 32.

[93](#) Josefo les había hablado sólo de puñales (cf. 293).

[94](#) Sobre la intervención de Simón contra Josefo, cf. 190-193 y *Guerra de los judíos* IV 159.

[95](#) Aldea de Galilea, cerca del lago Genesaret; hoy Irbid.

[96](#) Cf. 126.

[97](#) Los dos delegados que se quedaron en Tiberíade (cf. 316).

[98](#) Admitimos la corrección de Thackeray; se espera un nombre de lugar y Adama (Damieh), situada a unos diez kilómetros al sudoeste de Tiberíade, parece conveniente.

[99](#) Cf. 197.

[100](#) Relato oficial hecho sobre las notas de campaña de Vespasiano.

[101](#) Escitópolis era una ciudad independiente bajo soberanía romana, pero nunca fue posesión de Agripa.

[102](#) Tito. Cf. 342 y nota.

[103](#) Justo.

[104](#) Vuelve a tomar el relato interrumpido en 336. Cf. *Guerra de los judíos* II 622-625.

[105](#) Cf. *Guerra de los judíos* II 645 ss.

[106](#) Cf. 207 y 233.

[107](#) Tiberíade formaba parte entonces del territorio de Agripa II (cf. *Guerra de los judíos* II 252; *Antigüedades* XX 59), mientras que Asoquis, donde Josefo residía

(cf. 384), parece que no.

[108](#) Cf. 32 ss.

[109](#) Cf. 342.

[110](#) Cf. 373 ss.

[111](#) Cf. 23 ss.

[112](#) Cf. 412.

[113](#) Cf. 382.

[114](#) Julias fue llamada así en honor de la hija de Augusto, Julia. Está situada al norte del lago Genesaret, en la orilla izquierda del Jordán.

[115](#) En Batanea, al nordeste de Julias.

[116](#) Al este del lago Genesaret, al sureste de Julias.

[117](#) Cf. 46 ss.; 179 ss.

[118](#) Cf. 341-343.

[119](#) Cf. 213 ss. y 227.

[120](#) El texto presenta aquí una laguna.

[121](#) Los manuscritos presentan Taris. Corregido por Richter según *Guerra de los judíos* III 129.

[122](#) Posible laguna en el texto.

[123](#) Entre Jerusalén y Hebrón. Hoy Tékoah.

[124](#) Cf. *Guerra de los judíos* VII 437-450.

[125](#) La *Autobiografía* de Josefo era un apéndice de las *Antigüedades* (cf. *Antigüedades* XX 266).

CONTRA APIÓN

LIBRO I

Propósito y plan de la obra

En mi obra sobre las *Antigüedades*, noble [1 1] Epafrodito¹, creo haber dejado ya suficientemente claro para los que acudan a ella la extrema antigüedad de nuestra raza judía, la singularidad de su origen y su establecimiento en el país que hoy ocupamos. Esta historia, que he contado en griego a partir de nuestros libros sagrados, abarca un período de cinco mil años². Pero como observo [2] que muchas personas, influenciadas por las calumnias maliciosas de ciertos individuos, no dan crédito a los relatos de mi historia antigua y alegan como prueba del origen relativamente reciente de nuestro pueblo el que no haya sido considerado digno de mención por los historiadores griegos [3] más conocidos, he creído que debía escribir brevemente sobre todos esos puntos, para poner de manifiesto la maldad y la deliberada falsedad de nuestros detractores, enmendar la ignorancia de los otros y dar a conocer a todos los que lo [4] deseen la verdad sobre la antigüedad de nuestra raza. Como testigos de mis afirmaciones pondré a los escritores que, a juicio de los griegos, son más dignos de crédito en lo que a la historia antigua se refiere; a los que han escrito difamaciones y mentiras sobre nosotros los presentaré para que ellos [5] mismos se confundan. Intentaré también explicar las razones por las que nuestro pueblo ha sido mencionado tan poco por los historiadores griegos y, más aún, daré a conocer los autores que no han descuidado nuestra historia a quienes los ignoran o fingen ignorarlos.

*Los griegos no son dignos de crédito en lo referente
a los sucesos antiguos*

[2 6] En primer lugar, me sorprenden muchísimo las gentes que creen que sólo hay que acudir a los griegos en lo referente a los sucesos más antiguos y buscar en ellos la verdad, desconfiando de nosotros y de los demás hombres. Pues bien, si lo que interesa es obtener lo justo partiendo de los hechos en sí y no seguir vanas opiniones, desde mi punto de vista lo adecuado [7] es todo lo contrario. Pues encuentro que entre los griegos todo es reciente, de ayer o de anteayer, por así decirlo³, me refiero a la fundación de las ciudades, la invención de las artes y la redacción de las leyes; pero de todas las cosas, quizá la más reciente entre ellos es la preocupación por escribir la historia. Sin embargo, los mismos griegos reconocen [8] que la transmisión del recuerdo de los sucesos que han tenido lugar entre los egipcios, los caldeos y los fenicios —por el momento no incluyo nuestro pueblo en esa relación—, es muy antigua y constante. Todos estos pueblos [9] habitan lugares poco expuestos a los azotes de la atmósfera, y han tenido mucho cuidado de no dejar en el olvido ninguna de las cosas que les han sucedido, sino que fueron siempre consignadas en los documentos oficiales por los hombres más sabios. El territorio de Grecia, por el contrario, ha [10] sufrido innumerables catástrofes que han borrado el recuerdo del pasado⁴, y siempre que establecían nuevas formas de vida, los hombres de cada época creían que todo empezaba con ellos. Conocieron la escritura muy tarde y con dificultad; quienes pretenden que su uso es antiquísimo, se vanaglorian de haberla aprendido de los fenicios y de Cadmo. Sin embargo, [11] no se podría mostrar ninguna inscripción de aquella época que se haya conservado ni en monumentos sagrados ni oficiales, pues respecto a los hombres que

participaron en la expedición contra Troya ha habido muchos años después grandes dudas e investigaciones acerca de si utilizaban la escritura; y la opinión que hoy predomina es que aquéllos desconocían el uso actual de las letras⁵. En resumen, entre los [12] griegos no se ha encontrado absolutamente ningún escrito considerado más antiguo que el poema de Homero, y está claro que éste es posterior a la Guerra de Troya; incluso se dice que él no dejó su obra por escrito, sino que, transmitida de memoria, se formó más tarde por la reunión de los cantos, a lo cual se deben las numerosas divergencias que en [13] ella se presentan⁶. Los griegos que se han ocupado de escribir historia, como Cadmo de Mileto, Acusilao de Argos y algunos que se citan después de él, vivieron muy poco antes de [14] la expedición de los persas contra Grecia. En cuanto a los primeros filósofos griegos que trataron las cosas celestes y divinas, como Ferécides de Siros, Pitágoras y Tales, escribieron muy poco y todo el mundo reconoce que fueron discípulos de los egipcios y de los caldeos⁷ y esto es lo que les parece a los griegos lo más antiguo de todo, e incluso dudan de su autenticidad.

Contradicciones entre los historiadores griegos

[3 15] ¿No es absurdo que los griegos estén ciegos hasta el punto de pensar que son los únicos que conocen la Antigüedad y que han transmitido con exactitud la verdad sobre la misma? ¿O es que cualquiera no sería capaz de descubrir fácilmente en los mismos historiadores que sus escritos no están basados en un conocimiento seguro, sino que cada uno emite conjeturas sobre los hechos? Lo más frecuente es que en sus obras se refuten unos a otros y no duden en referir los mismos hechos de la manera más contradictoria. [16] Sería inútil enseñar a los que lo saben mejor que yo las contradicciones entre Helánico⁸ y Acusilao en lo referente a las genealogías, las veces que

Acusilao corrige a Hesíodo, o de qué modo Éforo⁹ muestra los errores de Helánico en muchos puntos, Timeo¹⁰, los de Éforo, los de Timeo, sus sucesores, y todos, los de Heródoto. Ni siquiera [17] en la historia de Sicilia Timeo pretendió estar de acuerdo con Antíoco, Filisto o Calias; tampoco están de acuerdo los escritores áticos que han tratado sobre los acontecimientos del Ática, ni los historiadores de Argos sobre los acontecimientos argivos. ¿Por qué recurrir a la historia de cada [18] ciudad y a hechos de menor importancia, cuando, incluso en lo referente a la expedición persa y los sucesos que la acompañan, discrepan hasta los escritores más considerados? El propio Tucídides es acusado de falsedad en algunos puntos, a pesar de su reputación de haber escrito la historia más exacta de su tiempo.

Los griegos carecen de anales oficiales fidedignos

De tan enorme discrepancia, numerosas [19 4] razones, y posiblemente de muy distinto tenor, podrían manifestársele a cualquiera que pretenda descubrirlas; por mi parte, yo atribuyo una importancia fundamental a las dos que referiré a continuación. Comenzaré por la que me parece fundamental: la negligencia de los griegos desde [20] los orígenes para consignar en los registros oficiales cada suceso fue motivo de errores y ofreció la posibilidad de mentir a los que más tarde quisieron escribir sobre la antigüedad. Y la redacción de documentos no se descuidó sólo [21] entre los demás griegos, sino que tampoco entre los atenienses, de quienes se dice que son autóctonos y preocupados por la instrucción, se encuentra nada semejante. Sus documentos oficiales más antiguos, según dicen, son las leyes sobre el homicidio redactadas por Dracon, quien vivió poco antes de [22] la tiranía de Pisítrato¹¹. ¿Y qué decir de los arcadios que se ufanan de su antigüedad? Aprendieron la escritura más tarde aún y con dificultad.

Los griegos hacen literatura más que historia

[5 23] Así pues, al no haber quedado ningún documento anterior que pueda informar a quienes deseen conocer y refutar a los mentirosos, se han producido muchas discrepancias [24] entre los distintos escritores. Pero a ésta ha de añadirse una segunda causa: los que se dedicaron a escribir no se esforzaron en buscar la verdad, aunque ésa es su promesa constante, sino que intentaban demostrar su [25] habilidad literaria. Y se esforzaban en lo que suponían aventajar a los demás de alguna forma. Así, unos se ocuparon de relatar mitos, otros de encomiar con halagos a las ciudades o a los reyes, y otros de criticar los acontecimientos o a los que los habían escrito, pensando obtener la fama de esta [26] manera. En suma, no hay nada más opuesto a la historia que el método que éstos siguen. Pues la prueba de la verdad histórica es que todos digan y escriban lo mismo sobre los mismos hechos, pero cada uno de ellos, dando una versión diferente de unos mismos hechos, espera aparecer como el [27] más veraz de todos. Por tanto, por elocuencia y talento literario hemos de dar prioridad a los escritores griegos, pero no por veracidad histórica en lo concerniente a la antigüedad, y mucho menos tratándose de la historia nacional de cada país.

*Los judíos, preocupados siempre de sus Escrituras,
confiaron su redacción a sacerdotes y profetas*

Todo el mundo acepta que entre los [28 6] egipcios y los babilonios desde los tiempos más remotos el cuidado de los registros y la reflexión sobre los mismos estuvo a cargo de los sacerdotes entre los egipcios, y de los caldeos entre los babilonios; también que, entre los pueblos relacionados con los griegos, los fenicios sobre todo, utilizaron la escritura en la organización de la vida y como testimonio de los hechos públicos; por tanto, no considero necesario insistir en ello. Sin

embargo, intentaré demostrar [29] brevemente que nuestros antepasados se ocuparon de sus documentos tanto como los pueblos citados —por no decir incluso más—, confiando su redacción a los sumos sacerdotes y a los profetas¹² y que esta costumbre se ha mantenido rigurosamente hasta nuestros días y, hablando con más atrevimiento, debe seguir manteniéndose.

*Preocupación de los judíos por asegurar la pureza
de raza de los sacerdotes*

Desde el principio, no sólo encomendaron [30 7] esta labor a los mejores y a los que estaban dedicados al culto de Dios, sino que tomaron precauciones para que la casta de los sacerdotes se mantuviera pura y sin mezcla. Pues quien participa del sacerdocio, [31] para procrear debe unirse a una mujer de la misma raza y, sin considerar la fortuna ni las demás distinciones, investigar sobre su familia, consultando en los archivos la genealogía [32] de sus padres y presentando numerosos testigos¹³. Y esto no lo hacemos sólo en Judea, sino que, en cualquier parte donde se encuentre un grupo de nuestra raza, esta regla sobre los matrimonios es observada rigurosamente por los sacerdotes. [33] Me refiero a los que están en Egipto, en Babilonia o en cualquier otra parte del mundo donde puedan hallarse dispersos algunos de la casta de los sacerdotes; envían a Jerusalén una relación con el nombre de la familia paterna de su mujer, los de sus antepasados y quiénes son los que lo [34] testifican. Si se produce una guerra —como ya ha ocurrido muchas veces cuando invadieron el país Antíoco Epífanés, Pompeyo el Grande y Quintilio Varo¹⁴, y sobre todo en [35] nuestros días— los sacerdotes supervivientes redactan nuevos libros a partir de los archivos y verifican la situación de las mujeres que quedan. No aceptan a las que han estado prisioneras, sospechando, como ha ocurrido muchas veces, que [36] han tenido relaciones con un

extranjero¹⁵. La mayor prueba de su rigor es que nuestros sumos sacerdotes desde hace dos mil años son nombrados en los registros de padres a hijos¹⁶. A los que transgreden de alguna manera las normas mencionadas, se les prohíbe acercarse al altar y participar en cualquier ceremonia religiosa.

Respeto de los judíos por sus libros sagrados

Puesto que no se nos permite a todos [37 8] escribir la historia y nuestros escritos no presentan contradicción alguna, y puesto que únicamente los profetas han escrito con toda claridad los hechos contemporáneos tal como habían ocurrido, es natural, o más bien necesario, que no haya entre nosotros una infinidad de [38] libros en contradicción y pugna, sino sólo veintidós, que contienen las escrituras de todos los tiempos y que, con razón, son dignos de crédito. De éstos, cinco son de Moisés, [39] los que contienen las leyes y la tradición desde la creación del hombre hasta la muerte del propio Moisés: abarcan un período de tres mil años aproximadamente. Desde la muerte [40] de Moisés hasta Artajerjes¹⁷, sucesor de Jerjes como rey de los persas, los profetas posteriores a Moisés han contado la historia de su tiempo en trece libros¹⁸; los cuatro restantes contienen himnos a Dios y preceptos morales para los hombres¹⁹. [41] También desde Artajerjes hasta nuestros días, cada acontecimiento ha sido consignado; pero no se les concede la misma confianza que a los anteriores porque no ha existido la rigurosa sucesión de los profetas. Los hechos demuestran [42] cómo nos acercamos nosotros a nuestras propias escrituras: a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, nadie se ha atrevido a añadir, suprimir o cambiar nada en ellas. En el ser de todos los judíos está implícita desde su nacimiento la creencia de que esos libros contienen el dogma divino, y de que hay que respetarlos y morir con alegría por ellos si fuera [43] necesario. Se ha

visto con frecuencia a muchos prisioneros soportar torturas y toda clase de muertes en los anfiteatros por no pronunciar una sola palabra contra las leyes y las [44] escrituras que las acompañan. ¿Qué griego soportaría otro tanto por un motivo semejante? Ni siquiera para salvar [45] todos sus escritos soportaría ninguno de ellos el menor daño; pues los consideran improvisados por la intención de sus autores, y eso mismo lo aplican, con razón, a los historiadores antiguos, ya que incluso ahora vemos a algunos de nuestros contemporáneos que se atreven a escribir sobre hechos que ni han presenciado ni se han tomado la molestia [46] de preguntar a los que los conocen. También sobre esta guerra que hemos tenido recientemente algunos autores han escrito historias sin haber estado en los lugares de la acción y sin acercarse a sus actores, sino que, a partir de rumores, han reunido unos pocos datos y, con más desvergüenza que un beodo, los han adornado con el nombre de historia²⁰.

Apología de su propia historia sobre la guerra judía

[9 47] Yo, por el contrario, he escrito un relato verídico tanto sobre el conjunto de la guerra como sobre cada uno de los sucesos, ya que asistí personalmente a todos los [48] acontecimientos. Fui general de los que entre nosotros se denominan galileos mientras fue posible resistir; y luego, hecho prisionero, viví como cautivo entre los romanos. Vespasiano y Tito, manteniéndome bajo vigilancia, me obligaban a estar siempre junto a ellos, al principio encadenado; más tarde, libre de ataduras, fui enviado con [49] Tito desde Alejandría al asedio de Jerusalén. Durante ese tiempo ningún hecho escapó a mi conocimiento; anotaba cuidadosamente no sólo lo que observaba en el campamento romano sino también los informes de los desertores que únicamente yo podía comprender. En el período de ocio de

[50] de que dispuse en Roma, una vez que hube completado la preparación de mi historia, fui ayudado por algunas personas para el griego, y compuse así el relato de los hechos. Tenía yo tanta confianza en la veracidad de mi historia que quise tomar como testigos de ella, antes que a ningún otro, a los que habían sido los jefes supremos de la guerra, Vespasiano y Tito. Fueron los primeros a quienes entregué mis libros, y [51] después a muchos romanos que habían tomado parte en la campaña; los vendí también a muchos de los nuestros, iniciados en la cultura griega, como Julio Arquelao, el muy venerable Herodes²¹ y el muy admirable rey Agripa²². Todos [52] ellos testimoniaron que yo había puesto gran cuidado en exponer la verdad; no habrían disimulado, ni habrían guardado silencio si, por ignorancia o favoritismo, hubiera desvirtuado u omitido algún hecho.

Algunas personas despreciables han intentado desprestigiar [53 10] mi historia, viendo en ella un paradójico y calumnioso ejercicio de acusación, como los que se proponen a los jóvenes en la escuela; deberían saber que quien promete transmitir a los demás un relato verídico de los hechos, primero, debe conocerlos con exactitud él mismo, bien por haberlos seguido de cerca, bien por haberse informado de quienes los conocen²³. Eso es lo que creo que he hecho perfectamente [54] en mis dos obras: el tratado *Sobre las Antigüedades*²⁴, como ya he dicho, lo he traducido a partir de los libros sagrados, siendo yo de linaje sacerdotal y versado en [55] la filosofía de esos libros, y la *Historia de la Guerra* la escribí después de haber sido actor en muchos acontecimientos, testigo de la mayoría de ellos y, en una palabra, sin haber [56] ignorado nada de lo que allí se dijo o se hizo. ¿Cómo no considerar atrevidos a los que han intentado rebatir mi veracidad? Puede que digan que han leído las memorias de los emperadores²⁵,

pero no han presenciado lo que ocurría entre nosotros, sus enemigos.

[11 57] He considerado necesario hacer esta digresión sobre estos puntos porque quería poner de manifiesto la ligereza de los [58] que proclaman su profesión de historiadores. Después de haber dejado suficientemente claro, a mi parecer, que consignar los hechos antiguos es una costumbre tradicional más frecuente entre los bárbaros que entre los griegos, quiero, ante todo, dirigir unas breves palabras a los que intentan probar que nuestro asentamiento es reciente por el hecho de que, según ellos, no se encuentra ninguna mención de nosotros [59] en los escritores griegos. Luego presentaré testimonios en favor de nuestra antigüedad, sacados de los escritos de otros pueblos, y demostraré que los que han calumniado nuestra raza lo han hecho sin ninguna razón.

*Los historiadores griegos no mencionan a los judíos
porque no los conocen*

Nosotros no habitamos un país costero [60 12] y no nos atrae el comercio ni el trato con otros pueblos que de él se deriva. Nuestras ciudades han sido edificadas lejos del mar, vivimos en un país fértil que cultivamos con afán, nos dedicamos preferentemente a la educación de nuestros hijos, a la observación de las leyes y a las prácticas piadosas que conforme a esas leyes han sido transmitidas, haciendo de ella la tarea más necesaria de toda nuestra vida. Si añadimos a eso nuestra peculiar forma de [61] vida, en los tiempos antiguos no había nada que pudiera relacionarnos con los griegos, como les ocurría a los egipcios que les exportaban sus productos e importaban los de ellos, o a los habitantes de la costa fenicia, que se dedicaron al tráfico y al comercio por su afición al dinero. Nuestros antepasados [62] tampoco se dedicaron a la

piratería como algunos otros, ni a la guerra, pretendiendo dominar más, aunque el país contaba con miríadas de hombres que no carecían de valor. Por eso, los fenicios que iban en sus naves a traficar [63] con los griegos, se dieron a conocer enseguida y por medio de ellos, los egipcios y todos aquellos cuyas mercancías llevaban los fenicios hasta Grecia a través del inmenso mar. Más tarde, los medos y los persas revelaron su existencia [64] por la conquista de Asia, sobre todo estos últimos por su expedición al otro continente. Los tracios se dieron a conocer por su proximidad, y los escitas, por los navegantes que iban al Ponto Euxino. En una palabra, todos los pueblos que [65] habitaban en la costa, tanto a Oriente como a Occidente, fueron bien conocidos por los que quisieron escribir algo; en cambio, los que habitaban en el interior permanecieron ignorados mucho tiempo. Y eso ocurrió también en Europa, [66] pues la ciudad de Roma que, desde hacía tiempo, había adquirido tanto poderío y había sido tan afortunada con las armas, no es mencionada ni por Heródoto, ni por Tucídides ni por ninguno de sus contemporáneos; mucho después y [67] con dificultad la conocieron los griegos. Respecto a los galos y los iberos, era tal la ignorancia de los historiadores considerados más exactos, entre los que se cuenta Éforo, que éste creía que los iberos habitaban una sola ciudad, cuando en realidad ocupan una zona muy extensa de Occidente. Y estos autores se han atrevido a escribir sobre estos pueblos, [68] atribuyéndoles costumbres que ni tienen ni les han sido atribuidas. La causa de que desconozcan la verdad es su absoluta falta de trato con estos pueblos; y la de que escriban mentiras, el querer aparentar que su historia abarca más que la de los demás. ¿Cómo habría de sorprendernos todavía que nuestro pueblo sea desconocido para muchos autores y no les haya proporcionado la ocasión de mencionarlo en sus escritos,

estando situado tan lejos del mar y habiendo escogido semejante género de vida?

Los pueblos vecinos atestiguan la antigüedad de los judíos

[13 69] Imaginad que nosotros, para demostrar que la raza de los griegos no es antigua, alegásemos que en nuestras escrituras no se los menciona, ¿acaso no se echarían a reír dando, pienso yo, las mismas explicaciones que acabo de dar, y presentarían a sus vecinos como [70] testigos de su antigüedad? Eso es precisamente lo que voy a hacer yo. Acudiré, sobre todo, al testimonio de los egipcios y de los fenicios, ya que nadie podría rechazarlo como falso; pues es bien sabido que los egipcios en su totalidad y, entre los fenicios, los tirios están en malas relaciones con nosotros²⁶. En cuanto a los caldeos, no podría decir otro tanto, ya [71] que fueron los fundadores de nuestra raza y por este parentesco mencionan a los judíos en sus escritos. Cuando presente [72] las pruebas suministradas por estos pueblos, mencionaré también a los historiadores griegos que han hablado de los judíos, para que nuestros detractores no tengan ni siquiera ese pretexto para criticarnos.

Testimonio del egipcio Manetón

Comenzaré por los escritos de los egipcios. [73 14] No es posible citar los libros literalmente; pero Manetón²⁷, un egipcio de raza, iniciado en la cultura griega, como es evidente, pues escribió en lengua griega la historia de su patria traduciéndola de las tablillas sagradas, como él mismo dice, reprocha a Heródoto haber alterado en muchos puntos la historia de Egipto por ignorancia. Pues [74] bien, este Manetón, en el segundo libro de la *Historia de Egipto* escribe sobre nosotros lo siguiente. Citaré sus propias palabras como

si le presentara a él mismo como testigo: «Tutimeo²⁸. En su reinado, no sé cómo, se hizo sentir contra [75] nosotros la cólera divina y, de improviso, desde el Oriente, unos hombres de raza desconocida tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, fácilmente y sin combate, se adueñaron de él por la fuerza. Hicieron prisioneros a sus gobernantes, [76] incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron con gran crueldad a todos los naturales del país, matando a unos y esclavizando a las mujeres e hijos de otros. Finalmente, hicieron rey a uno de [77] los suyos, llamado Salitis. Éste se estableció en Menfis, imponiendo tributos en el Alto y en el Bajo Egipto, y dejó guarniciones en los lugares más apropiados. Fortificó especialmente la región del Este, previendo que los asirios se harían un día más fuertes y atacarían por allí, deseosos de su [78] reino. Como en el nomo de Setroita hubiera encontrado una ciudad muy adecuada, situada al este del río Bubastites, llamada, según una antigua tradición teológica, Avaris²⁹, la reconstruyó y la fortificó con murallas; estableciendo en ella además un ejército de doscientos cuarenta mil soldados para [79] su protección. Acudía allí en verano para medir el trigo y pagar la soldada y también para ejercitar a los soldados cuidadosamente con maniobras con el fin de inspirar respeto a los extranjeros. Tras un reinado de diecinueve años, murió. [80] Después de él, otro rey llamado Bnón ocupó el trono durante cuarenta y cuatro años. El sucesor de éste, Apacnás, reinó treinta y seis años y siete meses; a continuación, Apofis, sesenta y un años, y Annas, cincuenta años y un mes. [81] Después de éstos, Asis, cuarenta y nueve años y dos meses. Éstos fueron sus seis primeros príncipes, cuya mayor ambición [82] fue destruir Egipto hasta la raíz. A este pueblo, en su totalidad, se le daba el nombre de *hicsos*³⁰, es decir, “reyes pastores”, pues en la lengua sagrada *hic* significa rey y *sos* es pastor o pastores en la

lengua vulgar; y reuniéndolo así se forma [83] *hicsos*». Algunos dicen que eran árabes. En otra copia se dice que *hic* no significa reyes sino que, por el contrario, quiere decir «pastores cautivos». Pues *hic* en egipcio, y *hac* con una aspirada significarían propiamente «cautivos». Esto me parece más verosímil y acorde con la historia antigua. Manetón dice³¹ que los reyes mencionados, los de los pueblos [84] llamados pastores y sus descendientes, dominaron Egipto durante unos quinientos once años, y que, más tarde, los [85] reyes de Tebas y del resto de Egipto se sublevaron contra los pastores y estalló entre ellos una guerra muy larga e importante. En tiempos de un rey de nombre Misfragmutosi³², [86] los pastores fueron vencidos, refiere aquél, y expulsados del resto de Egipto, se encerraron en un lugar cuyo perímetro abarcaba diez mil aruras³³. Este lugar se llama Avaris. Refiere [87] Manetón que los pastores lo rodearon completamente con una muralla alta y fuerte para proteger todos sus bienes y su botín³⁴. El hijo de Misfragmutosi, Tummosi, intentó someterlos [88] mediante el asedio, y tomó posiciones junto a las murallas con un ejército de cuatrocientos ochenta mil hombres. Finalmente, renunció al asedio y estableció un pacto según el cual todos abandonarían Egipto y marcharían sanos y salvos adonde quisieran. Según lo convenido, no menos de [89] doscientos cuarenta mil hombres salieron de Egipto con sus posesiones y sus familias y a través del desierto se dirigieron a Siria. Temiendo el poderío de los asirios, que entonces [90] dominaban Asia, en el territorio que hoy llamamos Judea, levantaron una ciudad suficiente para tantos miles de hombres, a la que llamaron Jerusalén. En otro libro de la *Historia* [91] *de Egipto*, Manetón dice que a este mismo pueblo, el de los llamados pastores, se les da el nombre de “cautivos” en los libros sagrados. Y tiene razón. Pues apacentar los rebaños era hereditario entre nuestros más

remotos antepasados, y [92] éstos, por su vida nómada, fueron llamados pastores. Por otro lado, no sin razón se les llamó cautivos en los documentos de los egipcios, ya que nuestro antepasado José dijo al rey de Egipto que él era un cautivo, y más tarde, con el permiso del Rey, hizo ir a Egipto a sus hermanos³⁵.

[15 93] Pero examinaré esos hechos con más precisión en otro lugar³⁶. De momento, cito a los egipcios como testigos de nuestra antigüedad. Vuelvo de nuevo a la cita de Manetón [94] sobre la cronología. Dice así: «Después que el pueblo de los pastores salió de Egipto hacia Jerusalén, el rey que los había expulsado de Egipto [Tetmosis]³⁷ reinó veinticinco años y cuatro meses. A su muerte, ocupó el trono durante trece [95] años su hijo Quebrón. Después de éste, Amenofis reinó veinte años y siete meses. Su hermana Amesís, veintiún años y nueve meses, y el hijo de ésta, Mefres, doce años y nueve meses; su hijo Misfragmutosis, veinticuatro años y diez meses; [96] el hijo de éste, Tutmosis, nueve años y ocho meses; su hijo Amenofis, treinta años y diez meses; su hijo Or, treinta y seis años y cinco meses; su hija Acenquerés, doce años y un mes. [97] El hermano de ésta, Ratotis, reinó nueve años. Su hijo Acenqueres, doce años y cinco meses; su hijo Acenqueres, doce años y tres meses; su hijo Harmais, cuatro años y un mes; Ramsés, su hijo, un año y cuatro meses; el hijo de éste, Harmeses Miamún, sesenta y seis años y dos meses; Amenofis, [98] su hijo, diecinueve años y seis meses. Le sucedió su hijo Seti, llamado también Ramsés, que disponía de una caballería y una flota poderosas. Éste nombró gobernador de Egipto a su hermano Harmais, y le confirió todas las prerrogativas reales, pero le ordenó que no llevara la diadema, que no ofendiera a la Reina, la madre de sus hijos, y que respetara a las concubinas reales. Él salió en campaña contra

Chipre [99] y Fenicia, y luego contra los asirios y los medos; y todos ellos fueron sometidos a su dominio por las armas o sin combate, atemorizados ante su numeroso ejército. Orgulloso de sus éxitos, continuó su avance, con más audacia todavía, con intención de conquistar las ciudades y las tierras de Oriente. Al cabo de cierto tiempo, Harmais, el que se había [100] quedado en Egipto, hizo sin ningún reparo todo lo contrario de lo que le había encomendado su hermano. Violentó a la Reina, y mantenía relaciones con las concubinas sin reserva; aconsejado por sus amigos, se puso la diadema, y se levantó contra su hermano. El jefe de los sacerdotes de Egipto envió [101] una carta a Seti revelándole todo e informándole de la insurrección de su hermano Harmais. El Rey volvió inmediatamente a Pelusio y recobró su reino. Por él, el país fue [102] llamado Egipto, pues se dice que Seti se llamaba también Egipto, y su hermano Harmais, Dánao.

Según Manetón, los judíos son anteriores a los griegos

Éste es el relato de Manetón. Está claro [103 16] it que, si se suma el tiempo transcurrido por los años mencionados, los llamados pastores, nuestros antepasados, expulsados de Egipto, se establecieron en nuestro país trescientos noventa y tres años antes de la llegada de Dánao a Argos³⁸, y los argivos consideran a éste el personaje más [104] antiguo de su historia³⁹. Así pues, Manetón, partiendo de los libros egipcios, nos ha dado su testimonio sobre dos puntos importantísimos: primero, sobre nuestra llegada a Egipto procedentes de otro lugar, y luego, nuestra salida de allí, tan lejana en el pasado que precedió casi en mil años a la Guerra [105] de Troya⁴⁰. En cuanto a los hechos que Manetón ha añadido, no según los libros egipcios, sino, como él mismo reconoce, según leyendas

anónimas, los refutaré punto por punto más tarde⁴¹, demostrando lo inverosímil de sus embustes.

Testimonios de los fenicios: Díos

[17 106] Ahora quiero pasar ya de estos documentos a los escritos de los fenicios que tratan de nuestra raza y presentar su testimonio. [107] Existen entre los tirios, desde hace muchísimos años, crónicas redactadas y conservadas cuidadosamente por el Estado sobre los hechos dignos de recuerdo que han sucedido entre ellos y sobre sus [108] relaciones con otros pueblos. En ellos se dice que el Templo de Jerusalén fue construido por el rey Salomón ciento cuarenta y tres años y ocho meses antes de que los tirios [109] fundasen Cartago⁴². Y no sin razón mencionan la fundación de nuestro templo, pues Hiram, rey de Tiro, era amigo de nuestro rey Salomón, amistad que había heredado de su padre⁴³. Compartiendo con Salomón el orgullo por el esplendor [110] del edificio, le entregó ciento veinte talentos de oro e hizo cortar las maderas más bellas del monte llamado Líbano y se las envió para la techumbre. Salomón le mostró su agradecimiento con muchos regalos, entre otros un territorio de Galilea llamado Kabolón⁴⁴. Pero, sobre todo, les [111] unía la pasión por la sabiduría: se intercambiaban enigmas que se invitaban a resolver⁴⁵. Salomón era el más hábil y, en general, resultaba el más sabio. Todavía se conservan entre los tirios muchas de las cartas que se cruzaron. Para probar [112] que mis afirmaciones sobre las crónicas tirias no son de mi invención, acudiré al testimonio de Díos⁴⁶, absolutamente digno de crédito en lo relativo a la historia fenicia. En su historia de Fenicia dice lo siguiente: «A la muerte de Abíbal, [113] ocupó el trono su hijo Hiram. Éste rodeó con un terraplén la parte oriental de la ciudadela, agrandó la ciudad, unió a ella el templo de Zeus Olímpico que estaba solo en una

isla, llenando de tierra el espacio intermedio y lo adornó con ofrendas de oro. Subiendo hasta el monte Líbano, hizo talar árboles para la construcción de los templos. Se dice que el [114] señor de Jerusalén, Salomón, envió a Hiram enigmas y le pidió otros a él; el que no pudiera resolverlos pagaría una suma de dinero al que lo lograra. Hiram aceptó, pero, [115] incapaz de resolver los enigmas, hubo de gastar una gran suma de dinero para pagar la multa. Más tarde, con la ayuda de cierto tirio llamado Abdemón resolvió las cuestiones propuestas y, a su vez, propuso otras que Salomón no pudo resolver, por lo que tuvo que pagar a Hiram una cantidad mayor que la que había recibido».

Testimonio de Menandro de Éfeso

[18 116] Tal es el testimonio que ha aportado Díos a mis declaraciones anteriores. A continuación, citaré a Menandro de Éfeso. Éste ha referido los sucesos acontecidos en cada reinado, tanto entre los griegos como entre los bárbaros, después de haberse preocupado de conocer la [117] historia en las crónicas nacionales de cada pueblo. Cuando escribe sobre los reyes de Tiro, al llegar a Hiram dice así⁴⁷: «A la muerte de Abíbal heredó el trono su hijo Hiram, que [118] vivió cincuenta y tres años y reinó treinta y cuatro. Éste levantó de tierra el Eurícoro, dedicó la columna de oro que hay en el templo de Zeus, marchó al bosque del llamado monte Líbano y cortó maderas de cedro para los techos de los templos; demolió los templos antiguos y los edificó de [119] nuevo, el de Hércules y el de Astarté, y fue el primero que celebró el despertar de Hércules⁴⁸ en el mes de Peritio⁴⁹. Dirigió una campaña contra los iticeos que no pagaban los tributos y no regresó hasta haberlos sometido de nuevo a su [120] dominio. Durante su reinado vivió Abdemón, un joven muchacho que

resolvía siempre con éxito las cuestiones planteadas por Salomón, rey de Jerusalén».

El tiempo transcurrido entre el reinado de Hiram y la [121] fundación de Cartago se cuenta de la manera siguiente: «A la muerte de Hiram, ocupó el trono su hijo Baleazar, que vivió cuarenta y tres años y reinó diecisiete. Su hijo y sucesor [122] Abdástrato, vivió veintinueve años y reinó nueve. Los cuatro hijos de su nodriza conspiraron contra él y lo asesinaron. Ocupó el trono el mayor de ellos, Metusástrato, hijo de Leástrato, que vivió cincuenta y cuatro años y reinó doce. Le [123] sucedió su hermano Astárimo que vivió cincuenta y cuatro años y reinó nueve. Fue asesinado por su hermano Feles, que se apoderó del trono y gobernó ocho meses, habiendo vivido cincuenta años. A éste le asesinó Itóbal, sacerdote de Astarté, quien vivió sesenta y ocho años y reinó treinta y dos. Le [124] sucedió su hijo Balezor, que vivió cuarenta y cinco años y reinó seis. Su sucesor fue su hijo Meteno, que vivió treinta y dos años y reinó veintinueve. El sucesor de éste fue Pigmalión, [125] que vivió cincuenta y seis años y reinó cuarenta y siete; en el séptimo año de su reinado, su hermana huyó a Libia donde fundó la ciudad de Cartago»⁵⁰. Así pues, el tiempo [1226] transcurrido desde la subida al trono de Hiram hasta la fundación de Cartago hace un total de ciento cincuenta y cinco años y ocho meses. Como el Templo de Jerusalén fue construido en el año duodécimo del reinado de Hiram⁵¹, desde la construcción del templo hasta la fundación de Cartago transcurrieron ciento cuarenta y tres años y ocho meses.

¿Hace falta añadir más a los testimonios aportados por [127] los fenicios? Vemos que la verdad está sólidamente fundada en el acuerdo entre los autores y que la llegada de nuestros antepasados al país es muy anterior a la construcción

del templo, pues lo construyeron después de haber conquistado enteramente el país. Estos hechos los he demostrado con toda claridad en mis *Antigüedades*⁵² a partir de los libros sagrados.

Testimonios de los caldeos: Beroso

[19 128] Expondré ahora lo que hay consignado y recordado sobre nosotros entre los caldeos que, incluso en los demás aspectos, presentan una gran semejanza con nuestras [129] escrituras. Está atestiguado por Beroso⁵³, caldeo de nacimiento, conocido por todos los que se ocupan de la cultura, porque él fue quien introdujo entre los griegos [130] no los escritos de los caldeos sobre astronomía y filosofía. Este Beroso, pues, siguiendo los anales más antiguos, ha referido, del mismo modo que Moisés, el diluvio y la aniquilación de los hombres en él, y habla también del arca en que se salvó Noé, el fundador de nuestra raza, cuando fue transportada [131] a la cima de las montañas de Armenia⁵⁴. Luego enumera los descendientes de Noé, de los que da además las épocas, llegando hasta Nabopolasar, rey de Babilonia y de Caldea. [132] En el detallado relato de sus hazañas, refiere de qué manera este rey envió contra Egipto y contra nuestra tierra a su hijo Nabucodonosor con un numeroso ejército, al enterarse de que estos pueblos se habían sublevado, y cómo los venció a todos, quemó el Templo de Jerusalén y trasladó a todo nuestro pueblo a Babilonia⁵⁵. El resultado fue que la ciudad quedó despoblada durante setenta años, hasta la época de Ciro, primer rey de Persia⁵⁶. Añade el autor que el Babilonio [133] conquistó Egipto, Siria, Fenicia y Arabia, superando con sus hazañas a todos los reyes de Caldea y Babilonia anteriores a él⁵⁷. Citaré las propias palabras de Beroso: «Su padre [134 135] Nabopolasar, enterado de que el sátrapa encargado del gobierno de Egipto, Celesiria y Fenicia se había sublevado⁵⁸, como él ya no podía soportar las fatigas, puso al frente de una

parte del ejército a su hijo Nabucodonosor, que estaba en plena juventud, y lo envió contra el rebelde. Nabucodonosor [136] trabó combate con él, lo venció y puso de nuevo la región bajo su dominio. Sucedió que, por ese mismo tiempo, su padre Nabopolasar cayó enfermo en Babilonia y murió después de haber reinado veintiún años. Informado al punto [137] de la muerte de su padre, Nabucodonosor puso en orden los asuntos de Egipto y de los otros países; encomendó a algunos de sus amigos que condujesen a Babilonia a los prisioneros judíos, fenicios, sirios y de los pueblos de Egipto junto con el ejército pesado y el resto del botín; él mismo partió con una pequeña escolta y llegó a Babilonia a través del desierto. [138] Encontró los asuntos administrados por los caldeos y el trono guardado por el más noble de ellos, y dueño de todo el imperio de su padre, ordenó que a la llegada de los cautivos les asignaran asentamiento en los lugares más fértiles [139] de Babilonia. Con el botín de guerra adornó magníficamente el templo de Bel y los demás, restauró la ciudad antigua, construyó otra fuera de los muros y, con el fin de prevenir que en un posible asedio pudiesen desviar el curso del río y dirigirlo contra la ciudad, levantó tres muros alrededor de la ciudad interior y otros tres alrededor de la exterior; los primeros de ladrillo cocido y asfalto, y los otros sólo de [140] ladrillo. Después de haber fortificado la ciudad de manera notable y haber decorado las puertas de una manera digna de su santidad, construyó un nuevo palacio al lado del de su padre. Describir detalladamente su magnitud y los demás rasgos de su magnificencia sería demasiado largo; sólo diré que, siendo grande y suntuoso en exceso, fue acabado en [141] quince días⁵⁹. En este palacio hizo construir altas terrazas de piedra, dándoles aspecto de colinas. Plantó árboles de todas clases, y ejecutó y dispuso el llamado jardín colgante, porque a

su esposa⁶⁰, que había sido criada en Media, le gustaban los lugares montañosos».

Otro relato de Beroso

[20 142] Esto y otras muchas cosas más refiere Beroso acerca del mencionado rey en el libro tercero de su *Historia de Caldea*, donde critica a los escritores griegos por creer erróneamente que Babilonia fue fundada por Semíramis de Asiria, y haber cometido el error de escribir que esas obras maravillosas fueron construidas por ella. Y en esto los anales caldeos deben considerarse fiables; [143] y por otro lado, los archivos fenicios concuerdan con el relato de Beroso sobre el rey de Babilonia, cuando atestiguan que sometió Siria y toda Fenicia. En esto al menos coincide [144] también Filóstrato⁶¹ al relatar el sitio de Tiro en sus *Historias*, y Megástenes en el libro cuarto de su *Historia de la India*, donde intenta demostrar que el mencionado rey de Babilonia había superado a Hércules en su valor y en la grandeza de sus hazañas, pues dice que sometió la mayor parte de Libia y de Iberia⁶². Lo expuesto antes sobre el templo de Jerusalén, [145] a saber, su incendio por los invasores babilonios y el comienzo de su reconstrucción cuando Ciro ocupó el trono de Asia, quedará claramente demostrado por el relato de Beroso⁶³. En su libro tercero dice así: «Nabucodonosor, después de [146] haber comenzado la muralla de que he hablado, cayó enfermo y murió, tras un reinado de cuarenta y tres años. Su hijo Evilmaraduc se convirtió en dueño del reino. Este príncipe, [147] cuyo gobierno fue arbitrario y violento, víctima de las insidias de su cuñado Neriglisar fue asesinado, después de dos años de reinado. A su muerte obtuvo el poder Neriglisar, el mismo que había conspirado contra él, que reinó cuatro años. Su hijo Laborosoarduc, que era sólo un niño, ocupó el [148] reino durante nueve meses. Se urdió un complot contra él

porque daba muestras de maldad, y sus allegados lo mataron a golpes. A su muerte, los conspiradores acordaron entregar [149] el trono a Nabonido, uno de los babilonios que había tomado parte en la conspiración. Durante su reinado se adornaron con ladrillo cocido y asfalto los muros de Babilonia que [150] lindan con el río. En el decimoséptimo año de su reinado, Ciro salió de Persia con un numeroso ejército, sometió todo [151] el resto de Asia y marchó contra Babilonia. Cuando Nabonido tuvo noticias de su marcha, salió al encuentro con su ejército y le hizo frente; pero fue vencido en la batalla y, huyendo con una pequeña escolta, se encerró en la ciudad de [152] Borsipa. Ciro se apoderó de Babilonia y, después de hacer abatir los muros exteriores de la ciudad porque ésta le parecía demasiado fuerte y difícil de tomar, levantó el campo [153] para ir a Borsipa a poner sitio a Nabonido. Pero éste no esperó el asedio sino que se rindió antes; Ciro le trató con humanidad y le hizo abandonar Babilonia, entregándole Carmania para su residencia; Nabonido pasó en aquel lugar el resto de su vida y allí murió».

*Beroso coincide con los libros judíos y con los
anales egipcios*

[21 154] Este relato coincide con nuestras Escrituras y contiene la verdad. En efecto, en ellas está escrito que Nabucodonosor, en el decimooctavo año de su reinado⁶⁴, destruyó nuestro templo, que desapareció durante cincuenta años⁶⁵, que en el segundo año del reinado de Ciro se colocaron nuevos cimientos, y en el segundo del reinado de Darío quedó terminado de nuevo. [155] Añadiré también los anales de los fenicios, pues no hay que omitir pruebas por abundantes que sean; éste es el cómputo del tiempo: «En tiempos del rey Itobal, Nabucodonosor [156] puso sitio a Tiro durante trece años. Después de él, Baal reinó diez años. A continuación, se

creó la institución de los [157] jueces, y lo fueron Ecnibal, hijo de Baslec, durante dos meses; Quelbes, hijo de Abdeo, diez meses; el sumo sacerdote Abar, tres meses; los jueces Mitino y Gerástrato, hijo de Abdelimo, seis años. Después de ellos⁶⁶ Balator reinó durante un año. A su muerte enviaron a buscar a Merbal de Babilonia, [158] que reinó cuatro años. Muerto éste, mandaron llamar a su hermano Hiram, que reinó veinte años. Durante su reinado, Ciro ejerció el poder en Persia». Así pues, el total del tiempo [159] es de cincuenta y cuatro años y tres meses⁶⁷. En efecto, Nabucodonosor comenzó el asedio de Tiro en el (décimo)séptimo año de su reinado, y en el decimocuarto del reinado de Hiram Ciro el Persa obtuvo el poder. En lo referente al Templo, [160] nuestras Escrituras coinciden con los anales de los caldeos y de los tirios, y los testimonios que apoyan mis afirmaciones sobre la antigüedad de nuestra raza son firmes e indiscutibles.

Los griegos también mencionan a los judíos

Para los que no son demasiado aficionados [161 **22**] a la discusión, supongo que serán suficientes las explicaciones dadas; pero es preciso satisfacer también las dudas de los que no confían en los documentos de los bárbaros y solamente dan crédito a los griegos, presentándoles a muchos de estos autores que conocen nuestro pueblo y que lo mencionan en sus escritos cuando tienen ocasión.

Pitágoras de Samos

[162] Pitágoras de Samos, autor muy antiguo, por su sabiduría y su piedad considerado superior a todos los filósofos, evidentemente, no sólo conoció nuestras costumbres sino que fue un ardiente admirador de [163] ellas. No tenemos ninguna obra reconocida como suya, pero muchos escritores se han ocupado de él. El más célebre de ellos es Hermipo, un

hombre interesado en todo género de [164] investigación histórica. En el primer libro de su *Pitágoras* refiere que este filósofo, cuando murió uno de sus íntimos, llamado Califonte, oriundo de Crotona, decía que su alma se comunicaba con él día y noche, y le aconsejaba que no pasara por un lugar en el que se hubiera acostado un asno, se abstuviera de las aguas salobres y se mantuviera alejado [165] de toda calumnia⁶⁸. Añade también lo siguiente: «Practicaba y repetía estos preceptos, imitando las opiniones de los judíos y los tracios y aplicándoselas a sí mismo». En efecto, se dice con razón que este filósofo incorporó a su doctrina muchos de los preceptos de los judíos.

Teofrasto

[166] Nuestro pueblo tampoco era desconocido en las ciudades de la Antigüedad, y en algunas se habían difundido muchas de nuestras costumbres que se consideraban dignas de imitación. Lo dice claramente [167] Teofrasto en sus libros *Sobre las leyes*⁶⁹, donde refiere que las leyes tirias prohíben utilizar fórmulas de juramento extranjeras, entre las cuales cita el juramento llamado *corbán*; este juramento no podría encontrarse en ninguna otra parte excepto entre los judíos; traducida del hebreo esta palabra significa «regalo de Dios».

Heródoto de Halicarnaso

Tampoco Heródoto de Halicarnaso ha [168] ignorado nuestro pueblo, sino que en cierta manera lo ha mencionado claramente. Hablando de los colcos, en el segundo [169] libro, dice así: «los colcos, los egipcios y los etíopes, dice, son los únicos que practican la circuncisión desde el principio. Los fenicios y los sirios de Palestina reconocen ellos mismos que lo han aprendido de los egipcios. Los sirios de las orillas del río Termodonte y del río Partenio⁷⁰, [170] y sus vecinos los

macrones afirman haberlo aprendido recientemente de los colcos. Éstos son los únicos hombres circuncidados, y está claro que imitan a los egipcios. Sin embargo, entre los egipcios y los etíopes no puedo decir quiénes de ellos han aprendido la circuncisión de los otros»⁷¹. Así pues, Heródoto ha dicho que los sirios de Palestina se [171] circuncidaban⁷², pero de los habitantes de Palestina los judíos son los únicos que lo practican y como él lo sabía, es a ellos a quienes se refiere.

Quérilo

[172] También Quérilo, un poeta muy antiguo⁷³, menciona a nuestro pueblo como participante en la expedición contra Grecia junto al rey de los persas Jerjes. Así, después de enumerar a todos los pueblos, al final menciona también al nuestro, diciendo:

[173] «Tras ellos avanzaba una raza de aspecto sorprendente, de sus bocas brotaba la lengua fenicia, habitaban los montes de Sólima, junto a un extenso lago, su cabellera polvorienta estaba rasurada en círculo, y encima llevaban el pellejo de una cabeza de caballo secada al humo».

[174] Para todo el mundo está claro, pienso yo, que se refiere a nosotros, pues los montes Sólima están en nuestro país y nosotros los habitamos. También se encuentra allí el lago llamado Asfaltítide, que es el más ancho y extenso de todos los lagos de Siria⁷⁴.

[175] Así es como nos menciona Quérilo. Los griegos no sólo conocieron a los judíos, sino que incluso admiraron a cuantos tuvieron la oportunidad de encontrar. Y no me refiero a los griegos más sencillos, sino a los admirados especialmente por su sabiduría, como es fácil de comprender.

Clearco

Clearco, discípulo de Aristóteles, y que [176] no es inferior a ninguno de los peripatéticos, en el primer libro *Sobre el sueño* refiere que su maestro Aristóteles acerca de un judío contaba lo siguiente. Da la palabra al propio Aristóteles. Cito el texto:

«Sería demasiado largo decirlo todo, pero será bueno, sin [177] embargo, exponer lo que en aquel hombre tenía cierto carácter maravilloso y filosófico. Te advierto, Hiperóquides, que mis palabras te van a parecer tan extrañas como un sueño. Hiperóquides respondió respetuosamente:

—Ésa es precisamente la razón por la que todos deseamos oírte.

—Bien, dijo Aristóteles, según los preceptos de la retórica, [178] comencemos por describir su raza, para no desobedecer a los maestros de la narrativa.

—Habla como te parezca, dijo Hiperóquides.

—Este hombre era de raza judía, natural de Celesiria; [179] éstos son descendientes de filósofos indios a los que, según dicen, en la India se les da el nombre de calanos⁷⁵ y en Siria, el de judíos; toman el nombre del lugar donde residen, ya que el lugar que habitan se llama Judea. El nombre de su ciudad es muy extraño: la llaman Jerusalén. Este hombre, [180] al que muchos recibían como huésped y que descendía del interior hacia la costa, era griego no sólo por su lengua, sino también por su alma. Durante mi estancia en Asia⁷⁶, llegó a [181] los mismos lugares que yo y entró en contacto conmigo y con otros estudiosos, tratando de aprender nuestra ciencia. Como él se había relacionado con muchas personas cultivadas, nos entregaba, más bien, algo de la suya».

[182] Éstas son las palabras de Aristóteles recogidas por Clearco, y añade que este judío poseía una extraordinaria

resistencia y una gran sobriedad en su forma de vida. Si se desea, se puede conocer más sobre él en el mismo libro. Por mi parte, [183] procuro no citar más de lo necesario. Esto es lo que dice Clearco en una digresión —pues el tema que trataba era otro— y así es como nos menciona.

Hecateo de Abdera

En cuanto a Hecateo de Abdera, filósofo y a la vez hombre muy bien dotado para la acción, que floreció en la época del rey Alejandro y tuvo relación con Ptolomeo, hijo de Lago, no se ha referido a nosotros de modo incidental, sino que ha escrito expresamente un libro sobre los judíos, del cual quiero recorrer brevemente [184] algunos pasajes. Primero indicaré la época. Menciona la batalla de Ptolomeo contra Demetrio cerca de Gaza que tuvo lugar once años después de la muerte de Alejandro⁷⁷, en la Olimpiada centésimo decimoséptima, según cuenta [185] Cástor. Después de indicar la Olimpiada, dice: «En aquel tiempo, Ptolomeo, hijo de Lago, venció en combate cerca de Gaza a Demetrio, hijo de Antígono, el llamado Poliorcetes». Todo el mundo está de acuerdo en que Alejandro murió en la Olimpiada centésimo decimocuarta⁷⁸, por tanto es evidente que nuestro pueblo floreció en tiempos de Ptolomeo y en [186] tiempos de Alejandro. Hecateo añade aún que después de la batalla de Gaza, Ptolomeo se convirtió en dueño de Siria y que muchos hombres, conocedores de su bondad y su humanidad, quisieron marchar con él a Egipto y compartir su destino. «Uno de ellos, dice, era Ezequías⁷⁹, sumo sacerdote [187] de los judíos, de unos sesenta y seis años de edad, que gozaba de gran estima entre sus compatriotas; era un hombre inteligente, dotado para la oratoria y experto en los asuntos políticos como ningún otro. Y eso que el número total de los [188] sacerdotes judíos que reciben el diezmo de los productos y administran los asuntos públicos es

aproximadamente de mil quinientos». Volviendo de nuevo a Ezequías dice: «Este [189] hombre, que había obtenido tal dignidad, y que estaba en estrecha relación con nosotros, reunía a algunos amigos y les daba a conocer todas las peculiaridades de su nación, pues tenía escrita la historia de su asentamiento y su forma de gobierno». A continuación, Hecateo da cuenta de nuestro [190] comportamiento con las leyes, que preferimos sufrir todo antes que transgredirlas, como creemos que debe ser. Continúa: [191] «Por eso, ni las críticas de sus vecinos y de todos los que los visitan, ni los frecuentes ultrajes de los reyes y de los sátrapas persas consiguen hacerles cambiar de parecer, sino que por sus leyes afrontan sin defenderse las torturas y las muertes más terribles, antes que renegar de las costumbres de sus padres». Aporta también no pocas pruebas de nuestra [192] firmeza en el cumplimiento de las leyes. Así, refiere que en cierta ocasión, encontrándose Alejandro en Babilonia y habiendo decidido reconstruir el Templo de Bel que estaba en ruinas⁸⁰, ordenó a todos sus soldados sin distinción que transportaran tierra para allanar el lugar. Sólo los judíos se negaron a ello, por lo que hubieron de soportar muchos golpes y pagar grandes multas hasta que el Rey les perdonó [193] y les dispensó de esa tarea. «Incluso, dice Hecateo, cuando han ido extranjeros a su país y han levantado templos y altares, los han destruido todos, teniendo que pagar en algunos casos multas a los sátrapas, siendo perdonados en [194] otros». Y añade que su conducta es digna de admiración. Habla también de lo numerosa que se ha hecho nuestra raza: «Muchos miles de judíos fueron deportados a Babilonia por los persas⁸¹, y fueron muchos los que, después de la muerte de Alejandro, pasaron a Egipto y a Fenicia a causa de las [195] revoluciones de Siria». Este mismo autor describe la extensión y la belleza del país que habitamos: «Cultivan casi tres millones de aruras⁸² de la tierra

mejor y más fértil en toda clase de frutos; ésta es, en efecto, la superficie de Judea». [196] Sobre la belleza y la extensión de la ciudad de Jerusalén, que nosotros habitamos desde tiempos remotos, su numerosa población y la disposición de su templo, el autor hace la [197] siguiente descripción: «Los judíos tiene muchas fortalezas y aldeas diseminadas por el país⁸³, pero una única ciudad fortificada de cincuenta estadios⁸⁴ de contorno aproximadamente, que alberga una población de ciento veinte mil personas, [198] a la que llaman Jerusalén. En medio de la ciudad se eleva un recinto de piedra de unos cinco pletros⁸⁵ de largo y cien codos de ancho⁸⁶, con dos puertas dobles. Allí hay un altar cuadrado construido con piedras agrupadas sin tallar, que tiene veinte codos de lado y diez de altura⁸⁷; al lado se encuentra un gran edificio donde están el altar y el candelabro, ambos de oro, de dos talentos de peso⁸⁸. En ellos no se apaga [199] nunca el fuego, ni de día ni de noche. No hay absolutamente ninguna imagen ni exvoto, ni tampoco ninguna planta como arbustos sagrados o cosa semejante. Algunos sacerdotes pasan allí las noches y los días ocupados en purificaciones, y nunca beben vino en el recinto del templo»⁸⁹.

Atestigua también el autor que los judíos tomaron parte [200] en las campañas junto al rey Alejandro⁹⁰. y después junto a sus sucesores. Él mismo dice haber asistido a un incidente provocado por un judío durante la expedición. Lo citaré a continuación. Dice así: «Marchando yo hacia el Mar Rojo, [201] me acompañaba, junto con los jinetes de mi escolta, un judío llamado Mosolamo⁹¹, hombre inteligente, vigoroso y reconocido por todos, griegos y bárbaros, como el mejor arquero. En cierta ocasión, marchaban muchos soldados por [202] el camino y un adivino consultó los augurios y consideró conveniente que todos se detuvieran. Entonces este hombre preguntó por qué se detenían allí. El adivino le mostró

un [203] pájaro, diciéndole que si el ave se detenía allí, convenía que todos se detuvieran; si al levantar el vuelo iba hacia adelante, les convenía avanzar, pero si iba hacia atrás, deberían desandar el camino. Entonces el judío, en silencio, tendió el [204] arco, disparó y mató al pájaro. El adivino y algunos otros se indignaron y le colmaron de maldiciones. «¿Por qué os enfurecéis, desgraciados?» —les dijo—. Luego, tomando el ave en sus manos, añadió: «¿Cómo iba a indicaros algo sensato sobre nuestro camino este pájaro que no ha sabido predecir su propia salvación? Pues si hubiera podido conocer el futuro, no hubiera venido a este lugar por miedo a que el judío Mosolamo lo matara con una flecha».

[205] Ya está bien de testimonios de Hecateo; los que quieran saber más, pueden encontrar fácilmente su libro.

Agatárquides

[206] No dudaré en citar también a Agatárquides⁹², que nos menciona para burlarse de nuestra necesidad, como cree él. Narra la historia de Estratonice⁹³, cómo vino a Siria desde Macedonia, abandonando a su marido Demetrio, y que al negarse Seleuco a tomarla por esposa, como ella había esperado, consiguió sublevar a Antioquía [207] mientras él hacia su expedición desde Babilonia. Más tarde, cuando regresó el Rey tras la toma de Antioquía, Estratonice huyó a Seleucia, y en vez de escapar rápidamente cuando aún le era posible, se dejó persuadir por un sueño [208] que se lo prohibía y fue capturada y muerta. Después de este relato, Agatárquides se burla de la superstición de Estratonice y cita como ejemplo lo que se dice de nosotros. Escribe lo [209] siguiente: «Los denominados judíos, que habitan la ciudad más fortificada de todas, a la que sus habitantes llaman Jerusalén, tienen por costumbre descansar cada siete días, y en ese tiempo ni llevan armas, ni cultivan la tierra, ni desempeñan

ningún otro trabajo, sino que con las manos extendidas se dedican a rezar en los templos hasta la tarde. Cuando [210] Ptolomeo, hijo de Lago, invadió con su ejército su territorio⁹⁴, esos hombres, en lugar de defender su ciudad, perseveraron en su locura, y su patria obtuvo un dueño tiránico, probándose que su ley contenía una costumbre estúpida. Lo ocurrido [211] entonces enseñó a todos, excepto a los mismos judíos, a no recurrir a los sueños y a las supersticiones tradicionales mas que cuando la razón humana nos deja desamparados en situaciones críticas». Agatárquides encuentra esto ridículo, [212] pero si se examina sin hostilidad, parece admirable y digno de los mayores elogios el hecho de que algunos hombres, en todas las circunstancias, se preocupen más del cumplimiento de sus leyes y de la piedad hacia Dios que de su vida y de su patria.

Otros autores griegos que han hablado de los judíos

Creo que puedo aportar la prueba de que [213 **23**] no ha sido por desconocimiento de nuestro pueblo sino por envidia u otras razones vergonzosas por lo que algunos escritores no nos han mencionado. Jerónimo⁹⁵ el que escribió la *Historia de los sucesores de Alejandro*, era contemporáneo de Hecateo y, gracias a su amistad con el rey Antígono, gobernador de Siria. Pero mientras que Hecateo [214] escribió un libro sobre nosotros, Jerónimo, en cambio, no nos menciona en ninguna parte de su historia, a pesar de haber vivido casi en nuestra tierra; tan diferentes son en la forma de pensar los hombres: a uno le parecimos dignos de una mención importante; al otro, una pasión completamente [215] desfavorable le ofuscó. Sin embargo, para probar nuestra antigüedad bastan los documentos egipcios, caldeos y fenicios, [216] a los que se suman tantos escritores griegos. Además de los ya citados, han hablado extensamente de nosotros Teófilo, Teódoto, Mnáseas,

Aristófanes, Hermógenes, Evémero, Conón, Zopirión, y tal vez muchos más⁹⁶, yo no he podido [217] localizar todos los libros. La mayor parte de los autores mencionados se han equivocado sobre los hechos remotos, porque no han consultado nuestros libros sagrados; pero todos están de acuerdo al testimoniar nuestra antigüedad, [218] tema del presente tratado. Sin embargo Demetrio Falereo, Filón el Viejo y Eupólemo⁹⁷ no se apartaron mucho de la verdad. Hay que excusarlos, pues no pudieron seguir nuestras Escrituras con toda exactitud.

Calumnias contra los judíos y contra otros pueblos

[24 219] Me resta todavía por tratar uno de los puntos esenciales anunciados al comienzo de este tratado⁹⁸: demostrar la falsedad de las calumnias y de las injurias con las que algunas personas han atacado a nuestro pueblo, y utilizar contra los que las han escrito su propio [220] testimonio. Que a otros muchos pueblos les ha ocurrido lo mismo por la animosidad de algunos creo que es un hecho conocido por los lectores más asiduos de los libros de historia; en efecto, algunos han intentado manchar la reputación de pueblos y de ciudades muy ilustres, y difamar su forma de gobierno. Teopompo⁹⁹, la de los atenienses, Polícrates, la [221] de los lacedemonios, el autor de *Tres ciudades* —que no es Teopompo, como creen algunos— ha destrozado a Tebas. También Timeo¹⁰⁰, en sus *Historias*, ha calumniado a las ciudades mencionadas y a otras más. Atacan sobre todo a los [222] personajes más célebres, unos por envidia o maldad, otros pensando que la novedad de su lenguaje les va a hacer dignos de recuerdo. Entre los necios no han visto frustrada su esperanza, pero las personas de sano juicio condenan su perversidad.

Los egipcios, primeros autores de estas calumnias

Las calumnias contra nosotros comenzaron [223 **25**] con los egipcios; después, algunos autores, queriendo agradarles, intentaron alterar la verdad, y ni reconocen la llegada de nuestros antepasados a Egipto tal como ocurrió, ni cuentan con veracidad su salida de allí. Los [224] egipcios han tenido muchos motivos de odio y de envidia. Primero, la dominación que nuestros antepasados ejercieron sobre su país¹⁰¹ y su prosperidad cuando se marcharon de allí a su propia tierra. Luego, la diferencia entre nuestras creencias y las suyas ocasionó un odio profundo, pues nuestra religión difiere tanto de la que ellos practican, cuanto la naturaleza divina se aleja de la de los animales irracionales. [225] Entre ellos es una costumbre hereditaria considerar a los animales como dioses, a los que honran además cada uno a su modo. Estos hombres vacíos e insensatos, acostumbrados desde un principio a tener ideas falsas sobre los dioses, no han sido capaces de imitar la dignidad de nuestra religión, pero han sentido envidia al ver su gran número de seguidores. [226] Algunos de ellos han llegado a tal punto de insensatez y mezquindad, que no han dudado en contradecir a sus antiguas crónicas, sino que, incluso, en la ceguera de su pasión, no se han dado cuenta de que sus escritos los contradecían.

Calumnias de Manetón

[**26** 227] Me detendré primero en un autor cuyo testimonio he utilizado hace poco para probar nuestra antigüedad. Se trata de Manetón, quien había prometido traducir la historia de Egipto de los libros sagrados. Después de decir que nuestros antepasados, llegados a Egipto a millares, dominaron sobre los habitantes, él mismo reconoce que, al ser expulsados más tarde, ocuparon la actual Judea, fundaron Jerusalén y edificaron el Templo. Hasta aquí ha [229] seguido las crónicas. Pero luego, con el pretexto de que va a relatar mitos y

rumores, se permite ciertas libertades e introduce relatos inverosímiles sobre los judíos y quiere confundirnos con una multitud de egipcios atacados de lepra y otras enfermedades, condenados, según él, a huir de [230] Egipto. Así pues, tras citar al rey Amenofis, un nombre imaginario, sin atreverse por ello a fijar el tiempo de su reinado, aunque de los otros reyes que menciona da los años con toda exactitud, le aplica ciertas leyendas, olvidándose sin duda de que ha relatado que quinientos dieciocho años antes tuvo lugar el éxodo de los pastores hacia Jerusalén¹⁰². Partieron cuando era rey Tetmosis, y desde éste hasta los [231] hermanos Seti y Harmais, los reyes que sucedieron cubren un período de trescientos noventa y tres años. De los cuales se dice que Seti cambió su nombre por el de Egipto y Harmais por el de Dánao. Seti, tras expulsar a su hermano, reinó cincuenta y nueve años, y después de él, su hijo mayor Ramsés, sesenta y seis. Así, después de haber admitido que [232] habían transcurrido tantos años desde la salida de nuestros padres de Egipto, al intercalar a continuación al mítico rey Amenofis, cuenta que éste deseó contemplar a los dioses al igual que Or¹⁰³, uno de sus predecesores en el trono, y comunicó su deseo a su homónimo Amenofis, hijo de Paapis, quien parecía participar de la naturaleza divina por su sabiduría y su capacidad de previsión del futuro¹⁰⁴. Este homónimo [233] suyo le contestó que podría ver a los dioses, si purificaba todo el país de leprosos y otras personas impuras. El Rey se [234] alegró y reunió a todos los enfermos de Egipto, y resultaron [235] ser ochenta mil, y los envió a las canteras¹⁰⁵ al este del Nilo para que trabajaran y estuvieran separados de los demás egipcios. Según Manetón, entre ellos había algunos sabios [236] sacerdotes, afectados por la lepra. Entonces Amenofis, el sabio adivino, tuvo miedo de atraer hacia sí y hacia el Rey la cólera de los dioses si les forzaba a dejarse ver, y previendo que

algunas gentes se aliarían con los impuros y dominarían Egipto durante trece años, no se atrevió a comunicárselo al Rey; lo dejó todo escrito y se suicidó. El Rey cayó en el [237] desaliento. A continuación Manetón dice textualmente lo siguiente: «Llevaban ya bastante tiempo sufriendo en las canteras, cuando el Rey a quien habían pedido que les concediera alojamiento y protección consintió en cederles Avaris, [238] la ciudad de los pastores, entonces deshabitada. Esta ciudad, según la tradición teológica, estaba consagrada desde sus orígenes a Tifón. Llegaron allí y tomando el lugar como base de operaciones para una revuelta, eligieron como jefe a uno de los sacerdotes de Heliópolis llamado Osarsef¹⁰⁶ y [239] juraron obedecerle en todo. Éste les impuso como primera ley que no adoraran a los dioses, que no se abstuvieran de ninguno de los animales considerados más sagrados por la ley divina en Egipto¹⁰⁷, sino que los sacrificaran y los comieran, y que no se unieran con nadie excepto con los hombres [240] ligados por el mismo juramento. Después de haber dictado estas leyes y otras muchas totalmente contrarias a las costumbres egipcias, mandó que una multitud de obreros reparara los muros de la ciudad y se prepararan para la guerra contra el rey Amenofis. Con el apoyo de otros sacerdotes y [241] de algunas personas contaminadas como él, envió una embajada a los pastores expulsados por Tetmosis a la ciudad llamada Jerusalén y, exponiéndoles su situación y la de sus compañeros ultrajados como él, les invitó a unirse a ellos en una expedición contra Egipto. Les prometió conducirlos [242] primero hacia Avaris, la patria de sus antepasados, proporcionar abundantemente lo necesario a la muchedumbre y combatir por ellos cuando fuera preciso y someter fácilmente el país. Éstos, llenos de alegría, se apresuraron a emprender [243] la marcha todos juntos, unos doscientos mil hombres, y poco después llegaron a Avaris.

Cuando tuvo conocimiento de la invasión, el rey de Egipto Amenofis se sintió bastante turbado, pues recordaba la predicción de Amenofis, hijo de Paapis. Primero reunió una multitud de egipcios y tras [244] deliberar con sus jefes, mandó a buscar los animales sagrados más venerados en los templos y encomendó a los sacerdotes de cada distrito que ocultaran las imágenes de los dioses en el lugar más seguro. A su hijo Seti, también llamado Ramsés [245] por su abuelo Ramsés, que contaba cinco años de edad, se lo confió a su amigo. Él cruzó el Nilo con los demás egipcios, unos trescientos mil hombres muy bien adiestrados, y aunque salió al encuentro de sus enemigos, no entabló batalla; pues [246] pensaba que no había que combatir contra los dioses. Desanduvo el camino hacia Menfis, donde tomó el Apis y los demás animales sagrados que había mandado llevar a ese lugar, y luego, sin tardanza, subió a Etiopía con todo su ejército y el pueblo de Egipto, pues el rey de los etíopes estaba obligado a él por agradecimiento. Éste le acogió y [247] alimentó a toda esa multitud con los productos apropiados para el consumo humano que producía la tierra y les proporcionó ciudades y aldeas suficientes para el exilio de trece años impuesto por el destino a Amenofis lejos de su reino y además estableció un ejército de etíopes en las fronteras de Egipto para proteger al rey Amenofis y a los suyos.

[248] Esto es lo que sucedía en Etiopía. Los solimitas^{[108](#)} descendieron con los egipcios impuros y trataron a los habitantes tan sacrílega y cruelmente que la dominación de los mencionados pastores parecía una edad de oro a los que ahora [249] contemplaban sus impiedades. Pues no sólo incendiaron ciudades y aldeas, ni se contentaron con saquear los templos y mutilar las estatuas de los dioses, sino que utilizaron de modo habitual los santuarios como cocinas para asar los animales

sagrados, objeto de veneración. Obligaron a los sacerdotes y a los profetas a sacrificarlos y degollarlos, y [250] luego los arrojaban fuera, desnudos. Se dice que el sacerdote que les dio la constitución y las leyes era del linaje de Heliópolis, llamado Osarsef por el dios Osiris, de Heliópolis, y que, cuando llegó a este pueblo, cambió su nombre y tomó el de Moisés».

Crítica al relato de Manetón

[27 251] Éstas y otras cosas más, que omito por abreviar, cuentan los egipcios sobre los judíos. Manetón añade que Amenofis regresó de Etiopía con un gran ejército así como su hijo Ramsés, también él al frente de un ejército; que ambos atacaron a los pastores y a los impuros y los vencieron; y después de haber matado a gran número de ellos, persiguieron a los demás hasta las fronteras [252] de Siria. Estas cosas y otras semejantes ha escrito Manetón¹⁰⁹. Ahora bien, que dice claramente necedades y falsedades lo voy a demostrar, haciendo una observación preliminar para refutar después a otros autores: él nos concede y reconoce que nuestra raza no es de origen egipcio, sino que nuestros antepasados llegaron de fuera a dominar Egipto y que posteriormente salieron del país. Pero que los egipcios enfermos [253] no se mezclaron con nosotros más tarde, y que Moisés, el que guiaba al pueblo, no era uno de ellos, sino que había vivido muchas generaciones antes, voy a intentar probarlo por los propios relatos de Manetón.

En primer lugar, la causa sobre la que apoya la fábula es [254 28] ridícula. «El rey Amenofis», dice, «deseaba ver a los dioses». ¿A qué dioses? Si se refiere a los reconocidos por sus leyes, el buey, la cabra, los cocodrilos y los cinocéfalos, ya los veía. A los dioses celestiales, ¿cómo iba a poder verlos? ¿Y por [255] qué tenía ese deseo? Porque ¡por Zeus!¹¹⁰ otro rey antes que él los había visto. Por él había aprendido cómo eran

y de qué forma los había visto, por tanto no tenía necesidad de un nuevo procedimiento. Pero el adivino con cuya ayuda [256] pensaba el Rey lograr su propósito era un sabio. Entonces ¿cómo no previó que el deseo del Rey era inalcanzable? De hecho no se cumplió. ¿Y qué sentido tenía eso de que los dioses eran invisibles a causa de los mutilados y los leprosos? Los dioses se irritan contra la impiedad, no contra las enfermedades del cuerpo. ¿Y cómo se puede reunir casi en un solo [257] día a ochenta mil leprosos y enfermos? ¿Por qué el Rey no escuchó al adivino? Pues éste le había ordenado que sacara de Egipto a los enfermos, pero él los encerró en las canteras como quien tiene necesidad de obreros, no como quien ha decidido purificar el país. Dice Manetón que el adivino se [258] suicidó al prever la cólera de los dioses y lo que iba a ocurrir en Egipto. Sin embargo, dejó al Rey su predicción escrita. ¿Por qué no previó el adivino su muerte desde el principio? [259] ¿Por qué no se opuso inmediatamente al deseo del Rey de ver a los dioses? ¿Era razonable su temor a desgracias que no iban a suceder durante su vida o acaso podía sucederle [260] algo peor que su precipitado suicidio? Pero veamos lo más absurdo de todo: el Rey, informado de estos hechos y temeroso del futuro, no sólo no expulsó, ni siquiera entonces, del territorio a aquellos enfermos de los que se le había ordenado limpiar Egipto, sino que accedió a su petición y, según Manetón, les entregó la ciudad que en otro tiempo había [261] sido habitada por los pastores, llamada Avaris. Dice que se reunieron allí y eligieron un jefe entre los antiguos sacerdotes de Heliópolis, y que éste les enseñó a no adorar a los dioses, a no abstenerse de comer los animales reverenciados entre los egipcios, sino a sacrificarlos y comer de todos ellos, y a no unirse con nadie que no estuviera ligado por el mismo juramento. Hizo jurar al pueblo el compromiso de fidelidad a estas leyes y, tras haber

fortificado Avaris, declaró la [262] guerra al Rey. Añade Manetón que envió una embajada a Jerusalén, invitando a los habitantes a unirse a ellos con la promesa de entregarles Avaris, pues esta ciudad había pertenecido a los antepasados de los que vendrían de Jerusalén. Éstos, partiendo de ella, se apoderarían de todo Egipto. [263] Dice a continuación que con doscientos mil soldados atacaron al Rey de Egipto, Amenofis, quien pensando que no debía luchar contra los dioses, huyó inmediatamente a Etiopía después de haber confiado a los sacerdotes la custodia de [264] Apis y otros animales sagrados. Entonces los jerosolimitanos que habían invadido el país revolucionaron las ciudades, incendiaron los templos y degollaron a los sacerdotes: en una palabra, no retrocedieron ante ningún crimen ni ninguna [265] brutalidad. El sacerdote que les había dado su constitución y sus leyes era, según Manetón, originario de Heliópolis, llamado Osarsef por el dios de Heliópolis, Osiris, y cambió su nombre por el de Moisés. Trece años después —ése era el [266] tiempo del exilio fijado por el destino—, Amenofis, según Manetón, llegó de Etiopía con un numeroso ejército, atacó a los pastores y a los impuros, los venció en el combate y mató a muchos tras perseguirlos hasta las fronteras de Siria¹¹¹.

Aquí todavía no es consciente Manetón de la inverosimilitud [267 **29**] de sus falsedades. Pues los leprosos y la muchedumbre que les acompañaba, aunque al principio estuvieran indignados contra el Rey y contra los demás que les habían tratado de esa manera de acuerdo con la predicción del adivino, cuando salieron de las canteras y recibieron del Rey una ciudad y un territorio, sin duda se mostrarían más afables con él. Y si hubieran seguido odiándole, habrían podido [268] conspirar contra él solo sin declarar la guerra a todos los egipcios, pues siendo ellos tan numerosos, es evidente que

tendrían entre ellos muchos parientes. Y aunque se hubieran [269] decidido a luchar contra otros hombres, no se habrían atrevido a hacerlo contra sus dioses, ni habrían redactado unas leyes totalmente contrarias a las de sus padres, en las cuales se habían educado. Debemos agradecer a Manetón que diga [270] que la violación de las leyes no se debió a la iniciativa de los que habían llegado de Jerusalén, sino de los mismos egipcios y que fueron los sacerdotes, sobre todo, los que lo propusieron e hicieron prestar juramento a la multitud. ¿Cómo no considerar [271] absurdo eso de que, cuando ninguno de sus parientes ni de sus amigos se unió a ellos en la revuelta ni tomó parte en los peligros de la guerra, los contaminados enviaran una embajada a Jerusalén y obtuvieran de allí una alianza? ¿Qué [272] amistad o parentesco previo existía entre ellos? Al contrario, eran enemigos y sus costumbres muy distintas. Según él, atendieron inmediatamente a la promesa de que iban a ocupar Egipto, como si ellos no conocieran ya perfectamente [273] el país del que habían sido expulsados por la fuerza. Y aún, si su situación hubiera sido difícil o mala, es posible que hubieran aceptado el riesgo; pero habitaban una ciudad opulenta y disfrutaban de un país mucho más fértil y extenso que Egipto¹¹². Entonces, ¿por qué se iban a exponer a ayudar a antiguos enemigos, ahora enfermos, a quienes ni siquiera sus allegados apoyaban? Pues ellos no preveían que el Rey [274] iba a huir. Al contrario, el propio Manetón dice que el hijo de Amenofis¹¹³ les salió al encuentro en Pelusio con trescientos mil hombres. Y eso sin duda lo sabían los que se encontraban allí. ¿Cómo iban a sospechar el cambio de opinión [275] del Rey y su huida? Dice a continuación que después de conquistar Egipto, los expedicionarios de Jerusalén cometieron muchos crímenes horribles y se los reprocha como si no los hubiera presentado como enemigos, o como si hubiera que inculpar a gentes llamadas de fuera por hacer lo mismo que

hacían y habían jurado hacer los de raza egipcia antes de la [276] llegada de aquéllos. Sin embargo, Amenofis, volviendo al ataque, ganó una batalla y, aniquilando a los enemigos, los expulsó hasta Siria. Así pues, para los invasores de cualquier [277] parte, Egipto es una presa fácil. Y los que entonces, de resultas de la fuerza, se hicieron dueños del país, aun sabiendo que Amenofis estaba vivo, no fortificaron las rutas que vienen de Etiopía, y eso que disponían de medios abundantes para ello, ni prepararon otro ejército. «El Rey, dice Manetón, los persiguió hasta Siria, a través de la arena del desierto, acabando con ellos». Es sabido que, incluso sin combatir, es difícil para un ejército atravesarlo.

Así pues, según Manetón, nuestra raza ni procede de [278 30] Egipto ni se ha mezclado con los hombres de allí. Es posible que muchos de los leprosos y enfermos murieran en las canteras donde vivieron y sufrieron largo tiempo; otros muchos, en las batallas que tuvieron lugar más tarde, y la mayor parte, en la última y en la huida¹¹⁴.

Refutación a Manetón acerca de Moisés

Me falta por refutar lo que dice Manetón [279 31] acerca de Moisés. Los egipcios consideraban a este hombre admirable y divino, pero quieren apropiárselo por medio de una calumnia inverosímil. Dicen que era uno de los sacerdotes de Heliópolis expulsado de allí a causa de la lepra. En los documentos públicos consta que vivió [280] quinientos dieciocho años antes y que condujo a nuestros antepasados desde Egipto hacia la tierra que habitamos en la actualidad. Que no estaba afectado por una enfermedad [281] de ese género lo prueban sus propias palabras, pues prohibió a los leprosos permanecer en una ciudad o residir en una aldea; éstos deben errar solos, con los vestidos desgarrados, y a quien los ha tocado o ha vivido bajo su techo lo considera impuro. Incluso, si gracias a

los cuidados de la enfermedad [282] el leproso recupera la salud, Moisés le prescribe muchas purificaciones: lavar sus manchas en aguas de manantial y rasurarse completamente el cabello. Le ordena también hacer muchos y diversos sacrificios antes de entrar en la Ciudad Santa¹¹⁵. Por el contrario, lo natural hubiera sido que si él [283] hubiera sido víctima de esta enfermedad, empleara cuidados y sentimientos humanitarios con los que padecían la misma [284] desgracia que él. Pero no sólo legisló así sobre los leprosos, sino que incluso los que tienen la mínima mutilación en su cuerpo no tienen derecho a ser sacerdotes¹¹⁶. Si un sacerdote en funciones sufre un accidente de este tipo, queda privado [285] del cargo. ¿Es verosímil que él haya legislado insensatamente, o que hombres reunidos por semejantes calamidades hayan aceptado unas leyes dictadas contra ellos mismos para su [286] vergüenza y perjuicio? Pero, además, Manetón ha transformado el nombre de la manera más inverosímil: se llamaba, dice, Osarsef. Este nombre no tiene nada que ver con el que le da luego. El verdadero nombre quiere decir “el que fue salvado del agua”, pues los egipcios llaman al agua *moi*¹¹⁷.

[287] Creo que resulta suficientemente claro que mientras Manetón sigue los documentos antiguos, no se aparta mucho de la verdad, pero cuando recurre a leyendas carentes de autoridad, las ha mezclado de modo inverosímil o ha hecho caso de afirmaciones dictadas por el odio.

Relato de Queremón

[32 288] A continuación quiero someter a examen a Queremón¹¹⁸. Este escritor afirma igualmente que ha escrito la historia de Egipto, y después de citar el mismo nombre de Rey que Manetón, Amenofis, y el de su hijo [289] Ramsés, cuenta que Isis se apareció en sueños a Amenofis, reprochándole la destrucción de su templo durante la guerra. El intérprete de los

signos sagrados Fritobaïtes le dijo que si purificaba Egipto de los hombres contaminados, se acabarían sus temores. Entonces el Rey reunió a doscientas cincuenta [290] mil personas afectadas y las expulsó. Los conducían Moisés y José, también intérpretes de los signos sagrados. Sus nombres egipcios eran Tisitén para Moisés y Petesef para José. Llegaron a Pelusio y encontraron allí trescientos ochenta [291] mil hombres abandonados por Amenofis, que no había querido llevarlos a Egipto. Concertaron un tratado con ellos y marcharon contra Egipto. Amenofis, sin esperar su ataque, [292] huyó a Etiopía dejando a su mujer encinta, la cual se escondió en unas cavernas y dio a luz un hijo llamado Ramsés. Cuando éste se hizo un hombre expulsó a los judíos a Siria, doscientos mil aproximadamente, y recibió a su padre Amenofis a su regreso de Etiopía.

Discrepancias entre Manetón y Queremón

Esto es lo que refiere Queremón. De estos [293 33] relatos resulta evidente, pienso yo, que ambos escritores han mentido. Pues si se hubieran apoyado en un hecho real, semejante discrepancia sería imposible: los que cuentan mentiras no escriben de acuerdo con los demás, sino que las inventan como les parece. Según Manetón, el [294] deseo del Rey de ver a los dioses fue el origen de la expulsión de los contaminados. Queremón inventa su propia historia: la aparición de Isis en un sueño. Para aquél fue Amenofis [295] quien aconsejó al Rey la purificación, para éste, fue Fritobaïtes. También son muy aproximadas sus estimaciones de la multitud: uno habla de ochenta mil hombres, el otro, de doscientos cincuenta mil. Además, Manetón encierra primero [296] a los enfermos en las canteras, luego les da Avaris como residencia y los incita a la guerra contra los otros egipcios, y fue entonces, según él, cuando pidieron ayuda a los jerosolimitanos. Para Queremón,

una vez expulsados de Egipto, [297] encuentran cerca de Pelusio a trescientos ochenta mil personas abandonadas por Amenofis y, regresando con ellos, atacan [298] Egipto, y Amenofis huye a Etiopía. Pero lo más notable es que no ha dicho quiénes eran ni de dónde venían tantos miles de soldados, si eran egipcios o habían llegado de fuera. Tampoco ha explicado el motivo por el que el Rey no había querido llevarlos a Egipto, cuando en lo referente a los leprosos ha sido capaz de imaginar la aparición de Isis. [299] Queremón ha unido a José con Moisés, expulsado al mismo tiempo que él, siendo así que murió cuatro generaciones [300] antes que Moisés, unos ciento setenta años¹¹⁹. Ramsés, hijo de Amenofis, según Manetón, siendo un muchacho, peleó junto a su padre¹²⁰ y compartió con él el exilio en Etiopía. Pero de acuerdo con Queremón, había nacido en una cueva después de la muerte de su padre¹²¹ y, más tarde, obtuvo una victoria contra los judíos, que eran aproximadamente doscientos [301] mil, y los expulsó a Siria. ¡Qué ligereza! No dice quiénes eran los trescientos ochenta mil hombres y tampoco dice cómo murieron los cuatrocientos treinta mil¹²², si cayeron [302] en combate o se pasaron al lado de Ramsés. Pero lo más sorprendente es que no es posible saber por él a quiénes da el nombre de judíos, o a cuál de los dos grupos aplica esta denominación, si a los doscientos cincuenta mil leprosos o a [303] los trescientos ochenta mil de Pelusio. Sin duda sería una tontería emplear más argumentos en refutar a quienes se refutan por sí mismos. Lo apropiado sería que fueran refutados por otros.

Relato de Lisímaco

A continuación, voy a presentar a Lisímaco¹²³, [304 34] quien ha tomado para sus falsedades el mismo argumento que los escritores citados anteriormente, el de los leprosos y los

enfermos, pero les ha superado en lo inverosímil de sus invenciones. Es evidente que su obra está inspirada por un odio profundo. Afirma que en tiempos [305] de Bocoris¹²⁴, rey de Egipto, el pueblo judío, atacado de lepra, sarna y otras enfermedades, se refugió en los templos donde mendigaba alimentos. Las víctimas de la enfermedad fueron muchísimas y hubo una gran escasez de frutos en Egipto. Bocoris, rey de Egipto, envió a consultar el oráculo [306] de Amón acerca de la escasez. El dios le respondió que limpiara los templos de hombres impíos e impuros, expulsándolos de allí hacia lugares desiertos, que ahogara a los sarnosos y leprosos, porque el sol estaba irritado por su existencia, y que purificara los templos; entonces la tierra daría frutos. Cuando Bocoris recibió el oráculo, convocó a [307] los sacerdotes y a los servidores del altar y les ordenó que hicieran un censo de los impuros y se los entregaran a los soldados para que éstos los condujesen al desierto, y que ataran a los leprosos entre láminas de plomo para arrojarlos al mar. Una vez ahogados los leprosos y los sarnosos, los [308] demás fueron reunidos y abandonados en lugares desiertos para que muriesen. Éstos se reunieron para deliberar sobre su situación; al llegar la noche, encendieron fuego y antorchas y montaron guardia; a la noche siguiente, después de un [309] ayuno, suplicaron a los dioses por su salvación. Al día siguiente, un tal Moisés les aconsejó que se arriesgasen a seguir un único camino hasta llegar a lugares habitados; les ordenó que no mostraran benevolencia con ningún hombre, que no aconsejaran nunca lo mejor sino lo peor, y que destruyeran los templos y altares de los dioses que encontrasen. [310] Los demás se mostraron de acuerdo y cumplieron sus consejos. Atravesaron el desierto y, después de muchos sufrimientos, llegaron a un lugar habitado. Ultrajaron a los habitantes, saquearon e incendiaron los templos, hasta llegar al país llamado hoy Judea, donde construyeron una

ciudad [311] y se establecieron. Esta ciudad fue llamada Hierósila por la índole de aquéllos. Más tarde, dueños ya del país, le cambiaron el nombre para evitar la vergüenza y llamaron Jerusalén a la ciudad, y a sí mismos, jerosolimitanos¹²⁵.

Refutación de Lisímaco

[35 312] Lisímaco ni siquiera ha alcanzado a nombrar al mismo rey que los escritores anteriores, sino que ha inventado un nombre nuevo y, dejando a un lado el sueño y el profeta egipcio, ha llegado hasta Amón [313] para presentar un oráculo sobre sarnosos y leprosos. Cuando dice que una muchedumbre de judíos se había reunido en los templos, ¿ha querido dar ese nombre a los leprosos, o sólo a los judíos aquejados de esas enfermedades? Pues él dice: [314] «el pueblo de los judíos». Pero, ¿qué pueblo? ¿extranjero o indígena? ¿Por qué, si son egipcios, los llama judíos? Y si son extranjeros ¿por qué no dice de dónde venían? Y si el Rey había hecho ahogar en el mar a muchos de ellos y expulsado a los restantes al desierto, ¿cómo pudieron sobrevivir tantos? ¿O de qué manera atravesaron el desierto, [315] conquistaron el país que ahora habitamos, fundaron una ciudad y construyeron un templo de renombre universal? No debía haberse contentado con decir solamente el nombre [316] del legislador, sino que debía habernos informado también de su origen y parentesco, y de lo que le indujo a imponerles semejantes leyes acerca de los dioses y acerca de las ofensas que debían infligir a los hombres durante su marcha. Pues si [317] eran egipcios, no habrían cambiado tan fácilmente sus costumbres patrias; y si procedían de otra parte, debían tener algunas leyes conservadas por una larga costumbre. Si hubieran [318] jurado enemistad eterna contra los que los habían expulsado, el relato sería verosímil, pero que se comprometieran a una guerra

implacable contra todos los hombres, cuando, si se encontraban en la desgraciada situación que él describe, tendrían necesidad de la ayuda de todo el mundo, indica una extrema locura, no de ellos, sino del mentiroso historiador. Incluso se ha atrevido a decir que dieron el nombre a su ciudad en recuerdo del saqueo de los templos y que lo cambiaron más tarde. Es evidente que este nombre arrastraba [319] la vergüenza y el odio sobre sus descendientes; y ellos, los fundadores de la ciudad, pensaban que se atribuían un honor al llamarla así. Y nuestro hombre, en su borrachera de maledicencia, no se ha dado cuenta de que los judíos no usamos la misma palabra que los griegos para el saqueo de los templos. ¿Qué más se podría decir contra tan desvergonzado [320] falseador? Pero dado que este libro tiene ya una extensión considerable, comenzaré un segundo libro donde intentaré presentar lo que falta de mi exposición. pues que consiguió el poder, dio la impresión de que cambió tanto como para admirar a todos los que antes [13] le conocían. Por este motivo me aparté de Clearco. Pero a ti te acojo con agrado y me gustaría muchísimo que fueras amigo nuestro. También tú aclararás rápidamente si tienes la misma opinión que nosotros. Porque te cuidarás de Autocrator y nos escribirás una carta para renovar la amistad y hospitalidad que antes teníamos. Pásalo bien y escríbenos si necesitas algo de lo que tenemos.

¹ Este personaje, mencionado en *Antigüedades* (I 8), fue secretario de Nerón, al que ayudó a suicidarse. Desterrado, fue condenado a muerte más tarde por Domiciano (SUETONIO, *Domiciano* 14). Como las *Antigüedades* fueron escritas en el 93 y Epafrodito murió en el 95 (DIÓN, LXVII 14), el *Contra Apión* debió de escribirse en el año 94 ó 95. En contra de esto se ha objetado que en la *Autobiografía*, también dedicada a Epafrodito, se habla de Agripa II como ya muerto (65, 359), y según FOCIO (cód. 33), este rey murió el año tercero de Trajano, o sea, el año 100 d. C, aunque este dato no es fiable y tampoco poseemos ninguna moneda de Agripa II posterior a Domiciano.

² Se refiere a las *Antigüedades*. Los cinco mil años se dividen en tres mil desde la Creación hasta Moisés (cf. I 39), y dos mil desde Moisés hasta la época de Josefo (cf. I 36; II 226). De hecho, Josefo sólo cuenta 4.223 años desde la Creación hasta Tito (*Antigüedades* X 148).

³ Para este pasaje Josefo parece inspirarse en PLATÓN, *Timeo* 22b y c, donde un sacerdote egipcio habla con Solón en términos semejantes sobre la modernidad de los griegos.

⁴ Tal vez se refiere a los diluvios de Ógiges y Deucalión o a los terremotos que ayudaron a la caída del mundo micénico.

⁵ Alusión a las discusiones suscitadas entre los eruditos alejandrinos sobre las palabras *sēmata lygrá* ‘signos funestos’, en *Iliada* VI 168.

⁶ Éste es uno de los pasajes sobre los que Wolf basó sus *Prolegómenos* (1795), dando comienzo a la corriente analítica en la interpretación de Homero.

⁷ El único texto que atribuye un origen caldeo o egipcio a la doctrina de Ferécides de Siros. En Apolonio de Tiana y en Plutarco se encuentra la idea de que Tales fue discípulo de los egipcios; la mención de los caldeos es de Josefo.

⁸ De Mitilene, siglo v a. C.

⁹ Siglo IV a. C.

¹⁰ Siglo III a. C.

¹¹ Parece ser que Dracón había redactado un libro de leyes completo, de las cuales Solón sólo mantuvo las referentes al homicidio. La legislación es unos sesenta años anterior a la tiranía de Pisístrato (561 a. C).

¹² Como advierte Reinach, Josefo confunde voluntariamente la forma en que los sacerdotes del segundo templo conservaban los registros genealógicos con la manera en que fueron escritos los libros del Antiguo Testamento.

¹³ Cf. *Levítico* 21, 7-14.

¹⁴ Pompeyo conquistó Judea en el año 63 a. C; Quintilio Varo, gobernador de Siria, sofocó la revuelta que estalló a la muerte de Herodes en el año 4 a. C.

¹⁵ Cf. *Antigüedades* III 276 y XIII 292. Sin embargo, el mismo Josefo, que era sacerdote, se casó la primera vez con una cautiva (cf. *Autobiografía* 414).

¹⁶ Cf. *Antigüedades* I 16 y XX 227. Josefo cuenta ochenta y tres sumos sacerdotes desde Aarón hasta la época de Tito.

¹⁷ Artajerjes, que sucedió a Jerjes en 465 a. C, es identificado por Josefo con Asuero (cf. *Antigüedades* XI 184) según el libro de Ester.

¹⁸ Los trece libros proféticos son, según Josefo: *Josué, Jueces-Rut, Samuel, Reyes, Isaías, Ezequiel, Jeremías-Lamentaciones, Profetas menores, Job, Daniel, Crónicas, Esdrás-Nehemías* y *Ester*.

¹⁹ *Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares*.

²⁰ THACKERAY (*Josephus* I, pág. 181), cree que Josefo no hace alusión aquí a Justo de Tiberiade (cf. *Autobiografía* 336 y ss.), sino a otros escritores griegos o latinos cuyas obras no conservamos.

²¹ Julio Arquelao era cuñado de Agripa II, al haberse casado con Mariamme, hija de Agripa I (cf. *Antigüedades* XIX 355). Este Herodes parece ser un sobrino de Herodes el Grande (cf. *Antigüedades* XVIII 131-138).

²² Agripa II.

²³ Ése es el programa que diseña para sí mismo Tucídides en el *Prólogo* de su *Historia* (I 22).

²⁴ Cf. *Antigüedades* I 55 y XX 261.

²⁵ *Autobiografía* 342 y 358.

²⁶ Según *Ezequiel* 36, 2, Tiro aplaude la destrucción de Jerusalén. Según Josefo (*Guerra de los judíos* II 478), los tirios mataron un gran número de judíos en el año 66 d. C.

²⁷ Empleamos la forma Manetón como más común. Era un sacerdote egipcio de Heliópolis. Escribió en griego una *Historia de Egipto* para uso del rey Ptolomeo II Filadelfo (283-246 a. C).

²⁸ Tutimeo era, de hecho, el rey Didumes de finales de la XIV dinastía.

²⁹ Se trata quizá de la ciudad de Tanis, que había tomado el nombre de Avaris durante la dominación de los hicsos.

³⁰ Manetón da a la palabra *hicsos* el sentido de ‘reyes pastores’, pero los documentos egipcios los designan como *Hega khasut*, ‘jefes de los extranjeros’ (cf.

B. GUNN-A. GARDINER, «The expulsion of the Hyksos» en DRIOTON y VAANDIER, *Les peuples de l'Orient méditerranéen II: L'Égypte*, París, 1952).

³¹ Los párrafos 84-90 no son una cita textual, sino una paráfrasis de Josefo.

³² Tutmosis III.

³³ Aproximadamente 2,756 hectáreas. Las palabras *tèn perimetron*, añadidas por Josefo, parecen indicar que ha tomado la arura por una medida de longitud.

³⁴ Cf. 78.

³⁵ Los hijos de Jacob en su conversación con el Faraón se identifican como pastores (cf. *Génesis* 46, 34 y 47, 3).

³⁶ 227 ss.

³⁷ Llamado antes Tummosis (cf. 88).

³⁸ La suma de las cifras dada por Josefo en el cap. 15 entre la expulsión de los hicsos y Seti es de trescientos treinta y cuatro años. A esta suma ha añadido los cincuenta y nueve que más tarde (231) asigna al reinado de Seti, lo que da un total de trescientos noventa y tres años.

³⁹ Josefo se olvida de Ínaco, el rey más antiguo de Argos.

⁴⁰ La cifra parece demasiado elevada, pues la destrucción de Troya se fecha a comienzos del siglo XII a. C. y la salida de los judíos de Egipto tuvo lugar hacia mediados del siglo XIII a. C.

⁴¹ En el cap. 26.

⁴² Esta cifra resulta de la duración del reinado de los reyes tirios que Josefo da en el cap. 18.

⁴³ Según los textos bíblicos, el amigo de Hiram era el rey David, padre de Salomón. Cf. *I Reyes* 5, 1; *2 Samuel* 5, 11.

⁴⁴ Cf. *I Reyes* 9, 10-13.

⁴⁵ Las negociaciones entre Hiram y Salomón sobre la construcción del templo están referidas en *I Reyes* 5, parafraseadas por Josefo en *Antigüedades* VIII 50 ss., pero no se hace ninguna referencia a enigmas ni a intercambio de cartas.

⁴⁶ No se sabe nada de este autor. Podría tratarse de Elio Díos, autor de una obra sobre Alejandría, o de Leto, que escribió sobre Fenicia.

⁴⁷ Este texto de Menandro de Éfeso está reproducido también en *Antigüedades* VIII 144 ss. No se conoce la época en que vivió este autor.

⁴⁸ El «despertar de Hércules» parece haber sido una fiesta fenicia relacionada con el mito según el cual Hércules, muerto por Tifón, vuelve a la vida al contacto

de una codorniz que le lleva Iolas.

[49](#) Febrero.

[50](#) En 814, según la fecha más comúnmente admitida.

[51](#) En *Antigüedades* VIII 62, la fecha que da Josefo para el comienzo de la construcción del templo es el año once del reinado de Hiram; el cuarto del reinado de Salomón según *I Reyes* 6, 1.

[52](#) Cf. *Antigüedades* VIII 31 ss.

[53](#) Sacerdote del templo de Bel en Babilonia, que vivió al comienzo del helenismo y escribió una *Historia de Babilonia* dedicada a Antíoco Soter.

[54](#) El texto de Beroso sobre el diluvio es citado por Josefo en *Antigüedades* I 93. Beroso no habla de Noé sino de Jisutro.

[55](#) La destrucción del templo tuvo lugar no en el reinado de Nabopolasar, sino en el de su hijo Nabucodonosor. Por lo demás, el incendio del Templo no se menciona en el extracto que sigue.

[56](#) Setenta años es la duración que Josefo asigna regularmente a la cautividad de Babilonia (*Antigüedades* X 184 y XX 283). El primer asedio de Jerusalén por Nabucodonosor tuvo lugar en el año 598 a. C, pero el incendio y la segunda y principal deportación sucedieron en el 587 a. C, y el edicto de Ciro en el 538 a. C. Josefo sigue la cronología dada en *II Crónicas* 36, 21, sin darse cuenta de que los setenta años no concuerdan con el dato que él mismo da después (cf. 154), basándose en las Escrituras.

[57](#) Este pasaje está reproducido también en *Antigüedades* X 220 ss.

[58](#) El faraón Necao, que fue vencido por Nabucodonosor en la batalla de Carquemis.

[59](#) Las informaciones de Beroso sobre la magnificencia de las construcciones han sido confirmadas por las excavaciones arqueológicas y por los textos epigráficos. El dato de la construcción del palacio en quince días consta en una inscripción.

[60](#) Estaba casado con Amitis, hija de Astiages.

[61](#) Cf. *Antigüedades* X 228, donde se alude al mismo pasaje de Filóstrato.

[62](#) Cf. *Antigüedades* X 227.

[63](#) Cf. 132. La cita que sigue no dice nada de eso.

[64](#) En el decimonoveno año, tuvo lugar el incendio de la ciudad por Nebuzardam, según *II Reyes* 25, 8, y *Jeremías* 52, 12; en el decimoctavo, el apresamiento de la población (cf. *Jeremías* 52, 29).

⁶⁵ La destrucción del Templo tuvo lugar en el año 587 a. C, y el edicto de Ciro en el 538 a. C; en el año segundo de Darío (cf. *Esdras* 4, 24; *Zacarías* 1, 12), se comenzó la reconstrucción del Templo y se terminó cuatro años después (cf. *Esdras* 6, 15).

⁶⁶ Las palabras griegas *nôn metaxý* significan “entre ellos”, pero las hemos traducido «después de ellos» por parecernos más conveniente al contexto.

⁶⁷ El cómputo total del tiempo es de cincuenta y cinco años y tres meses; sin embargo, Josefo no cuenta más que cincuenta y cuatro años y tres meses, tal vez porque toma *metaxý* (cf. nota anterior) en el sentido clásico «entre ellos reinó Balator», sin contar el reinado de éste.

⁶⁸ Cf. *Éxodo* 22, 28; *Levítico* 19, 16.

⁶⁹ Esta obra es una recapitulación de las leyes de varios pueblos.

⁷⁰ Ríos de Asia Menor.

⁷¹ Cf. HERÓDOTO, II 104. El texto abreviado también está reproducido en *Antigüedades* VIII 262.

⁷² Para Heródoto, los sirios de Palestina son los filisteos, pero éstos, al menos en época bíblica, eran incircuncisos.

⁷³ Poeta épico del siglo v.

⁷⁴ Josefo identifica los montes Sólima con Hierosolima, Jerusalén, y el extenso lago con el lago Asfaltítide, el Mar Muerto. Pero el pueblo a que se refiere Quérito parecen ser los etíopes orientales, que se diferencian de los occidentales porque hablan fenicio y habitan al lado de un gran lago, según HERÓDOTO, VII 70. La referencia a los montes Sólima la toma Quérito de HOMERO, *Odisea* V 383, el cual nombra a estos montes junto con los etíopes. La tonsura en círculo no les está permitida a los judíos (*Levítico* 19, 27), pero era practicada por los árabes (*Jeremías* 9, 25).

⁷⁵ Calano era, en realidad, el nombre de un gimnosofista que siguió al ejército de Alejandro Magno y que se dio muerte prendiéndose fuego delante del ejército. Cf. PLUTARCO, *Alejandro* 6, 5.

⁷⁶ En Misia (348-345).

⁷⁷ 312 a. C.

⁷⁸ 323 a. C.

⁷⁹ Ezequías no figura en la lista de los sumos sacerdotes dada por Josefo en *Antigüedades* XI 345 y XII 34 ss.

⁸⁰ Atestiguado por ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* VII 17, y ESTRABÓN, XVI 1, 5.

⁸¹ Se trata de la deportación de Nabucodonosor, que Hecateo atribuye a los persas en lugar de los caldeos, confundiendo ambos pueblos.

⁸² 825.000 hectáreas.

⁸³ En tiempos de Josefo Galilea tenía doscientas cuatro ciudades y aldeas (*Autobiografía* 235).

⁸⁴ Es una cifra exagerada. El mismo Josefo en *Guerra de los judíos* V 15, habla de treinta y tres.

⁸⁵ 150 metros.

⁸⁶ Otra exageración. El decreto de Ciro (*Esdras* 6, 3) prescribe 60 codos.

⁸⁷ Estas dimensiones corresponden al altar de bronce del Templo de Salomón, según *II Crónicas* 4, 1. El altar de que se habla en *Éxodo* 27, 1 y ss., sólo tiene cinco codos de largo, cinco de ancho y tres de alto.

⁸⁸ Cf. *I Macabeos* 1, 23.

⁸⁹ Cf. *Levítico* 10, 9; *Éxodo* 44, 21.

⁹⁰ Los judíos nunca participaron en una expedición con Alejandro Magno.

⁹¹ En hebreo Meshullam (cf. *Esdras* 8, 16).

⁹² Agatárquides de Cnido (181-146 a. C), autor de varias obras históricas y geográficas. El fragmento que sigue está parcialmente reproducido en *Antigüedades* XII 6.

⁹³ Hija de Antíoco I Soter y esposa de Demetrio II. Cuando éste contrajo segundas nupcias, ella fue a Antioquía esperando casarse con Seleuco II Calinico.

⁹⁴ La fecha de este suceso es desconocida.

⁹⁵ Jerónimo de Cardia vivió aproximadamente entre el 360 y el 265 a. C.

⁹⁶ De acuerdo con POLYHÍSTOR (fr. 19), Teófilo trató de las relaciones entre Hiram y Salomón; Teódoto, samaritano, es autor de una obra en verso *Sobre los judíos* (POLYHÍSTOR, fr. 9); Mnáseas (cf. *Contra Apión* I 94 y II 112) vivió en el siglo III; Hermógenes escribió una obra sobre Frigia; Evémero, conocido por su explicación racionalista de los mitos griegos, escribió una novela titulada *Historia Sagrada*; Aristófanes es tal vez el bibliotecario alejandrino. Conón y Zopirión son desconocidos.

⁹⁷ Eupólemo y Filón el Viejo son escritores judíos que Josefo toma por griegos. A Demetrio Falereo, ateniense, parece que Josefo lo confunde con otro

Demetrio, historiador judío.

[98](#) *Contra Apión* I 3-4 y 59.

[99](#) Teopompo de Quíos (378-300 a. C. aproximadamente) tenía fama de ser un escritor áspero y calumniador (cf. NEPOTE, *Alcibiades* 11). Las *Tres ciudades* era un panfleto contra Atenas, Esparta y Tebas, obra del sofista Anaxímenes, que lo puso bajo el nombre de su enemigo Teopompo (cf. PAUSANIAS, IV 18, 3).

[100](#) Apodado «Detractor» por su maledicencia.

[101](#) En tiempos del patriarca José, a quien Josefo relaciona con los hicsos.

[102](#) Manetón distingue claramente las dos expulsiones de Egipto, la de los hicsos, que fundaron Jerusalén (85-90), y la de los leprosos con Osarsef, quien con los descendientes de los hicsos habría intentado invadir Egipto (232-250). La identificación del Amenofis bajo el cual se produjo la segunda expulsión es dudosa. Sin embargo, Josefo es injusto con Manetón al decir que Amenofis es un nombre imaginario. Manetón cita tres reyes con este nombre, pero es difícil saber bajo cuál de los tres se produjo el episodio de los impuros. Josefo parece admitir que este Amenofis era sucesor de Ramsés II, hijo de Seti I, pero se equivoca en los cálculos al situar la subida al trono de Amenofis 518 años después del exódo de los hicsos. En efecto, los reinados enumerados entre el éxodo y Seti I dan un total de 334 años, no 393. Si añadimos 59 más 66 de los reinados de Seti y de Ramsés, tendremos 459 años, no 518. Parece ser que Josefo ha contado dos veces los 59 años del reinado de Seti I.

[103](#) Noveno rey de la XVIII dinastía.

[104](#) Este personaje podría ser Amenhotep o Amenofis, hijo de Hapi, ministro de Amenofis, cuya estatua fue descubierta por Mariette.

[105](#) Son las canteras de Tura, citadas por HERÓDOTO, II 8 y 124, que suministraron el material para las pirámides.

[106](#) Aunque Osarsef es identificado con Moisés, parece una transformación de José, sustituyendo la primera sílaba, erróneamente considerada derivada del hebreo Yahvéh, por el comienzo del nombre de Osiris.

[107](#) Cf. TÁCITO, *Historias* V 4.

[108](#) Habitantes de Hierosolima (Jerusalén).

[109](#) Este relato de Manetón no parece histórico. Sin embargo, la expulsión de los israelitas de Egipto está recogida en la Biblia (*Éxodo* 6, 1).

[110](#) Expresión extraña en boca de un judío.

[111](#) Repetición casi textual en 260-266 de lo dicho en 237-250.

[112](#) La exageración es evidente.

[113](#) En 245 es el propio Amenofis; su hijo no tenía más que cinco años.

[114](#) Cf. 75, 104, 252.

[115](#) Cf. *Levítico* 13, 45-46; 14, aunque no hay ninguna referencia a la Ciudad Santa, sino sólo al «campamento».

[116](#) Cf. *Levítico* 22, 16-25.

[117](#) Esta etimología se encuentra también en *Antigüedades* II 228, añadiendo que *yse* significa ‘salvado’, y en FILÓN, *Sobre la vida de Moisés* I 4.

[118](#) Filósofo estoico, director del Museo de Alejandría y preceptor de Nerón.

[119](#) Cf. *Éxodo* 6, 16 ss. Esta cifra, sin embargo, está en contradicción con la duración de la estancia de los judíos en Egipto. Cf. *Éxodo* 12, 40, y *Antigüedades* II 204.

[120](#) Según Manetón (245), Ramsés sólo tenía cinco años cuando su padre Amenofis huyó a Etiopía.

[121](#) Queremón no hace mención de la muerte, sino de la huida de Amenofis (cf. 272).

[122](#) El manuscrito dice 230.000, pero la corrección parece necesaria ya que los 250.000 leprosos (I 290) y los 380.000 hombres de Pelusio (I 291) hacen 630.000. Ramsés expulsó hacia Siria a 200.000 (I 292 y 300), y Josefo se pregunta con razón qué pasó con el resto.

[123](#) Escritor alejandrino de fecha desconocida. Se sabe por ATENEO, IV 158, que vivió después de Mnaseas (siglo II).

[124](#) Más adelante (II 16) veremos que este Bocoris vivió mil setecientos años antes que Josefo.

[125](#) El relato de Lisímaco se encuentra reproducido en TÁCITO, *Historias* V 3.

LIBRO II

Plan de refutación de Apión

A lo largo del libro primero, mi muy [1 1] estimado Epafrodito, he mostrado la verdad sobre la antigüedad de nuestro pueblo, apoyándome en los escritos de los fenicios, caldeos y egipcios, y presentando como testigos a muchos historiadores griegos. También he mantenido una controversia con Manetón, Queremón y algunos otros. Comenzaré ahora a refutar a los restantes autores que [2] han escrito contra nosotros. Sin embargo, dudo que merezca la pena rebatir al gramático Apión¹²⁶, pues en sus escritos [3] repite lo mismo que otros han dicho antes, ha añadido otras cosas que le dejan a uno frío, la mayor parte son bufonadas y, a decir verdad, dan prueba de una gran ignorancia, como propias de un hombre de carácter mezquino que fue un charlatán toda su vida. Pero como la mayoría de los hombres, [4] debido a su insensatez, se sienten más atraídos por los relatos de este tipo que por los escritos serios, y se deleitan con las injurias y, en cambio, se enojan con los elogios, he considerado necesario no dejar sin examen a este autor que ha escrito contra nosotros una acusación como si se tratara [5] de un juicio. Por otra parte, observo que muchos hombres se suelen alegrar cuando a alguien que ha comenzado calumniando a otro se le ponen en evidencia sus propios defectos. [6] No es fácil exponer los argumentos de Apión, ni saber exactamente lo que quiere decir. Pero en el gran desorden y confusión de sus mentiras, se puede entender más o menos que unas vienen a coincidir con la misma idea de los autores examinados antes sobre la salida

de Egipto de nuestros antepasados, y otras son una acusación contra los judíos [7] residentes en Alejandría. En tercer lugar, mezcla con esto acusaciones contra las ceremonias de nuestro templo y contra el resto de nuestras leyes.

*Lo que dice Apión respecto a Moisés y a las
enfermedades de los judíos expulsados de Egipto no
tiene sentido*

[2 8] Que nuestros antepasados no eran de origen egipcio y que no fueron expulsados de allí a causa de enfermedades contagiosas u otras calamidades semejantes creo haberlo probado más arriba, no sólo suficientemente sino incluso más allá de lo razonable. Voy a mencionar brevemente lo que añade Apión. En el libro tercero de su *Historia de Egipto* dice lo siguiente: «Moisés, como he oído decir a los egipcios más ancianos, era de Heliópolis; fiel cumplidor de las costumbres de su patria, levantó lugares de oración al aire libre en los recintos que al efecto tenía la ciudad y los orientó todos hacia el [11] Este¹²⁷, pues así está orientada también Heliópolis. En lugar de obeliscos¹²⁸, erigió columnas bajo las cuales había una barca esculpida; la sombra proyectada sobre ella por una estatua, al estar al aire libre, describía un círculo que correspondía al curso del sol en el cielo». Tal es la sorprendente afirmación [12] del gramático. Esta falsedad no necesita comentarios, sino que los mismos hechos la evidencian. En efecto, ni el propio Moisés, cuando construyó el primer tabernáculo a Dios, colocó en él ninguna escultura de ese tipo ni recomendó a sus sucesores que lo hicieran. Y Salomón, que más tarde construyó el templo de Jerusalén, prescindió de cualquier tipo de obra superflua como la que ha imaginado Apión. Afirma haber oído a los ancianos que Moisés era de [13] Heliópolis: está claro que, siendo él más joven, se ha fiado de quienes por su edad debieron de haber

conocido a Moisés y vivido en su época. Y él, a pesar de ser un gramático, no [14] podría decir con certeza cuál fue la patria del poeta Homero, ni la de Pitágoras, que vivió casi ayer o anteayer. En cambio, acerca de Moisés, que vivió tantos años antes que éstos, Apión se muestra tan confiado en los relatos de los ancianos que hace patente su falsedad. Respecto a la época en que, [15] según él, Moisés guió a los leprosos, los ciegos y los cojos, el exacto gramático, a mi parecer, coincide completamente con los escritores anteriores a él. Pues bien, Manetón dice [16] que los judíos fueron expulsados de Egipto durante el reinado de Tetmosis, trescientos noventa y tres años antes de la huida de Dánao a Argos; según Lisímaco, el hecho tuvo lugar en el reinado de Bocoris, es decir, hace mil setecientos años. Molón y algunos otros dan las fechas que les parece. Pero Apión, el más fidedigno de todos, fija con toda precisión [17] el éxodo en la Séptima Olimpíada, y fue en el primer año de la misma, dice, cuando los fenicios fundaron Cartago¹²⁹. Ha añadido lo de Cartago, pensando que era el testimonio más evidente de su veracidad, sin darse cuenta de que con ello [18] conseguía su propia refutación. Pues, si en lo referente a esta colonia debemos dar crédito a los documentos de los fenicios, en ellos está escrito que el rey Hiram precede en ciento [19] cincuenta y cinco años a la fundación de Cartago¹³⁰. Más arriba, a partir de los documentos fenicios, he presentado pruebas de que Hiram era amigo de Salomón, el que edificó el templo de Jerusalén, y de que contribuyó generosamente a su construcción¹³¹. Pero Salomón edificó el templo seiscientos doce años después de la salida de los judíos de [20] Egipto¹³². Después de haber dado a la ligera la misma cifra de los expulsados que Lisímaco¹³³ —dice que eran ciento diez mil—, añade Apión el motivo extraordinario y verosímil [21] que, en su opinión, explica el nombre del sábado. «Cuando llevaban seis días de camino, dice, les salieron

úlceras en las ingles y por ello decidieron descansar el séptimo día al llegar sanos y salvos al país llamado actualmente Judea. A ese día le llamaron sábado conservando el término egipcio, pues los [22] egipcios llaman a la úlcera en las ingles *sabbo*». ¿Cómo no reírse de esta tontería, o por el contrario, indignarse ante la desvergüenza que permite escribir cosas semejantes? ¡Está claro que los ciento diez mil hombres sufrieron de úlceras en las ingles! Pero si eran ciegos, cojos o enfermos de todo tipo, [23] como asegura Apión, no habrían podido caminar ni un solo día. Ahora bien, si fueron capaces de atravesar un extenso desierto y de vencer combatiendo a todos los enemigos que se les enfrentaban, no es posible que todos a la vez se vieran aquejados de úlceras al cabo de seis días. No es natural que [24] tal enfermedad surja espontáneamente en las personas que por fuerza se ven obligadas a caminar; en los ejércitos muchos miles de hombres caminan durante muchos días seguidos las etapas establecidas. Por otra parte, no se puede creer que esto les haya sobrevenido de repente; eso sería lo más absurdo de todo. El sorprendente Apión, después de afirmar que [25] llegaron a Judea en seis días¹³⁴, dice a continuación que Moisés subió al monte llamado Sinaí, que está entre Egipto y Arabia, permaneció allí oculto cuarenta días y, cuando descendió, entregó las leyes a los judíos. Sin embargo, ¿cómo es posible que fueran los mismos hombres los que permanecieran cuarenta días en un desierto sin agua y atravesaran todo el espacio en seis días? El cambio gramatical que hace en el [26] nombre del sábado denota o mucha desvergüenza o una tremenda ignorancia; pues *sabbo* y sábado son muy diferentes. Sábado en la lengua de los judíos significa el cese de todo [27] trabajo, mientras que *sabbo* significa entre los egipcios, tal como él dice, úlcera en la ingle.

*Apión pretende hacer pasar por egipcios a los
judíos*

[3 28] Éstas son algunas de las novedades que el egipcio Apión ha introducido acerca de Moisés y de la expulsión de Egipto de los judíos, en contradicción con otros autores. ¿Por qué habría que extrañarse de que mienta sobre nuestros antepasados diciendo [29] que eran egipcios de raza, cuando este Apión miente sobre sí mismo en sentido contrario? Nacido en el Oasis de Egipto¹³⁵ y siendo más egipcio que nadie, como podría decirse, ha renegado de su verdadera patria y de su raza y, cuando se hace pasar por alejandrino, confiesa la ignominia [30] de su raza. Es natural que llame egipcios a los que odia y quiere insultar. Pues si él no pensara que los egipcios son el pueblo más despreciable, no habría escapado de esa raza: los hombres que están orgullosos de su patria se sienten halagados al ser llamados ciudadanos de la misma y censuran [31] a los que sin derecho se arrojan ese título. Los egipcios manifiestan uno de estos dos sentimientos respecto a nosotros: o simulan un parentesco con nosotros para obtener prestigio, o nos arrastran hacia ellos para hacernos partícipes de su [32] mala reputación. El noble Apión, cuando nos calumnia, parece querer pagar a los alejandrinos el derecho de ciudadanía que le concedieron y, conociendo su odio hacia los judíos que habitan con ellos en Alejandría, ha decidido injuriarlos, alcanzando a todos los demás judíos, mintiendo desvergonzadamente sobre unos y otros.

*Acusaciones de Apión contra los judíos de
Alejandría*

Veamos, pues, las graves y horribles acusaciones [33 4] que ha dirigido contra los judíos que habitan en Alejandría: «Llegados de Siria, dice, se establecieron junto a un mar sin puertos, cerca de los rompientes de las olas». Ahora bien, si

este sitio merece un reproche, Apión se [34] lo hace a su patria no real, sino supuesta, Alejandría. Pues el barrio marítimo forma también parte de la ciudad y es, como todos reconocen, el más hermoso para residir. No sé [35] qué habría dicho Apión si los judíos se hubieran instalado cerca de la necrópolis en vez de hacerlo junto al palacio real¹³⁶. Si los judíos han ocupado ese lugar por la fuerza, sin [36] haber sido expulsados más tarde, es una prueba de su valentía. Alejandro les concedió este lugar para su residencia¹³⁷ y entre los macedonios tuvieron su misma consideración y hasta nuestros días su tribu ha llevado el nombre de macedonios. Si ha leído las cartas del rey Alejandro y de Ptolomeo, [37] hijo de Lago, si ha tenido a su alcance los decretos de los posteriores reyes de Egipto, así como la estela que se eleva en Alejandría, que contiene los derechos otorgados a los judíos por César el Grande¹³⁸, si conocía todo eso, digo, y se ha atrevido a escribir lo contrario, es un malvado; pero si no conocía nada de ello, es un ignorante. Y cuando se extraña [38] de que siendo judíos hayan sido llamados alejandrinos, demuestra la misma ignorancia. Pues todos los hombres convocados para habitar una colonia, aunque sean de origen completamente diferente entre sí, reciben el nombre de los [39] fundadores de la misma. ¿Para qué citar a otros pueblos? Entre nosotros mismos, los que habitan en Antioquía son llamados antioqueos, ya que su fundador Seleuco les concedió el derecho de ciudadanía¹³⁹. Igualmente, los judíos de Éfeso y los del resto de Jonia tienen el mismo nombre que los ciudadanos indígenas, derecho que les otorgaron los sucesores [40] de Alejandro¹⁴⁰. ¿No han compartido los romanos generosamente su nombre con casi todos los hombres y no sólo con personas individuales, sino con grandes naciones enteras? Así, los antiguos iberos, los etruscos y los sabinos son llamados romanos¹⁴¹. Y si Apión suprime esta clase de ciudadanía, que deje de llamarse

alejandrino. Pues, nacido, como dije antes, en lo más profundo de Egipto ¿cómo podría ser él alejandrino si se suprime la ciudadanía por concesión como pide para nosotros? Ciertamente, los egipcios son el único pueblo a quien los romanos, dueños actualmente del mundo, [42] han negado la participación de cualquier otra ciudadanía¹⁴². Pero Apión es tan noble que, mientras pretende participar de algo que le está prohibido, se dedica a denunciar a los que lo han obtenido justamente. No fue la falta de habitantes que quisieran poblar la ciudad que Alejandro había fundado con tanto esfuerzo la razón por la que éste reunió allí a algunos de los nuestros, sino que, después de haber probado cuidadosamente la virtud y la lealtad de todos, concedió este privilegio a los nuestros. Estimaba tanto a nuestro pueblo [43] que, según el testimonio de Hecateo, en reconocimiento de la bondad y lealtad que le habían demostrado los judíos, añadió a otros favores la exención de tributos para Samaria¹⁴³. Ptolomeo, hijo de Lago, compartía los sentimientos de Alejandro [44] hacia los judíos residentes en Alejandría. Les confió las fortalezas de Egipto, pensando que las guardarían leal y valerosamente¹⁴⁴; y como quería fortalecer su dominio sobre Cirene y las restantes ciudades de Libia, envió una parte de los judíos a establecerse allí¹⁴⁵. Su sucesor Ptolomeo, llamado [45] Filadelfo, no sólo devolvió todos los judíos que tenía prisioneros, sino que incluso nos dio dinero en muchas ocasiones y, lo que es más importante, quiso conocer nuestras leyes y leer nuestras Sagradas Escrituras¹⁴⁶. Envío una embajada a [46] los judíos pidiéndoles que le enviaran hombres que le tradujesen la ley; y no confió a cualquiera el cuidado de que se hiciera bien la transcripción, sino a Demetrio Falereo, Andreas y Aristeas; Demetrio era el hombre más sabio de su [47] tiempo, y los otros a quienes encargó la supervisión de este trabajo, sus guardias personales. Sin duda no habría deseado conocer

nuestras leyes y la sabiduría de nuestros antepasados, si hubiera despreciado a los hombres que las utilizaban en vez de admirarlos mucho.

*Aprecio de los reyes de Egipto y de los emperadores
romanos por los judíos de Alejandría*

[5 48] Apión no ha advertido la gran bienquerencia que han demostrado hacia nosotros, sucesivamente, casi todos los reyes de sus antepasados macedonios. En efecto, Ptolomeo III, llamado Evérgetes, después de haber conquistado toda Siria, no hizo sacrificios a los dioses de Egipto en acción de gracias por su victoria, sino que vino a Jerusalén y, según nuestros ritos, ofreció numerosos sacrificios [49] a Dios e hizo ofrendas dignas de la victoria¹⁴⁷. Ptolomeo Filométor y su esposa Cleopatra confiaron a los judíos todo su reino; los estrategos de todo su ejército eran dos judíos, Onías y Dositeo¹⁴⁸, cuyos nombres ridiculiza Apión cuando debería admirar sus acciones y, en vez de injuriarlos, agradecerles que salvaran Alejandría, cuya ciudadanía se atribuye, [50] Pues, cuando los alejandrinos estaban en guerra con la reina Cleopatra y corrían peligro de ser aniquilados miserablemente, esos hombres negociaron un acuerdo y evitaron la desgracia de una guerra civil¹⁴⁹. «Pero, más tarde, dice Apión, Onías condujo un gran ejército contra la ciudad, en la cual se encontraba Termo, el embajador de los romanos» ¹⁵⁰. Yo [51] diría que actuó correctamente y con toda razón, pues Ptolomeo, llamado Fiscón, al morir su hermano Ptolomeo Filométor, vino de Cirene con el propósito de expulsar del reino a Cleopatra¹⁵¹ y a los hijos del Rey y apoderarse injustamente del reino. Por ese motivo, Onías emprendió una guerra contra [52] él en defensa de Cleopatra, y ni siquiera en el peligro traicionó la lealtad que había tenido a sus reyes. Dios dio claro testimonio [53] de su justicia, pues, Ptolomeo Fiscón no se lanzó a luchar

contra el ejército de Onías, sino que cogió a todos los judíos de la ciudad con sus mujeres e hijos y los puso desnudos y atados bajo los elefantes para que murieran aplastados por esos animales, a los que había embriagado con este fin. Sin embargo, resultó lo contrario de lo que había preparado¹⁵²: los elefantes, dejando a los judíos tendidos [54] ante ellos, atacaron a los amigos de Fiscón y mataron a un gran número. Más tarde, Ptolomeo tuvo una terrible aparición que le prohibía maltratar a aquellos hombres. Y como [55] su concubina favorita, a la que unos llaman Ítaca y otros Irene, le suplicase que no cometiera una impiedad semejante, él accedió e hizo penitencia por lo que ya había hecho y por lo que había planeado hacer. Por eso, los judíos de Alejandría, como es sabido, decidieron con razón celebrar este día en el que claramente habían merecido de Dios su salvación. Pero [56] Apión, que lo calumnia todo, se ha atrevido incluso a calumniar a los judíos por haber hecho la guerra a Fiscón, cuando debería alabarlos por ello. También menciona a Cleopatra, la última reina de Alejandría, y nos reprocha la hostilidad que nos demostró en vez de ocuparse en censurarla [57] a ella, que cometió toda clase de injusticias y de crímenes contra sus parientes, contra sus maridos, que además la amaban, o contra los romanos en general y los emperadores, benefactores suyos; que incluso llegó a matar en el templo a su hermana Arsínoe que no le había causado ningún daño¹⁵³; que asesinó traidoramente a su hermano¹⁵⁴ y despojó a los [58] dioses patrios y las tumbas de sus antepasados¹⁵⁵; que a pesar de haber recibido el reino del primer César, tuvo la osadía de rebelarse contra su hijo y sucesor, y seduciendo a Antonio con su pasión amorosa, lo convirtió en enemigo de su patria y traidor a sus amigos, despojando a unos de su [59] rango real y empujando a otros hasta el crimen. Pero ¿qué más se puede decir si, abandonando en el combate naval al que era su

marido y padre de sus hijos, le obligó a entregar [60] su ejército y su mando para seguirla? Finalmente, cuando Alejandría fue tomada por César¹⁵⁶, se encontró en tal situación que no halló otra esperanza de salvación que el suicidio, por el hecho de que se había mostrado cruel y desleal con todos. ¿No crees que debemos estar orgullosos de que, como dice Apión, en tiempo de hambre se haya negado a repartir [61] trigo a los judíos? Ciertamente, ella recibió el castigo que merecía; nosotros, en cambio, contamos con César como el mayor testigo de la ayuda y la fidelidad que le prestamos contra los egipcios¹⁵⁷; contamos también con el Senado, y sus decretos y con las cartas de César Augusto en las que se reconocen nuestros méritos. Apión debía haber examinado [62] esas cartas y haber analizado, según su género, los testimonios redactados bajo Alejandro y todos los Ptolomeos, así como lo establecido por el Senado y por los más importantes generales romanos. Pues si Germánico no pudo distribuir [63] trigo a todos los habitantes de Alejandría, ello es prueba de una mala cosecha y de la escasez de trigo, pero no es una acusación contra los judíos¹⁵⁸; la opinión de todos los emperadores sobre los judíos que vivían en Alejandría es bien conocida. La administración del trigo les fue retirada a ellos [64] igual que a los demás alejandrinos, pero conservaron la gran confianza que en otro tiempo les habían otorgado los reyes, esto es, la custodia del río y de toda la [frontera]¹⁵⁹ pues nunca fueron considerados indignos de ella.

Conducta ejemplar de los judíos de Alejandría

Pero Apión insiste: «¿Cómo es que, siendo [65 6] ciudadanos, no adoran a los mismos dioses que los alejandrinos?» A lo cual yo respondo: ¿Por qué vosotros, que sois todos egipcios, peleáis unos contra otros

encarnizadamente y sin tregua en una guerra religiosa¹⁶⁰?
¿Acaso [66] dejamos de llamaros a todos vosotros egipcios y, en general, hombres, por adorar animales contrarios a nuestra naturaleza y alimentarlos con sumo cuidado, siendo así que nuestra [67] especie parece ser única e idéntica? Si entre vosotros los egipcios las creencias son tan diferentes, ¿por qué te sorprendes de que hombres que han llegado a Alejandría de otra parte hayan continuado observando sus leyes, establecidas [68] primitivamente, a este respecto? Nos hace también responsables de la sedición; y si puede acusar de esto con razón a los judíos instalados en Alejandría ¿por qué nos culpa a todos dondequiera que estemos viviendo por el hecho de que todo el mundo reconozca la concordia que existe entre [69] nosotros? Además, cualquiera podrá darse cuenta de que los autores de la sedición han sido ciudadanos de Alejandría semejantes a Apión. Mientras los griegos y los macedonios fueron dueños de esta ciudad, no llevaron a cabo ninguna sedición contra nosotros, sino que toleraban nuestras antiguas solemnidades. Pero, cuando el número de egipcios fue creciendo entre aquéllos a causa de los desórdenes de la época, las sediciones fueron constantes. Con todo, nuestra raza [70] permaneció pura. Así pues, ellos fueron el origen de este problema, pues el pueblo egipcio nunca tuvo la firmeza de los macedonios ni la prudencia de los griegos; todos adoptaron las malas costumbres de los egipcios y manifestaron su antigua [71] enemistad hacia nosotros. Lo que se atreven a reprocharnos a nosotros se cometió en otra parte. Como la mayoría de ellos no lograron obtener el derecho de ciudadanía, llaman extranjeros a los que, como es sabido, recibieron de los [72] señores este privilegio. Pues a los egipcios no parece que les haya concedido ese derecho ningún rey, ni en nuestra época ningún emperador. En cambio, a nosotros Alejandro nos contó entre los ciudadanos, los reyes aumentaron nuestros

privilegios y los romanos han tenido a bien mantenerlos [73] siempre. Apión ha intentado que se nos derogaran porque no levantamos estatuas de los emperadores, como si éstos lo ignorasen o necesitasen la defensa de Apión. Debería mejor admirar la magnanimidad y la moderación de los romanos que no obligan a sus súbditos a transgredir las leyes de sus padres, sino que aceptan los honores que les ofrecen de manera piadosa y legítima, porque los honores que se tributan por necesidad o violencia carecen de agradecimiento. Así, los [74] griegos y algunos otros creen que es bueno erigir estatuas, y se complacen haciendo pintar los retratos de sus padres, esposas e hijos; algunos, incluso, adquieren estatuas de personas que no tienen nada que ver con ellos; otros las hacen de sus esclavos favoritos. ¿Qué hay, pues, de extraño en verles rendir este honor a sus príncipes y señores? Ahora [75] bien, nuestro legislador [desaprobó esta práctica] no como si en una profecía se nos hubiera prohibido honrar el poder romano, sino desdeñando algo que le parecía inútil para Dios y para los hombres y por ello prohibió que se construyeran imágenes inanimadas de todo ser vivo y con mayor razón de Dios¹⁶¹, como se probará después. Sin embargo, no [76] ha prohibido honrar a los hombres de bien después de Dios con honores de otra clase con los cuales ensalzamos a los emperadores y al pueblo romano. Hacemos continuos [77] sacrificios por ellos¹⁶² y celebramos tales ceremonias a expensas de todos los judíos todos los días, pero no ofrecemos nunca sacrificios a expensas de la comunidad...¹⁶³. Solamente concedemos a los emperadores este honor supremo que negamos a cualquier otro hombre. Esto es la respuesta [78] general a Apión por lo que ha dicho sobre Alejandría.

*La absurda leyenda de la adoración de una cabeza
de asno*

[7 79] Admiro también a los que han dado pábulo a tales cosas, me refiero a Posidonio¹⁶⁴ y Apolonio Molón, porque nos acusan de no dar culto a los mismos dioses que los demás. Para ello mienten igualmente e inventan calumnias absurdas sobre nuestro templo, sin darse cuenta de que actúan impíamente, aunque no hay nada más vergonzoso para los hombres libres que mentir, por el motivo que sea y, sobre todo, a propósito de un templo famoso entre todos los hombres y apreciado por su gran santidad. [80] Apión se ha atrevido a decir que en ese santuario los judíos habían colocado una cabeza de asno a la que adoraban y consideraban digna de gran veneración¹⁶⁵; afirma que el hecho se supo cuando Antíoco Epífanes saqueó el templo y [81] se encontró la cabeza, de oro y de un precio considerable. A esto le respondo en primer lugar que, aunque tal cosa hubiera existido entre nosotros, él, como egipcio, no tendría nada que reprocharnos, porque el asno no es inferior a los hurones, los machos cabríos u otros animales que los egipcios tienen [82] por dioses. En segundo lugar, ¿cómo no se ha dado cuenta de que los hechos le censuran su increíble mentira? Siempre hemos tenido las mismas leyes, de las cuales nos servimos constantemente, y cuando circunstancias adversas han cubierto de vejaciones a nuestra ciudad, igual que a otras, y Antíoco el Piadoso¹⁶⁶, Pompeyo el Grande, Licinio Craso¹⁶⁷ y, recientemente, Tito César, vencedores en la guerra, han ocupado el templo¹⁶⁸, no han encontrado allí nada semejante, sino el más puro sentido religioso, sobre el cual no tenemos nada que ocultar a los demás. Pero que Antíoco [83] saqueó injustamente el templo¹⁶⁹, a lo que llegó por necesidad de dinero sin haberse declarado enemigo, que nos atacó a nosotros, sus aliados y amigos, y que no encontró allí nada ridículo, lo han atestiguado muchos y dignos historiadores, [84] como Polibio de Megalópolis, Estrabón el Capadocio, Nicolás de Damasco,

Timágenes¹⁷⁰, el cronógrafo Cástor¹⁷¹ y Apolodoro ¹⁷². Todos dicen que Antíoco, escaso de dinero, violó los pactos y saqueó el templo de los judíos, que estaba lleno de oro y plata. Esto es lo que Apión debiera haber tenido en [85] cuenta si él mismo no hubiera tenido un corazón de asno y una desvergüenza de perro, animales a los que suelen adorar los de su raza. Su mentira está fuera de cualquier razonamiento. Nosotros no concedemos honor ni prerrogativa [86] alguna a los asnos, como hacen con los cocodrilos o las víboras los egipcios, que consideran dichosos y merecedores de la divinidad a los que son mordidos por las víboras o devorados por los cocodrilos. Entre nosotros como entre [87] otras gentes sensatas, los asnos transportan la carga que se les pone encima, y si se acercan a las eras a comer o no cumplen su tarea reciben muchos golpes, ya que se utilizan [88] en el trabajo y en la agricultura. Pero, o Apión es muy torpe para inventar mentiras o no ha sabido concluir las justamente a partir de un hecho, pues ninguna calumnia contra nosotros puede tener éxito.

Otra calumnia: el asesinato ritual

[8 89] Apión cuenta otra fábula de procedencia griega, que está llena de maldad contra nosotros. Sobre esto bastará decir que, si alguien se atreve a hablar de religiosidad, conviene que no ignore que es menos impuro violar el recinto del templo que calumniar a los sacerdotes. [90] Pero estos autores dedican más atención a defender a un rey sacrílego que a escribir los hechos exactos y verídicos sobre nosotros y sobre nuestro templo. Quieren defender a Antíoco y encubrir la deslealtad y el sacrilegio que cometió contra nuestro pueblo a causa de su escasez de dinero, inventando contra nosotros la calumnia que voy a referir a continuación. [91] Apión se ha convertido en el portavoz de los otros y dice que Antíoco encontró en el templo un lecho donde había un hombre acostado y delante de él una

mesa llena de manjares, peces, animales terrestres y volátiles. El hombre estaba estupefacto. [92] Al entrar el Rey, le saludó al instante con adoración, como si le trajese un gran alivio. Cayendo de rodillas, con la mano derecha extendida, le pidió su libertad. El Rey le dijo que confiara en él y le dijera quién era, por qué vivía allí y cuál era la razón de aquella comida. Entonces el hombre, entre gemidos y lágrimas, le contó su desgracia en tono [93] lastimoso. Dijo, continúa Apión, que era griego y que mientras recorría la provincia ganándose la vida, había sido capturado de repente por hombres de raza extranjera que le habían llevado al templo y encerrado allí. No dejaban que nadie le viera y le preparaban toda clase de manjares para que engordara. Al principio, tuvo aquello por un inesperado [94] beneficio y le produjo contento, luego sospechas, y más tarde estupor. Finalmente, tras preguntar a los servidores que le atendían, conoció la ley inefable de los judíos, en nombre de la cual era alimentado, costumbre que practicaban todos los años en una época determinada. Atrapaban a [95] un viajero griego y lo cebaban durante un año. Luego lo llevaban a un bosque donde lo mataban. Sacrificaban su cuerpo según sus ritos, comían sus vísceras y, durante la inmolación, juraban mantener su enemistad contra los griegos; luego, arrojaban a una fosa los restos de la víctima. Refiere después Apión que aquel hombre había dicho que le [96] quedaban ya pocos días de vida y que había suplicado al Rey que por respeto a los dioses de los griegos y para vencer las insidias de los judíos contra su raza, le librase de los males que le amenazaban. Semejante fábula no sólo está [97] llena de toda clase de efectos dramáticos, sino que abunda en cruel desvergüenza y no libra a Antíoco del sacrilegio como creen los que han escrito esto en su favor. En efecto, [98] éste no entró en el templo porque sospechara algo semejante, sino que, como dicen, lo encontró allí inesperadamente. Fue, pues,

deliberadamente injusto, impío y ateo, sea cual sea el exceso de falsedad que con toda facilidad se percibe en el relato. Como es sabido, nuestras leyes no se diferencian [99] solamente de las de los griegos, sino también, y sobre todo, de las de los egipcios y de las de otros muchos pueblos. Ahora bien, ¿cuál de estos pueblos no ha tenido que viajar alguna vez por nuestra tierra? ¿Y por qué íbamos a actuar sólo contra los griegos derramando su sangre en una conjura renovada? ¿Cómo es posible que todos los judíos se reunieran [100] junto a estas víctimas y que sus vísceras bastaran para que las probaran tantos miles de hombres, según dice Apión? ¿Por qué después de haber descubierto a este hombre, quienquiera [101] que haya sido, no hace constar su nombre? ¿Cómo es que el rey no lo condujo a su patria con gran pompa si, actuando así, podía haber conseguido una excelente reputación de hombre piadoso y amigo eximio de los griegos, obteniendo a la vez de todo el mundo importantes recursos [102] contra el odio de los judíos? Pero dejemos esto. A los insensatos conviene refutarlos no con palabras, sino con hechos. Todos los que han visto la construcción de nuestro templo saben cómo era y conocen las barreras infranqueables [103] que defendían su pureza¹⁷³ Tenía cuatro pórticos concéntricos y cada uno de ellos tenía su propia guardia, según establecía la ley. En el pórtico exterior podían entrar todos, incluso los extranjeros, únicamente se prohibía la entrada a las mujeres [104] durante la menstruación; en el segundo pórtico entraban todos los judíos y sus mujeres cuando estaban puras de toda mancha; en el tercero, los judíos varones sin mancha y purificados; en el cuarto, los sacerdotes revestidos de sus ropas sacerdotales; en el santuario sólo podían entrar los príncipes de los sacerdotes revestidos de las ropas sacerdotales [105] que les son propias. El culto está dispuesto tan minuciosamente en cada uno de sus detalles que la entrada de los sacerdotes está fijada a

determinadas horas. Por la mañana, al abrirse el templo, debían entrar para ofrecer los sacrificios tradicionales y, otra vez a mediodía, hasta que se cerraba. [106] No está permitido llevar al templo ni siquiera un vaso; en el interior no hay más que un altar, una mesa, un incensario y un candelabro¹⁷⁴, todo lo cual está mencionado en la ley. Allí no hay nada más; ni se celebra ningún tipo de ceremonia [107] secreta que no pueda revelarse, ni se sirve ninguna comida en el interior. Todo lo que acabo de decir lo puede testimoniar todo el pueblo y también los propios hechos. Aunque haya [108] cuatro tribus de sacerdotes¹⁷⁵ y cada una de ellas comprenda más de cinco mil personas, ofician en grupos en días determinados; transcurridos éstos, otros sacerdotes que les suceden acuden a los sacrificios. Se reúnen en el templo a mediodía y reciben de sus predecesores las llaves y el número exacto de vasos, sin que sea introducida en el templo ninguna cosa que tenga que ver con la comida o la bebida. Pues está [109] prohibido incluso presentar ante el altar esa clase de cosas, a excepción de las que se preparan para los sacrificios. Así pues, ¿qué podemos decir de Apión, quien sin examinar los hechos, ha presentado cosas tan increíbles? Es vergonzoso, pues ¿no ha prometido, como gramático, presentar un relato verídico de la historia? Conociendo la piedad observada en [110] nuestro templo, no la ha tenido en cuenta, ha inventado el secuestro del hombre griego, un banquete secreto, unas comidas costosas y suntuosas y unos esclavos entrando en un lugar cuyo acceso está prohibido incluso a los judíos más nobles si no son sacerdotes. Esto es una impiedad horrible y [111] una mentira deliberada para engañar a los que no han querido examinar la verdad. En realidad, lo que ha intentado con esos crímenes y misterios es perjudicarnos.

*Otra invención: Un idumeo, disfrazado de Apolo,
roba una cabeza de asno en el templo*

[9 112] Apión ridiculiza de nuevo a los judíos como muy supersticiosos, añadiendo a su fábula el testimonio de Mnáseas¹⁷⁶. Dice que este autor refiere que durante la guerra que sostuvieron los judíos contra los idumeos, hace ya mucho tiempo en una ciudad idumea llamada Dora¹⁷⁷, un hombre llamado Zabido, que daba culto a Apolo, fue a entrevistarse con los judíos y les prometió entregarles a Apolo, el dios de [113] Dora, que vendría a nuestro templo si todos se alejaban. Y toda la muchedumbre de los judíos lo creyó. Entonces Zabido construyó un artefacto de madera, fijó en él tres hileras de lámparas y se lo colocó alrededor. Se paseó así, de forma que, para los que estaban lejos, parecía una constelación de [114] estrellas caminando por la tierra. Asombrados por el inesperado espectáculo, los judíos se mantuvieron a distancia y en silencio. Zabido, con toda tranquilidad, llegó al templo, arrancó la cabeza de oro del asno —así lo escribe para [115] hacerse el gracioso— y volvió de nuevo a Dora a toda prisa. ¿No podríamos decir nosotros que Apión carga excesivamente el asno, es decir a sí mismo, con el peso de sus disparates y mentiras? Escribe sobre lugares que no existen y cambia las [116] ciudades de sitio sin saberlo. Idumea, situada junto a Gaza, limita con nuestro país y no tiene ninguna ciudad que se llame Dora. En cambio, en Fenicia, hay una ciudad llamada Dora cerca del monte Carmelo, que nada tiene que ver con las necesidades de Apión, ya que está a cuatro días de camino [117] de Idumea. ¿Y por qué continúa acusándonos de no tener los mismos dioses que los demás, si nuestros padres se dejaron convencer tan fácilmente de que Apolo iba a llegar junto a ellos y creyeron verle paseándose por la tierra con las estrellas? ¡Seguro que no habían visto anteriormente una

lámpara [118] quienes celebran sus fiestas con tantas y tan bellas luminarias¹⁷⁸! ¡Y cuando avanzaba a través del país, entre tantos miles de habitantes, nadie le salió al encuentro! ¡Y en plena guerra encontró las murallas sin centinelas! Omito lo demás, pero las puertas del Templo tenían sesenta codos de altura, [119] veinte de anchura¹⁷⁹, todas eran doradas y casi de oro macizo; cada día las cerraban doscientos hombres¹⁸⁰, por lo menos, y estaba prohibido dejarlas abiertas. Y aquel portador de [120] lámparas las abrió fácilmente él solo, supongo, y salió llevándose la cabeza de asno. Y ésta ¿volvió por sí sola a nosotros, o el que la había cogido la llevó de nuevo al templo para que la encontrara Antíoco, proporcionando a Apión una segunda fábula?

*El supuesto juramento de odio a los griegos*¹⁸¹

Ha inventado también que nosotros hacemos [121 **10**] un juramento ante Dios, que ha creado el cielo, la tierra y el mar, de no mostrar benevolencia hacia ningún extranjero y especialmente hacia los griegos¹⁸². [122] Una vez puesto a mentir, debería haber dicho «hacia ningún extranjero y especialmente hacia los egipcios». Pues así el juramento estaría en consonancia con los embustes del principio, si verdaderamente nuestros antepasados fueron expulsados por sus parientes egipcios no por su maldad, sino [123] por sus enfermedades. De los griegos estamos demasiado alejados tanto por la situación geográfica como por las costumbres para que sintamos hacia ellos odio o envidia. Al contrario, ha ocurrido que muchos de ellos han adoptado nuestras leyes; algunos las han conservado, otros no soportaron [124] su rigidez y las abandonaron. Pero ninguno de ellos ha dicho jamás que nos haya oído pronunciar ese juramento. Al parecer, únicamente Apión lo ha oído: la razón es que él mismo lo ha inventado.

*Las calamidades de los judíos son una prueba de la
injusticia de sus leyes*

[11 125] También merece admiración la extraordinaria sagacidad de Apión por lo que voy a decir. Afirma que la prueba de que nuestras leyes no son justas y de que no adoramos a Dios como se debe es que no somos amos sino esclavos, unas veces de una nación, otras de otra, y que nuestra ciudad ha sufrido diversas desgracias. Como si ellos estuvieran acostumbrados desde la Antigüedad a ser dueños de la ciudad más apta para [126] gobernar y no a estar dominados por los romanos. ¿Quién podría tolerar de ellos una jactancia semejante? Entre los demás hombres nadie podría admitir que el discurso de [127] Apión no se dirige convenientemente hacia él mismo. Pocos pueblos han tenido la oportunidad de dominar durante un cierto tiempo, y a éstos también los han sometido al yugo extranjero los reveses de la fortuna: los pueblos en su mayoría [128] han estado sometidos a otros con frecuencia. Sólo los egipcios tuvieron el privilegio excepcional de no servir a ninguno de los dominadores de Asia o de Europa, porque los dioses, según dicen ellos, se refugiaron en su país y se salvaron adoptando figura de animales¹⁸³, ellos, que no han tenido un solo día de libertad en ninguna época, ni siquiera con sus reyes nacionales. No voy a echarles en cara el trato que recibieron [129] de los persas, que no una vez, sino muchas, asolaron sus ciudades, destruyeron sus templos y degollaron a los que tomaron por dioses. No conviene imitar la ignorancia de [130] Apión, quien no ha considerado las desgracias de los atenienses ni las de los lacedemonios, a pesar de que, según la opinión general, han sido, los unos, los más valientes, y los otros, los más piadosos de los griegos¹⁸⁴. Paso por alto las [131] desgracias que les sucedieron durante su vida a reyes famosos por su piedad como Creso; omito el

incendio de la Acrópolis de Atenas, el del Templo de Éfeso, el de Delfos y miles más; nadie ha reprochado estos desastres a sus víctimas, sino a sus autores. Apión ha encontrado una nueva forma de [132] acusación contra nosotros, olvidándose de las desgracias de su propio país, Egipto; sin duda le ha cegado Sesostris, el mítico rey de Egipto¹⁸⁵. ¿No podríamos citar nosotros a nuestros reyes David y Salomón que sometieron a muchos pueblos? Pues bien, dejémoslos; pero es que Apión ignora lo [133] que todo el mundo conoce, que los egipcios, sin diferenciarse nada de los esclavos, sirvieron a los persas y después a los macedonios, los siguientes dominadores de Asia. En cambio [134] nosotros fuimos libres y dominamos incluso las ciudades de alrededor durante ciento veinte años aproximadamente, hasta la época de Pompeyo el Grande¹⁸⁶. Y cuando los romanos hubieron vencido en la guerra a todos los reyes, sólo a los nuestros, merced a su lealtad, los mantuvieron como aliados y amigos.

*Entre los judíos no ha habido hombres de genio,
según Apión*

[12 135] Pero nosotros —dice— no hemos proporcionado hombres dignos de admiración que hayan innovado en las artes o que hayan sobresalido por su sabiduría. Y enumera a Sócrates, Zenón, Cleantes y otros semejantes. Y a continuación, lo que es colmo de las sorpresas, se añade él mismo a los mencionados y felicita a Alejandría [136] por tener un ciudadano así, y hace bien. Con toda certeza tenía necesidad de dar testimonio de sí mismo, pues ante todos los demás aparecía como un granuja charlatán cuya vida era tan corrompida como su lenguaje; y habría que compadecerse de Alejandría, si se sintiera orgullosa de él. En cuanto a los hombres nacidos entre nosotros, no menos dignos de elogio

que otros, los conocen bien quienes han leído mis *Antigüedades*.

Refutación de otras acusaciones de Apión

[13 137] Tal vez debiera dejar sin respuesta el resto de las acusaciones para que sea el mismo Apión su propio acusador y el de los egipcios. En efecto, nos reprocha que sacrifiquemos animales domésticos y que no [138] comamos cerdo, y se burla de la circuncisión. Sacrificar animales domésticos es una práctica que tenemos en común con el resto de los hombres, y Apión, al criticar esta costumbre, revela su origen egipcio. Si hubiera sido griego o macedonio no se habría indignado, pues estos pueblos se jactan de ofrecer a los dioses hecatombes y comen las víctimas en los banquetes; y el mundo no ha quedado vacío de rebaños [139] por ello, como temía Apión. Al contrario, si todos siguieran las costumbres de los egipcios, el universo se habría despobiado de hombres y estaría lleno de animales salvajes a los que ellos consideran dioses y alimentan cuidadosamente. Y [140] si alguien le hubiera preguntado a quiénes consideraba los más sabios y más piadosos entre los egipcios, sin duda hubiera contestado que a los sacerdotes. Desde los orígenes, [141] dicen, los reyes encomendaron a éstos dos funciones: el culto de los dioses y la práctica de la sabiduría. Pues bien, todos sus sacerdotes están circuncidados y se abstienen de comer cerdo¹⁸⁷; tampoco entre los demás egipcios hay uno solo que sacrifique un cerdo a los dioses. ¿Acaso Apión [142] tenía la mente ciega, cuando, intentando injuriarnos a nosotros en favor de los egipcios, acaba acusándolos a ellos, quienes no sólo practican las costumbres que él censura, sino que, incluso, han enseñado la circuncisión a otros pueblos, como dice Heródoto?¹⁸⁸ Por eso, me parece justo que [143] Apión, por maldecir las leyes de su patria, haya sufrido el castigo merecido. Pues hubo de ser

circuncidado a consecuencia de una úlcera en los órganos genitales, pero la circuncisión no le sirvió de nada, ya que su carne se gangrenó y murió entre dolores atroces. Los hombres prudentes deben [144] observar estrictamente las leyes de su patria sobre la religión y no menospreciar las de los demás. Apión se apartó de sus leyes y mintió sobre las nuestras. Así acabó Apión. Que éste sea también el fin de mi discurso sobre él.

Refutación de Apolonio Molón y de Lisimaco

Puesto que Apolonio Molón, Lisimaco [145 14] y algunos otros, unas veces por ignorancia, pero casi siempre por malquerencia, han manifestado opiniones injustas y falsas sobre nuestro legislador Moisés y sobre nuestras leyes, acusándole a éste calumniosamente de mago e impostor y diciendo que nuestras leyes son maestras de vicio y no de virtud, quiero hacer un breve relato de nuestro sistema político en su conjunto y en sus detalles, en la medida que [146] me sea posible¹⁸⁹. Creo que quedará claro que, en lo referente a la piedad, las relaciones sociales, el sentido humanitario en general y también el de la justicia, la perseverancia en el trabajo y el menosprecio de la muerte, nuestras leyes están [147] muy bien establecidas. Y yo invito a quienes se encuentren con este libro a que lo lean sin envidia: no he pretendido escribir un panegírico de nosotros mismos; al contrario, considero que entre tantas acusaciones falsas que han sido lanzadas contra nosotros, la defensa más justa es la que se [148] deduce de las leyes que seguimos observando. Sobre todo porque Apolonio no ha reunido sus acusaciones, como Apión, sino que las ha esparcido aquí y allá, unas veces injuriándonos como ateos y misántropos, y acusándonos otras de cobardes e incluso en algún lugar, de insensatos. Dice también que somos los bárbaros más ineptos y, en

consecuencia, los únicos [149] que no hemos aportados nada útil a la humanidad. Creo que todo eso quedará refutado claramente, si consigo demostrar que lo que prescriben nuestras leyes y lo que nosotros observamos con exactitud es precisamente lo contrario de lo que [150] él dice. Pues si me veo obligado a mencionar legislaciones de otros contrarias a las nuestras, los culpables de ello han sido los que pretenden demostrar, por comparación, la inferioridad de las nuestras. Con lo cual, ya no podrán afirmar, creo yo, que no tenemos esas leyes de las que citaré las más importantes, ni que no somos entre todos los pueblos los que mejor las observan.

Moisés, el legislador más antiguo

Resumiendo un poco el discurso, diría, [151 **15**] en primer lugar, que quienes se han preocupado del orden y de una ley común y han sido los primeros en llevarlo a la práctica, por su civilización y virtud natural merecerían en justicia el reconocimiento de su superioridad frente a los que viven sin ley ni orden. De hecho, cada [152] pueblo intenta remontar sus leyes hacia el pasado lo más lejos posible, para que no parezca que han imitado a otros, sino que son ellos los que han enseñado a vivir legalmente a los demás. Estando así las cosas, la virtud del legislador [153] consiste en comprender lo que es mejor y en hacer aceptar las leyes instituidas por él a los que han de usarlas; y la del pueblo consiste en mantenerse firme en sus convicciones sin cambiar nada en ellas ni en la prosperidad ni en la desgracia.

Pues bien, yo afirmo que nuestro legislador supera en [154] antigüedad a cualquiera de los legisladores que se recuerdan. Los Licurgos, los Solones, Zaleuco de Locros y todos cuantos son admirados entre los griegos parecen nacidos ayer o anteayer comparados con él, pues la palabra «ley» no era conocida entre los griegos de la Antigüedad. Homero, que no

[155] emplea ese término en ninguna parte de su obra¹⁹⁰, es testigo de ello, ya que la ley no existía en su época. Los pueblos eran gobernados por máximas indefinidas y por las órdenes de los reyes, y durante mucho tiempo siguieron utilizando normas no escritas, muchas de las cuales se iban modificando de acuerdo con las circunstancias. Nuestro legislador, que [156] vivió en la más remota Antigüedad — esto lo reconocen incluso nuestros detractores—, se mostró como el mejor guía y consejero del pueblo. Y después de haber determinado en su legislación toda la organización de la vida de los hombres, los persuadió a aceptarla y dispuso que fuera conservada sin modificaciones para siempre.

La obra de Moisés

[16 157] Veamos la primera gran obra de Moisés. Cuando nuestros antepasados decidieron abandonar Egipto para regresar a la tierra de sus padres, fue él quien se hizo cargo de aquellos millares de hombres, los libró de numerosas dificultades y los puso a salvo. Tuvieron que atravesar un desierto sin agua y con grandes extensiones de arena, vencer en combate a los enemigos y defender a sus [158] hijos, sus mujeres y también el botín¹⁹¹. En todo esto se mostró el mejor jefe, el consejero más prudente y el más auténtico protector de todos. Dispuso que el pueblo entero dependiera de él y aunque contaba con la obediencia de [159] todos, no se aprovechó de ello para su beneficio personal. En las circunstancias en que los jefes adquieren el poder absoluto y la tiranía y acostumbran a los pueblos a vivir sin leyes, Moisés, elevado a ese grado de poder, consideró, por el contrario, que debía vivir piadosamente y proporcionar al pueblo las mejores leyes, considerando que era el mejor modo de manifestar su propia virtud y de procurar la salvación [160] más segura a los que lo habían elegido jefe. Como su intención era noble y el éxito

coronaba sus acciones, pensó con razón que Dios era su guía y su consejero. Tras convencerse a sí mismo primero de que la voluntad divina inspiraba todos sus actos y todos sus pensamientos, creyó que, ante todo, debía inculcar esta idea en el pueblo, pues los que creen que Dios vela por sus vidas, no se permiten ningún pecado. Así fue nuestro legislador; no un mago ni un impostor, [161] como dicen injustamente los que nos calumnian, sino semejante a ese Minos que alaban los griegos y a los demás legisladores que le siguieron. Unos atribuyen sus leyes a Zeus, [162] otros las hacen remontar a Apolo y su oráculo de Delfos, porque creen que eso es verdad, o porque suponen que así van a ser obedecidas más fácilmente. Comparando unas leyes [163] con otras, podemos saber quién fue el que instituyó las mejores y encontró los preceptos más justos sobre la religión. Éste es el momento de hablar de ello.

Son innumerables las diferencias parciales de las [164] costumbres y las leyes entre los hombres; pero se podrían resumir así: unos han confiado el poder político a las monarquías, otros a las oligarquías y otros al pueblo¹⁹². Nuestro [165] legislador, sin embargo, no puso su mirada en ninguna de estas formas de gobierno, sino que instituyó lo que podría llamarse, haciendo violencia a la lengua, teocracia¹⁹³, poniendo la soberanía y la autoridad en manos de Dios. Convenció [166] a la gente de que se fijara sólo en Él, como autor de todos los bienes, los que son comunes a la humanidad y los que los mismos judíos han recibido por medio de sus plegarias en los momentos difíciles, y como alguien a cuyo conocimiento nada puede escapar, ni de nuestras acciones ni de nuestros pensamientos. Moisés lo representó como único, [167] no creado e inmutable por toda la eternidad; de belleza superior a toda forma mortal, cognoscible para nosotros por su poder, pero incognoscible en su esencia. No digo nada [168]

por el momento sobre el hecho de que los más sabios filósofos griegos, inspirados en las enseñanzas dadas por primera vez por Moisés, hayan adoptado esta concepción de Dios¹⁹⁴; pero que es bella y que está en consonancia con la naturaleza y la grandeza divina lo han atestiguado claramente. Pitágoras, Anaxágoras, Platón, los filósofos estoicos que les sucedieron y casi todos los demás han manifestado su acuerdo con esta [169] concepción de la naturaleza divina. Pero mientras que éstos dirigieron su filosofía a unos pocos y no se atrevieron a dar a conocer su verdadera creencia al pueblo, que estaba ligado a antiguas opiniones, nuestro legislador, adaptando sus actos a sus preceptos, no sólo convenció a sus contemporáneos, sino que inculcó también a los descendientes de éstos una fe [170] inmutable en Dios. La razón de que aventajara siempre a los demás se debe al carácter de su legislación, dirigida a lo útil; pues no consideró la piedad como parte de la virtud, sino todas las demás virtudes —la justicia, la templanza, la fortaleza y la armonía de los ciudadanos en todo— como parte [171] de la piedad. Todas nuestras acciones, conversaciones y razonamientos se refieren a nuestra piedad para con Dios y no dejó ninguna de estas cosas sin examinar ni determinar. Dos son las formas de educación e instrucción moral: la [172] enseñanza del precepto y la práctica de las costumbres. Pues bien, los otros legisladores adoptaron opiniones diferentes, y cada uno escogió de estas dos formas la que le pareció, descuidando la otra. Por ejemplo, los lacedemonios y los cretenses educaban con la práctica, no con el precepto¹⁹⁵, en cambio los atenienses y casi todos los demás griegos prescribían por medio de leyes lo que se debía hacer y lo que no, pero se preocupaban poco de acostumbrar al pueblo en la práctica de dichas leyes.

Moisés armonizó el precepto y la práctica

Nuestro legislador puso mucho cuidado [173 17] en armonizar ambos procedimientos. Ni dejó sin explicación la práctica de las costumbres ni permitió que el texto de la ley quedara sin efecto. Comenzando desde la primera educación y el modo de vida privada de cada uno, no ha dejado nada, por insignificante que sea, al capricho de quienes debían servirse de la ley. Incluso los alimentos de [174] que hay que abstenerse o los que se pueden comer, las personas con las cuales se puede compartir la vida, el tiempo que se ha de dedicar al trabajo y al descanso; todo eso lo delimitó y reguló por la ley para que, viviendo sometidos a ella como a un padre o un dueño, no cometamos ningún pecado voluntariamente o por ignorancia. Pues tampoco [175] dejó el pretexto de la ignorancia, sino que presentó la ley como la forma de instrucción más hermosa y más necesaria. Y ordenó que se escuchara no una vez, ni dos, ni muchas, sino que cada semana, abandonando las demás ocupaciones, nos reuniéramos para oírla y aprenderla correctamente. Esto es lo que todos los legisladores parecen haber olvidado.

Todos los judíos conocen la ley

La mayoría de los hombres están tan [176 18] lejos de vivir según las propias leyes que casi ni conocen, y cuando cometen un delito se enteran por otros de que las han transgredido. Los que entre ellos desempeñan [177] los cargos más altos y más importantes reconocen su ignorancia, puesto que ponen a su lado para dirigir la administración de los asuntos a quienes se consideran expertos en leyes. Cualquiera de nosotros al que le pregunten las leyes, [178] las dirá todas con más facilidad que su propio nombre. Así, aprendiéndolas de memoria desde el despertar de la inteligencia, las tenemos grabadas en nuestras almas¹⁹⁶ es raro que alguien las viole y es imposible eludir el castigo con excusas.

*La unidad de creencias, motivo de la concordia
entre los judíos*

[19 179] Ésta es ante todo la razón de nuestra admirable concordia: tener una sola e idéntica concepción de Dios y una perfecta uniformidad de vida y costumbres, lo cual produce una bellísima armonía en los [180] caracteres de los hombres. Somos los únicos de los que nadie podrá oír opiniones contradictorias acerca de Dios, cosa que es frecuente en otros pueblos, no sólo entre los hombres comunes, que hablan de la divinidad según el sentimiento que les invade, sino entre sus mismos filósofos, que se atreven en sus discursos a suprimir a Dios o a privarle de su providencia sobre los hombres. Tampoco [181] se encontrarán diferencias en las ocupaciones de nuestra vida. Nosotros tenemos trabajos comunes y sobre Dios una única doctrina conforme a la ley, según la cual nada escapa a su mirada. Que todas las ocupaciones de la vida han de tener como fin la piedad, es algo que se puede oír incluso a las mujeres y a los servidores.

Respeto de los judíos por la tradición

[20 182] Ésta ha sido también la causa de la acusación que se nos ha hecho de no haber producido inventores de nuevas artes ni hombres de pensamiento¹⁹⁷. En efecto, los otros pueblos piensan que está bien no mantener las costumbres de sus padres y consideran extraordinaria la sabiduría de los que se atreven a transgredirlas. Para nosotros, por el contrario, la única sabiduría y la única [183] virtud consiste en no llevar a cabo absolutamente ninguna acción ni tener ningún pensamiento contrario a las leyes instituidas desde el principio. Lo que justamente podría probar que la ley está bien establecida, pues cuando no es así, los intentos de corregirla demuestran que tiene necesidad de ello.

Principios de la teocracia

Para nosotros, que tenemos la convicción [184 **21**] de que la ley ha sido instituida desde un principio según la voluntad de Dios, sería impío no observarla. ¿Qué se podría cambiar en ella? ¿Se podría encontrar algo más hermoso? ¿Qué se podría introducir en ella de otras leyes para mejorarla? ¿Se cambiaría el conjunto de la constitución? [185] ¿Puede haber una ley más hermosa y más justa que la que atribuye a Dios el gobierno de todo el Estado y encarga a los sacerdotes que lo administren, confiando al sumo sacerdote la autoridad sobre los demás? El legislador, desde el principio, [186] no puso a éstos en su rango por su riqueza o por otras ventajas accidentales, sino que encargó principalmente la celebración del culto divino a quienes aventajaban a los demás en elocuencia y sabiduría. Esto comprendía la rigurosa [187] observancia de la ley y de las otras ocupaciones. Pues los sacerdotes fueron los encargados de vigilar a todos, de dirimir los litigios y de castigar a los condenados.

¿Puede existir un gobierno más santo que éste? ¿Se puede [188 **22**] honrar a Dios de manera más conveniente que preparando a todo el pueblo para la piedad y confiando a los sacerdotes funciones elegidas, de modo que toda la administración del Estado esté organizada como una ceremonia religiosa? Aun [189] dedicándoles un corto número de días, los otros pueblos no pueden observar los misterios y ritos de iniciación como los llaman, mientras que nosotros los observamos con agrado y [190] con una decisión inmutable toda la vida. ¿Cuáles son los mandatos y las prohibiciones de nuestra ley? Son sencillos y conocidos. El primero es el que se refiere a Dios: Dios, perfecto y bienaventurado, gobierna el universo; se basta a sí mismo y a todos los seres; es principio, medio y fin de todas las cosas; se manifiesta por sus obras y

sus beneficios, y no existe nada más evidente que Él, aunque nosotros no [191] podemos expresar su forma y su grandeza. Toda materia, por muy preciosa que sea, es indigna de representar su imagen; todo arte que intente reproducirla se hace inútil. No conocemos ni imaginamos nada semejante, y es impío representarlo¹⁹⁸. [192] Contemplamos sus obras: la luz, el cielo, la tierra, el sol y la luna, los ríos y el mar, la generación de los animales, el crecimiento de los frutos. Todo esto lo ha creado Dios, no con sus manos y su esfuerzo, ni con ninguna ayuda, cosa de la que no tiene necesidad, sino que por su voluntad las cosas existieron inmediatamente tal como Él quiso¹⁹⁹. Todos deben seguirle y servirle con la práctica de la virtud, pues ésa es la manera más santa de servir a Dios.

El culto

[23 193] Hay un solo templo para un único Dios —pues lo semejante siempre ama lo semejante—²⁰⁰, común para todos, igual que Dios es también común para todos. Los sacerdotes han de estar a su servicio continuamente, y al frente de ellos estará siempre el más distinguido [194] por su linaje. Éste, junto con los otros sacerdotes, ofrecerá sacrificios a Dios, guardará las leyes, juzgará las controversias y castigará a los condenados. Si alguien le desobedece, será castigado como si hubiera cometido una impiedad contra el mismo Dios. Hacemos sacrificios, no para [195] embriagarnos —pues esto no es del agrado de Dios— sino para hacernos prudentes. En los sacrificios, primero debemos [196] rogar por la salvación común, después por nosotros mismos, pues hemos nacido para la comunidad, y el que la antepone a su propio interés se hace más agradable a Dios. Debemos [197] pedir a Dios, no que nos conceda bienes —pues nos los ha dado de grado y los ha puesto a disposición de todos— sino que podamos recibirlos y conservarlos después de haberlos recibido. La ley prescribe

purificaciones antes de los sacrificios, [198] después de un funeral, de un parto, de estar con una mujer y en otros muchos casos.

Normas sobre el matrimonio

¿Cuáles son las leyes sobre el matrimonio? [199 **24**] La ley reconoce una sola unión, la unión natural con una mujer, y solamente si tiene por finalidad la procreación²⁰¹. Abomina de la unión entre varones y castiga con la muerte a quien la intenta²⁰². Ordena contraer matrimonio sin [200] preocuparse de la dote, sin raptar a la mujer y sin persuadirla con engaños o mentiras; se debe pedir su mano al que sea dueño de concederla y esté cualificado por el parentesco²⁰³. La mujer, dice la ley, es inferior al hombre en todo²⁰⁴. Por [201] eso debe obedecer, no para humillarse, sino para ser dirigida, pues Dios concedió la fuerza al hombre. El marido no debe unirse más que con su mujer; seducir a la mujer de otro es un pecado. Si alguien lo hiciera, ninguna excusa le libraría de la muerte, y tampoco si hubiera violentado a una virgen prometida [202] a otro o si hubiera seducido a una casada²⁰⁵. La ley ordena alimentar a todos los hijos y prohíbe a las mujeres abortar o destruir el semen por cualquier otro medio; una mujer sería considerada infanticida por destruir una vida y disminuir la raza²⁰⁶. Por la misma razón, si alguien tiene relaciones con una mujer después de su parto, no puede ser [203] considerado puro²⁰⁷. Incluso después de las relaciones legítimas de marido y mujer, la ley prescribe abluciones²⁰⁸; supone que el alma se contamina al haber pasado a otro lugar, pues el alma sufre por estar albergada en el cuerpo y también cuando se separa de él por la muerte²⁰⁹. Por eso la ley ha ordenado purificaciones en todos esos casos.

La educación de los niños

[25 204] La ley no permite que en el nacimiento de los niños se celebren fiestas que sirvan de pretexto para embriagarse; al contrario, ha dispuesto la sobriedad en el inicio de su educación. Ordena que se enseñe a los niños a leer y que aprendan las leyes y las acciones de sus antepasados²¹⁰; éstas para que puedan imitarlas y aquéllas para que, educados en ellas, no las transgredan poniendo como excusa su ignorancia.

Ritos funerarios

La ley ha previsto ceremonias piadosas [205 26] para con los muertos, que no consisten en entierros lujosos ni en distinguidos monumentos funerarios²¹¹, sino en confiar a los familiares más cercanos el cumplimiento de los ritos fúnebres; todos los que se encuentran con el cortejo deben unirse a la familia y llorar con ella²¹². Después de la ceremonia se debe purificar la casa y a sus habitantes²¹³.

Respeto a los padres y otros mandatos

La ley ordena el respeto a los padres en [206 27] segundo lugar, después del respeto a Dios²¹⁴ y condena a la lapidación²¹⁵ a quien no corresponda a sus beneficios o les falte en lo más mínimo. Dice que los jóvenes deben respetar a todo anciano²¹⁶ ya que Dios es la suprema ancianidad²¹⁷. No permite que se oculte nada a los amigos, [207] pues no existe amistad sin una confianza absoluta²¹⁸. Y si surge una enemistad, prohíbe revelar los secretos. Si un juez acepta soborno, es castigado con la muerte²¹⁹. Mostrar indiferencia ante un suplicante al que se pueda ayudar implica culpabilidad²²⁰. [208] Nadie podrá coger lo que no ha dejado en depósito²²¹, ni tocar lo que pertenezca a otros²²²; no se devengarán intereses²²³. Éstas y otras muchas normas semejantes regulan nuestra vida en común.

Sobre los extranjeros

[28 209] Es digna de tener en cuenta la preocupación del legislador por la equidad para con los extranjeros. Está claro que ha previsto la mejor manera de que no corrompamos nuestras costumbres ni impidamos [210] que las compartan con nosotros los que lo deseen. Acepta con benevolencia a cuantos quieran venir a vivir bajo nuestras mismas leyes, considerando que el parentesco no se produce sólo por el linaje, sino también por la elección de la forma de vida²²⁴. Sin embargo, no quiso que se mezclasen en nuestra vida privada los que vienen de paso.

Humanidad de la ley

[29 211] Nos ha dado otros mandatos cuya exposición es obligada: proporcionar fuego, agua y alimentos a cuantos lo necesiten, mostrar el camino²²⁵, no dejar a nadie sin sepultura²²⁶ y ser justos incluso con los enemigos [212] declarados. En efecto, no permite devastar su país con incendios²²⁷, ni talar los árboles frutales²²⁸; incluso prohíbe despojar a los caídos en combate²²⁹ y se ha preocupado de que se evite el ultraje a los prisioneros, y sobre todo a las mujeres²³⁰. Nos ha dado tan cumplida lección de clemencia [213] y humanidad que ni siquiera ha descuidado a los animales irracionales, autorizando su uso solamente según la ley y prohibiéndolo en cualquier otro caso²³¹. No se debe matar a los animales que se refugian en las casas buscando protección²³². Tampoco permite que se mate a los padres junto con las crías²³³, y ordena que, incluso en territorio enemigo, se respete a los animales de labor y que no se les mate²³⁴. Así [214] se ha preocupado en todo de la moderación, sirviéndose de las leyes mencionadas para enseñarnos y estableciendo contra los transgresores sanciones que no admiten excusa.

Castigos y recompensas

En la mayoría de los casos, la transgresión [215 30] de la ley se castiga con la muerte: si alguien comete adulterio²³⁵, viola a una muchacha²³⁶, se atreve a seducir a un varón²³⁷, o si el seducido consiente. Si se trata de esclavos la ley es igualmente inflexible. En lo que se [216] refiere a los delitos sobre medidas y pesos, la venta injusta y fraudulenta, el robo, la sustracción de algo que no ha sido dejado en depósito, todas estas faltas son castigadas con penas²³⁸ no semejantes a las de otras legislaciones, sino más [217] severas. Si alguien intenta cometer una injusticia con los padres o una impiedad contra Dios, es castigado inmediatamente [218] con la muerte²³⁹. Sin embargo, los que viven conforme a la ley no reciben ninguna recompensa de plata o de oro, ni siquiera una corona de olivo o de apio o cualquier otra distinción semejante proclamada por el heraldo, sino que cada uno, con el testimonio de su propia conciencia y de acuerdo con la profecía del legislador y la firme promesa de Dios, confía en que quienes han observado las leyes y, si era necesario morir por ellas, han dado generosamente su vida, recibirán de Dios una nueva existencia y una vida mejor en [219] el ciclo de las edades. Yo dudaría en escribir estas cosas si por los hechos no estuviera claro para todo el mundo que muchos de los nuestros y en muchas ocasiones han preferido soportarlo todo valerosamente antes que pronunciar una sola palabra contra la ley.

La observancia de las leyes entre los judíos es admirable

[31 220] Si nuestro pueblo no fuera conocido por todos los hombres y nuestra voluntaria [221] observancia de las leyes no fuera evidente, en el caso de que un autor que hubiera compuesto una historia se la leyera a los griegos o dijera que se había encontrado en cualquier parte fuera del mundo

conocido con hombres que tienen una idea tan santa de Dios y que han permanecido fieles a esas leyes durante siglos, yo creo que todos se admirarían debido a los [222] continuos cambios que entre ellos se han producido. A los que han intentado redactar una constitución y unas leyes semejantes los griegos les han reprochado siempre el haber compuesto algo, si bien maravilloso, fundado, según ellos, en bases imposibles. Paso por alto a los demás filósofos que se han ocupado de cuestiones semejantes en sus obras. Pero [223] Platón, admirado entre los griegos por haber superado a todos los filósofos por la dignidad de su vida y por la fuerza de su talento y su elocuencia persuasiva, es constantemente ridiculizado y poco menos que ultrajado por los que se consideran hábiles políticos. No obstante, si alguien examina [224] atentamente sus leyes, encontraría que son más fáciles que las nuestras y más cercanas a las costumbres de la mayoría; el propio Platón reconoce que no sería seguro inculcar la idea verdadera de Dios a la multitud ignorante²⁴⁰. Pero para algunos, las obras de Platón son sólo discursos [225] vacíos bellamente escritos y el legislador más admirado es Licurgo; todos alaban a Esparta por haberse mantenido fiel a sus leyes durante largo tiempo²⁴¹. Así pues, hay que reconocer [226] que la obediencia a las leyes es una prueba de virtud. Pero que comparen los admiradores de los lacedemonios la duración de este pueblo con los más de dos mil años de nuestra constitución²⁴². Y además, que reflexionen sobre esto: [227] los lacedemonios durante el tiempo que fueron independientes y tuvieron libertad, decidieron guardar con exactitud sus leyes, pero cuando los reveses de la fortuna les afectaron, las olvidaron casi todas. En cambio nosotros, que hemos sufrido [228] mil desgracias debidas a los cambios de los príncipes que reinaron en Asia, ni siquiera en los peligros más extremos hemos traicionado nuestras leyes, y no es que

las hayamos seguido por pereza o molicie, sino que, si alguien quisiera observarlo, encontraría que nos imponen pruebas y trabajos mucho mayores que la supuesta dureza impuesta a los lacedemonios. [229] Los que no cultivaban la tierra ni se fatigaban en oficios, libres de todo trabajo, pasaban su vida alegremente [230] en la ciudad ejercitando su cuerpo en la belleza, utilizando a otros como servidores para todas las cosas de la vida y recibiendo de ellos la comida preparada, dispuestos a hacer y sufrir lo que fuera por obtener una sola cosa hermosa y humana: vencer a todos contra quienes emprendieron una [231] guerra. Excuso decir que ni siquiera en eso tuvieron éxito, pues no uno solo, sino muchos en grupo, descuidando en numerosas ocasiones lo ordenado por la ley, se rindieron con sus armas a los enemigos²⁴³.

Firmeza de los judíos ante la muerte

[32 232] ¿Acaso se han conocido entre nosotros, no digo tantos, sino dos o tres hombres que hayan traicionado las leyes o temido a la muerte? No me refiero a la muerte más fácil, la que sobreviene en los combates, sino a la que va acompañada de tortura del cuerpo, que parece [233] ser la más amarga de todas. Yo por mi parte pienso que algunos de nuestros dominadores nos maltrataban no por odio a los que estaban sometidos a su poder, sino porque querían contemplar el espectáculo más admitable: ver si existen hombres convencidos de que su único mal consiste [234] en verse obligados a hacer o decir algo contra sus leyes. No hay que extrañarse de que, por las leyes, nos enfrentemos a la muerte con más valor que todos los otros pueblos. Pues los demás no soportan fácilmente ni siquiera aquellas de nuestras costumbres que parecen más llevaderas, me refiero al trabajo personal, la alimentación frugal, no dejar al azar o al deseo de cada uno el comer, el beber, las relaciones sexuales o los

gastos, y aceptar el descanso fijado inmutablemente. Los que marchan al encuentro de los enemigos espada [235] en mano y los ponen en fuga al primer choque no son capaces de enfrentarse a los mandatos que rigen nuestra forma de vida. En cambio nosotros obedecemos gustosamente estas prescripciones de la ley y, además, nos sobra valor para demostrarlo en el combate.

Crítica de la religión griega

Por otra parte, los Lisímaco, los Molón, [236 33] y otros escritores semejantes, despreciables sofistas, engañadores de la juventud, nos injurian como si fuéramos los más viles de los hombres. Yo no hubiera querido someter [237] a examen las leyes de los otros pueblos, pues es tradicional entre nosotros observar nuestras propias leyes, y no criticar las de los extranjeros. Incluso nuestro legislador nos prohibió explícitamente ridiculizar o hablar mal de los que otros consideran dioses, a causa del propio nombre de Dios²⁴⁴. Pero como nuestros acusadores creen confundirnos [238] en la comparación, no puedo guardar silencio, sobre todo cuando lo que voy a decir ahora no ha sido inventado por nosotros sino expuesto por muchos y muy estimados autores. [239] Entre los griegos más admirados por su sabiduría ¿quién no ha reprochado a los poetas más ilustres y a los legisladores más autorizados el haber sembrado desde el principio entre los pueblos tales ideas sobre los dioses? Han dado a conocer [240] el número de dioses que han querido, nacidos unos de otros y engendrados de formas diversas. Los distinguen por sus lugares de residencia y su forma de vida como a las especies animales: unos bajo tierra²⁴⁵, otros en el mar²⁴⁶, los más [241] ancianos encadenados en el Tártaro²⁴⁷. A los dioses a los que se ha asignado el cielo, se les ha sometido a uno que es padre de nombre, pero de hecho es un tirano y un déspota. Por eso

imaginaron intrigas urdidas contra él por su esposa, su hermano y su hija, a la que había engendrado de su cabeza, para apoderarse de él y hacerle prisionero²⁴⁸, como él mismo había hecho con su padre.

[34 242] Los hombres que se distinguen por su inteligencia consideran esto, con razón, digno de censura y, además, encuentran ridículo estar obligados a creer que unos dioses sean jóvenes imberbes y otros ancianos barbudos; que se ocupen de diferentes oficios: que uno sea herrero²⁴⁹, otra tejedora²⁵⁰, otro guerrero y luche con los hombres²⁵¹, que otros toquen la [243] cítara²⁵² o se diviertan con el arco²⁵³. Además, se producen disputas entre ellos y rivalidades por causa de los hombres, hasta el punto de que no sólo llegan a las manos entre sí, sino que, incluso, se lamentan de haber sido heridos y maltratados [244] por los mortales²⁵⁴. Y, en el colmo de la grosería, ¿no es absurdo que atribuyan a casi todos los dioses, varones [245] y hembras, uniones y amores sin freno? Después, el más noble y primero de todos, el propio padre, contempla con indiferencia cómo son apresadas o arrojadas al mar mujeres que, seducidas por él, quedaron encinta²⁵⁵, y no puede salvar a sus propios hijos, sometido como está al destino, ni puede soportar su muerte sin llorar. Esto está muy bien; pero [246] aún hay más: en el cielo el adulterio es visto por los dioses con tanta desvergüenza que algunos reconocen, incluso, que envidian a los que están implicados en él²⁵⁶. Pues, ¿qué no iba a suceder cuando el más viejo, el rey, ni siquiera pudo reprimir el deseo de poseer a su esposa el tiempo de llegar a la alcoba²⁵⁷? Hay dioses que han estado al servicio de los [247] hombres: unas veces construyendo edificios²⁵⁸ a cambio de un salario²⁵⁹, otras, como pastores; otros están encadenados como malhechores en una cárcel de bronce²⁶⁰. ¿Qué hombre en su sano juicio no se sentiría empujado a

reprender a los inventores de todo esto y a condenar la gran estupidez de los que lo admiten? Otros han divinizado el terror y el miedo, la [248] rabia y la astucia. ¿A cuál de entre las peores pasiones no han representado con la naturaleza y la forma de un dios? Han persuadido a las ciudades a que ofrezcan sacrificios a los más favorables. Así pues, se han visto en la necesidad [249] absoluta de creer que algunos dioses son otorgadores del bien y de denominar a otros «dioses que alejan las desgracias». En consecuencia, los desvían con favores y presentes igual que a los hombres más malvados, como si esperaran recibir algún mal de ellos si no les pagaran.

Negligencia de los legisladores griegos en materia de religión

[250] ¿Cuál es, pues, la causa de tal anomalía y de tal error con respecto a la divinidad? Yo pienso que sus legisladores no han comprendido desde el principio la verdadera naturaleza de Dios y que tampoco, en la medida que pudieron comprenderla, la han sabido definir para conformar respecto a ella el resto de su organización [251] política. Como si se tratara de una cosa sin importancia, han permitido a los poetas presentar a los dioses que quisieron sometidos a todas las pasiones, y a los políticos, conceder el derecho de ciudadanía mediante un decreto a cualquier dios [252] extranjero que les pareciera útil. En este aspecto, pintores y escultores han gozado también de gran libertad entre los griegos, concibiendo cada uno una forma: uno lo modelaba de arcilla, otro lo dibujaba y los artistas más renombrados utilizaban el marfil y el oro, materiales apropiados para [253] invenciones siempre nuevas. Luego, algunos dioses que gozaron de grandes honores en otro tiempo, han envejecido, [254] por decirlo con el mayor respeto. Otros que han sido introducidos recientemente reciben culto; y algunos templos quedan desiertos, se construyen otros

nuevos según la voluntad de cada uno cuando, por el contrario, deberían mantener inmutables el concepto de Dios y el honor que se le tributa.

*Analogías entre las leyes de Platón y las de los
judíos*

[255] Apolonio Molón se contaba entre los insensatos y ciegos; sin embargo, a los filósofos griegos que han hablado según la verdad no les ha pasado desapercibido nada de lo que acabo de decir, ni tampoco han ignorado los fríos pretextos de las alegorías. Por ello con razón las han despreciado y en la verdadera y adecuada [256] concepción de Dios coinciden con nosotros. Partiendo de esta idea, Platón declara²⁶¹ que ningún poeta debe ser admitido en la República y excluye a Homero con palabras elogiosas, después de haberle coronado y rociado con perfume, para que no oscurezca la correcta concepción de Dios con sus mitos. Pero Platón imita a nuestro legislador, sobre [257] todo al prescribir a los ciudadanos como principal educación que aprendan con exactitud todas las leyes, y también en las medidas que tomó para que los extranjeros no se mezclasen al azar sino que el Estado se mantuviera puro con ciudadanos fieles a las leyes. Sin haber reflexionado en nada de esto, [258] Apolonio Molón nos ha acusado de no aceptar a personas que han tenido antes otras creencias acerca de Dios²⁶² y de no querer convivir con quienes han elegido otra forma de vida. Pero esta práctica no es nuestra en particular, sino que [259] es común a todos los pueblos, no sólo a los griegos sino incluso a los más reputados entre los griegos. Los lacedemonios tenían la costumbre de expulsar a los extranjeros y no permitían a sus propios ciudadanos viajar, temiendo en ambos casos la corrupción de sus leyes. Tal vez se les pueda [260] reprochar con razón su falta de sociabilidad por no conceder a nadie el derecho de ciudadanía ni el de

residencia entre ellos. Nosotros, sin embargo, no creemos que debamos imitar [261] las costumbres de otros, pero aceptamos con agrado a los que quieren participar de las nuestras. Y esto, en mi opinión, es una prueba de humanidad y de magnanimidad.

Castigos de la impiedad entre los atenienses

[37 262] Acerca de los lacedemonios no diré nada más. Pero los atenienses, que consideraban su ciudad común a todos, ¿qué actitud tuvieron a este respecto? Apolonio ha ignorado que castigaban implacablemente a quienes pronunciaban una sola palabra contra sus leyes [263] sobre los dioses. Pues ¿por qué razón murió Sócrates? Ni había entregado su patria a los enemigos ni había saqueado ningún templo; pero estableció nuevas fórmulas de juramento²⁶³, y bromeando solía decir, por Zeus, que un demonio se comunicaba con él —según se cuenta—. Por eso fue [264] condenado a morir bebiendo la cicuta. Además, el acusador le culpaba de corromper a los jóvenes induciéndolos a despreciar la constitución y las leyes de la patria. Así pues, [265] Sócrates, ciudadano ateniense, sufrió tal castigo. Anaxágoras era de Clazómenas²⁶⁴; sin embargo, como los atenienses consideraban al sol un dios, mientras él decía que era una masa de metal incandescente, por muy pocos votos no lo [266] condenaron a muerte. Ofrecieron públicamente un talento por la cabeza de Diágoras de Melos²⁶⁵ por burlarse de sus misterios, según se decía. Y Protágoras²⁶⁶, si no se hubiera apresurado a huir, habría sido detenido y condenado a muerte por haber escrito algo que contradecía las opiniones [267] de los atenienses sobre los dioses. ¿Por qué iba a extrañarnos que actuaran así con hombres tan dignos de crédito si ni siquiera perdonaron la vida a las mujeres? En efecto, hicieron matar a la sacerdotisa Nino²⁶⁷, que había sido acusada de iniciar en el

culto de dioses extranjeros; esto estaba prohibido por la ley entre ellos, y la pena para los que introducían un dios extranjero era la muerte. Los que tenían tal ley, evidentemente, [268] no creían que los dioses de los otros pueblos lo fueran realmente, o no se habrían opuesto a la ventaja de disfrutar de un número de dioses mayor.

*Los escitas y los persas también castigan la
impiedad*

Esto por lo que se refiere a los atenienses. [269] Los escitas, que se complacen en los sacrificios humanos y que no son muy diferentes de las bestias, creen, sin embargo, que deben proteger sus costumbres. A Anacarsis, a quien los griegos admiraban por su sabiduría, lo condenaron a muerte al regresar a su patria porque creyeron que volvía impregnado de las costumbres griegas²⁶⁸. También [270] entre los persas podríamos encontrar a muchos hombres castigados por la misma razón. Está claro que a Apolonio le agradaban las leyes de los persas y que sentía admiración por éstos, porque los griegos se beneficiaron de su valor y de la coincidencia con sus ideas religiosas. De esto último, cuando incendiaron sus templos, y de su valor, cuando por poco les hacen esclavos. Llegó a ser imitador de las costumbres persas, ultrajando a las mujeres extranjeras y mutilando a sus hijos. Entre nosotros, la pena establecida contra quien [271] maltrata así incluso a un animal irracional es la muerte²⁶⁹. Y nada tiene poder para apartarnos de estas leyes, ni el temor a nuestros señores, ni la envidia a las instituciones estimadas por otros pueblos.

No hemos ejercitado nuestro valor para emprender [272] guerras por ambición, sino para conservar nuestras leyes. Soportamos pacientemente cualquier otro tipo de humillación, pero cuando alguien pretende obligarnos a modificar nuestras normas, entonces emprendemos guerras por encima de

nuestras fuerzas y nos mantenemos firmes en las desdichas [273] hasta las últimas consecuencias. ¿Por qué habríamos de envidiar las leyes de los otros cuando vemos que no son observadas ni siquiera por sus autores? Pues, ¿cómo no iban a despreciar los lacedemonios su constitución insociable y su menosprecio del matrimonio, y los eleos y tebanos las relaciones [274] antinaturales entre varones? Estas prácticas, que en otro tiempo consideraban muy honrosas y apropiadas, aunque de hecho no las abandonaron completamente, no las [275] confiesan. Incluso repudian las leyes referentes a las mismas, que en otro tiempo estuvieron tan vigentes entre los griegos, que atribuyeron a los dioses las uniones entre varones²⁷⁰ y, por la misma razón, los matrimonios entre hermanos²⁷¹, poniéndolo de excusa para sus propios placeres anormales y contrarios a la naturaleza.

Otros pueblos eluden y violan sus leyes

[38 276] Por el momento no voy a hablar de los castigos desde los comienzos y de cuantas escapatorias para eludirlos han ofrecido la mayoría de los legisladores a los culpables, determinando una multa en caso de adulterio y el matrimonio en caso de seducción; ni tampoco de las excusas que ofrecen en caso de impiedad para negarlo, aunque se intentara una investigación. En efecto, entre la mayoría, transgredir las leyes ha llegado a ser una ocupación. [277] Pero no ocurre así entre nosotros; aunque seamos despojados de nuestras riquezas, de nuestras ciudades y de los demás bienes, la ley, al menos, permanece inmortal para nosotros. No hay un solo judío, por muy lejos que se encuentre de su patria o por muy atemorizado que esté por un amo cruel, que no tema más a la ley que a éste. Si estamos tan vinculados [278] a nuestras leyes a causa de su virtud, se nos debe reconocer que tenemos unas leyes excelentes. Y si se considera que somos fieles a unas malas

leyes hasta ese punto ¿qué castigo no merecerían los que transgreden otras que son mejores?

La ley judía ha sido adoptada por varios pueblos

Puesto que una larga duración es considerada [279 **39**] la prueba más segura de todas las cosas, yo podría considerar ésta como testimonio de la virtud de nuestro legislador y de la revelación acerca de Dios que Él nos ha transmitido. Habiendo transcurrido un tiempo inconmensurable, [280] si se compara la época en que vivió Moisés con la de los demás legisladores, se puede ver que durante todo ese tiempo las leyes han sido aprobadas por nosotros y han originado cada vez más la envidia de todos los demás hombres. Los primeros, los filósofos griegos, aparentemente [281] observaban las leyes patrias; sin embargo, en sus escritos y en su filosofía siguieron a Moisés, teniendo la misma idea de Dios y enseñando una vida sencilla y la concordia entre los hombres. Y por otro lado, muchos pueblos y desde hace [282] mucho tiempo, han demostrado gran interés por nuestras prácticas piadosas, y no hay una sola ciudad griega, ni un solo pueblo bárbaro donde no se haya extendido nuestra costumbre del descanso semanal y donde los ayunos, el encendido de las lámparas y muchas de nuestras leyes respecto a la comida no sean observadas. Se esfuerzan también en [283] imitar nuestra concordia y nuestra generosidad, nuestro amor al trabajo en los oficios y nuestra firmeza en defensa [284] de las leyes ante la tortura. Pero lo más admirable es que nuestra ley ha obtenido la fuerza por sí misma, sin el encanto seductor del placer; y de la misma manera que Dios está extendido por todo el universo, la ley ha avanzado entre todos los hombres. Cada hombre que reflexione sobre su [285] patria y su casa, no dudará de mis palabras. Es, pues, necesario que nuestros detractores acusen a todos los hombres de malicia voluntaria por haber querido

seguir leyes extranjeras y malas en vez de las suyas propias y buenas o que dejen de [286] denigrarnos. Nosotros no pretendemos ninguna cosa criticable honrando a nuestro legislador y creyendo en sus palabras proféticas acerca de Dios; y aunque nosotros mismos no comprendiéramos la virtud de nuestras leyes, sin duda el gran número de hombres que las siguen nos hubiera inducido a tener un elevado concepto de ellas.

Recapitulación

[40 287] En mis escritos sobre las *Antigüedades* he dado una explicación detallada de nuestras leyes y de nuestra constitución; lo he mencionado aquí en la medida en que era necesario, no para reprobar las costumbres de los otros ni para alabar las nuestras, sino para refutar a los que han escrito injustamente sobre nosotros, atacando [288] vergonzosamente la propia verdad. Creo haber cumplido suficientemente en esta obra la promesa que hice al principio. Efectivamente, he demostrado que nuestra raza se remonta a una antigüedad remota aunque nuestros acusadores dicen que es muy reciente. También he presentado muchos testigos antiguos que nos mencionan en sus obras, aunque para [289] nuestros detractores no exista ninguno. Ellos dicen que nuestros antepasados eran egipcios; yo he demostrado que llegaron a Egipto desde otro lugar. Ellos afirman falsamente que los judíos fueron expulsados de Egipto a causa de sus enfermedades corporales. Ha quedado bien claro que regresaron a su tierra por voluntad propia y con una salud excelente. Ellos han calumniado a nuestro legislador como al [290] más despreciable, pero Dios dio testimonio de su virtud en la Antigüedad, y después de Dios, el tiempo.

Conclusión

Sobre las leyes no hay necesidad de extenderse [291 41] más. Pues han demostrado por sí mismas que no enseñan la impiedad sino la piedad más verdadera; que no invitan al odio sino a la participación de todos en los bienes; que son enemigas de la injusticia y que se preocupan de la justicia, rechazando la pereza y el lujo y enseñando la moderación y el trabajo; que condenan las guerras de conquista, [292] pero preparan a los hombres para que las defiendan valientemente; son inflexibles en los castigos, insensibles a los sofismas, apoyándose siempre en los actos, pues, para nosotros, éstos son más claros que cualquier documento. Por [293] lo cual, me atrevería a decir que nosotros hemos iniciado a otros pueblos en muchas y hermosas ideas. Pues ¿qué puede haber más hermoso que la piedad inviolable? ¿Qué más justo que la obediencia de las leyes? ¿Qué más beneficioso [294] que vivir en armonía unos con otros y no separarse en la adversidad ni provocar disensiones en la prosperidad por arrogancia, sino despreciar la muerte en la guerra, aplicarse a las artes o a la agricultura en la paz y creer que Dios extiende su mirada y su autoridad en todo y por todas partes? Si estos preceptos hubieran sido escritos anteriormente [295] por otros pueblos o hubieran sido observados con más firmeza, nosotros, como discípulos, les deberíamos agradecimiento. Pero si vemos que nadie los observa mejor que nosotros y hemos demostrado que la invención de estas leyes es cosa nuestra, entonces, que los Apiones, los Molones y todos los que gozan mintiendo y calumniando, queden [296] refutados. A ti, Epafrodito, que amas la verdad ante todo, y por medio de ti a los que quieran igualmente conocer nuestro origen, te dedico este libro y el anterior.

[126](#) Apión, nacido en Egipto, estudió en Alejandría y enseñó retórica en Roma. En tiempos de Calígula desempeñó un papel activo en la revuelta antijudía. Escribió una *Historia de Egipto* en cinco libros donde se incluían algunos de sus ataques a los judíos, y una obra de erudición sobre Homero.

[127](#) Apión confunde las sinagogas occidentales (*proseuchai*), o el templo de Onías con el templo de Jerusalén. En Occidente, las sinagogas estaban orientadas al Este, es decir, hacia Jerusalén, pero en la misma Jerusalén esta orientación estaba prohibida para evitar toda confusión con los paganos.

[128](#) Para los obeliscos de Heliópolis, cf. HERÓDOTO, II 111.

[129](#) Para la cronología del éxodo que dan Manetón y Lisímaco véanse I 103-4 y notas, y I 305 ss. y notas. La fecha propuesta por Apión corresponde al 752 a. C. y tiene por objeto hacer coincidir la fundación de Cartago con la de Roma.

[130](#) Cf. I 126.

[131](#) Cf. I 110 ss.

[132](#) Esta cifra no concuerda con la que da la Biblia, cuatrocientos ochenta años según *I Reyes* 6, 1, ni tampoco con la que da JOSEFO, en *Antigüedades* VIII 61, pero sí con la de *Antigüedades* XX 230.

[133](#) El extracto de Lisímaco en I 404 s. no da ninguna cifra.

[134](#) Apión dice que descansaron el séptimo día, pero no dice que lo hicieran en Judea (II 21).

[135](#) El Gran Oasis, en el Alto Egipto, al este de Tebas.

[136](#) El barrio judío estaba situado al nordeste de Alejandría, cerca del puerto y del palacio real. La necrópolis estaba al oeste de la ciudad.

[137](#) Cf. *Guerra de los judíos* II 487 s. El establecimiento de los judíos en Alejandría no parece haber sido anterior a Ptolomeo Soter (cf. *Antigüedades* XII 8).

[138](#) La estela de César el Grande, mencionada en *Antigüedades* XIV 188, corresponde en realidad a Augusto.

[139](#) Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía seléucida (cf. *Antigüedades* XII 119). Los derechos de los judíos antioqueos fueron inscritos en tablillas de bronce cuando Tito visitó Alejandría. Cf. *Guerra de los judíos* VII 110.

[140](#) Antíoco II Teós (262-246 a. C.) sobre todo. Cf. *Antigüedades* XII 125.

[141](#) Una exageración respecto a los iberos. Vespasiano había concedido el *lus Latii*, que es un privilegio inferior a la ciudadanía romana, a toda la Península Ibérica en el año 75 (cf. TÁCITO, *Historias* III 53, 70).

[142](#) Otra exageración. Los egipcios eran considerados por los emperadores romanos inferiores a los griegos. Pero podían obtener la ciudadanía romana en las siguientes condiciones: debían conseguir primero la ciudadanía alejandrina (cf. PLINIO a Trajano, *Epístola* 6 y *Epístola* 10, y TRAJANO a Plinio, *Epístola* 7); los egipcios, aun después de obtenida la ciudadanía romana, no podían ejercer las funciones que daban acceso al Senado (cf. DIÓN CASIO, LI 17, 2).

[143](#) Sólo tres distritos de Samaria, no todo el país, fueron cedidos a los judíos exentos de tributo por Demetrio II. Cf. *I Macabeos* 11, 34 y 10, 38.

[144](#) Aunque Josefo exagera, sí había algunas guarniciones judías en Egipto; una de ellas es mencionada en *Guerra de los judíos* I 191, y *Antigüedades* XIV 133.

[145](#) En tiempos de Sila, los judíos de Cirene formaban una de las cuatro clases (cf. *Antigüedades* XIV 115).

[146](#) Este párrafo procede de la llamada «Carta de Aristeas», parafraseada por Josefo en *Antigüedades* XII 12 ss.

[147](#) No atestiguado por ningún otro texto.

[148](#) Ptolomeo VI Filométor reinó del 181 al 145 a. C. Cleopatra II era su hermana y esposa. Este Onías pudiera ser el fundador del templo de Leontópolis. Dositeo es desconocido.

[149](#) A la muerte de Filométor en el año 146 a. C, su esposa Cleopatra proclamó rey a su joven hijo Ptolomeo Filopátor Neos. El hermano del difunto rey, Ptolomeo Evérgetes (II) Fiscón, llamado por los alejandrinos, vino de Cirene, dio muerte al joven rey, se casó con la reina y se adueñó del trono.

[150](#) L. Minucio Termo, que ya había ayudado a Fiscón en el año 154 en Chipre.

[151](#) Desde aquí hasta 113 el manuscrito presenta una laguna que el editor ha rellenado con la traducción latina realizada a instancias de Casiodoro, ministro del rey Teodorico.

[152](#) El episodio de los elefantes en 3 *Macabeos* 4-5, se atribuye a Ptolomeo IV Filopátor (225-205 a. C).

[153](#) El asesinato tuvo lugar en el templo de Ártemis en Éfeso según JOSEFO, *Antigüedades* XV 89, y en Mileto, según APIANO, *Bellum Civile* V 9.

[154](#) Su esposo y hermano Ptolomeo XV fue envenenado por ella en Roma, en el año 44 a. C.

[155](#) Cf. *Antigüedades* XV 90.

[156](#) Octavio, año 30 a. C.

[157](#) Julio César fue apoyado en su guerra con Alejandría por un contingente de judíos. Cf. *Antigüedades* XIV 127 ss.; *Guerrade los judíos* I 187 ss.

[158](#) Germánico, sobrino de Tiberio, visitó Egipto en el año 10 d. C. No repartió trigo a los judíos porque no los consideró ciudadanos.

[159](#) Cf. *Guerra de los judíos* I 175: un destacamento judío guardaba las vías de acceso a Pelusio.

[160](#) Para estas rivalidades entre cultos locales, cf. JUVENAL, *Sátira* 15, 33 ss.; *Contra Apión* I 225.

[161](#) Cf. *Éxodo* 20, 4.

[162](#) En el Templo de Jerusalén se hacían sacrificios dos veces al día por la salud del emperador y del pueblo romano, según *Guerra de los judíos* II 197.

[163](#) Según FILÓN, *Legatio ad Caium* 157, el emperador se hacía cargo de los gastos de estos sacrificios.

[164](#) Posidonio de Apamea (135-51 a. C. aproximadamente), filósofo estoico e historiador, amigo de Pompeyo y de Cicerón.

[165](#) Esta calumnia aparece de distintas formas. TÁCITO, *Historias* V 3 ss., refiere que Moisés, siguiendo una manada de asnos salvajes, descubrió agua en el desierto. DIODORO (fr. XXXIV) afirma que Antíoco Epífanés encontró en el templo la estatua de un hombre barbado (Moisés), cabalgando sobre un asno. La calumnia del culto al asno pasó posteriormente a los cristianos (cf. TERTULIANO, *Apología* 16).

[166](#) Antíoco Sidetes, llamado el Piadoso, tomó Jerusalén en el año 130 a. C. (cf. *Antigüedades* XIII 244).

[167](#) Licinio Craso fue gobernador de Siria los años 54-53 a. C. (cf. *Antigüedades* XIV 105 ss.).

[168](#) Año 70 d. C.

[169](#) Año 167 a. C. (cf. *I Macabeos* 1, 54 ss.).

[170](#) Historiador del siglo I a. C.

[171](#) Cf. I 184.

[172](#) Autor de una obra histórica y de una obra sobre mitología griega, vivió en el siglo II a. C.

[173](#) Para la descripción del templo que sigue cf. *Antigüedades* XV 380, y *Guerra de los judíos* V 184.

[174](#) En *Guerra de los judíos* V 216, sólo se menciona la mesa, el incensario y el candelabro, pero no el altar.

[175](#) Los cuatro grupos sacerdotales que volvieron con Zorobabel (cf. *Esdras* 2, 36). Éste es el único pasaje que atestigua la existencia de esta división al final de la época del segundo templo, donde, de ordinario, se cuentan veinticuatro clases de sacerdotes (cf. *Autobiografía* 2). La cifra de cinco mil por grupo es, sin duda, exagerada.

[176](#) Mnáseas de Patara, polígrafo del siglo III a. C.

[177](#) Dor o Dora, en la costa de Palestina entre Cesarea y el Monte Carmelo.

[178](#) Especialmente la fiesta de los Tabernáculos y la fiesta de la Dedicación, llamada también de las Luces (cf. *Antigüedades* XII 325).

[179](#) Treinta codos por quince, según *Guerra de los judíos* V 202.

[180](#) Veinte hombres para cerrar cada puerta según *Guerra de los judíos* VI 293.

[181](#) Reinach opina que el párrafo 121-124 tendría más sentido a continuación del 95.

[182](#) Cf. TÁCITO, *Historias* V 5: «adversus omnes alios hostile odium».

[183](#) Cf. OVIDIO, *Metamorfosis* V 321-331.

[184](#) Cf. *Hechos de los Apóstoles* 17, 22.

[185](#) Posible alusión a la ceguera que sufrieron Sesostris y su hijo. Cf. HERÓDOTO, II 111.

[186](#) Desde la insurrección de los Macabeos en 168 a. C.

[187](#) Sobre la circuncisión de los egipcios, cf. HERÓDOTO, II 37 y 104.

[188](#) Cf. HERÓDOTO, II 104.

[189](#) La defensa de la legislación judía que hace Josefo presenta muchas semejanzas con los *Hipotética* de Filón.

[190](#) En efecto, la palabra *nómos*, ‘ley’, no aparece en los poemas homéricos; en ellos la norma de conducta, lo que se puede hacer, se expresa mediante la palabra *thémis*, y son los reyes los que de boca en boca han aprendido esas prescripciones y los que deciden lo que puede hacerse. *Nómos* aparece por primera vez en Heródoto.

[191](#) Cf. *Éxodo* 12, 35-37.

[192](#) Clasificación platónica, que se encuentra también en otros autores como Polibio, Cicerón, etc.

[193](#) Esta palabra parece ser invención de Josefo.

[194](#) La teoría de que los filósofos griegos se inspiran en la Biblia fue propuesta por primera vez por Aristobulo (siglo II a. C.) y adoptada después por Filón y otros escritores.

[195](#) Cf. PLUTARCO, *Licurgo* 13.

[196](#) Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

[197](#) Cf. II 135 y 148.

[198](#) Cf. *Éxodo* 20, 4.

[199](#) Cf. *Génesis* 1.

[200](#) Cf. PLATÓN, *Gorgias* 510b; ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea* VIII 1155.

[201](#) Esta restricción no está mencionada en la Biblia.

[202](#) Cf. *Levítico* 18, 22.

[203](#) Cf. *Levítico* 18, 6 y ss.

[204](#) Cf. *Génesis* 3, 16.

[205](#) Cf. *Deuteronomio* 22, 22-27; *Levítico* 20, 10.

[206](#) La ley no contiene ninguna disposición contra el aborto.

[207](#) Cf. *Levítico* 12.

[208](#) Cf. *Levítico* 15, 18.

[209](#) Idea esenia; cf. *Guerra de los judíos* II 154 ss.

[210](#) Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

[211](#) No hay ninguna prescripción a este respecto en la Ley, pero sí la hay en el Talmud.

[212](#) Tampoco hay nada de esto en la Ley, y sí en el Talmud.

[213](#) Cf. *Números* 19, 11 ss.; *Levítico* 21, 1; 22, 4.

[214](#) Cf. *Éxodo* 20, 12; *Deuteronomio* 5, 16.

[215](#) Cf. *Deuteronomio* 21, 18 ss.

[216](#) Cf. *Levítico* 19, 32.

[217](#) En *Daniel* 7, 9, Dios es llamado «el anciano de muchos días».

[218](#) Doctrina esenia (cf. *Guerra de los judíos* II 8, 7) que no aparece en la Ley.

[219](#) Cf. *Éxodo* 23, 8; *Deuteronomio* 16, 19; 27, 25. Pero en ningún lugar se menciona la pena de muerte.

[220](#) Sólo como precepto moral; cf. *Deuteronomio* 15, 7 ss.

[221](#) Cf. *Levítico* 5, 21.

[222](#) Cf. *Éxodo* 20, 15; 22, 1 ss.; *Levítico* 19, 11; *Deuteronomio* 5, 17.

[223](#) Cf. *Éxodo* 22, 25; *Levítico* 25, 36 y ss.; *Deuteronomio* 23, 7.

[224](#) Cf. *Éxodo* 22, 21; 23, 9; *Levítico* 19, 33; *Deuteronomio* 9, 19; 23, 7.

[225](#) Cf. *Deuteronomio* 27, 18.

[226](#) Cf. *Deuteronomio* 21, 23.

[227](#) No aparece en la Ley.

[228](#) Cf. *Deuteronomio* 20, 19.

[229](#) No está en la Ley.

[230](#) Cf. *Deuteronomio* 21, 10 ss.

[231](#) Está prohibido hacer trabajar al buey y al asno en sábado. Cf. *Deuteronomio* 5, 14.

[232](#) Esta prescripción no está en la Ley.

[233](#) Cf. *Levítico* 22, 28; *Deuteronomio* 22, 6.

[234](#) No está en la Ley.

[235](#) Cf. *Levítico* 10, 20.

[236](#) Solamente si la muchacha es virgen o está prometida. Cf. *Deuteronomio* 22, 23.

[237](#) Cf. *Levítico* 20, 13.

[238](#) Cf. *Levítico* 19, 11-13, 35-36; *Deuteronomio* 25, 13 ss.

[239](#) Cf. *Deuteronomio* 21, 18; *Levítico* 24, 13.

[240](#) PLATÓN (*Timeo* 28c) dice no se puede comunicar a todo el mundo la verdadera naturaleza del demiurgo.

[241](#) CICERÓN (*Pro Flaco* 63) y PLUTARCO (*Licurgo* 30), entre otros.

[242](#) Desde Moisés hasta Tito.

[243](#) Quizá el primer ejemplo de ese proceder, impropio de lo que se espera de un espartano, lo constituya la rendición durante la Guerra del Peloponeso de los

hoplitas espartanos sitiados en Esfacteria por fuerzas atenienses al mando de Demóstenes y Cleón. Cf. TUCÍDIDES, IV 37-38.

[244](#) Cf. *Éxodo* 22, 28.

[245](#) Hades, Perséfone.

[246](#) Posidón, Anfitrite, Proteo.

[247](#) Los Titanes.

[248](#) Cf. HOMERO, *Iliada* I 393.

[249](#) Hefesto.

[250](#) Atenea.

[251](#) Ares.

[252](#) Apolo.

[253](#) Apolo y Ártemis.

[254](#) Cf. HOMERO, *Iliada* V 335 ss.; 375 ss.

[255](#) Dánae, Ío, Leto, Semele.

[256](#) Cf. HOMERO, *Odisea* V 118 s.

[257](#) Cf. HOMERO, *Iliada* XIV 312 ss.

[258](#) Posidón y Apolo. Cf. *Iliada* XXI 442-45.

[259](#) Apolo. Cf. *Iliada* XXI 448 ss.

[260](#) Los Titanes.

[261](#) Cf. PLATÓN, *República* III 398a.

[262](#) véase II 148.

[263](#) «Por el perro» era la fórmula de juramento favorita de Sócrates.

[264](#) 499-427, aproximadamente.

[265](#) Contemporáneo de Anaxágoras.

[266](#) Siglo V a. C.

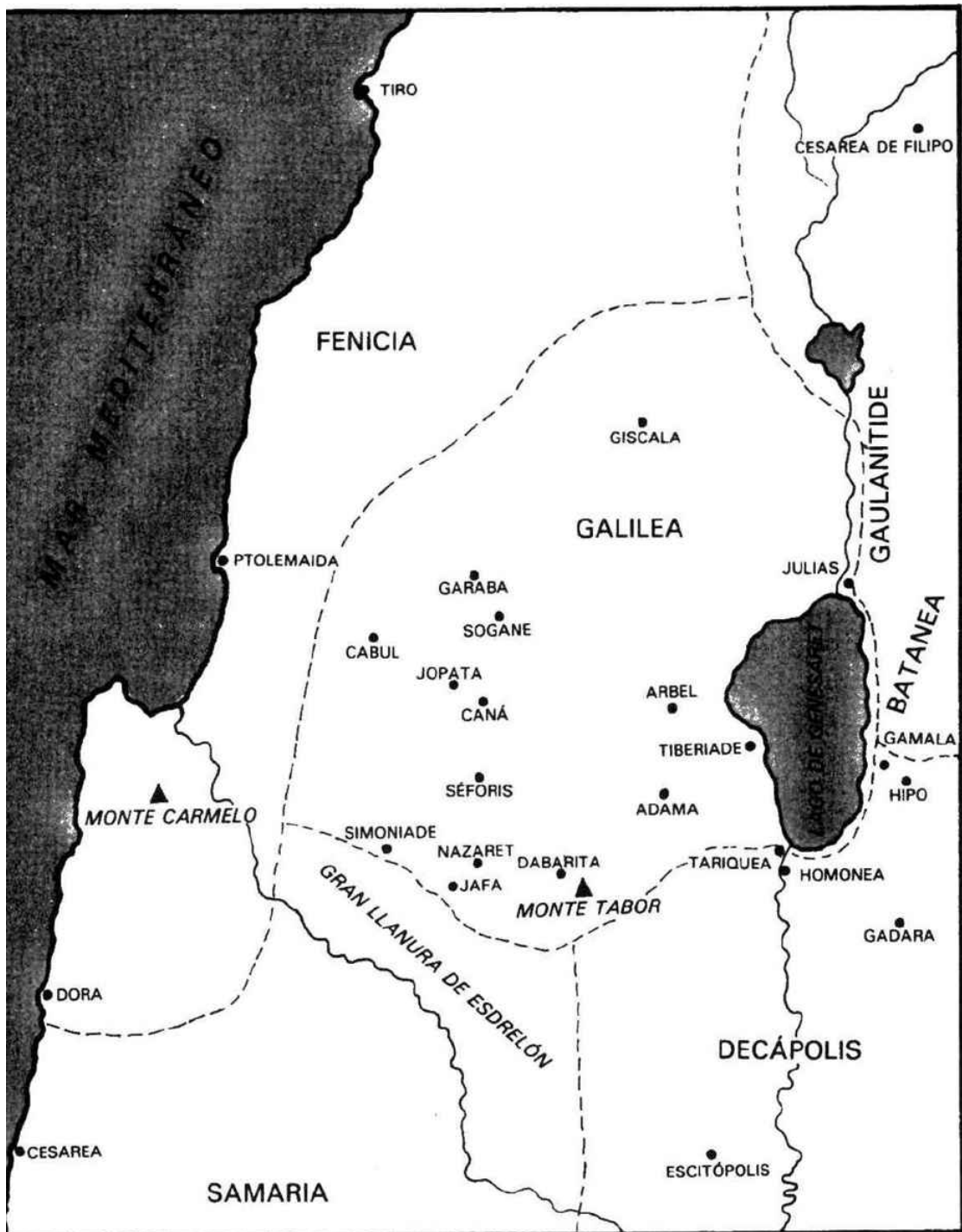
[267](#) Introdujo cultos frigios.

[268](#) Cf. HERÓDOTO, IV 76.

[269](#) Cf. *Levítico* 22, 24. Pero no se habla de pena de muerte.

[270](#) Zeus y Ganimedes.

[271](#) Zeus y Hera.



Galilea y regiones vecinas

Gaulanítide, Batanea, etc.: Reino de Agripa II; Decápolis: región independiente; el resto; bajo la autoridad de procuradores romanos

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. *Vida de Josefo*

1. Contexto histórico
2. Familia y formación
3. Dirigente en Jerusalén
4. Contra Roma
5. A favor de Roma
6. Últimos años

II. *Obra de Josefo*

1. «Guerra de los judíos»
2. «Antigüedades de los judíos»
3. «Autobiografía»
4. «Contra Apión»
5. Ideología
6. Método histórico
7. El «Testimonio Flaviano»

III. *Fortuna de Josefo*

1. Estimación
2. Versiones
3. Transmisión

4. Ediciones

5. Traducciones

Bibliografía

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

AUTOBIOGRAFÍA

CONTRA APIÓN

Libro I

Libro II